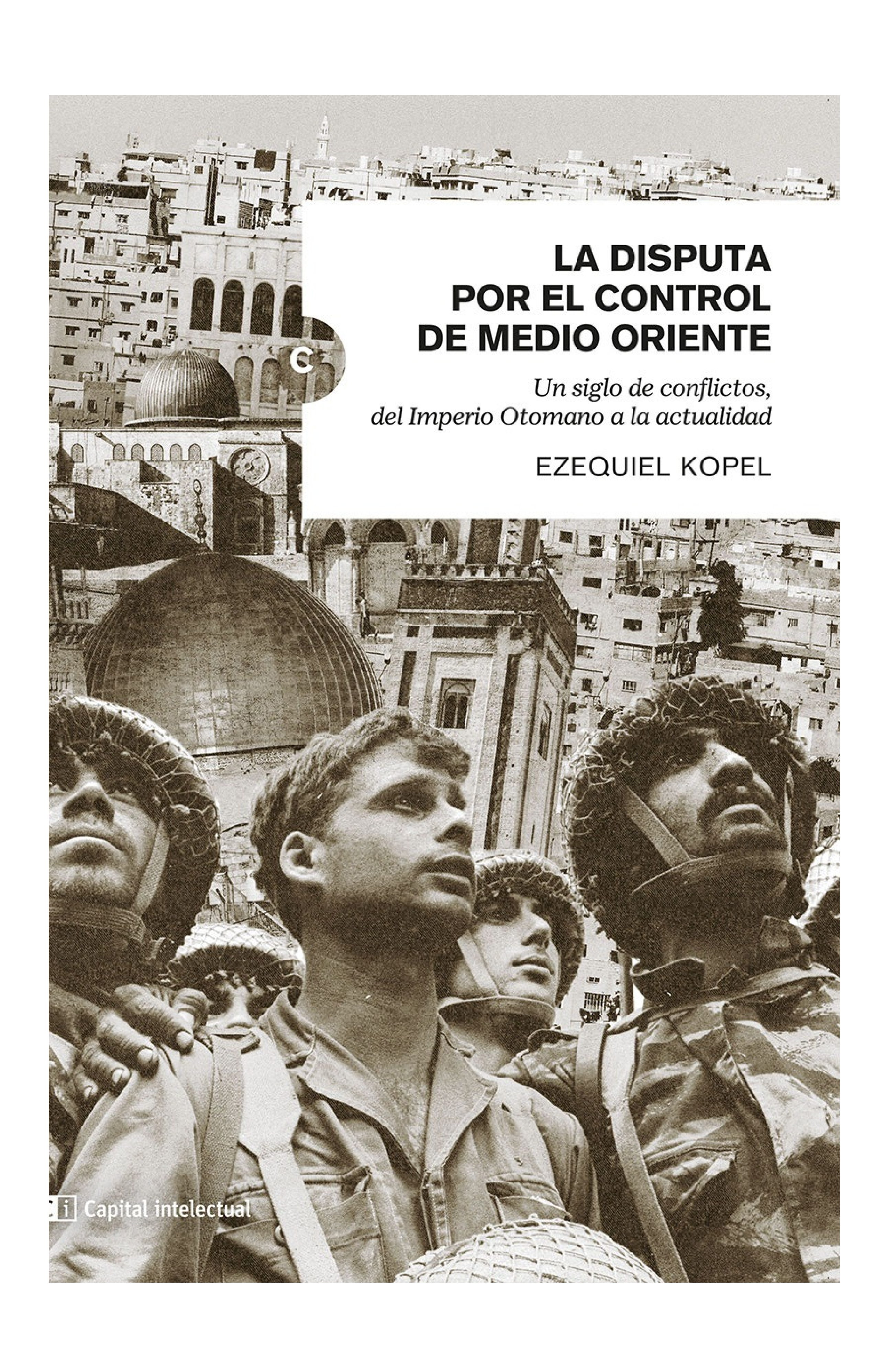
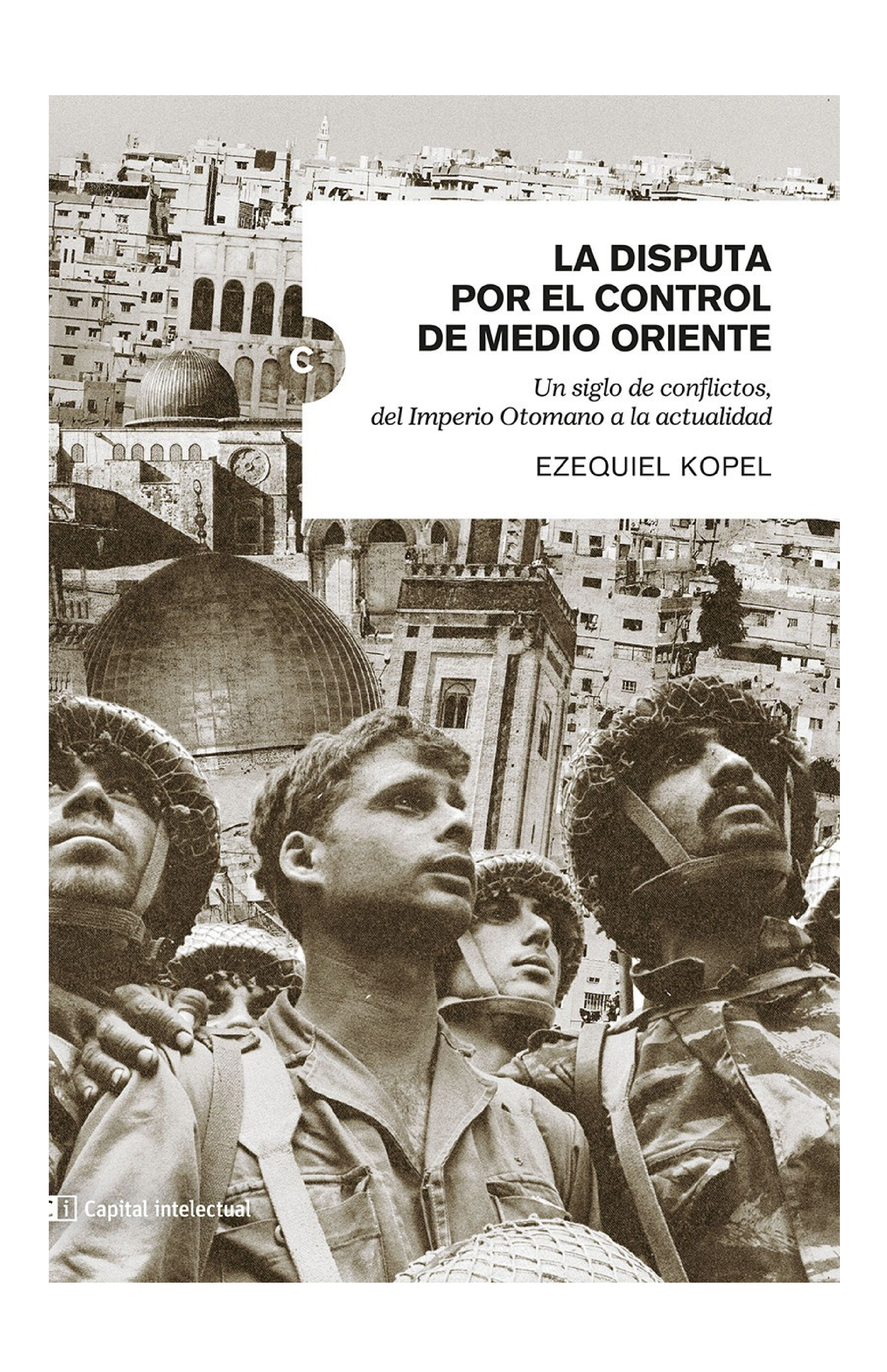

LA DISPUTA POR EL CONTROL DE MEDIO ORIENTE
Un siglo de conflictos, del Imperio Otomano a la actualidad
EZEQUIEL KOPEL
Capital intelectual

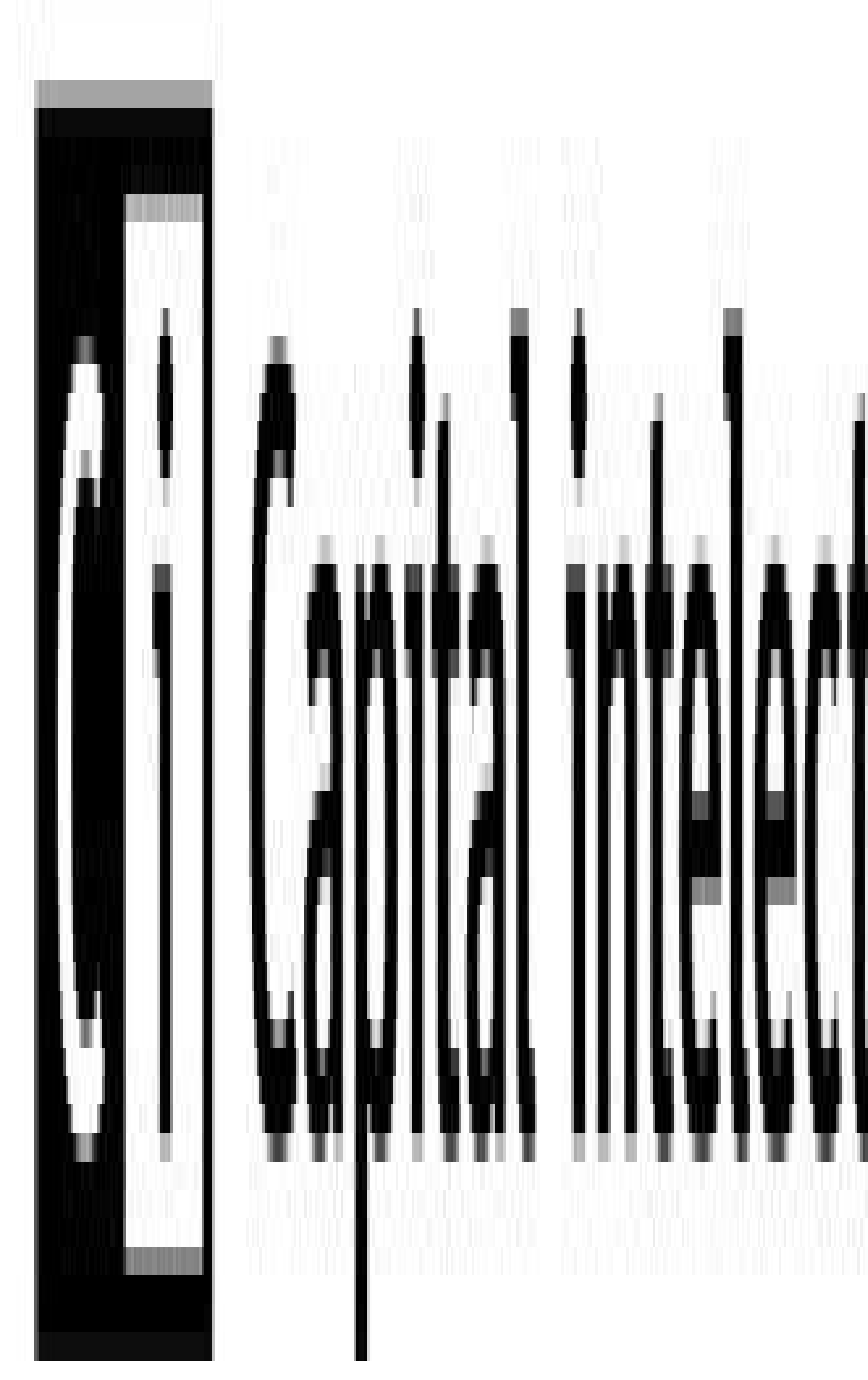

LA DISPUTA
POR EL CONTROL
DE MEDIO ORIENTE
Un siglo de conflictos,
del Imperio Otomano a la actualidad
EZEQUIEL KOPEL
Capital intelectual

LA DISPUTA POR EL CONTROL DE MEDIO ORIENTE

EZEQUIEL KOPEL

LA DISPUTA POR EL CONTROL DE MEDIO ORIENTE

Un siglo de conflictos, del Imperio Otomano a la actualidad


Ci Capital intelectual

Índice de contenido



argentina
siglo xxi editores
www.sigloxxieditores.com.ar
capital intelectual
www.editorialcapitalintelectual.com.ar
guatemala 4824, c1425bup, buenos aires

méxico
siglo xxi editores
www.sigloxxieditores.com.mx
cerro del agua 248, romero de terreros, 04310, ciudad de méxico

españa
clave intelectual
www.claveintelectual.com
calle recaredo 3 - 28002, madrid

▪

Kopel, Ezequiel La disputa por el control de Medio Oriente : un siglo de conflic

Director: José Natanson

Editora: Creusa Muñoz

Corrección: Juan Amitrano

Diseño de tapa: Emmanuel Prado

Diagramación: Adriana Manfredi

Primera edición en formato digital: diciembre de 2022

Versión: 1.0

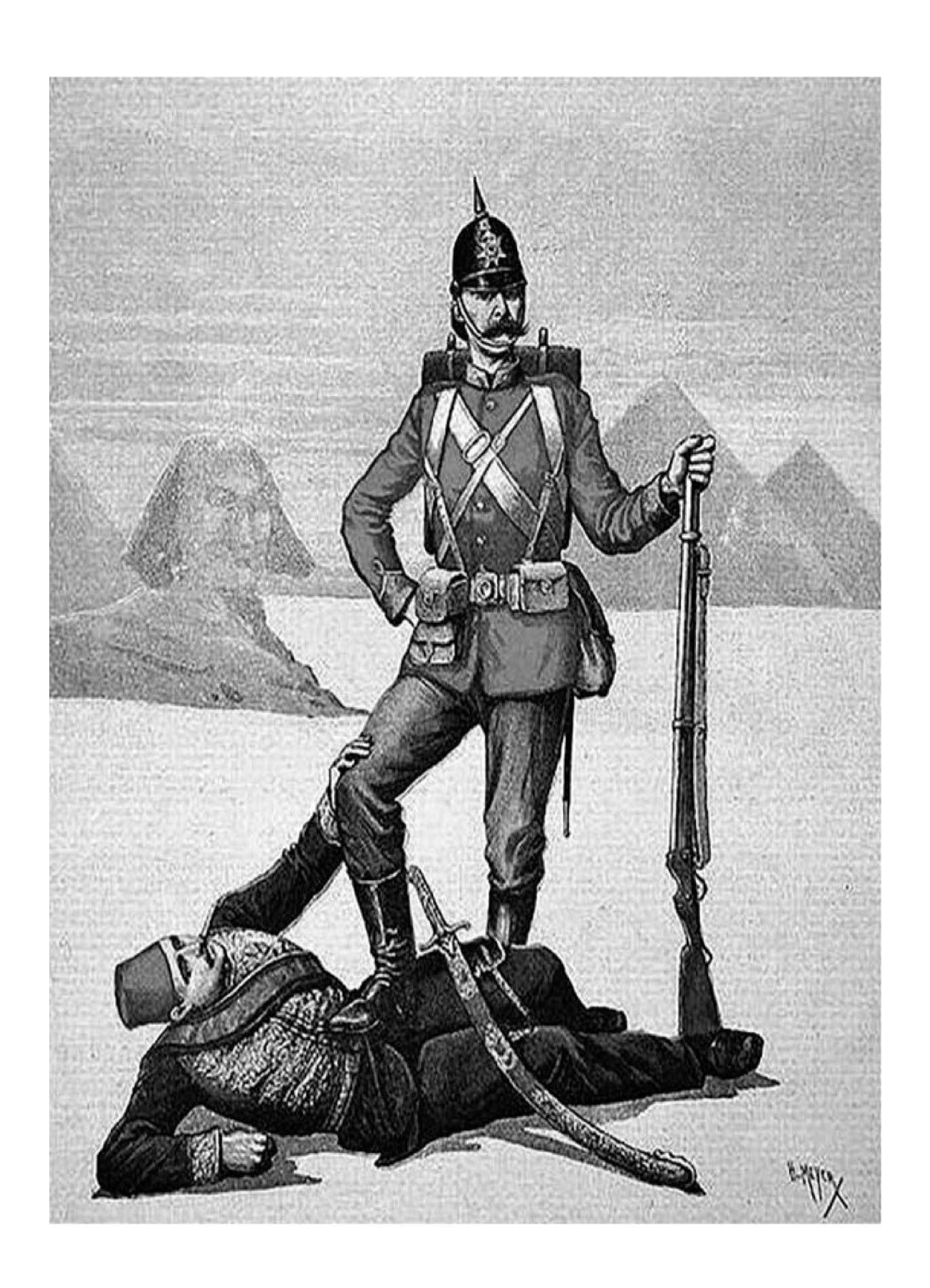
Digitalización: Proyecto 451

ISBN: 978-987-614-661-6

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723.

Agradecimientos:

A Jésica Tritten, Dacil Lanza y José Natanson



Introducción

El nacimiento del Medio Oriente contemporáneo

En junio de 2014, el Estado islámico difundió una foto de sus combatientes destruyendo las barreras que marcaban el límite entre Irak y Siria. Según las propias palabras de la organización, la acción contenía la intención de borrar la demarcación de Sykes-Picot, en franca alusión al acuerdo secreto que el diplomático británico Mark Sykes junto a su colega francés François Georges-Picot, y con la anuencia del entonces Imperio Ruso, concluyeron en mayo de 1916 con el fin de repartirse Medio Oriente. La destrucción del trazado físico entre esos dos países tuvo como objetivo principal demostrar que los Estados de la región son creaciones artificiales articuladas por las potencias occidentales y que los musulmanes –sólo los de confesión sunnita– deben unirse en una única comunidad devota y religiosa.

Para los “yihadistas” la situación era clara: tanto Irak y Siria son Estados ficticios, funcionales a los poderes extranjeros y, por lo tanto, no poseen el apoyo de sus ciudadanos. Si bien, en el caso de Irak y Siria, tal afirmación puede contener una verdad a medias, no todos los países de la zona nacieron producto de espurios pactos secretos foráneos, sino también de la voluntad propia de líderes autóctonos, como es el caso de Kemal Atatürk, en Turquía, e Ibn Saúd, en Arabia Saudita. Otros tantos, como Egipto, la segunda civilización más antigua de la humanidad, e Irán, antes Persia, fueron imperios que siempre han estado ahí, y lo seguirán haciendo con el correr de los años. Además, esa verdad condescendiente e históricamente incompleta, que trata de establecer la “eterna inocencia” de las poblaciones nativas, deja de lado la división entre sunnitas y chiítas que precede a la intervención europea (las tribus iraquíes, hostiles a los otomanos sunnitas, comenzaron a adoptar el chiísmo en los siglos XVIII y XIX), así como las acciones de un imperio “propio” como el Otomano, que duró 600 años, controló por la fuerza a numerosas poblaciones sunnitas y mantuvo oprimidas a las de confesión chiíta.

Vale recordar que las diferencias entre las dos ramas predominantes del Islam, el sunnismo y el chiísmo –las cuales han evolucionado durante el transcurso de un

milenio y medio– comenzaron después de la muerte del profeta Mahoma, proveniente de noble clan de Quraysh, en el año 632 d.C. en el oeste de Arabia. Los chiítas insistieron en que el profeta debía ser sucedido por Alí, su primo y esposo de su hija Fátima, pero este principio dinástico fue rechazado por el grupo que luego se denominó sunnitas, quienes consideraron que el liderazgo del Islam debía estar en manos de notables del clan de Quraysh, a quien veían como califas (“vicarios del Profeta”). A pesar de que los tres primeros califas fueron los suegros de Mahoma, los principios sunnitas estipulan que cualquier hombre piadoso de la tribu de Quraysh puede ocupar ese rol. Finalmente, Alí fue nombrado como el cuarto califa (y el primero legal según el chiismo) pero una disputa por su sucesión, al ser asesinado, separaría para siempre a sunnitas y chiítas: Hussein, nieto del Profeta e hijo de Alí, reclamaría ser su sucesor luego de que su hermano mayor se viese obligado a renunciar y encararía una fútil resistencia contra la dinastía gobernante de los Omeya, la cual terminará con su martirio (y el de todos sus acompañantes) en la ciudad de Karbala. Desde ese momento, los chiítas considerarían que los sunnitas (y sus consiguientes califatos) le habían robado su derecho divino (y de nacimiento) de conducir a los musulmanes del mundo.

El nombre del Estado Islámico, en árabe Al-Dawla al-Islamiya fil-Iraq wa al-Sham (Estado Islámico en Irak y al-Sham) refería a toda la zona del Levante antiguo, que precede en el tiempo al Medio Oriente actual y sus fronteras delimitadas por los poderes europeos. No es posible negar, en la confección del mapa actual de la zona, el legado histórico de batallas como la de Chaldiran, que en 1514 determinó los límites demográficos y religiosos del imperio persa Safávida y su contraparte otomana, demarcación que todavía, 500 años después, define el límite entre las modernas Irán, Turquía e Irak y es responsable del porqué y del lugar en el que viven las poblaciones chiítas actuales. Empero sí es acertado afirmar que sobre las espaldas de esos cuatro territorios –Turquía, Arabia Saudita, Egipto e Irán– y las intenciones colonialistas de Francia y Gran Bretaña, se concibieron otros cinco países que completarían la columna vertebral de lo que hoy se conoce como Medio Oriente: Siria, Irak, Jordania, Líbano, Israel y Palestina (a pesar de que hasta el día de hoy es un Estado que sigue sin ver la luz).

El pacto secreto entre franceses y británicos –revelado por los bolcheviques el 23 de noviembre de 1917 luego de la Revolución de Octubre– designaba áreas de influencia y control para los tres países en caso de una victoria contra Alemania, Austria y los otomanos. A Gran Bretaña se le otorgaría el sur de Irak,

Transjordania, enclaves como los puertos de Acco y Haifa, y una porción de tierra comprendida entre el río Jordán y el mar Mediterráneo. A Francia le correspondería Siria, Líbano, el norte de Irak y el sudeste de Turquía. Y Rusia se quedaría con el estrecho de los Dardanelos –que conecta el mar de Mármara con el mar Negro y el Egeo con el Mediterráneo–, Estambul y los distritos armenios del Imperio Otomano.

Cuando el acuerdo se dio a conocer quedó en evidencia que la promesa hecha por el enviado británico a El Cairo, Henry McMahon, al custodio de La Meca, Hussein Ibn Alí, de la creación de un reino árabe en caso de vencer a los otomanos, podía tratarse de una peligrosa contradicción. Sin embargo, para Mark Sykes y sus lugartenientes, no había refutación entre la práctica y el compromiso, ya que en los años siguientes se crearían monarquías árabes independientes (indirectamente controladas por Gran Bretaña) y se promoverían los nacionalismos en la región (incluido el judío).

Si bien en 1914, 1915 y 1916 los británicos habían decidido patrocinar a Hussein y sus hijos como los líderes del Medio Oriente árabe de posguerra, en 1918 los oficiales de la Corona británica comenzaron a considerarlos “un peso” porque los involucraba en un constante conflicto con Ibn Saúd, futuro fundador de Arabia Saudita, a quien los británicos también apoyaban. En 1922 la situación era todavía más crítica y los enviados británicos ahondaban su desencanto con Hussein y sus hijos: a Faisal lo describían como “traicionero” y a Abdullah como “vago y poco efectivo”. No obstante, y a pesar de las dudas y la desconfianza, Faisal y Abdullah fueron los líderes que Gran Bretaña instaló como reyes de Irak y Jordania, respectivamente. A pesar de las adjetivaciones negativas sobre los nuevos monarcas, la decisión de continuar por un camino en el que ellos mismos habían dejado de creer no puede circunscribirse solo al deseo de cumplir con lo pactado, sino a un conjunto de situaciones y hechos que hacían muy difícil la posibilidad de desandar el camino ya iniciado.

El caso de Israel y Palestina es una clara muestra de este punto: en 1922, Gran Bretaña aceptó el mandato de la Liga de las Naciones (precursora de Naciones Unidas) para llevar a cabo el programa sionista que daría nacimiento al Estado de Israel, al que habían fomentado vigorosamente desde 1917, pero por el cual, comenzada la década del veinte, ya habían perdido toda confianza y entusiasmo, y en 1939 ya declaraban estar abiertamente en contra. Dadas estas complejidades, no es casualidad que en los años siguientes los británicos gobernaran Medio Oriente sin rumbo fijo y sus acciones evidenciaran esos

vaivenes. Luego de destruir en mil pedazos –con la inestimable ayuda de los mismos turcos y otras poblaciones nativas– el antiguo orden de la zona, y de haber desplegado soldados, armamento y vehículos militares desde el sur de Egipto hasta el norte de Irak, ya no cabía otra opción que continuar con el gran plan imperial de rediseñar Medio Oriente.

Una de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial fue el rápido colapso del Imperio Otomano. Para ocupar el lugar vacante dejado por los otomanos, los europeos tuvieron que poner autoridades, delimitar fronteras, crear países e introducir sistemas de gobierno foráneos, aunque sin sofocar todas las oposiciones locales a esos movimientos. El miedo a una inestabilidad constante, propia de los avatares de la región, puede ser la explicación. Al fin y al cabo, no hubo demasiada diferencia a lo ejecutado por las potencias en Europa luego del Tratado de Versalles de 1919: crear un mapa sin tener en cuenta las realidades confesionales y étnicas venían a contradecir la idea, de un siglo antes, sobre la “raza” y la “nación” en una región donde no hay razas “puras” y donde muchas veces los locales adoptan el lenguaje y la cultura de su invasor. Si bien al principio los británicos percibieron al Islam como el principal factor que debían controlar para canalizar sus planes, muy pronto reconocieron que las divisiones de la zona harían que el objetivo fuera una misión casi imposible.

El llamado que hizo Hussein, custodio de La Meca, el 27 de junio de 1916 –en el que se anunció como descendiente del mismísimo Mahoma y líder natural de la fe islámica convocando a la rebelión de la población árabe contra los otomanos– no produjo ninguna reacción en el mundo musulmán. Pronto, los británicos decidieron promover otras lealtades como competencia superadora a la religión. Claramente, los oficiales europeos conocían poco del Islam y su resistencia a las políticas de europeización y, por consiguiente, de modernización. Asimismo, hoy se hubieran sorprendido al ver la actual devoción al wahabismo en Arabia Saudita, la pasión chiíta que siguió al derrocamiento del Shah en Irán, la continua presencia de un movimiento como la Hermandad Musulmana en el mundo sunnita o el violento enfrentamiento político religioso en Siria e Irak.

El acuerdo Sykes-Picot, así como las alternativas propuestas por sus críticos, respondían más a lecturas y respuestas parciales de las circunstancias por la que atravesaba la zona y a las ambiciones de las potencias mundiales, que a un deseo fundamental de crear un nuevo Medio Oriente. La única razón por la cual esos límites duraron tanto tiempo se debió a que, luego de la victoria aliada de 1918, esos poderes externos fueron los garantes de esa estabilidad. Un siglo más tarde,

el único poder mundial capaz de garantizar la continuidad de esas demarcaciones, Estados Unidos, no está lo suficientemente seguro de querer mantenerlos tal como están y dejó que otros actores mundiales –como Rusia– o regionales –como Irán, Turquía y las monarquías del Golfo– intenten imponer su estrategia.

Cabe preguntarse qué sería hoy de Medio Oriente si el Imperio Otomano no hubiera tomado la decisión de entrar en la Primera Guerra Mundial o si resultaba victorioso. ¿La zona comprendida entre Egipto al oeste, Irán al este, Turquía al norte y Yemen al sur sería un territorio más estable? ¿O la región estaría hundida en un caos más profundo que el actual? Es cierto que es imposible saber qué hubiera pasado si el territorio otomano –repleto de diferentes religiones, credos y etnias– no fuera dividido después de su derrota en la guerra, pero ¿había alguna posibilidad de que no se desintegrara en un siglo XX caracterizado por el fin de numerosos imperios, junto a sus respectivos proyectos coloniales? La respuesta a ambas preguntas solo puede ser contestada con supuestos contrafácticos; sin embargo, el futuro del "hombre enfermo de Europa", como se conocía al Imperio Otomano en el siglo XIX, estaba en estado terminal mucho tiempo antes de que comenzara la "Gran Guerra": estancado económica y científicamente, era incapaz de seguirle el ritmo a sus rivales europeos. Asimismo, a medida que su poder disminuía, y a pesar de los intentos modernizadores, el Imperio se transformaba en una entidad mucho más opresiva y reaccionaria. Esto se dio, especialmente, en el marco de la pérdida de un importante territorio a manos de potencias extranjeras como Rusia, junto al enfrentamiento con diversos nacionalismos en Europa y las regiones árabes.

De no haber ocurrido la Primera Guerra Mundial, es tan posible como improbable que una realidad alternativa que contemplara la autodeterminación local y la integración regional –similar a una confederación de Estados-nación– hubiera aparecido en gran parte de Medio Oriente. No obstante, vale recordar que los protagonistas de la Primera Guerra Mundial aún no eran plenamente conscientes de que en los descuidados dominios del Imperio Otomano estaban ubicadas las mayores reservas de petróleo del mundo. Y si lo hubieran sabido, es probable –tal como lo demuestra el devenir de su propia historia– que la lucha por el control de la zona se tornase mucho más violenta y brutal.

Los Estados nacionales son una idea reciente, por lo tanto, no había Estados, tal como los conocemos en la actualidad, en Medio Oriente antes de la Primera Guerra Mundial. Si bien no todos los que existen en la región fueron impuestos

por las potencias europeas, a principios de siglo, muchas de sus fronteras fueron delimitadas y fabricadas en Europa: los mapas de Irak, Kuwait y Arabia Saudita son decisiones británicas (Jordania directamente es una invención inglesa) y los límites entre musulmanes y cristianos en Siria y Líbano fueron "dibujados" por los franceses. El capricho con el que Francia y Gran Bretaña reformularon los límites de las antiguas provincias árabes del Imperio Otomano fomentó la percepción de que todos los males de la región son producto de una conspiración internacional, sentimiento que se convirtió en una obsesión local y contamina a estas sociedades hasta el día de hoy.

Los poderes europeos creían en esa época que podrían alterar la Asia musulmana en la estructura misma de su existencia política y, para realizar esa acción, introdujeron un sistema estatal foráneo que convirtió a Medio Oriente en una zona de países que, incluso en muchos casos hasta el día de hoy, no se convirtieron en naciones. De esta manera, la base de una milenaria vida política, regida por la religión, fue desafiada principalmente por los británicos –que impusieron el nacionalismo o la lealtad dinástica–; más tarde por estadounidenses –que forzaron el capitalismo– y soviéticos –que instaron al socialismo–. En cambio, Francia sí permitió que la religión sea la base de la política nacional. En la década del veinte, los franceses conformaron en la tierra de Siria y el Líbano actual, seis Estados transitorios que incluyeron administraciones cristianas, drusas, sunnitas y alawitas, pero para dominar e influir a las poblaciones bajo su control, no tuvieron mejor idea que enfrentar a las diferentes creencias una contra la otra. Parte de esas consecuencias pueden apreciarse en las luchas que despedazaron al Líbano en los años 70 y 80 y, ahora, a Siria. No obstante, el Ayatollah iraní Ruhollah Khomeini en el mundo chiíta y la Hermandad Musulmana en el ámbito sunnita llegaron para cuestionar órdenes extranjeras del siglo pasado. Actualmente, la aparición del fundamentalismo religioso y su intención de reavivar un orden religioso –el Califato– abandonado hace casi 100 años, aporta otra arista a un territorio atrapado en una tensión constante entre el pasado propio y un posible futuro importado.

Sin lugar a dudas, el colonialismo europeo también dejó su impronta (buena o mala según las diferentes opiniones) en la región. En la primera parte del siglo XX, Irán, Irak y Egipto eligieron parlamentarios, primeros ministros y fundaron partidos políticos. En la segunda mitad, aparecieron los partidos nacionales, muchas veces dentro de un sistema de partido único, que justificaron su accionar poco democrático como la "única" respuesta posible a la lucha por la independencia de los imperios coloniales occidentales. Más tarde, se

implementaron reformas agrarias, se desarrollaron grandes sectores públicos y se promovió la industrialización. Sin embargo, los partidos nacionales terminaron siendo apéndices de muchos presidentes vitalicios deseosos de entregar el poder a algún elegido de prole extendida. Las interminables redes de Estados militares, apoyados siempre en una policía secreta lista para aplastar toda disidencia, completaban la pintura de los mal llamados Estados de Derecho de la región. Estos gobernantes también implementaron políticas neoliberales de privatización bajo la presión de Washington junto a sus instituciones aliadas. Procesos siempre atravesados por una corrupción endémica donde las familias gobernantes manipulaban al Estado que gobernaban para favorecer a parientes y amigos.

Las grandes potencias han tenido un enorme impacto en la economía política y las ideologías de la región. Aunque, cabe destacar, que esta situación no hubiera sido posible a través de los años sin la inestimable ayuda de los líderes autóctonos. La concepción de que todos los males de Medio Oriente se debían sólo a la acción externa de los poderes imperiales es históricamente parcial: la expansión de grupos fundamentalistas islámicos o de líderes autoritarios debe más su crecimiento a los profundos errores cometidos por gobiernos sectarios y personalistas que a la “artificialidad” de los Estados de Medio Oriente. Resulta difícil creer que la destrucción de Estados denominados “artificiales” como Irak o Siria, que desde hace más de 100 años se convirtieron en instituciones nacionales insignia, fomentando un profundo sentido de identidad en la gran mayoría de los ciudadanos, vayan a traer algo parecido a una nueva paz.

Si bien la conformación del mapa de Medio Oriente, como se lo conoce en la actualidad, es consecuencia del desmembramiento del Imperio Otomano y las decisiones tomadas por los países aliados durante y después de la Primera Guerra Mundial, la legitimidad de los Estados de la región, como bien escribe David Fromkin en su libro Una paz para terminar con toda paz, siempre fue producto del mismo cóctel: la tradición, las raíces de su fundador y la fuerza. De otro modo, no hubieran podido nacer.



Capítulo 1. 1922

La caída del Imperio Otomano

“Tenemos en nuestras manos un hombre enfermo, un hombre muy enfermo: será, te lo digo francamente, una gran desgracia si, uno de estos días, debe escaparse de nosotros, sobre todo antes de que todos los arreglos necesarios se hayan hecho.”(1)

NICOLÁS I, ZAR DE RUSIA (1853)

El denominado “arreglo de 1922” no fue un acuerdo o un documento firmado como compromiso global sino un conjunto de pactos, acciones unilaterales y declaraciones de principios que sellarían el futuro de la región durante todo el siglo XX. La conformación de la Unión Soviética y sus límites –que llevaría al delineamiento final de la frontera rusa con su zona de influencia en Medio Oriente–, la declaración “parcial” de independencia de Egipto –con la introducción de nuevas formas de gobierno “foráneas” o, cuando menos, inéditas para la zona–, el inicio de la Conferencia de Lausana –que terminaría un año más tarde con el tratado del mismo nombre y sellaría casi por completo los límites y la conformación de la actual Turquía, el acuerdo de alianza entre Gran Bretaña e Irak –que estipulaba la creación del reino iraquí pero, a la vez, garantizaba el control británico sobre los asuntos militares y exteriores de una monarquía sunnita amenazada por revueltas de diversas minorías religiosas–, y la publicación del llamado “Libro Blanco de Churchill” –donde Gran Bretaña clarificaba su visión respecto de la autonomía judía y árabe en los territorios que la Liga de las Naciones le había encomendado bajo la figura de “Mandato” (un tecnicismo para ocultar una situación a todas luces colonial), que culminaría en el nacimiento de la actual Jordania y limitaría las aspiraciones judías independentistas. A lo que debemos sumar la ratificación del mandato francés sobre la Gran Siria, que sentaría las bases de los Estados modernos de El Líbano y Siria, así como su inestabilidad actual. Todos estos hechos trascendentes ocurridos en 1922 definirían una transformación definitiva de la zona. Sin embargo, ninguno de estos sucesos, sumados a la indecisión sobre otros, podría

haber sucedido sin el desmembramiento del Imperio Otomano, territorio que desde hacía más de un siglo amenazaba con caer en el inevitable control de alguna potencia europea.

El término “otomano” proviene de una apelación a la dinastía inaugurada por Osmán I, el jefe nómade de origen turcomano, que fundó el imperio en el siglo XIV. En el cúmulo de su poder, el imperio incluyó el sudeste de Europa (con Hungría y Grecia, partes de Ucrania y la región de los Balcanes), el norte de África hasta Argelia, grandes porciones de la Península Arábica y lo que hoy se conoce como Siria, Irak, Israel y Egipto. A cinco siglos de su nacimiento, el alicaído Imperio Otomano comenzó a ser conocido como “el hombre enfermo de Europa”, debido a que había perdido el control de los países balcánicos, Rumania, parte de Bulgaria y Grecia, Egipto, Túnez y el estratégico puerto de Adén, en Yemen. Durante ese mismo siglo, había intentado volver a ser un actor poderoso dentro de las naciones europeas entrenando a sus ejércitos con nuevas técnicas de combate y actualizando su armamento, a la vez que creaba nuevas formas de administración junto a sistemas educativos para-estatales y modernas infraestructuras de comunicación y transporte. No obstante, la “modernización” inició un tipo de control indirecto de los europeos puesto que eran esos mismos rivales quienes proporcionaban los préstamos para su desarrollo y modernización.

Durante el primer año de la Primera Guerra Mundial, oficiales militares otomanos dentro de los Jóvenes Turcos vieron la posibilidad de alterar la ecuación uniéndose al bando de Alemania y el Imperio Austro-Húngaro en la contienda y así debilitar a sus mayores enemigos en Europa: Francia, Gran Bretaña, Italia y Rusia. Este grupo denominado Los tres Pashas, por el nombre de sus líderes –el ministro de Interior Talat Pasha, el ministro de Guerra Enver Pasha y el ministro de la Armada Djemal Pasha– se habían hecho con el poder efectivo del Imperio un año antes, luego de un golpe de Estado que había suprimido una recién nacida revolución democrática, que había instaurado un Parlamento, redactado una Constitución y limitado el poder del sultán (2). Pero esa suerte de “revolución” también había perdido el dominio de Libia y el resto de los territorios que controlaba en Europa. Fue así que el Imperio Otomano, junto a un nuevo sultán llamado Mehmed V, le declaró la Yihad (Guerra Santa) a Francia, a Gran Bretaña y a Rusia con la intención de recuperar los territorios perdidos y evitar el continuo desmembramiento del imperio.

Sin embargo, el resultado del conflicto fue devastador para los otomanos. El

llamado a la Guerra Santa fue desoído e incluso líderes árabes, bajo la jefatura del Sharif (guardián) de La Meca Hussein Ibn Alí, se aliaron a los británicos a cambio de una vaga promesa de independencia; incluso tropas musulmanas hindúes contribuyeron a la derrota otomana. La rebelión de un sector de la población árabe de confesión sunnita y pro-monárquica representado en la dinastía hachemita se gestó cuando el Imperio turco, a principios de siglo, inauguró una línea férrea hacia La Meca, comenzando a interferir en los asuntos locales de Hejaz (hoy Arabia Saudita y hasta ese momento casi una provincia autónoma otomana controlada por los hachemitas)(3). Al mismo tiempo, los hachemitas (autodenominados descendientes de Mahoma) estaban encabezados por Hussein Ibn Alí (y sus hijos Faisal y Abdullah) que ansiaba más poder y autonomía como Emir (gobernador monárquico) dentro del Imperio Otomano y buscaba asegurar que su posición fuera hereditaria por lo que mantuvo, hasta el final de la "revuelta", una fluida comunicación con los otomanos para dejar abierta la posibilidad de cambiar de bando si las circunstancias así lo ameritaban (4).

Por su parte, los británicos, con la intención de encontrar apoyo en las poblaciones autóctonas para derrotar a sus rivales otomanos, se habían comprometido a crear un "reino árabe" pero también le habían prometido Jerusalén a Rusia, un hogar nacional judío al movimiento sionista en Palestina y la "Gran Siria" a Francia. A pesar de no estar al tanto de la correspondencia de Hussein con sus enemigos turcos, los británicos comenzaron a estar, prontamente, desencantados con el líder hachemita, a quien veían como un monarca más interesado en acaparar mayor territorio y poder para sí mismo que como un líder del recién creado nacionalismo árabe en la región (5).

Al finalizar la guerra, los otomanos no habían logrado ninguno de los objetivos por los que se habían decidido a participar en la contienda: perdieron Bagdad, Damasco y Jerusalén, y los aliados terminaron dividiéndose la mayor parte de su imperio bajo las líneas del acuerdo secreto Sykes-Picot, que estipulaba qué áreas estarían bajo su control directo e indirecto. En la conferencia de San Remo, en abril de 1920, la Liga de las Naciones legalizó, sin nombrarlo, el acuerdo Sykes-Picot al otorgar "mandatos" que colocaban a Francia a cargo de Siria y El Líbano, y al Reino Unido sobre Irak, Palestina y la recién creada Transjordania (que luego tomo el nombre de Jordania) (6). Para calmar a los árabes por lo que ellos consideraban una promesa incumplida de independencia (aunque para los británicos todo lo prometido se estaba compensando), se colocó a los hijos del guardián de La Meca como jefes de dos reinos recién nacidos: Abdullah fue

ungido rey de Transjordania y Faisal, de Irak (en un principio Faisal se autoproclamó rey de Siria pero debido a que dicho territorio se encontraba bajo la zona de influencia francesa, fue expulsado de allí por el ejército francés y luego colocado como monarca de Irak por los británicos).

El Reino Unido no veía ninguna contradicción en sus promesas a “los árabes”. El espía galés T.E. Lawrence, también conocido con el mítico nombre de “Lawrence de Arabia” –el mismo que cinco años antes se había encargado de fomentar la revuelta “árabe”– pronunció, en 1922: “Winston Churchill (secretario colonial de los británicos) ejecutó todo el arreglo prometido por Henry McMahon para Palestina, Transjordania y Arabia (en relación a la correspondencia que mantuvieron el Alto Comisionado Británico para Egipto, McMahon y el Sharif Hussein sobre la independencia árabe). En la Mesopotamia (Irak) fuimos más allá de lo estipulado. No quiero entrar en largas explicaciones pero debo poner por escrito mi convicción de que Inglaterra sale del ‘tema árabe’ con las manos limpias”(7).

En agosto de 1920, los representantes del sultán Mehmed V firmaron con Francia, el Reino Unido e Italia –en representación de los países aliados pero sin Estados Unidos, autoexcluido del proceso por diferencias económicas en cuanto a la división de la futura explotación del petróleo–, el Tratado de Sèvres. El acuerdo reconocía la partición del Imperio Otomano, admitía los mandatos de la Liga de las Naciones sobre las antiguas provincias árabes y la independencia del reino de Hejaz (bajo control de Hussein Ibn), que luego pasaría a ser parte de la futura Arabia Saudita.

Según el Tratado de Sèvres, los otomanos retenían Estambul (pero perdían parte de Anatolia a manos de los franceses), cedían una parte de Asia Menor a un naciente Estado armenio, comprometían el dominio de Gokceada y Bozcaada – así como también otros arreglos significaron la pérdida de Izmir–, ante Grecia, y aceptaban un referéndum sobre la independencia kurda (que, según la sección III del acuerdo, incluiría Mosul). Además, se confirmaba la posesión del Archipiélago del Dodecaneso por parte de Italia, se internacionalizaban los estrechos (Dardanelos, Bósforo y el mar de Mámara) junto con la transformación de varios puertos en “zonas económicas libres” y se rendían las finanzas otomanas a un estricto control de Europa (el Banco Otomano, las regulaciones financieras, de las importaciones y exportaciones y los pedidos de préstamos y pago de éstos) (8). También se limitaba el ejército otomano a 50.000 hombres, una armada de 13 barcos –7 torpederos y 6 goletas– y se quedaba sin fuerza

aérea.

El mismo día, simultáneamente, se firmaba un acuerdo tripartito de carácter secreto, entre el Reino Unido, Francia e Italia que garantizaba a los británicos concesiones petroleras vía la Turkish Petroleum Company (consorcio de empresas formado antes de la guerra con el propósito de adquirir concesiones del Imperio Otomano para la búsqueda de petróleo en Mesopotamia), más tarde rebautizada como Irak Petroleum Company (9). El incremento de la demanda del petróleo en el transcurso de la guerra les había demostrado a las potencias la importancia de poseer sus propias fuentes de abastecimiento. En vísperas del conflicto, el Almirantazgo británico encabezado por Winston Churchill había pasado sus barcos del carbón al petróleo y la diferencia decisiva entre las fuerzas aliadas de Inglaterra, Francia y Estados Unidos contra las de Alemania y los imperios Otomano y Austro-Húngaro no había sido táctica o de liderato sino de suministro de petróleo (10).

Los términos de Sèvres eran incluso más ominosos que los del Tratado de Versalles, el cual le permitía a la derrotada Alemania estar, al menos, en control de su economía. Mientras el Gran Visir (primer ministro), Ahmed Pasha, planeaba ratificar el tratado, nacionalistas turcos agrupados en la “Gran Asamblea Nacional”, bajo el liderazgo de un general otomano llamado Mustafa Kemal (más tarde conocido como Atatürk), rechazaron el acuerdo y profundizaron una rebelión armada, iniciada un año antes con el desembarco de las fuerzas griegas en Izmir. Atatürk, quien consideraba los términos del pacto firmado como inaceptables para la conformación de una república independiente y turco-parlante, decidió lanzar una guerra de Independencia en todos los frentes, que provocó el retiro de las fuerzas griegas, británicas, francesas e italianas, y culminó, el 1° de noviembre de 1922, con la abolición del sultanato otomano junto a la expulsión del nuevo sultán Mehmed VI y ciento cincuenta oficiales otomanos de Constantinopla, acusados de traidores (11).

La firma del Tratado de Lausana con las potencias europeas, un año después, sellaría la posterior declaración de la República turca (junto a la supresión de la consulta por la autodeterminación kurda). En 1924, Turquía terminó con el último eslabón “vivo” del mayor imperio musulmán de la historia: entre otras cosas, suprimió el califato, institución religiosa global creada al comienzo del Islam, una suerte de “papado”, que consideraba al Califa como el sucesor de Mahoma. Poco tiempo más tarde, Atatürk se embarcó en una activa campaña de “occidentalización” que cambiaría el alfabeto (de caracteres árabes a latinos),

cerró los tribunales de la Sharia (ley islámica), creó un nuevo Código Civil basado en el de Suiza y un nuevo Código Penal cimentado en el italiano, avanzó hacia el voto femenino incluso antes que en diversas partes de Europa, y hasta prohibió el típico sombrero otomano, el fez (12).

Los otomanos, que habían perdido casi todas las guerras desde 1699 pero jamás su organización integral, dejaron de existir y con ellos el imperio multinacional que habían fundado y que alguna vez alcanzó con amenazar el poderío de Europa. Preso de los intereses opuestos de los aliados europeos y los nacionalistas turcos, el Imperio Otomano se despedazó más por las condiciones de paz alcanzadas en Sèvres que por la dimensión de su derrota. Durante esos años, las provincias árabes se dividieron en mandatos coloniales, se cometió el primer genocidio del siglo XX (contra los armenios junto a la limpieza étnica de la población cristiana del imperio (13)), se cimentaron las bases del futuro Estado judío en Palestina, se negó la autodeterminación de importantes minorías (como la kurda) y se lotearon las zonas de influencia para la futura explotación del recurso natural más importante de la zona: el petróleo.

Las consecuencias de todas estas decisiones, producto de la herencia de la Primera Guerra Mundial –legado que se ha hecho sentir en la región más que en cualquier otra parte del mundo–, fueron las que dieron vida al conflictivo Medio Oriente, tal como lo conocemos en la actualidad.

1. Harold Temperley, England and the near East, 272, Longmans, Londres, 1964.

2. Hans-Lukas Kieser, Talaat Pasha: father of modern turkey, architect of genocide, Princeton University Press, Nueva Jersey, 2018.

3. Nicholas J. Saunders, Desert insurgency: archaeology, T. E. Lawrence, and the Arab Revolt, Oxford University Press, Oxford, 2020.

4. David Fromkin, A peace to end all peace, Avon Books, Nueva York, 1989.

5. Ronald Storrs, The Memoirs of Sir Ronald Storrs, G.P. Putman’s Sons, Nueva York, 1937.

6. Marvin F. Gettleman y Stuart Schaar (edit.), The Middle East and the islamic world reader, Grove Press, Nueva York, 2003.

7. Martin Gilbert, Winston S. Churchill, Vol. N° 4, Parte III, Houghton Mifflin, Boston, 1978.

8. . Tratado de Sèvres, https://web.archive.org/web/20140531175547/http://treaties.fco.gov.uk/docs/pdf/

9. “Tripartite agreement between the British Empire, France and Italy Respecting Anatolia”, The American Journal of International Law, Vol. XV, N° 2, 1921. https://doi.org/10.2307/2212979

10. . María S. Higgins, “Winston S. Churchill’s legacy to the royal navy, 1911-1915”, Naval War College Review, Vol. 27, N° 3, 1974. http://www.jstor.org/stable/44641546

11. . M. Şükrü Hanioğlu, Atatürk: an intellectual biography, Princeton University Press, Nueva Jersey, 2011.

12. . Ibíd.

13. . Benny Morris y Dror Ze’evi, The thirty-year genocide: turkey’s destruction of its christian minorities 1894-1924, Harvard University Press Cambridge, 2019.



Capítulo 2. 1938

El descubrimiento del petróleo en Arabia Saudita

“¿Sabe lo que van a encontrar cuando el hombre llegue a Marte? Norteamericanos en el desierto buscando petróleo.”(14)

ABDUL AZIZ IBN SAUD, REY DE ARABIA SAUDITA (1939)

Al disolverse el Imperio Otomano en 1923, Francia y Gran Bretaña se repartieron Medio Oriente. Además del dominio político de las poblaciones nativas, se puso en juego el control del petróleo de la región, descubierto, por ese entonces, sólo en Persia (hoy Irán) durante 1908. El fin de la Primera Guerra Mundial había demostrado a las potencias europeas la importancia del control del “oro negro” y el peligro de su escasez. Se desató así una “carrera petrolera” para asegurarse el control de cada una de las futuras zonas de explotación de los antiguos territorios otomanos. En aquellos tiempos, la exclusividad de la búsqueda de petróleo en la zona estaba en manos de la Turkish Petroleum Company (TPC), integrada por las empresas Anglo-Persian Oil Company (Gran Bretaña), Royal Dutch Shell (Gran Bretaña y Holanda) y el Deutsche Bank (Alemania). Ese mecanismo monopólico había nacido mediante un acuerdo firmado con los otomanos en 1914. Durante la Conferencia de San Remo, en 1920, Gran Bretaña convenció a Francia de seguir excluyendo a Estados Unidos (que controlaba el 80% de la producción mundial de petróleo) de la Turkish Petroleum Company y acordó otorgarle al gobierno francés el porcentaje que poseían los derrotados alemanes (con la excusa de una “reparación de guerra” pero a cambio de que la ciudad iraquí de Mosul pasara a control inglés), quien, a su vez, lo transfirió a una empresa de su misma bandera pero de capitales privados, la Compagnie Française des Pétroles (CFP), predecesora de la actual Total.(15)

Los norteamericanos no tardaron en contestar: como respuesta a las restricciones impuestas en la Mesopotamia, ese mismo año, promulgaron el “Acta de Arrendamiento Mineral”, que negaba a las empresas extranjeras el derecho de

perforación en tierras públicas de Estados Unidos (16). Tiempo después, los británicos asumieron que era más beneficioso tener a Estados Unidos adentro de la TPC que afuera, atacándolos. Además, la cancillería británica sabía que, si se materializaban los prospectos geológicos, las reservas petrolíferas serían tan vastas que, en algún momento, tendrían que recurrir al capital económico y humano estadounidense para desarrollarlas. Sin embargo, Estados Unidos sólo estaba dispuesto a participar en la esfera económica y no en la política, como ya lo había dejado asentado cuando se rehusó a aceptar el Mandato sobre Armenia que fue sugerido por la Liga de las Naciones en 1920. Por lo tanto, el control "político" de Medio Oriente continuó, imperturbable, en manos de Francia y Gran Bretaña.

En 1928, un año después de que cerca de Kirkuk –ciudad iraquí bajo el Mandato británico– fuera descubierto el gran pozo petrolero de Baba Gurgur, se iniciaron arduas negociaciones entre las potencias para incorporar formalmente las empresas estadounidenses a la Turkish Petroleum Company. Así se llegó al "Acuerdo de la Línea Roja" que llevó a rebautizar a la empresa como Irak Petrolum Company y se decidió incorporarla a la Near East Development Corporation, un conglomerado de cinco compañías de Estados Unidos encabezadas por la Standard Oil de Nueva Jersey. De esta manera, quedó estipulado que la Anglo Persian, Shell, CFP y los estadonidenses compartieran sus "participaciones" en un 23,75% cada uno, y que el empresario y lobbysta de origen armenio, Calouste Gulbenkian (quien había logrado que los otomanos le otorgaran la licencia de explotación a la Turkish Petroleum Company en 1914 e ideado el acuerdo) mantuviera el restante 5% (17). El arreglo era significativo debido a que todos los participantes se comprometían a no competir por las concesiones de explotación dentro de los territorios del otrora Imperio Otomano; las mismas debían ser ofrecidas a todo el grupo en su conjunto y, si alguna era ofrecida individualmente, debía tener el consentimiento de los demás socios (18).

De igual manera a como habían sido creados los arbitrarios límites del Medio Oriente contemporáneo, cuenta la leyenda que Gulbenkian (o un ayudante) utilizó un "lápiz rojo" para delimitar las fronteras del convenio (de ahí el nombre "Acuerdo de la Línea Roja") según los últimos límites del Imperio Otomano. El arreglo incluyó todos los grandes yacimientos de petróleo que fueron descubiertos posteriormente en la región pero exceptuaba a Irán (que no fue controlado por los otomanos) y a Kuwait (que era un protectorado británico desde 1899) (19). A pesar de la aparente armonía, el pacto demostró ser bastante

más complicado en la práctica puesto que no prohibía buscar concesiones dentro del área cubierta por el Irak Petroleum Company a las empresas que no eran miembros y, a la vez, chocaba con "cláusulas de nacionalidad" que había impuesto Gran Bretaña en algunos países del Golfo Pérsico, mediante las cuales restringía la exploración a las compañías de control británico. Las cláusulas de nacionalidad fueron suprimidas en 1930 por protestas de los norteamericanos.

Dentro de lo que hoy se conoce como Arabia Saudita, las vicisitudes políticas para la búsqueda de petróleo por parte de compañías extranjeras fueron diferentes y estuvieron asociadas tanto a la historia de la fundación del actual Estado saudita –poseedor de la segunda reserva más grande del planeta– como a la de su fundador y creador. Arabia Saudita remonta sus raíces a una alianza formada alrededor del año 1744 en Najd, región central de la Península Arábiga, entre Muhammad bin Saud (de ahí el nombre de sauditas) y el líder religioso Muhammad ibn 'Abd al-Wahhab (20). Esta alianza, que combinó las habilidades políticas y militares de la familia Saud con el impulso ideológico del wahabismo, una de las corrientes más conservadora del Islam sunnita predicado por al-Wahhab, persiste hasta el día de hoy. Esta unión impulsó la expansión saudita y dio lugar a sucesivos períodos de control de la Península a lo largo de los siglos XVIII y XIX, sólo interrumpidos por las intervenciones del general otomano Muhammad Ali Pasha y las ambiciones de una dinastía rival a los Saud, los Al Rashid (21). Después de un período de declive y exilio, los saudíes comenzaron a crecer con el restablecimiento de su dominio en la ciudad de Riyadh, capturada en 1902 por un integrante de la familia llamado Abd al-Aziz al Saud (popularmente conocido como Ibn Saud). En 1913, Ibn Saud ya controlaba la mayor parte de Najd y al-Hasa (región al este de la Península), después de haber tomado el control de esta última de manos de los otomanos.

Si bien en el siglo XIX la interacción británica con los saudíes se había limitado a intervenir sólo cuando sus intereses marítimos a lo largo del Golfo Pérsico estaban en juego, todo cambió durante la Primera Guerra Mundial debido a las preocupaciones imperiales de Gran Bretaña en Arabia Central y el resto de Medio Oriente. Los británicos firmaron con la "Casa de Saud" el Tratado de Darin, en 1915, que transformaba sus tierras en un protectorado británico, a cambio de que los sauditas se comprometieran a iniciar de nuevo una guerra contra los Al Rashid, aliados de los otomanos peninsulares (22). Así se comenzó a valorar a Ibn Saud (que controlaba el centro y este de la Península) como un aliado estratégico contra el Imperio Otomano, en detrimento de su rival, el guardián de La Meca, Hussein Ibn Alí (que custodiaba el oeste), a quien los

británicos le habían prometido una suerte de independencia árabe, instalando a sus hijos como líderes en Irak y Jordania, respectivamente. Los Saud eran enemigos tribales de la dinastía hachemita, encabezada por Hussein, pero el gobierno del Reino Unido, a pesar de las quejas de numerosos oficiales de la corona que catalogaban la acción como absurda, no veía contradicción en apoyar con subsidios económicos a dos enemigos entre sí, mientras ambos se opusieran a los otomanos. A fines de 1925, Ibn Saud, con la ayuda inestimable de un ejército de puritanos beduinos autodenominados Inkwhan (Hermandad) –a quienes luego aniquiló para reafirmar su poder cuando estos lo desafiaron– conquistó Hejaz, expulsó a los hachemitas y se declaró rey de toda Arabia Central. Dos años más tarde, los británicos firmarían con el nuevo monarca el Tratado de Jeddah, reconociendo su autoridad. En septiembre de 1932, Ibn Saud fundó, por proclamación real, el Estado moderno de Arabia Saudita (que alude tanto al nombre de la familia real como al de la Península).

El segundo Estado árabe más grande del mundo se encontraba profundamente endeudado: su principal forma de financiamiento era el impuesto de peregrinación a La Meca, y el tránsito humano a las ciudades santas musulmanas había disminuido drásticamente –de 130.000 a 40.000 peregrinos– como consecuencia de la Gran Depresión Mundial (23). Sin ese dinero, al nuevo rey le era prácticamente imposible mantener el apoyo de las diferentes tribus del reino: la lealtad tribal era la base de su poder; lo cual vuelve comprensible que por aquellos años hayan arribado a la península geólogos norteamericanos en busca de petróleo. Si bien Arabia Saudita era un país independiente, estaba dentro de “La Línea Roja” y, por lo tanto, según el acuerdo alcanzado en 1928, no había posibilidad de que los miembros de la Irak Petroleum Company compitieran entre sí por la búsqueda de petróleo dentro de esa área (debían negociar como un conjunto o tener la autorización de todos los miembros para actuar independientemente). Los especialistas del conglomerado petrolero eran pesimistas acerca de las posibilidades de existencia de crudo dentro del reino pero estaban deseosos de alejar a los demás competidores del territorio, por lo que el conglomerado petrolero realizó una oferta inicial que fue rechazada por Ibn Saud, quien prefería que la concesión estuviera en manos de estadounidenses y que no hubiera participación de los británicos, quienes tenían una clara mayoría dentro de la Irak Petroleum Company.

Las causas de esta elección de Ibn Saud eran geopolíticas, aunque, al fin y al cabo, también eran económicas: el rey, que deseaba mantener su independencia y soberanía, desconfiaba de los británicos por su amplio prontuario como

colonizadores mundiales, y le interesaba más la cantidad de dinero que una empresa estadounidense estaba dispuesta a entregarle. Su traductor personal, Mohamed Al-Mana, lo recuerda de esta manera: “Si los británicos venían por nuestro petróleo, nunca estaríamos seguros de hasta qué punto llegarían a influir en nuestro gobierno. Los americanos, por otra parte, estaban simplemente tras el dinero, un motivo que los árabes, como históricos comerciantes, podíamos fácilmente apreciar y aprobar” (24). De esta manera, luego de tres meses de negociación, el 29 de mayo de 1933, la Standard Oil de California (SoCal), la cual debido a una ley antimonopólica de Estados Unidos ya no tenía relación con la otra Standard Oil de su país que sí se encontraba dentro de la Irak Petroleum Company consiguió la firma de un contrato de exploración de 932.395,7 km2 por 60 años, a cambio de un primer pago de 170.000 dólares. Los sauditas, desconfiando del valor del dinero en papel, no utilizado con asiduidad en el Reino, exigieron oro. De esta manera, los emisarios de Standard Oil de California (la actual Chevron) despacharon 35.000 monedas de oro en siete cofres de madera que, según relata la leyenda, fueron colocados para su resguardo bajo la cama del ministro de Economía del recién fundado país árabe (25). Cinco años más tarde, una subsidiaria de SoCal (la California-Arabe Standard Oil) descubriría el primer pozo petrolero de real importancia comercial en la región de Dhahran. Desde ese momento, Arabia Saudita se convertiría en el mayor exportador de petróleo del mundo y los Estados Unidos harían su entrada triunfal en una región dominada, hasta ese momento, por los intereses coloniales de Gran Bretaña y Francia.

No obstante, el “matrimonio” entre la monarquía saudita y el gigante norteamericano todavía no estaba sellado porque a pesar del enfático pedido de la Standard Oil de California, el gobierno presidido por Franklin D. Roosevelt se negaba a establecer una misión diplomática en el Reino, argumentando que no había necesidad. Todo cambiaría con la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial y el reconocimiento de la importancia estratégica de las reservas de petróleo de Arabia Saudita, oficialmente neutral en el conflicto. En 1942, el presidente estadounidense anunciaría el establecimiento de un delegación permanente en el Estado árabe –la embajada se estableció finalmente en 1944– y, un año después, Roosevelt hizo elegible a Arabia Saudita para recibir asistencia militar de acuerdo a la Ley de Préstamo y Arriendo (26). Según esta ley, promulgada en 1941, el máximo norteamericano podía prestar, vender o transferir armamento militar “hacia cualquier país que el presidente considerara vital para la defensa de los Estados Unidos de América”. Sólo faltaba el último paso para, de acuerdo a las palabras de Adel al-Jubeir (excanciller saudita y

antiguo embajador ante los Estados Unidos) “formar una relación que, a la hora de la verdad, es una relación inquebrantable.”(27) Y ese último escalón significaba el encuentro cara a cara de dos grandes líderes mundiales, que se admiraban y se necesitaban mutuamente, como lo eran Ibn Saud y Franklin D. Roosevelt.

De regreso de la Conferencia de Yalta (febrero de 1945), donde se había reunido con el primer ministro inglés, Winston Churchill, y con el líder de la Unión Soviética, Joseph Stalin, para discutir el futuro de la posguerra en Europa, el presidente estadounidense viajó hacia el Canal de Suez, donde se encontró en la cubierta del USS Quincy con el fundador de Arabia Saudita, quien, por primera vez, salía de su reino para conocer a un jefe de Estado de Occidente. Los motivos de la reunión eran diversos: la instalación de una estratégica base militar en Dhahran –con la intención de utilizar el espacio aéreo saudita para desplazar tropas desde Europa hacia el Pacífico, donde Japón se resistía a rendirse– y el más importante, el petróleo. Las discusiones fueron extremadamente cordiales: Roosevelt le regaló al deteriorado rey una silla de ruedas con incrustaciones de oro y un avión con su propia tripulación, y Ibn Saud accedió a que el aeródromo Dhahran fue operado hasta 1962 por la fuerza aérea de los Estados Unidos (28). Además, el monarca se comprometió a suministrar petróleo a Estados Unidos según sus necesidades y reinvertir los ingresos resultantes en armas y activos estadounidenses. A cambio, recibiría protección tanto a la familia real como a Arabia Saudita (preocupada por un posible avance de los reinos de Irak y Jordania, dominados por sus rivales hachemitas). El rey también se reunió con Churchill cinco días después en el oasis egipcio de Fayún pero el inglés no se había preparado correctamente para el encuentro: fumó y bebió frente a Ibn Saud y le regaló un Rolls Royce sin tener en cuenta que en el lujoso auto británico el volante estaba del lado derecho, y el monarca árabe –que acostumbraba ir en los asientos delanteros– debería viajar del lado izquierdo, donde usualmente se coloca al sirviente conductor pues el sitio de honor es a la derecha (29)).

Allí se terminó de cimentar una alianza que sobreviviría tanto a un embargo petrolero saudita, en 1973, como a los ataques del 11 de septiembre de 2001 a las Torres Gemelas, en los cuales 15 de 19 secuestradores eran ciudadanos sauditas. No obstante, Roosevelt sorprendió a Ibn Saud, durante la charla, cuando invitó a ayudarlo a establecer un futuro Estado judío en Palestina. La respuesta del rey, basada en simples principios beduinos, no se hizo esperar: “Dele a los judíos y sus descendientes las tierras y las casas de sus opresores, los alemanes. Haga que el enemigo y opresor pague. Así es como nosotros, los árabes, hacemos la

guerra”(30). Roosevelt le contestó que no haría “una movida hostil hacia el pueblo árabe” y que lo consultaría antes de iniciar cualquier movimiento. Dos meses después, el presidente de Estados Unidos falleció producto de una hemorragia cerebral. Su sucesor, Harry Truman, apoyaría en 1947 el establecimiento del Estado de Israel en la votación que se realizó dentro de las Naciones Unidas. Nunca se supo si consultó al rey.

14. Karen Elliott House, On Saudi Arabia: its people, past, religion, fault lines and Future, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2012.

15. Mehdi Amineh, The greater Middle East in global politics, Brill, Leiden, 2007

16. https://history.state.gov/milestones/1921-1936/red-line

17. https://gulbenkian.pt/en/the-foundation/calouste-sarkis-gulbenkian/mr-five-percent/

18. Marius S. Vassiliou, Historical dictionary of the petroleum industry, Rowman & Littlefield, Londres, 2018.

19. https://history.state.gov/milestones/1921-1936/red-line

20. Robin Wright, Sacred rage: the wrath of militant islam, Touchstone, Nueva York, 1985.

21. The Kingdom of Saudi Arabia, Stacey International, Londres, 2011.

22. Jacob Goldberg, “The origins of british-saudi relations: the 1915 anglo-saudi treaty revisited”, The Historical Journal, Vol. 28, N° 3, Cambridge University Press, 1985. http://www.jstor.org/stable/2639145

23. Jane Waldron Grutz, 1999. https://archive.aramcoworld.com/issue/199901/prelude.to.discovery.htm

24. Mohammed Almana, Arabia unified: a portrait of Ibn Saud, Hutchinson, Londres, 1980.

25. Robert Lacey, Inside the Kingdom, Arrow Books, Londres, 2009.

26. Juan Cole, Engaging the muslim world, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2009.

27. David L. Greene y Mark Matthew, “Estados Unidos no puede hacerlo solo”, The Baltimore Sun, Maryland, 26-4-2002. https://www.baltimoresun.com/news/bs-xpm-2002-04-26-0204260320-story.html

28. Matthew Hinds, The US, the UK and Saudi Arabia in World War II, I.B Tauris, Londres, 2016.

29. Jonathan Mantle, Car wars: fifty years of greed, treachery, and skulduggery in the global marketplace, Arcade, Nueva York, 1995.

30. Robert Lacey, Inside the Kingdom, Arrow Books, Londres, 2009.



Capítulo 3. 1947

Las Naciones Unidas determinan el establecimiento del Estado de Israel

“Nosotros, como una nación, queremos que este país sea nuestro, los árabes, como una nación, quieren que este país sea de ellos.”

DAVID BEN GURIÓN, LÍDER ISRAELÍ Y FUTURO

PRIMER MINISTRO DEL ESTADO DE ISRAEL, 1918 (31)

El Islam siempre ha tenido una actitud, cuando menos, de “desconfianza” respecto del judaísmo: desde la teoría –en sus escrituras– y desde la práctica –en el accionar durante el Imperio Otomano–, trató a los judíos como ciudadanos de segunda clase o con derechos limitados. El Islam –de forma muy parecida al judaísmo en sus libros sagrados– siempre ha dividido el mundo entre “nosotros” (Dar al Islam, “los verdaderos creyentes”) y “ellos” (Dar al Harb, “los infieles”), dejando de lado todo principio de igualdad entre los creyentes de Mahoma y los que no lo son.

El Islam habla de tolerancia hacia las otras religiones monoteístas pero también de sumisión: bajo un Tratado de Protección conocido como “Dhimma”, las diferentes minorías podían practicar su fe mientras pagaran un impuesto, la “jizya”(32). Durante trece siglos, entre 1200 a.C. hasta el segundo siglo de la Era Moderna, los judíos vivieron –y a veces dominaron– la denominada “Tierra de Israel”, esparcidos tanto en Judea y Samaria (el actual territorio de Cisjordania) como en la Galilea. Los romanos invadieron la zona y, luego de suprimir dos revueltas judías, expulsaron a la mayoría de la población, denominando al territorio con el nuevo nombre de Palestina, en alusión a los filisteos que vivían en la costa (33). Dieciséis siglos después, nació el movimiento sionista, el cual emergió en Europa con la intención de revivir el dominio de los judíos en su “patria histórica” y centro religioso, luego de casi dos mil años de exilio.

El término “sionismo” fue utilizado por primera vez en 1885 por el escritor vienés-judío Nathan Birnbaum y se refiere a Jerusalén (Zion/Sion es uno de los nombres bíblicos de la ciudad) (34). La intención del sionismo era solucionar dos grandes asuntos de la diáspora judía. El primero y más urgente: estaban dispersos y desunidos en numerosos países; el segundo problema versaba en que, en cada uno de esos países, los israelitas constituían una minoría, en muchos casos perseguida. La solución propuesta por el sionismo era acabar con esa dispersión y dependencia, y retornar a Sion, donde volverían, nuevamente, a ser mayoría y lograr un Estado nacional junto a una deseada independencia política. A pesar de que, desde la destrucción del primer templo judío en 586 a.C. y el posterior exilio en Babilonia, los judíos soñaban con regresar a Sion –lo que se veía reflejado en sus plegarias y en varias corrientes mesiánicas– el movimiento sionista moderno, en cambio, fue un grupo secular, en línea con los movimientos nacionales creados en el siglo XIX en Europa. Sus raíces, junto al desarrollo del nacionalismo europeo, se encuentran en los problemas de los judíos en su asimilación en Occidente y el constante antisemitismo en muchas de esas sociedades.

El padre del sionismo moderno fue Theodor Herzl, un húngaro-judío que trabajaba como periodista en Viena. Herzl era un judío asimilado en la sociedad europea sin ningún interés en especial en temas judaicos o en su autodeterminación, pero el virulento antisemitismo que incitó el injusto encarcelamiento por espionaje del capitán militar francés-judío, Alfred Dreyfuss, hasta su posterior rehabilitación –luego de una famosa campaña iniciada por el escritor Emile Zola en su manifiesto “Yo acuso” – le provocó un cambio de mirada. Desde ese momento, para Herzl, el problema judío ya no sería un asunto económico, social o religioso sino que, en primer lugar, se transformaría en un problema nacional –los judíos eran, efectivamente, una nación– y su única solución sería abandonar la diáspora para establecer un territorio judío independiente y poder gozar de soberanía política. Así fue que, en 1896, Herzl publicó su obra magna Der judenstaat (El estado judío), que estimuló variadas reacciones en la comunidad judía mundial, desde las más favorables hasta las más escépticas y hostiles. El mayor error del sionismo, como del propio Herzl, respecto de la materialización de sus objetivos en la “Tierra de Israel” o “Palestina”, estuvo en subestimar la oposición de la población árabe a la inmigración judía; se consideró a los nativos como un grupo primitivo y sin cohesión, y la actitud sionista hacia ellos mayoritariamente fue intransigente, como quedó en evidencia en la decisión de no considerarlos una sociedad con derechos políticos en la misma tierra donde eran una amplia mayoría. No se

puede argumentar que los sionistas desconocían que una considerable población árabe vivía en el territorio donde deseaban fundar un Estado judío, como quedó de manifiesto luego del Primer Congreso Sionista (1897), cuando los rabinos de Viena decidieron mandar a dos emisarios para explorar la "Tierra Santa". En un telegrama enviado desde Palestina, los dos rabinos sentenciaron poéticamente pero con una dureza tal que no había lugar a dudas: "La novia es hermosa pero está casada con otro hombre"(35).

Tampoco el autor de El estado judío consideró la posibilidad de que la intención sionista de crear un país judío con mayoría judía en Palestina desencadenaría, naturalmente, en el surgimiento de un movimiento nacional árabe. A favor de Herzl debe considerarse que, a finales del siglo XIX, Palestina era una provincia otomana sin mucha consideración ni valor, y el movimiento nacional palestino aún no estaba conformado. Pero, en contra suya, se puede afirmar que, bajo su dirección, el movimiento sionista exhibió una importante característica que continuaría repitiendo hasta el día de hoy: el no reconocimiento de las aspiraciones políticas de los palestinos árabes. A la vez, inauguraría una constante que el sionismo repetiría a lo largo de su historia: la búsqueda de alianzas con una gran potencia mundial fuera de Medio Oriente para llevar a cabo sus intenciones y, de este modo, fortalecer su situación en la región, por eso, durante los comienzos del sionismo moderno, su objetivo estuvo basado en la búsqueda de aliados para favorecer un Estado judío. Primero, buscó convencer al sultán otomano (también al Papa cristiano y al Káiser alemán); durante la Gran Guerra, el socio escogido fue Gran Bretaña, y, luego de la Guerra de los Seis Días, el elegido fue Estados Unidos (36).

El ejército británico ocupó Jerusalén el domingo 9 de diciembre de 1917 y se retiró el 14 de mayo de 1948. Durante su breve control de la "tierra prometida" –un territorio con tres mil años de comprobada historia–, el Reino Unido mantuvo inicialmente la promesa hecha al pueblo judío, el 2 de noviembre de 1917, por su Secretario de Relaciones Exteriores, Arthur James Balfour, en la Declaración que lleva su nombre: "Favorecer el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío". Las causas británicas se explicaban en la intención de debilitar tanto la avanzada bolchevique rusa (sobre quienes, se pensaba, estaba dominada por rusos judíos), como a sus rivales alemanes (muchos oficiales alemanes eran judíos y la declaración de Balfour fue traducida al idish para ser arrojada desde aviones ingleses en las líneas enemigas alemanas), otomanos (quienes controlaban Palestina) y debilitar el reclamo francés (que también estaba interesado en los lugares santos de Palestina) junto a

la intención de lograr la simpatía de la minoría judía que habitaba el territorio. Mientras trataban de definir el significado real de “hogar nacional”, un término deliberadamente vago tanto como la promesa de “autonomía”, los británicos no se preocuparon en hacer observar la cláusula final de la Declaración de Balfour: “No se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las existentes comunidades no judías en Palestina o los derechos y el estatus político de los judíos en cualquier otro país”(37).

El marco legal utilizado por el gobierno británico se basó en un “Mandato” entregado al Reino Unido por la Liga de las Naciones, el cual, se suponía, debía ser una tutela transitoria, con el fin de preparar al país hacia un “hogar nacional para los judíos”, sin menoscabo de los derechos civiles y religiosos de los pueblos árabes autóctonos. El Mandato revivió el viejo término de “Palestina” (ya utilizado por el historiador judío-romano Heródoto en sus escritos) para describir el área entre el río Jordán y el mar Mediterráneo. Antes de la ocupación británica, los otomanos, que gobernaron Palestina desde 1517 hasta 1917, dividieron la zona en tres sanjaks (distritos) dentro de la vilayet (provincia) Siria, administrada por un wali (gobernador) afincado en Damasco. Siguiendo el sistema de millet (comunidad religiosa) del Imperio Otomano para las minorías (pero, ahora, sin tener que pagar a las autoridades por el simple hecho de practicar otra religión distinta del Islam), el Mandato les entregó una vasta autonomía interna a las diversas comunidades religiosas y, a pesar de que no proporcionó independencia política colectiva, permitió elecciones para las administraciones locales, aunque siempre sometidas bajo el control británico. Sí, en cambio, ensanchó los límites impuestos por los otomanos respecto de las libertades individuales. Además, bajo el dominio inglés, Palestina se convirtió en una unidad política y dejó de ser la provincia marginal que fue durante la época de los otomanos.

Sin embargo, la presencia inglesa en el territorio no pudo evitar un curso de acción donde los sionistas chocaron con una mayoritaria población árabe, que a partir de la declaración de Balfour y el fracaso de la idea de la Gran Siria (desde 1921 ocupada por los franceses), empezaron a desarrollar a su movimiento nacional en oposición y colisión directa contra el judío. Los incidentes que más marcaron la historia de ambos grupos en los treinta años de control británico fueron la Masacre de Hebrón en 1929 (donde árabes palestinos masacraron a una mayoría de judíos no sionistas) y la Revuelta Árabe de 1936, en la cual, por un período de tres años, los árabes palestinos montaron una resistencia armada que obligó a los ingleses a utilizar todo su poder y a empezar a considerar un cambio

en su política a favor de una entidad judía (en el Libro Blanco de 1939 los británicos directamente empezaron a considerar un Estado árabe en todo el territorio luego de que dos años antes propusieran la primera partición de la tierra en dos Estados, favoreciendo a los árabes palestinos).

El ministro de Relaciones Exteriores inglés comunicó a su Parlamento, el 18 de febrero de 1947, que “no hay posibilidad de resolver el conflicto con un acuerdo negociado entre las dos partes” y que, de acuerdo al Mandato conferido por La liga de las Naciones (el marco legal por el cual el Reino Unido gobernaba Palestina), Gran Bretaña no tenía la autoridad necesaria para dividir el territorio (38). Por lo tanto, el gobierno británico había decidió “sacarse” el problema de encima y proponer que las Naciones Unidas se ocuparan. Los más de cien mil soldados desplegados para mantener la paz en Palestina y la necesidad de ocuparse de territorios más importantes para la Corona como, por ejemplo, India, fueron factores preponderantes para abandonar el conflicto lo más rápido posible y sin una solución determinada. Contestando el pedido británico, el Secretario General de Naciones Unidas elevó la consulta sobre el futuro de “Palestina” a la Asamblea General. Cinco países miembros (Egipto, Siria, Arabia Saudita, Irak y El Líbano) propusieron “la terminación del Mandato sobre Palestina y su inmediata declaración de ‘independencia’, materializada en un solo Estado”. La moción fue rechazada por la Asamblea, que votó establecer un “Comité Especial para Palestina de las Naciones Unidas (UNSCOP)”, que propusiera una solución alternativa. El heterogéneo grupo del Comité, conformado por Australia, Canadá, Checoslovaquia, Guatemala, India, Irán, Holanda, Perú, Suecia, Uruguay y Yugoslavia, sorprendió a propios y extraños con un informe justo y balanceado que determinaba que existían dos poblaciones: una europea, tecnológicamente avanzada, unida y determinada a lograr su propósito con alrededor de seiscientos mil miembros; otra, asiática, dividida tanto religiosa como geográfica y políticamente en mil doscientas comunidades autárquicas y semi-independientes, esparcidas entre las “áreas nativas” de algunas ciudades y “un desierto casi inhabitable”(39). La UNSCOP también destacó que la potencia mandataria (Gran Bretaña) se había visto obligada a “asegurar el establecimiento del hogar nacional judío” y “facilitar la inmigración judía en condiciones adecuadas”, mientras que sólo habló, en términos generales, del no perjuicio de los derechos civiles y religiosos “de la comunidad árabe en Palestina”. Al tratar de equilibrar estas obligaciones desiguales, el Comité observó que “la potencia mandataria ha intentado, dentro de los límites de su interpretación de la doble obligación del mandato, de proporcionar alguna satisfacción de los deseos políticos árabes”, pero tales movimientos fueron “generalmente rechazados por

los palestinos junto a la vigorosa oposición de los sionistas". En una opinión apartada, el representante de India en la UNSCOP, sostuvo que la afirmación judía de que eran "nativos originales" se podía considerar históricamente cuestionable y que tal base de su demanda legal sería una receta para el caos, ya que, prácticamente, todos los Estados modernos podrían sufrir reclamos similares basados en su historia. "Fundamentar su reclamo en la dispersión originada desde Palestina después de un período de aproximadamente dos mil años, cualquiera sea el sentimiento religioso que pueda estar unido a la tierra ocupada en el pasado por sus profetas, me parece que es un tanto infundada. Una multitud de naciones conquistaron diversos países en diversas ocasiones y posteriormente fueron derrotados y expulsados de ellos. ¿Puede esa conexión, sin lugar a dudas larga, con una tierra que una vez conquistaron, proporcionarles algún derecho después de un lapso de tiempo de, incluso, un siglo? Si esto fuera así, los musulmanes podrían reclamar España, pues gobernaron el territorio durante un período mucho más largo que el que los judíos gobernaron parte de Palestina"(40). Al parecer, los fundamentos del representante de India, que, junto al enviado yugoslavo e iraní, presentaron una "propuesta minoritaria" que formulaba un único "Estado, no fue tomada en cuenta y la UNSCOP recomendó, en un reporte entregado el 1° de septiembre de 1947 que, tras la terminación del Mandato, debería existir un intervalo de tiempo que, bajo algún tipo de tutela internacional, preparara al territorio de Palestina para ser dividido en dos entidades, un Estado Árabe y un Estado Judío, que continuarían unidos económicamente y se estableciera la internacionalización de las ciudades de Jerusalén y Belén. Mientras tanto, el Comité recomendó que la situación de doscientos cincuenta mil judíos europeos, desplazados de Europa durante la Segunda Guerra Mundial, debía aliviarse, pero esquivó la pregunta implícita de que si esta propuesta significaba que a las personas desplazadas se les debía permitir el acceso a Palestina. Por último, se señaló que la violencia llevada a cabo "casi exclusivamente" por las "organizaciones judías clandestinas" hacían muy difícil la ejecución de "una solución acordada por las Naciones Unidas", aunque no se ofrecieron recomendaciones para disminuir la violencia o evitar la posibilidad de una guerra entre judíos y árabes. La reacción británica fue casi inmediata y, en una secreta decisión de Gabinete, el 20 de septiembre de ese mismo año, se estipuló que había que evacuar Palestina completamente cuando se venciera el Mandato (15 de mayo de 1948), dejando en manos de la ONU y las propias poblaciones árabes y judías la responsabilidad de que hubiera una transferencia ordenada (41).

Los sionistas comenzaron una poderosa campaña en los Estados Unidos para que

el presidente Harry Truman apoyara las recomendaciones de la UNSCOP, a pesar de la oposición de su secretario de Estado, George Marshall, que creía que si se declaraba el Estado de Israel se desataría una guerra en Medio Oriente. Dos semanas después de que el Reino Unido hiciera pública su intención de evacuar Palestina, tanto Estados Unidos (el 11 de octubre) como la Unión Soviética (el 13 de octubre) reiteraron su apoyo a la partición en dos Estados. Así, se estipuló que, el 29 de noviembre de 1947, la Asamblea General de las Naciones Unidas emitiera una decisión final sobre el futuro de Palestina, que, según los estatutos, requería dos tercios de los votos para ser aprobada. La votación fue transmitida por radio en el mundo entero y, luego de revisar los informes presentados junto a las apelaciones emocionales enunciadas por varios delegados, se procedió a sancionar la Resolución N° 181, con 33 votos a favor, 13 en contra y 10 abstenciones, que recomendaba la partición de Palestina en un Estado judío y otro árabe, más la internacionalización de la ciudad de Jerusalén. Los votos a favor fueron de Estados Unidos, la mayoría de los países de Latinoamérica y Europa Occidental, los Estados de la "Mancomunidad Británica de las Naciones" (Commonwealth), dos países africanos y la Unión Soviética, junto a su bloque de Europa del Este. Los votos en contra consistieron en los países árabes y musulmanes, India, Grecia y Cuba. Y, entre las abstenciones, figuró la República Argentina, junto a tres países de Centroamérica más Chile, Colombia, Etiopía, China, Yugoslavia (que se opuso a la decisión colectiva soviética) y Gran Bretaña (que, paradójicamente, pretendió ser imparcial). De esta manera, se decidió que el 30% de la población (los judíos) controlara el 55% del territorio, a pesar de que la comunidad judía solo poseía legalmente el 7% del mismo antes de la votación. No obstante, en el propio territorio conferido para el Estado hebreo, los judíos (que con las sucesivas inmigraciones ya constituían un tercio de la población total) apenas serían mayoría pues habría quinientos mil judíos entre una enorme minoría de cuatrocientos mil árabes (42). En el Estado árabe palestino, por su parte, vivirían setecientos mil árabes y solo diez mil judíos. Además, dejaba a Jerusalén bajo supervisión de la Naciones Unidas como un "corpus separatum".

Los representantes sionistas, a pesar de aspirar la totalidad de Palestina y Jerusalén como territorio propio, festejaron la resolución; los árabes, por su parte, abandonaron el recinto, declarándola "inválida" y manifestaron que "cualquier intento de implementarla llevaría a una guerra". Antes de la votación, los representantes árabes, además, habían advertido que, si se conformaba un Estado judío, la población judía que habitaba "tierras árabes" –aproximadamente un millón de personas– se vería amenazada. El movimiento sionista había

aprovechado la inusual situación de entendimiento entre estadounidenses y soviéticos respecto del futuro de Palestina junto al “sentimiento de culpa” de las naciones occidentales por el Holocausto (quienes, sin lugar a dudas, no habían hecho lo suficiente para limitar o detener la tragedia que sufrieron los judíos durante la Segunda Guerra Mundial) para obtener el beneplácito internacional sobre la instalación de un Estado para el pueblo judío en Medio Oriente. Sin embargo, los “árabes palestinos”, que no habían provocado ni tenido incidencia en el Holocausto, ahora eran quienes sufrían parte de sus consecuencias.

El día después de la votación en las Naciones Unidas, se desató la violencia: una emboscada contra un autobús culminó en la muerte de cinco judíos, aunque, hasta el día de hoy, no se sabe si el hecho fue una respuesta a la decisión de Naciones Unidas o un acto de venganza por un ataque de una organización paramilitar judía cometido días atrás (43). El 1° de diciembre de 1947, el Alto Comité Árabe (AHC), declaró tres días de huelga que acompañó con violentos ataques contra civiles judíos.

Así, en el medio de una guerra con los árabes de Palestina y de países vecinos, nació el Estado de Israel, el 14 de mayo de 1948. La Guerra de la Independencia (como la llaman los israelíes) o la Nakba (“catástrofe”, como la denominan los palestinos) tuvo dos fases bien definidas: la primera, que va desde el 29 de noviembre de 1947 –cuando se dictó la resolución de Naciones Unidas– hasta 14 de mayo de 1948 –cuando el Estado de Israel fue declarado por el líder judío y futuro Primer Ministro de Israel, David Ben Gurión luego de la retirada británica–. La segunda etapa fue la que se extendió desde el 15 de mayo de 1948 –momento en el cual ejércitos de cinco países árabes invadieron al recién proclamado Estado de Israel– hasta el cese de hostilidades, el 7 de enero de 1949 y el comienzo de las negociaciones de armisticio.

Estas dos fases arrojaron sendas victorias para el Estado de Israel: la primera, frente a las comunidades árabes de Palestina, la segunda, contra los ejércitos regulares de los países árabes. Durante el transcurso de las hostilidades, más precisamente durante la primera parte, se inició la exclusión de cuatrocientos mil palestinos de sus poblados, con el fin de absorber la mayor cantidad posible de su territorio, pero con la menor cantidad de árabes adentro, alterando, de este modo, el carácter étnico y demográfico del naciente Estado de Israel. En la segunda fase, el Reino Hachemita de Transjordania –luego Jordania– invadió Palestina y se apoderó de la mayor parte de las áreas designadas para un “Estado árabe” en el Este (Cisjordania), incluyendo Jerusalén Este, junto a sus lugares

santos (Egipto, por su parte, ocupó la porción entregada a los árabes palestinos en el Oeste, la Franja de Gaza). Cuando a principios de 1949 se llegó a un armisticio entre los bandos en pugna, Israel ya controlaba el 78% del área total del Mandato Británico, una mejora considerable del 55% que se le había determinado por la Partición de Naciones Unidas y los palestinos seguían sin un Estado independiente. Asimismo, se completó la destrucción de los poblados palestinos que prontamente totalizaron más de medio millar, alcanzando el número de más de setecientos mil refugiados, que pronto se esparcieron en campos de acogida a través de El Líbano, Siria, Jordania, Gaza y Cisjordania, creando la “diáspora palestina” y su problemática situación, vigente hasta la actualidad.

31. Neil Caplan, Palestine jewry and the arab question 1917-1925, Frank Cass, Londres, 1978.

32. Abdelwahab Meddeb y Benjamin Stora (edits.), A history of jewish-muslim relations: from the origins to the present day, Princeton University Press, Nueva Jersey, 2013.

33. Gudrun Krämer, History of Palestine: from the ottoman conquest until the creation of the State of Israel, Princeton University Press, Nueva Jersey, 2008.

34. Jess Olson, Nathan Birnbaum and jewish modernity: architect of zionism, Yiddishism, and Orthodoxy, Stanford University Press, California, 2013.

35. Avi Shlaim, The iron wall: Israel and the Arab World, Penguin Books, Londres, 2000.

36. Lawrence J. Epstein, The dream of Zion: the story of the first zionist congress, Rowman and Littlefield, Londres, 2016.

37. https://www.mfa.gov.il/mfa/foreignpolicy/peace/guide/pages/the%20balfour%20d

38. Mirian Joyce Haron, “The british decision to give the palestine question to the United Nations, Middle Eastern Studies, Vol. XVII, N° 2, 1981. http://www.jstor.org/stable/4282830

39. https://unispal.un.org/unispal.nsf/0/07175de9fa2de563852568d3006e10f3

40. Nota especial del Representante de India Abdur Rahman, https://unispal.un.org/unispal.nsf/c17b3a9d4bfb04c985257b28006e4ea6/fb6dd3f0 OpenDocumentjj

41. Benny Morris, Righteous Victims, Alfred A Knopf, Nueva York, 1999.

42. Ian Black, Enemies and Neighbors: arabs and jews in Palestine and Israel, 1917-2017, Penguin Random House, Londres, 2017.

43. Benny Morris, Righteous Victims, Alfred A Knopf, Nueva York, 1999.



Capítulo 4. 1951

Nacionalización del petróleo de Irán

“Sí, mi pecado, incluso mi mayor pecado, es que nacionalicé la industria petrolera de Irán y descarté el sistema de explotación política y económica del mayor imperio del mundo. Esto, a costa de mí mismo y de mi familia; con el riesgo de perder mi vida, mi honor y mi propiedad”(44).

MOHAMMAD MOSSADEGH, PRIMER MINISTRO DE IRÁN, 1953

El petróleo desempeñó un papel fundamental en la aparición histórica de los Estados modernos de Medio Oriente. Para algunos países como Irán, ese surgimiento se desarrolló bajo el control colonial de las compañías petroleras extranjeras, apoyadas diplomática y militarmente por las potencias imperiales, que necesitaban del petróleo para alimentar sus economías industriales. De esta manera, la historia de emancipación nacional de muchos de esos Estados se produjo cuando el petróleo fue recuperado del control extranjero para apoyar el desarrollo económico nacional y lograr la lealtad de la ciudadanía hacia el nuevo o reformado Estado. Irán es el claro ejemplo de esa tensión geopolítica entre la dominación extranjera y la autonomía nacional con el petróleo como efecto regulador.

Durante la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña y Rusia ocuparon y se dividieron en “zonas de influencia” a Irán (lo que en aquel momento se llamaba Persia con el fin de mantener a los ejércitos otomanos y alemanes controlados y, de este modo, asegurar las reservas petroleras. El fin de la guerra no trajo solución alguna: el recién conformado Ejército Rojo, a pesar de las declaraciones de los líderes bolcheviques, continuaba amenazando desde el norte; y Gran Bretaña, que se estaba dividiendo los territorios del difunto Imperio Otomano junto con Francia, contemplaba la oportunidad de anexar Irán. El entonces secretario de Relaciones Exteriores de la Corona Inglesa, Lord Curzon creía que: “Dios seleccionó personalmente a la clase alta británica como instrumento de la voluntad divina” y elaboró un acuerdo anglo-persa en 1919 para tratar de

contener la amenaza soviética (45). Al mismo tiempo terminaba por menoscabar la soberanía iraní, puesto que concedía a los británicos el control sobre los asuntos financieros y militares de Irán. El acuerdo fue denunciado por la sociedad iraní –que en esos momentos atravesaba una liberalización de sus instituciones políticas y había establecido un parlamento como resultado de la Revolución Constitucional de 1905-1907– y miembros pro-británicos del Majlis (el Congreso iraní) fueron atacados y agredidos físicamente. Frente a esta oposición, Curzon se puso más intransigente: “Estas personas tienen que ser aleccionadas a cualquier precio, no pueden seguir adelante sin nosotros”(46). A pesar de la obstinación del influyente secretario inglés, las protestas finalmente hundieron el acuerdo anglo-persa.

No obstante, otro acuerdo preexistente obligaba a Irán a someterse económicamente al Reino Unido. El Shah (monarca) de Persia le otorgó, en 1901, la primera concesión petrolera de todo Medio Oriente a un emprendedor australiano-británico llamado William Knox D’Arcy. Este no poseía ninguna compañía así que, cuando sus fondos se agotaron, se asoció con la empresa petrolera Burmah, en 1905. Tres años más tarde, se extraería, por primera vez, petróleo en Persia y, al año siguiente del descubrimiento, el emprendedor británico fundaba la Anglo-Persian Oil Company (APOC). El gobierno británico apoyó con toda su fuerza la concesión debido a que le garantizaba –además del petróleo necesario para su armada– la posibilidad de ejercer su ominosa influencia sobre los persas, en detrimento de los rusos, y proteger el Océano Índico contra la intromisión de cualquier otra potencia extranjera. Tan interesados estaban los británicos que consiguieron el 51% de las acciones de la Anglo-Persian; esto les proporcionó que el 84% de las ganancias del petróleo iraní se trasladara a Gran Bretaña (47).

En 1925, Reza Khan, un soldado del regimiento de cosacos persas que había luchado contra la influencia soviética en el noroeste del país con el beneplácito de los británicos, aprovechó el caos de la posguerra para tomar el poder total de país, derrocar al Shah y fundar una nueva dinastía gobernante: los Pahlavi. Tiempo más tarde, cuando en 1932 los precios mundiales del petróleo bajaron producto de la depresión mundial, Reza Khan, en su calidad de Shah, negoció un nuevo acuerdo con la APOC (luego de que Reza Khan cambiara el nombre del país, del griego y extranjero “Persia”, por el histórico y nacional “Irán”, la compañía comenzó a llamarse Anglo-Iranian Oil Company), que resultó ser notablemente similar al anterior: aunque aumentaba en un porcentaje mínimo las ganancias iraníes y reducía el área de concesión en un 75%, se extendía la

duración del contrato treinta y dos años más que el original, hasta 1993 (48). Contrariado por la constante influencia británica en los asuntos económicos y la constante amenaza soviética en su territorio, Reza Khan fomentó el comercio con el ascendente Tercer Reich alemán, que pronto se transformó en el mayor socio comercial de su país. Cuando se desató la Segunda Guerra Mundial, Irán declaró su neutralidad, aunque permitió operar en su suelo a cientos de agentes alemanes. Por su parte las potencias aliadas necesitaban al país persa como "ruta" para transportar armamento al teatro de operaciones ruso y temían que los nazis usaran a Irán como plataforma para atacar la frontera sur de la Unión Soviética. Por lo tanto, Gran Bretaña y la Unión Soviética invadieron en simultáneo a Irán el 26 de agosto de 1941 y ocuparon el país hasta 1946. Lo que forzó la abdicación de Reza Khan quien dejó el trono a favor de su hijo Mohammad Reza Pahlavi que, con sólo 21 años y ninguna experiencia gestión gubernamental, se convirtió en el nuevo Shah de Irán. El objetivo de la invasión fue un éxito: a través de Irán, Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética movieron, en conjunto, más de cinco millones de toneladas de municiones y material de guerra durante el conflicto bélico (49).

La ocupación aliada se dio en un período de grandes privaciones económicas para Irán, aunque, paradójicamente, permitió una apertura política que revitalizó los partidos políticos, las uniones industriales y la prensa (el Partido Comunista iraní Tudeh tomó la delantera en la afiliación de trabajadores industriales y se abrieron numerosos periódicos). En 1944, mientras Estados Unidos negociaba una concesión petrolera con Irán, la Unión Soviética exigió lo mismo en cinco provincias iraníes del norte del país. El Parlamento, para contrarrestar las maniobras, aprobó una ley que le prohibía al gobierno discutir cualquier tipo de arreglo hasta el final de la guerra. Cuando terminó, Gran Bretaña se retiró poco después –tal como había pactado– pero los soviéticos permanecieron y promovieron dos "repúblicas democráticas del pueblo", dentro de los límites iraníes.

En abril de 1946, la Unión Soviética firmó, al fin, una concesión petrolera con el gobierno iraní (que luego se cancelaría en el Majlis por 102 votos contra 2) y, un mes más tarde, se retiró de Irán por la presión de la recién nacida Organización de las Naciones Unidas junto a Estados Unidos (50). En julio de ese mismo año ocurrió algo inédito para la historia del país: una huelga laboral de cincuenta mil trabajadores en el pozo petrolero de Abadan –el más grande del mundo en aquel entonces– que exigía mejores condiciones de vivienda y salud, pero, principalmente, que su trabajo y el de sus empleadores estuviera sujeto a las

leyes iraníes y no a las británicas. Los ingleses, acostumbrados por su larga experiencia de conflictos con poblaciones nativas colonizadas, escogieron el camino de la confrontación: organizaron un sindicato integrado casi exclusivamente por árabes y separatistas tribales (la gran mayoría de la población iraní no es "étnicamente" árabe) y los enviaron a destruir la huelga (51). Luego de decenas de muertos y cientos de heridos, el conflicto sólo acabó cuando la Anglo-Iranian Oil Company accedió a someterse a la legislación laboral de Irán; acción que, a pesar de su compromiso, los británicos nunca realizaron. Sí, en cambio, enviaron dos destructores navales a las cercanías de Abadan para demostrar la amenaza de su poderío (52). Este episodio inflamó aún más a la opinión pública iraní y la idea de la nacionalización del petróleo comenzó a germinar en la sociedad.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, sentimientos nacionalistas empezaron a surgir en Medio Oriente. En ese contexto, Irán encabezó la ola con su descontento por la división de los ingresos de su petróleo, por la cual la Anglo-Iranian Oil Company enviaba el doble, incluso el triple, de dinero al gobierno británico por impuestos, que el que recibía el Estado iraní por las regalías de la extracción de su propio petróleo (53). Entre 1913 y 1952 la Anglo-Iranian Oil Company obtuvo ganancias brutas de 3.000 millones de dólares mientras que Irán recolectó apenas 624 millones en el mismo período de tiempo.

Intelectuales y activistas iraníes ya habían empezado a desafiar el arbitrario poder de los imperios europeos en el siglo XIX pero, mientras que esa primera camada estaba dominada por polémicos religiosos como Sayyid Jamal ad-Din al-Afghani (ideólogo de la "protesta del tabaco" contra el monopolio británico de la producción, venta y exportación de tabaco en 1891), la generación posterior se había formado intelectualmente en el extranjero o en instituciones occidentales, que permitía dotar a sus compatriotas –cada vez más inquietos en buscar alguna respuesta que no fuera solamente la religiosa en un país profundamente musulmán– de una ideología nacionalista y anticolonial coherente con sus desarrollos seculares. Producto de esas nuevas enseñanzas, pero sin dejar de relacionarse con la tradición religiosa chiíta tan arraigada en un país piadoso como Irán, se destacó un político iraní: Mohammed Mossadegh. Este fue un histórico miembro del parlamento con linaje de la dinastía real que precedió a los Pahlavi (los Qajar). Se había destacado como ministro de Economía y como líder en el Majlis en su oposición a la concesión petrolera que habían querido obtener los soviéticos. En 1949, Mossadegh fundó el Frente Nacional, una coalición política encabezada por profesionales que, en su mayoría, había

estudiado en Francia y que conformaba un amplio espectro de partidos y asociaciones, como el Partido de Trabajadores de la Nación Iraní (un partido de izquierda no comunista liderado por Khalil Maleki y Mozzafar Baghai) y el Mujahideen Islam (un partido islámico dirigido por el ayatolá Abolqasem Kashaní).

Luego de que, a fines de 1950, el rey de Arabia Saudita, Ibn Saud, lograra que la empresa petrolera estadounidense ARAMCO –que extraía el petróleo de su reino–dividiera sus ganancias en una base del fifty-fifty con los sauditas, los iraníes encabezados por Mossadegh exigieron la misma prerrogativa. No obstante, el Ministerio de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña rechazó la idea de un acuerdo similar para Irán (54). Cuando, finalmente en febrero de 1951, la AIOC –por consejo de los estadounidenses– decidió compartir las ganancias en partes iguales con Irán, el Frente Nacional ya tenía la mayoría de los asientos del Parlamento y la idea de la nacionalización total del petróleo iraní ya atravesaba a toda la sociedad iraní. Aprovechando la atmósfera nacionalista que existía en Irán, el Frente Nacional presentó una propuesta para nacionalizar la industria del petróleo y el 15 de marzo de 1951, por recomendación de un Comité Especial encabezado por Mossadegh, el proyecto recibió la aprobación parlamentaria del Majlis. El 20 de marzo, el Senado siguió el ejemplo y aprobó finalmente la Ley de Nacionalización. Acorralado por la decisión de los parlamentarios y el sentimiento de su pueblo, el Shah Reza Pahlavi no tuvo otra opción que nombrar, el 28 de abril de 1951, a Mossadegh como primer ministro del país y, tres días después, se anunció la nacionalización del crudo iraní.

Gran Bretaña no se quedaría con los brazos cruzados. Procedió a evacuar a técnicos ingleses (unos tres mil profesionales) que operaban las facilidades petroleras iraníes e impuso un embargo mundial a la compra del petróleo iraní. Para que no quedaran dudas de sus intenciones enviaron nuevamente buques de guerra con la orden de secuestrar cualquier carguero que saliera de las costas iraníes con petróleo para la venta. A la vez, presionó a las compañías petroleras para que aumentaran la producción en Estados Unidos, Arabia Saudita, Kuwait e Irak para sustituir el faltante mundial del petróleo iraní. El Reino Unido, además, decidió atacar la legalidad de la nacionalización del petróleo iraní y llevó su caso al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y a la Corte Internacional de Justicia de La Haya. La Corte falló en favor de Irán pero no logró resolver la disputa con la AIOC. El delegado británico ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Gladwyn Jebb, fundamentaba su postura de esta manera: “Por una serie de acciones insensatas, el gobierno iraní está causando que el

funcionamiento de una gran empresa, que es de gran beneficio no sólo para el Reino Unido e Irán sino para todo el mundo libre, se detenga. A menos que esto se corrija con celeridad, la totalidad del mundo libre será mucho más pobre y más débil, incluyendo el propio pueblo iraní, que está siendo engañado."(55)

La constante popularidad de Mossadegh, sumada a su intransigencia para llegar a un acuerdo en la cuestión del petróleo, lo enfrentó cada vez más con Reza Phalavi y en el verano boreal de 1952, cuando el Shah se rehusó a permitir que el primer ministro pudiera designar al ministro de Guerra (y, de este modo, hacerse del control de las Fuerzas Armadas), Mossadegh renunció (56). Después de tres días de movilizaciones y protestas multitudinarias (en gran parte encabezadas por el Partido Comunista, Tudeh), Reza Phalavi se vio obligado a volver a nombrar a Mossadegh como Primer Ministro. Cuando, en octubre de ese año, Mossadegh descubrió los planes ingleses para derrocarlo, cerró la embajada británica y expulsó a todos sus diplomáticos, incluidos los agentes clandestinos que operaban en su país (57). De forma inmediata, Gran Bretaña, ya sin personal para organizar un golpe de Estado, trató de convencer a Estados Unidos para que los ayudaran en sus intentos pero el presidente estadounidense, Harry Truman, veía con simpatía la movida del Primer Ministro. No sólo Truman simpatizaba con los movimientos nacionalistas de la época sino también su administración, que consideraba que la medida los beneficiaría económicamente (58). Por otra parte, la Agencia Central de Inteligencia norteamericana, la CIA, todavía no había derrocado a un gobierno extranjero (aunque si habían apoyado el golpe de Estado de 1949 producido en Siria) y Truman no quería profundizar ese rol de la Agencia en el exterior.

Dos meses más tarde, cuando el ayatolá Kashani, que se desempeñaba como presidente del Parlamento, se opuso a que Mossadegh volviera a exigir una extensión de sus poderes, se produciría una escisión en el Frente Nacional que resultaría determinante para el futuro de sus aspiraciones políticas y económicas. El pedido de prolongación de poderes para Mossadegh fue aceptado por los diputados y Kashani, humillado, comenzó a cooperar con el Shah y los británicos, llevándose consigo el apoyo de las clases bajas y medias religiosas, aunque la verdadera razón de su salida fue la negativa del primer ministro iraní de no vetar una futura legislación que garantizara la posibilidad del voto femenino y la no-implementación de la sharia (ley islámica) en el país (59). Pocos meses más tarde, Mossadegh seguiría perdiendo apoyo dentro de su propio partido debido a que la economía sufría, en gran escala, las medidas contra su petróleo a la vez que se veía imposibilitado en profundizar otras

reformas domésticas exigidas por sus adeptos.

Al tiempo que se sucedían estos acontecimientos al interior de Irán, la posición de Estados Unidos cambió radicalmente. Dwight Eisenhower asumió la presidencia del país en 1953 y, junto con él, el secretario de Estado, John Allen Dudes, con una clara intención de frenar un hipotético avance del comunismo en los considerados países tercermundistas. Ya sin la presión de Truman, el Primer Ministro inglés, Winston Churchill cambió la estrategia y logró convencer a los estadounidenses de la imposibilidad de un compromiso con Mossadegh ya que éste seguía cooperando con el Tudeh (en 1949 se había declarado ilegal al partido comunista iraní pero Mossadegh les había permito operar libremente y había escogido a algunos de sus miembros para colocarlos en puestos de gobierno) y, según su perspectiva, la situación llevaría a Irán inexorablemente hacia el comunismo. Irán tenía todos los elementos para ser considerado un grave peligro: poseía una inmensa riqueza petrolera, compartía una amplia frontera con la Unión Soviética, funcionaba en su interior un activo partido comunista y un presidente nacionalista decidido. Así las cosas, en julio de 1953, Estados Unidos aprobó un plan inglés que consistía en una operación conjunta entre la CIA y el MI6 (la agencia de inteligencia británica), bajo el nombre clave de TPAJAX o AJAX, para acabar con el gobierno de Mossadegh (60). Para dirigir la operación, se eligió a un oficial de la CIA con considerable experiencia en Medio Oriente, Kermit Roosevelt -nieto del otrora presidente Theodore Roosevelt-, quien viajó raudamente a Irán. Una vez allí, terminó de coordinar una vasta red de experimentados agentes iraníes −que desde hacía años eran financiados por la CIA− y, simultáneamente, ensamblaron una red clandestina de clérigos religiosos, jefes militares, políticos, editores periodísticos y líderes de pandillas callejeras para sus propósitos.

El plan de la Operación AJAX se basaba en una intensa campaña psicológica contra Mossadegh: durante la primavera y verano de ese año no pasó ni un solo día sin que algún político, religioso o periodista no haya atacado y denunciado al Primer Ministro iraní sobre su supuesta “corrupción personal” asociándola al comunismo, su hambre de poder y hasta una inventada “ascendencia judía” (61). Tiempo después, el Shah expulsó a Mossadegh de sus funciones, a pesar de que el monarca estaba imposibilitado de hacerlo sin la aprobación del Parlamento. Siguiendo el plan, el 13 de agosto, el Shah Reza Pahlavi nombró como primer ministro a un militar retirado y antiguo aliado de Mossadegh, Fazlollah Zahedi (preso durante la Segunda Guerra Mundial por su colaboración con los nazis), quien había recibido más de cien mil dólares de la CIA para participar del

complot. Mossadegh, alertado del mismo, se rehusó a cooperar y arrestó al jefe de la Guardia Imperial iraní, enviado por el Shah con un decreto real. El plan pareció, por un momento, destinado al fracaso; incluso la CIA intentó cancelarlo sin éxito y el Shah, temeroso, abandonó Irán. Luego de cuatro días de disturbios encabezados por simpatizantes realistas, religiosos antiliberales y militares opositores (motivados por la sorprendente decisión del Primer Ministro iraní de reprimir las marchas a su favor articuladas por el Tudeh con el fin de restaurar el orden en las calles (62)), Mossadegh fue detenido y sentenciado a prisión domiciliaria de por vida hasta su muerte. El primer golpe de Estado organizado y ejecutado por la CIA en el mundo había triunfado: el Shah regresó al país, cinco mil personas fueron arrestadas y asesinadas por oponerse al complot −incluido Hossein Fatemi, canciller de Irán y mano derecha de Mossadegh en la nacionalización del petróleo iraní− y finalmente Fahedi fue ungido Primer Ministro. Paradójicamente, mientras se esperaba el discurso inaugural por radio del nuevo jefe de Estado, los agentes estadounidenses no tuvieron mejor idea −para vergüenza de todos los oyentes− que poner Star-Spangled Banner (el himno estadounidense) como primera canción dispuesta para matizar la espera (63). Al año siguiente, la Anglo-Iranian Oil Company volvió a operar en Irán con un nuevo nombre, British Petroleum (BP) y Estados Unidos reclamó su premio y exigió una renegociación petrolera con la Compañía Nacional de Petróleo creada en 1951 durante la nacionalización. Bajo el arreglo, las ganancias se dividirían 50 y 50 entre la empresa estatal y un consorcio multinacional donde la British Petroleum mantendría el 40% de esa mitad mientras las empresas petroleras de Estados Unidos se apoderarían del restante 60%. (64)

Casi cincuenta años después, en su discurso en marzo de 2000, la secretaria de Estado Madeleine K. Albright, reconoció el papel fundamental que había jugado el golpe de Estado de su país contra Mossadegh en la complicada relación de la ciudadanía iraní con Estados Unidos y expresó una suerte de disculpa cuando señaló que “el gobierno de Eisenhower creía que sus acciones estaban justificadas por razones estratégicas pero el golpe fue un revés para el desarrollo político de Irán. Y es fácil de ver, ahora, por qué muchos iraníes continúan con resentimiento por aquella intervención de Estados Unidos en sus asuntos internos”(65).

▪

44. Ofer Israeli (2013). The Circuitous Nature of Operation Ajax. Middle Eastern Studies, 49(2), 246–262. http://www.jstor.org/stable/23470987

45. Frank Maloy Anderson et al. (1935), “The last phase, 1919-1925. A study in post-war diplomacy”, The American Historical Review, Vol. 40, N° 4. https://doi.org/10.2307/1842439

46. John Ghazvinian, America and Iran: a history, 1720 to the present, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2021.

47. Akbar E. Torbat, Politics of oil and nuclear technology in Iran, Palgrave MacMillan, Londres, 2020.Principio del formularioFinal del formulario

48. Amin Saikal, The rise and fall of the Shah: Iran from autocracy to religious rule, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1980.

49. Martin Gilbert, The Routledge Atlas of the Second World War, Routledge, Nueva York, 2009.

50. Vladislav M. Zubok, A failed empire: the Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2009.

51. Ervand Abrahamian, Iran between two revolutions, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1982.

52. https://www.nytimes.com/1946/08/03/archives/british-send-force-from-india-to-iraq-troops-ready-to-protect-lives.html

53. Gholam Reza Afkhami, The Life and Times of the Shah, University California Press, California, 2009.

54. John Ghazvinian, America and Iran: A History 1720 to the Present, 163, New York, Alfred A, Knopf, 2021

55. https://www.nytimes.com/1951/10/16/archives/text-of-jebbs-speech-and-excerpts-from-mossadegh-address-in-un-the.html

56. Negar Mottahedeh, #Iranelection: hashtag solidarity and the transformation of online life, Standford University Press, California, 2015.

57. Ali Ansari, Modern Iran: reform and revolution, Routledge, Nueva York, 2007.

58. Mark J. Gasiorowski y Malcolm Byrne (edits.), Mohammad Mosaddeq and the 1953 coup in Iran, Syracuse University Press, Nueva York, 2004.

59. Ervand Abrahamian, The Coup: 1953, the CIA, and the roots of modern U.S.-iranian relations, The New Press, Nueva York, 2013.

60 Ibíd.

61. Mark J. Gasiorowski, Malcolm Byrne (edit), Mohammad Mosaddeq and the 1953 Coup in Iran, 245, New York, Syracuse University Press, 2004.

62. Ali Rahnema, Behind the 1953 Coup in Iran: thugs, turncoats, soldiers, and spooks, Cambridge University Press, Cambridge, 2015.

63. Stephen Kinzer, All the Shah's Men: an american coup and the roots of Middle East terror, Nueva Jersey, John Wiley & Sons, Hoboken, 2003.

64. Peter Avery, Gavin Hambly y Charles Melville (edits.), The Cambridge History of Iran, Vol. VII, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.

65. Richard W. Mansbach y Kirsten L. Taylor, Challenges for America in the Middle East, CQ Press, California, 2017.



Capítulo 5. 1956

Crisis de Suez

"El genio de los americanos es que nunca hacen movimientos estúpidos bien definidos, sólo movidas estúpidas y complejas que hace que nos preguntemos si hay algo en ellos que nos estamos perdiendo."(66)

GAMAL ABDEL NASSER, PRESIDENTE DE EGIPTO, 1957

La Crisis o Guerra de Suez marcó un antes y un después en la historia de Medio Oriente. Fue el momento preciso en que Estados Unidos empujó fuera de la región a Francia y Gran Bretaña y trató de ocupar su lugar. El camino que llevó a la "Crisis de Suez" comenzó en 1947, cuando el Ministerio de Relaciones Exteriores británico le alertó al Departamento de Estado norteamericano que el Reino Unido ya no podía permitirse mantener sus posiciones en Grecia y Turquía contra la creciente presión de la Unión Soviética. Pronto, Estados Unidos se vería comprometido a ocupar su lugar para mantener "contenidas" a las repúblicas soviéticas, convirtiendo a Medio Oriente en un territorio esencial para esa política de contención. Poco después de la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña y Francia habían sido los "custodios" de los musulmanes árabes y, aunque a mediados de siglo, todos los Estados árabes ya habían alcanzado su independencia (las monarquías del Golfo harían lo propio a fines de los años 60 y principios de los años 70), las compañías petroleras europeas y estadounidenses (con el apoyo de sus respectivos Estados) seguían representando intereses en la región, como había quedado demostrado en la fallida nacionalización del petróleo de Irán. En el caso de Egipto, recién en el otoño boreal de 1954, Gran Bretaña, que mantenía su presencia "regulada" en el Canal de Suez mediante una importante base militar y una guarnición de 80.000 hombres, había aceptado retirarse de la instalación después de que una revolución egipcia, más la presión constante de los ataques nacionalistas, la instara a hacerlo. Hacia 1955, dos tercios del petróleo europeo pasaba por el Canal (67).

Aquella retirada no fue simple ni mucho menos deseada. En 1951, Egipto revocó, unilateralmente el tratado anglo-egipcio de 1936 que garantizaba a los británicos una permanencia de veinte años en el Canal de Suez, a pesar de que el acuerdo proclamaba a Egipto como un “Estado soberano e independiente” (68). Pero Gran Bretaña estaba decidido a no reconocer la medida y se rehusó a implementarla, amparándose en sus derechos establecidos en el tratado. La presencia de la corona inglesa en suelo egipcio era de larga data: Gran Bretaña había ocupado y dominado a Egipto desde 1882 hasta 1922 (año en que se declaró “nominalmente” su independencia) y entre 1942 hasta 1945 (producto de la invasión británica en la zona durante la Segunda Guerra Mundial). Sólo en 1956 los británicos dejaron de ejercer su informal dominación colonial de Egipto, cuando abandonaron la posesión de la fundamental hidrovía que conecta Europa, África y Medio Oriente: el Canal de Suez.

Cuatro años antes, en 1952, un movimiento de oficiales militares denominado Movimiento de Oficiales Libres forzó el exilio del rey egipcio Farouk. La acción se produjo luego de que se desencadenaran masivas protestas en el país contra la presencia inglesa y contó con el apoyo tanto de Estados Unidos como de la Unión Soviética, que ayudaron a instigar la movida revelando la corrupción y opulencia del monarca egipcio junto a la influencia colonial británica en los designios de su gobierno. Un año más tarde, el grupo de oficiales asumió legalmente un gobierno que ya controlaban. El jefe titular de la junta fue el general Muhammad Naguib, que luego sería apartado de su cargo y caería en desgracia. El verdadero poder detrás de Naguib era un ambicioso joven y visionario coronel que soñaba con la independencia total de las naciones árabes, con Egipto como centro de ese renacimiento. Su nombre era Gamal Abdel Nasser.

Estados Unidos aborrecía el colonialismo europeo, especialmente el británico; incluso, durante la Primera Guerra Mundial, había dudado sobre su entrada en la contienda, aunque finalmente se decidió por Gran Bretaña y Francia, pero no como “aliado” sino como “poder asociado”, dejando bien en claro que no compartía los objetivos de dichas las potencias. En 1953, cuando Dwight D. Eisenhower asumió la presidencia, la CIA se encontraba en la búsqueda un líder árabe popular que fuera capaz de tomar decisiones “impopulares” que sirvieran como barrera de defensa contra el expansionismo de los soviéticos. Los hermanos Dulles (John Foster era secretario de Estado y Allen era el director de la CIA) propusieron a Nasser como candidato para esa función (69). Pero el líder egipcio tenía pocos deseos de luchar contra la Unión Soviética y poseía una

agenda propia, distinta a la de los estadounidenses: unir al pueblo árabe bajo su mando. Para alcanzar ese objetivo necesitaba, principalmente, enfrentar al imperialismo occidental: para enojar aún más a Estados Unidos, Nasser había declarado su “neutralidad” en la Guerra Fría que lo enfrentaba a la Unión Soviética. Entonces, los hermanos Dulles decidieron ensamblar el Pacto de Bagdad, una alianza defensivo-militar entre Gran Bretaña, Turquía, Irak, Irán y Pakistán, cuyo principal objetivo era prevenir la “penetración” comunista formando una barrera de Estados a lo largo de la frontera sudoeste de la Unión Soviética con Medio Oriente (70). Cada país tenía un objetivo: Turquía contendría a los países comunistas europeos, Irak trataría de supervisar a Siria mientras apuntalaba a sus vecinos, Irán serviría como barrera contra las repúblicas socialistas del sur de la Unión Soviética, Pakistán tendría el difícil trabajo de balancear el poder de India (otro importante y sospechado “gigante neutral”) mientras que Gran Bretaña mantendría su alicaída influencia en la zona. Estados Unidos, que había modelado el “pacto” y también había suscripto acuerdos individuales con cada una de las naciones firmantes, decidió no unirse formalmente y controlar al grupo en calidad de “observador”. El problema de esta organización es que, en su interior, sólo contenía a un país árabe y, por consiguiente, un único líder árabe, personificado en la figura del Primer Ministro iraquí (pro-británico) y claro rival político de Nasser, Nuri al-Said. Nasser no se demoró en responder y ordenó la compra de una gran cantidad de armamento a la Unión Soviética. Al principio, pareció que Estados Unidos intentaría modificar su estrategia hacia Nasser y trataría de contenerlo. Para hacerlo, le ofrecieron financiar −junto a los británicos− la represa de Asuán, un proyecto fundamental del líder egipcio para intentar modernizar Egipto. Pero, inesperadamente, cancelaron el proyecto a último momento, humillando de este modo a Nasser. No obstante, el presidente egipcio tenía otro plan para contrarrestar los juegos de las potencias y costear la ansiada represa: la nacionalización del Canal de Suez.

La historia de la construcción del Canal de Suez se remonta a 1854, cuando el ex diplomático francés Ferdinand de Lesseps convenció al virrey de Egipto, Muhammad Said Pasha, de que permitiera la edificación de un canal de navegación a través de los 161 kilómetros de desierto −entre África y Asia− que separan al Mar Rojo del Mar Mediterráneo. Con ese propósito, en 1858 se constituyó la Compañía Universal del Canal Marítimo de Suez. Gran Bretaña, que sospechaba de todo aquello que tuviera que ver con Francia y su influencia en la región, declinó la oferta de compra de acciones de la compañía e, incluso, organizó un boicot que culminó en la falta de inversores para el proyecto (71).

Esta situación provocó que Egipto adquiriera el 44% de las acciones para el avance de la obra, mientras que Francia conservaba el 56% restante. La construcción comenzó el 25 de abril 1859 y el Canal fue inaugurado, a fines de 1869 (treinta años después una gigantesca estatua de la figura de Lesseps, con la mano derecha extendida dándole la bienvenida a los visitantes, se colocaría en la entrada del pasaje marítimo).

A pesar de la oposición británica al proyecto francés, durante el primer año de vida del Canal, tres cuartas partes de los buques que lo utilizaron fueron británicos; incluso, el primer barco que lo atravesó en la inauguración también tuvo la misma línea de bandera (72). A mediados de la década de 1870, Ismail Pasha, el sucesor del virrey Said, puso a la venta las acciones de su país sobre el Canal con la intención de paliar las importantes deudas que había contraído su gobierno. Así, el Primer Ministro británico, Benjamín Disraeli, compró toda la participación de Egipto por poco menos de cuatro millones de libras esterlinas y aseguró una destacada presencia del Reino Unido en el funcionamiento de la importante vía fluvial y comercial (73). La Convención de Constantinopla de 1888 declaró al Canal como “zona neutral” y profundizó el control británico al ponerlo bajo su protección durante la ocupación de Egipto iniciada en 1882. De este modo, el Canal de Suez le proporcionó a Gran Bretaña una ruta marítima más corta para el desarrollo de un imperio que se extendía desde el Caribe en el oeste hasta Singapur, Malasia y Hong Kong en el este y que, durante el siglo siguiente, crecería en importancia con el desarrollo de las zonas petroleras del Golfo Pérsico.

Durante las dos guerras mundiales, el Canal de Suez fue atacado; poco después del estallido de la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña declaró a Egipto como Protectorado y fuerzas británicas e hindúes fueron enviadas para proteger el Canal. El Imperio Otomano, que había entrado en la guerra como aliado de Alemania, envió tropas para apoderarse del Canal, en febrero de 1915, pero su ataque fue rechazado. Entretanto, durante la Segunda Guerra Mundial, alemanes e italianos habían intentado llegar nuevamente al Canal, ya que les era de suma importancia en el transporte de petróleo para los aliados en sus zonas de guerra, pero la defensa británica, encabezada por el teniente general Bernard Montgomery, provocó la retirada y posterior rendición de las fuerzas del Eje (74).

La cancelación del financiamiento estadounidense para la construcción de la represa de Asuán provocó que el Reino Unido imitara la medida y también

replegara su oferta. Sin los avales de las dos grandes potencias, el Banco Mundial le negó a Egipto un prometido adelanto monetario de 200 millones de dólares, terminando de facto con el ansiado propósito de Nasser. Pero el líder egipcio no estaba dispuesto a claudicar en sus objetivos y redobló la apuesta: el 26 de julio de 1956 (poco más de un mes de cumplida la retirada de la guarnición británica, negociada dos años antes en el Canal), ante una multitud en la ciudad de Alejandría, promulgó la nacionalización del Canal de Suez, anunciando que los ingresos de la hidrovía serían para el financiamiento de la represa de Asuán. Resultó paradójico que en su histórico discurso, nacionalista, lleno de diatribas contra todo imperialismo, el presidente de Egipto pronunciara unas exageradas trece veces el nombre del ideólogo del Canal, el francés De Lesseps, pero el nombre del diplomático galo era la palabra clave para que el ejército egipcio iniciara la toma del Canal (una multitud de egipcios terminó dinamitando la estatua de Lesseps en la puerta del canal).(75) La acción fue un claro desafío a la hegemonía de Gran Bretaña y Francia en el antiguo país de los faraones como a las intenciones de Estados Unidos.

Si bien el presidente norteamericano Dwight D. Eisenhower, junto a su secretario de Estado John Foster Dulles, creía que un indomable Nasser debía ser apartado del poder tarde o temprano, consideraba que, luego de la nacionalización del Canal, no era el momento adecuado. Poco tiempo antes, la CIA y el MI6 habían frustrado el plan de nacionalización del petróleo del exPrimer Ministro iraní Mossadegh y la advertencia estadounidense a británicos y franceses había sido clara: sería un error utilizar la fuerza militar para recuperar el canal en ese preciso momento de ebullición y alto acompañamiento popular a la medida. Pero Gran Bretaña y Francia ya estaban preparando su contraataque y su reacción tenía que ver con el futuro del Canal así como una acción ejemplificadora para los sucesos que acontecían en países cercanos. En Argelia se desataba una guerra de liberación colonial entre insurgentes nacionales y el poder ocupante francés, que consideraba que la rebelión se había desencadenado por inspiración de Nasser, que obviamente apoyaba la revuelta y estaban seguros de que, sin su presencia en el poder, los planes de liberación colapsarían irremediablemente. A la vez, Gran Bretaña también se veía amenazada por la creciente influencia de Nasser en Jordania, que había provocado que el rey Hussein expulsara a los oficiales ingleses de la cúpula militar de su ejército y, un año antes, había logrado que Jordania no ingresara al Pacto de Bagdad. Sólo faltaba una excusa mayor que la nacionalización del Canal; la misma sería aportada por Israel, deseoso de detener el liderazgo regional de su enemigo Nasser. Israel, que había cancelado a principios de 1956

un ataque “preventivo” contra Egipto para detener los numerosos ataques palestinos que se originaban desde Gaza (controlada en ese momento por Egipto), también sufrió las vicisitudes de la política exterior norteamericana cuando, en abril de ese año, Estados Unidos le negó una solicitud de armamento. Ante esta negativa, Israel se acercó a Francia, liderada por el Primer Ministro socialista Guy Mollet, en busca de armas a cambio de dinero e inteligencia (Israel exageró el apoyo de Nasser a los rebeldes argelinos) y juntos idearon un plan para debilitar al presidente egipcio y expulsarlo del Canal de Suez. Más tarde se unió Gran Bretaña y se terminó de sellar el complot. Así, en la secreta Conferencia de Sèvres, el Primer Ministro israelí David Ben Gurión, junto a su homólogo francés y el secretario de Relaciones Exteriores británico, Selwyn Lloyd, acordaron un ataque tripartito a Egipto, que consistía en una invasión inicial de Israel y una intervención posterior de Francia y Gran Bretaña (76).

El 29 de octubre de 1956, Israel atacó a Egipto, ingresando a la Península del Sinaí y alcanzó la ciudad de Suez. Luego siguió una invasión conjunta francesa y británica que, con el pretexto de separar a las dos partes y garantizar el libre paso de las embarcaciones, ocupó parte del Canal. No sólo los parlamentos de los dos países europeos no estaban informados del complot −Lloyd afirmó ante la Casa de los Comunes que no había un acuerdo previo con Israel−, tampoco Estados Unidos tenía conocimiento del plan, lo que provocó que Eisenhower tomara la acción como una afrenta personal a su liderazgo regional (77). “¿Qué piensa Anthony (por el Primer Ministro británico Anthony Eden) que está haciendo? ¿Por qué me está haciendo esto a mí?”(78). A pesar de las excusas británicas, para el presidente estadounidense nada justificaba traicionar a Estados Unidos. Sin embargo, lo que afligía a Eisenhower no era un tema de índole personal sino, más bien, motivaciones geopolíticas, junto a una pequeña consideración electoral interna. El líder norteamericano temía que Nasser se inclinara hacia el bloque soviético y permitiera su entrada en la zona en el mismo momento en que estaba a días de las elecciones presidenciales de su país (el 6 de noviembre) donde buscaba su reelección y, por eso mismo, no podía creer que los británicos no le hubieran alertado acerca de la invasión. El 2 de noviembre, una resolución estadounidense en las Naciones Unidas exigiendo un cese al fuego, fue aprobada por una mayoría de 64 a 5 (los soviéticos votaron con Estados Unidos). Para eludir el veto anglo-francés en el Consejo de Seguridad, por primera vez la Asamblea General se reunió en una sesión de emergencia (donde ningún país puede emitir su veto) y se tomó la sugerencia de Canadá de montar una fuerza internacional de emergencia para ir al Canal a monitorear el alto el fuego (se convertirían, de este modo, en los primeros “cascos azules” de la ONU (79)).

El 5 de noviembre, Israel y Egipto aceptaron el cese al fuego y, un día después, el premier soviético Mikolai Bulganin le envió sendos mensajes condenatorios a Eden, Mollet, Ben Gurion y Eisenhower. La carta a Israel era particularmente amenazante; señalaba, entre otros fuertes párrafos, que el ataque israelí “siembra el odio hacia el Estado de Israel entre la gente del Oriente y pone en peligro la existencia misma de Israel como Estado”(80). Por su parte, Estados Unidos actuó de forma efectiva al presionar al Fondo Monetario Internacional (FMI) para que no le entregara “préstamos de emergencia” a Gran Bretaña. Además, el Departamento del Tesoro estadounidense amenazó con retirar el apoyo de la moneda británica −esto hubiera provocado que, en poco tiempo, el Reino Unido colapsara financieramente− a menos que el ejército británico se retirara de Egipto.(81) Francia estaba furiosa por la intromisión de Estados Unidos pero, a su vez, estaba obligada a acceder a lo que hiciera Gran Bretaña ya que sus tropas estaban bajo comando británico. En un principio, Israel tampoco estaba dispuesto a retirarse de suelo egipcio y Ben Gurión declaró que el acuerdo de armisticio, firmado con Egipto en 1949, estaba terminado, dejando bien en claro que no estaba dispuesto a abandonar la Península del Sinaí. La justificación del ataque israelí estaba amparada en que, desde el territorio controlado por Egipto, se originaban los ataques de los feedayen (guerrilleros) palestinos hacia Israel y, luego de la nacionalización del Canal de Suez, Egipto había cerrado los Estrechos de Tirán, bloqueando la salida de Israel al Mar Rojo. Esta coartada perdió asidero cuando el Primer Ministro israelí declaró la formación del “Tercer Reino de Israel”(82) (el primero había sido el reino de Salomón, en tiempos bíblicos, el segundo se había extendido desde el siglo VI antes de Cristo hasta los años 70 de la era cristiana). El “derecho histórico” de poseer la Isla de Tirán en la desembocadura del Golfo de Aqaba, según Ben Gurión, se explicaba en un supuesto reino judío en la Antigüedad. Pero ya era muy tarde para todas esas elucubraciones y, unas horas después, la Asamblea General de las Naciones Unidas votó por 65 votos contra 1 una resolución exigiendo la inmediata retirada de los tres ejércitos invasores (Israel fue el único país que votó en contra, mientras que Gran Bretaña y Francia se abstuvieron). A la vez, el Departamento de Estado norteamericano le informó a los israelíes que si no cumplían con la resolución, cancelarían toda ayuda pública y privada y serían expulsados de la ONU (83). Un día más tarde, el canciller israelí aceptó la orden y se comprometió a una retirada gradual (que contemplaba la libre navegación de barcos israelíes en los Estrechos de Tirán) que se completó al año siguiente.

De este modo, a ocho días de iniciada la invasión, la operación se detuvo con el pretexto de la intervención de las Naciones Unidas aunque, en realidad, se había

logrado por las presiones y amenazas de Estados Unidos. La Crisis de Suez tuvo un profundo efecto en las relaciones entre Estados Unidos y Europa así como en la influencia soviética en la región y en las posiciones futuras de Egipto e Israel. Gran Bretaña asumió su dependencia de Estados Unidos y nunca más confrontó con el país norteamericano en asuntos de política exterior. Francia tomó una posición contraria, asumiendo que los estadounidenses no protegerían sus intereses, e inició la construcción de su bomba nuclear. Conjuntamente, las dos potencias europeas iniciaron su repliegue de Medio Oriente, cediéndole sus lugares a las dos superpotencias mundiales del siglo XX. Así, la Unión Soviética ingresó a Medio Oriente, aprovechando el vacío dejado por la retirada de los británicos e invirtiendo dinero (finalmente, en 1958, proporcionaría los fondos para la represa de Asuán), armas y asesores para autoritarios líderes militares disfrazados de gobernadores nacionalistas árabes. Esto, por supuesto, llevó a que los estadounidenses intervinieran cada vez más, propagando la Guerra Fría hacia la región e ideando la "Doctrina Eisenhower para Medio Oriente", que consistía en la posibilidad de que cualquier país de la zona pudiera solicitar asistencia económica o militar de Estados Unidos si se consideraban amenazados por otro Estado (84). Nasser entendió, de forma inmediata, que "la doctrina Eisenhower" atacaba su idea de unidad árabe y menoscababa su intención de influir en la región.

Para Israel y Egipto, a pesar de que el primero logró una victoria militar, la consecuencia de la Crisis de Suez resultó, para ambos, exitosa. Israel elevó el prestigio de su ejército con una operación arriesgada y complicada, estableciéndose como el aparato militar más poderoso de Medio Oriente. Pero, también, la momentánea ocupación del Sinaí (y Gaza) en 1956 marcó la primera expansión de Israel más allá de sus fronteras internacionalmente reconocidas y una clara derrota de los moderados dentro del gobierno israelí que favorecían la diplomacia antes que la fuerza militar. En cuanto a Egipto, a pesar de haber sufrido una estruendosa derrota militar, pronto se convirtió en una victoria política. Estableció a Nasser como el líder indiscutido de Egipto −la invasión logró destruir la oposición interna, tanto de comunistas como de islamistas− y le permitió lanzarse en "aventuras" internacionales como la unión de corta duración con Siria, la República Árabe Unida, y otras nacionalizaciones (muchas de ellas, no exitosas) de la industria egipcia. A la vez, al instalarse Nasser como protector regional del nacionalismo pan-árabe, se propagaron movimientos y liderazgos con consignas similares a las suyas, que incluyeron el uso de la misma retórica, propaganda, aparatos represivos e, incluso, la imitación de la bandera egipcia como símbolo de liberación nacional.

66. Matthew F. Holland, America and Egypt: from Roosevelt to Eisenhower, Praeger Publishers, Westport, 1996.

67. Daniel Yergin, The prize: the epic quest for oil, money & power, Touchstone, Nueva York, 1992.

68. L. J. Butler, Britain and Empire: adjusting to a post-Imperial world, I.B. Tauris, Londres, 2002.

69. Peter L. Hahn, United States, Great Britain, and Egypt, 1945-1956: strategy and diplomacy in the early Cold War, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1991.

70. J. E. Dougherty, “The aswan decision in perspective. Political science quarterly”, Vol. 74, N° 1, 1959. https://doi.org/10.2307/2145939

71. Anthony Gorst y Lewis Johnman, The Suez crisis, Routledge, Nueva York, 1997.

72. Donald John Munro, The roaring forties and after, University of California, California, 1929.

73. L. H. Dopp, Europe and Egypt. World affairs, Vol. 99, N° 3, 1936.

http://www.jstor.org/stable/20662779

74. James Gilbert Ryan y Leonard C. Schlup, Historical dictionary of the 1940s, M. E. Sharpe, Nueva York, 2006.

75. https://www.economist.com/special-report/2006/07/27/an-affair-to-remember

76. Steffen Hahnemann, Oil, Israel and modernity: the west’s cultural and military interventions in Middle East, Books on Demand, Norderstedt, 2014.

77. Discurso de Selwyn Lloyd en el Parlamento: https://api.parliament.uk/historic-hansard/commons/1956/oct/31/middle-east-situation#S5CV0558P0_19561031_HOC_474

78. Steven Z. Freiberger, Dawn over Suez: the rise of american power in the Middle East, 1953-1957, Ivan R. Dee, Chicago, 1992.

79. https://peacekeeping.un.org/en/mission/past/unef1backgr1.html

80. Carta Nikolai Bulganin: https://www.mfa.gov.il/mfa/foreignpolicy/mfadocuments/yearbook1/pages/7%20%20bulganin-%20ben-gurion-%205%20and.aspx

81. https://www.imf.org/external/pubs/ft/fandd/2001/09/boughton.htm

82. Ami Gluska, 2011. Https://www.haaretz.com/1.5019113

83. Avi Shalim, The Iron Wall: Israel and the Arab World, Penguin Books, Londres, 2000.

84. https://history.state.gov/milestones/1953-1960/eisenhower-doctrine



Capítulo 6. 1967

Guerra de los Seis Días

“El dominio sobre los territorios ocupados tendrá repercusiones sociales. Los árabes serán las personas que trabajan y los judíos los administradores, inspectores, funcionarios y policías. Un Estado dominando a una población hostil de 1,5 a 2 millones de extranjeros se convertirá necesariamente en un Estado policía, con todo lo que esto implica para la educación, la libertad de expresión, y las instituciones democráticas. La característica corrupción que azota a un régimen colonial también se impondría en el Estado de Israel (85)”.

YESHAYAHU LEIBOWITZ, CIENTÍFICO E INTELECTUAL ISRAELÍ, 1968

De todas las guerras árabes-israelíes, el conflicto que se desarrolló entre el 5 y el 10 de junio de 1967 fue el único que ninguno de los contendientes deseó ni pudo prever. El 7 de abril, dos meses antes del estallido de la guerra, se produjo una gran batalla aérea entre aviones sirios e israelíes, en la que los cazas de Israel derribaron siete aeronaves de fabricación soviética y lograron penetrar el espacio aéreo sirio hasta surcar Damasco. Israel desató la antesala al conflicto en mayo con una serie de amenazas altisonantes contra Siria (ocupar Damasco) por permitir a guerrilleros palestinos utilizar su territorio para operar contra el Estado hebreo (86). Luego de una década de relativa quietud, en 1964 se fundó la Organización para la Liberación de Palestina, hito que marcó el retorno de los palestinos a los ataques guerrilleros. La Unión Soviética hizo su parte, ya que al estar interesada en la supervivencia de un nuevo gobierno sirio encarnado en el Partido nacionalista Baaz, le comunicó a Nasser que Israel estaba concentrando sus fuerzas militares en su límite norte, con la intención de atacarlos (87). Nasser sabía que esta información era falsa pero, de todos modos, se encontraba ante un dilema de difícil resolución: a pesar de que el ejército egipcio estaba empantanado en una guerra sin final aparente en Yemen (contra los realistas de ese país apoyados por Arabia Saudita) y reconocía que el Estado de Israel, militarmente, era mucho más poderoso que todas las fuerzas armadas árabes en conjunto, no podía permanecer inactivo ante esta “amenaza”, debido a que Israel

desafiaba su liderazgo indiscutido en el mundo árabe. Sin intenciones reales de embarcarse en una guerra con Israel, Nasser realizó tres acciones para impresionar a la opinión pública árabe. La primera fue enviar una gran cantidad de tropas militares al Sinaí a lo largo de la frontera con Israel (cien mil hombres, ochocientos tanques). La segunda, pedir la evacuación de las fuerzas de paz de la ONU, que se encontraban allí desde el final de la Crisis de Suez; la última y la más decisiva ocurrió el 22 de mayo cuando cerró −ilegalmente− los Estrechos de Tirán para la navegación israelí. Si bien no quedan dudas de que Nasser comprendía las consecuencias de esta última decisión (que cancelaba los logros israelíes de 1956), no queda claro aún si subestimó la posibilidad de una respuesta militar israelí en el corto plazo.

La filosofía de defensa israelí consiste en contrarrestar, lo más pronto posible, cualquier acción enemiga con una respuesta propia y transferir el conflicto a territorio enemigo. En un principio, Israel dudó acerca de la forma de responder y demoró dos semanas en tomar una decisión que se basó, principalmente, en el miedo. El motivo de ese temor se explica en que el conflicto se desarrolló en un período particularmente endeble de la sociedad israelí: la economía estaba estancada (más israelíes emigraban al exterior que los que ingresaban al país), el fundador del Estado, David Ben Gurión, se había retirado del gobierno para formar su propio partido; el nuevo liderazgo, personificado en la figura del Primer Ministro, Levi Eshkol, era débil comparado a su antecesor. Esta característica lo convirtió en el principal responsable en permitir que el pánico se esparciera desde los ámbitos políticos hacia la sociedad. Asimismo, las incursiones “guerrilleras” de los palestinos no cesaban (122 actos terroristas en sólo dos años (88)) y las acciones de Nasser eran consideradas, por la gran mayoría de la población, como una antesala de la destrucción de Israel; días antes de que estallara la guerra, rabinos municipales se apuraron en “santificar” jardines y parques públicos y para convertirlos en cementerios, por la convicción de que miles de israelíes morirían en los días por venir (89).

La combinación de estos factores provocó que Eshkol estuviera propenso a realizar acciones en las que él mismo no creía: la primera fue ceder ante las presiones políticas y resignar la cartera de Defensa a manos del victorioso líder militar de 1956, Moshé Dayán; la otra fue, fue aceptar las sugerencias del por entonces jefe del ejército, Yitzhak Rabin, condonar la movilización de un gran número de reservistas militares por el riesgo de que este hecho azuzara aún más el conflicto. Eshkol también consintió la formación de un gobierno de unidad nacional con dos de los principales partidos de la oposición: el derechista Gahal,

encabezado por Menájem Beguín, y Rafi, el partido personalista de Ben Gurión.

De esta manera, la presión dentro del gabinete de gobierno israelí para iniciar una inmediata acción militar se incrementó pero, antes de ceder a las intimidaciones, Eskhol deseaba comprobar la posición de Estados Unidos respecto de la garantía de “intervención” que le había transmitido, en 1957, el fallecido exsecretario de Estado, John Foster Dulles, al canciller israelí Abba Eban (90). Esta caución aseguraba que, en caso de que Egipto volviera a cerrar los Estrechos de Tirán, los estadounidenses se comprometían a iniciar una acción internacional para volver a abrirlos. Sin embargo, el canciller israelí volvió de Washington sin ningún cronograma exacto de cuándo se iniciaría la movida prometida. Eban sólo trajo consigo información de la Inteligencia norteamericana que suponía que Egipto no mostraba signos aparentes que querer comenzar una nueva conflagración militar contra Israel (junto a la advertencia del secretario de Estado estadounidense, Dean Rusk, de que “Israel no estará solo a menos que decida ir solo”(91)). Por lo tanto, el 28 de mayo, el gobierno israelí decidió esperar algunas semanas más antes de tomar una determinación. Esa misma noche, el Primer Ministro israelí se reunió con el alto mando militar para informarlos de la decisión de su gabinete. La reunión se dio en una atmósfera de extrema tensión e implicó una abierta rebelión de los militares a las órdenes del mando político: los generales plantearon que el mayor problema no versaba en el cierre de los Estrechos de Tirán sino en el despliegue y la amenaza del ejército egipcio en el Sinaí, y plantearon que, cuanto más rápido se diera “luz verde” a una acción militar, menores serían las bajas humanas (92). Bajo presión de sus militares, Eshkol accedió a volver a enviar, en una misión secreta, a un representante israelí con la intención de “clarificar” las intenciones estadounidenses. Pero esta vez no sería un diplomático el que viajaría sino el director del Mossad (el Servicio Secreto de Israel), Meir Amit. Mientras tanto, y en paralelo, se produjeron realineamientos en el mundo árabe que complicaron aún más la crisis. El 30 de mayo, el rey Hussein de Jordania firmó en El Cairo un pacto de defensa con Nasser que colocaba a un general egipcio a cargo de su ejército jordano (93). En los países árabes, el desatado frenesí de la victoria había calado hondo con las declaraciones de sus ciudadanos y líderes. El director de la radio más escuchada de la región, La voz de los árabes, Ahmed Said −encargada de difundir las ideas de Nasser− anunció al aire: “No tenemos nada para Israel, excepto la guerra (...) marcharemos en contra de sus bandas, destruiremos y pondremos fin a toda la existencia sionista (...) cada uno de los cien millones de árabes ha estado viviendo durante los últimos 19 años con la misma esperanza: vivir para morir el día en que Israel sea liquidado”(94). El

primer líder de la OLP, Ahmed Shukeiri, también ayudó a enardecer los temores israelíes, que por esos días advirtió: “No habrá prácticamente ningún sobreviviente judío”(95). Para el momento en que el jefe de espías israelí arribó a Estados Unidos, la posición del presidente estadounidense había cambiado. Entonces, Amit hizo tres pedidos al secretario de Defensa, Robert McNamara: respaldo diplomático en la ONU, apoyo norteamericano en caso de que la Unión Soviética interviniera y, el más importante, un reaprovisionamiento de armamento militar durante el conflicto, en caso de ser necesario. A la vez, Estados Unidos, según informó McNamara, prefería que Israel procediera con la acción militar por cuenta propia ya que los norteamericanos se encontraban “atascados” en Vietnam y, además, la CIA consideraba que las fuerzas armadas israelíes podrían derrotar a los egipcios sin ayuda externa. El 2 de junio, Francia, en un gesto hacia los países árabes, impuso un embargo “temporario” a una entrega de armamento que Israel ya había abonado. El 3 de junio, Amit le informó al Primer Ministro israelí que Estados Unidos no se opondría a un ataque contra Nasser pero recomendó aguardar una semana más para comprobar qué haría el presidente egipcio si Israel enviaba un barco a través de los estrechos (96). El recién asumido ministro de Defensa, Moshé Dayán, se opuso a cualquier tipo de espera y exigió atacar de inmediato. Al día siguiente, Eshkol, con el apoyo casi total de su gabinete, aceptó la recomendación de Dayán y decidió ir a la guerra.

En la madrugada del 5 de junio, aviones de combate israelíes lanzaron un asalto aéreo a los aeródromos de Egipto, destruyendo su Fuerza Aérea, que se encontraba en tierra y, en pocas horas, sentenció el curso de la guerra. El rey Hussein fue alertado por Jack O’Connell, jefe de la CIA en Amman, acerca del ataque israelí y le transfirió la información a Nasser pero el líder egipcio no hizo nada para prepararse por no considerar ciertas las alertas del monarca jordano (97). Durante los tres días siguientes, Israel, explotando su dominio total del espacio aéreo, destrozó las fuerzas terrestres de Egipto y alcanzó el Canal de Suez, conquistando la totalidad de la Península del Sinaí y la Franja de Gaza. En el momento en que estuvo claro que Israel efectivamente se encontraba atacando a Egipto, aviones sirios comenzaron a golpear el norte de Israel (los israelíes contratacaron destruyendo dos tercios de la fuerza aérea siria). Por su parte, los jordanos, dudosos de ingresar a la guerra, fueron convencidos por Nasser, durante las primeras horas del conflicto, de que Egipto estaba ganando. Así, comenzaron a bombardear diferentes lugares del centro del país y Jerusalén (la ciudad estaba dividida entre jordanos, que controlaban la parte este, e israelíes que hacían lo propio con el lado occidental) y sus emblemáticos edificios

oficiales, tales como el parlamento israelí y la residencia del primer ministro. A las 10.30 hs. de la mañana, Eshkol le envió un mensaje −mediante Odd Bull, el jefe noruego del Organismo de las Naciones Unidas para la Vigilancia de la Tregua de 1948− al rey Hussein, sugiriéndole que detengan el ataque o sufrirían las consecuencias: “No iniciaremos acción alguna contra Jordania. Sin embargo, si Jordania abre las hostilidades, reaccionaremos con todas nuestras fuerzas y el rey tendrá que asumir la plena responsabilidad de las consecuencias”(98). La respuesta del monarca fue tajante argumentando que la suerte ya estaba echada pues ya había colocado a sus fuerzas militares bajo el comando egipcio.

Israel carecía de un plan político para el devenir de la guerra en el frente jordano: los objetivos territoriales, a excepción de la conflagración con los egipcios (abrir el Estrecho de Sinaí y destruir su ejército en el Sinaí), no fueron definidos de antemano por el gobierno israelí cuando los militares recibieron la orden de iniciar el ataque. Seis meses antes de la guerra, se habían reunido el jefe del Mossad, el encargado de la rama de Inteligencia del ejército y un alto representante del Ministerio de Relaciones Exteriores. En aquel encuentro, concluyeron que no sería beneficioso para Israel apoderarse de Cisjordania (en ese momento, ocupada por Jordania luego la guerra de 1948-49) en un eventual conflicto. Los oficiales del Estado de Israel establecieron que el motivo principal para no avanzar sobre los territorios palestinos (y territorios bíblicos judíos) era el millón y medio de palestinos que residían allí y que, luego de la conquista, tendrían que estar bajo control de Israel (99). Pero, el 5 de junio, al atacar Jordania a Israel en Jerusalén Oeste, todas aquellas razones fueron olvidadas: Dayán ordenó a las fuerzas israelíes −sin previa consulta con el gabinete− ocupar toda Cisjordania y Jerusalén Este (junto con la Ciudad Vieja y los lugares santos de las tres religiones monoteístas), a sabiendas de que esta acción iba en contra de sus intereses nacionales. La decisión del rey Hussein se convirtió en la peor de todo su reinado: si Hussein hubiera accedido a la advertencia del Primer Ministro israelí, Cisjordania y Jerusalén Este continuarían en sus manos después de la guerra ya que, previo al ataque jordano, nadie en el gabinete israelí o en el propio ejército había propuesto la conquista de esos territorios. Hasta ese entonces, Jordania no permitía a los israelíes el libre acceso a sus lugares sagrados y, durante 19 años, los judíos no pudieron ir al Muro de los Lamentos, la Tumba de Raquel, la Tumba de los Patriarcas en Hebrón y otros sitios sagrados judíos que estaban en manos jordanas. Por eso, a las 13 horas del 7 de junio, Moshé Dayán pronunció su histórico discurso, frente al pequeño corredor donde se encontraba el antiguo Muro de los Lamentos. “El ejército de Israel ha liberado a Jerusalén (...). Hemos retornado a nuestros lugares santos para nunca

más irnos de ellos.”(100)

Mientras que las movidas militares en Cisjordania y Jerusalén fueron tomadas a medida que se desarrollaba el conflicto, en la lucha con Siria se repitió el mismo patrón: desde el principio de la crisis, el jefe del Comando Norte del ejército de Israel, David Elazar, sostuvo que la guerra, tarde o temprano, llegaría hacia los límites con Siria y, de ser necesario, debería capturarse las Alturas del Golán (una meseta de unos 1.800 km2, ubicada en la frontera entre Israel, El Líbano, Jordania y Siria). Pero Dayán, en principio, no estaba convencido y creía que si Israel atacaba el Golán, los soviéticos intervendrían en favor de Siria (nueve años después, Dayán admitiría que no había ninguna razón urgente para ir a la guerra contra Siria (101)). En cambio, los habitantes del norte de Israel, junto al apoyo del por entonces poderoso lobby de los kibbutz (comunidades agrícolas colectivas) presionaron fuertemente al gobierno para que tomara territorio sirio. De ese modo podrían alejar el peligro de las armas sirias que el 6 de junio habían alcanzado a las comunidades israelíes al pie del Golán en sendos bombardeos, lo que también le permitiría a los kibutz extender sus tierras cultivables (102). No obstante, el 9 de junio −sólo un par de horas luego de que Siria reclamara un cese al fuego, que Israel rechazó− Dayán cambió de parecer y le ordenó directamente a Elazar, sin informar al Primer Ministro o al jefe del Ejército, atacar Siria. Al día siguiente, luego de encarnizadas batallas junto a la amenaza de los soviéticos de intervenir militarmente (ese mismo día, la Unión Soviética rompería sus relaciones diplomáticas con Israel e intensificaría su presencia en Medio Oriente) se declaró un cese al fuego, que esta vez Israel sí respetó. De esta manera, con la totalidad de la Península del Sinaí, Cisjordania, la Franja de Gaza, todo Jerusalén y las Alturas del Golán bajo el control militar israelí, concluyó la Guerra de los Seis Días, transformándose en la mayor victoria militar de la historia de Israel.

Con el dominio de un área tres veces y media mayor que su propio Estado −incluidos los antiguos territorios bíblicos judíos de Judea y Samaria−, Israel, envalentonado, abandonaría su estrategia de defensa y se volcaría al colonialismo: fueron las decisiones políticas tomadas durante el “séptimo día” −y que brillaron por su ausencia durante los heroicos seis días previos− las que decidieron tan fatídico destino. Desde el primer día en que finalizó la guerra, la población palestina fue sometida a una represiva infraestructura de ocupación y control supervisada por un gobierno militar impuesto. El 27 de junio, Israel decidió anexar Jerusalén Este y extender allí la administración y ley israelíes. En julio, fue establecido el primer asentamiento (colonia) de los territorios

conquistados, en forma de un kibbutz secular dentro de las Alturas del Golán (103). En septiembre, el Movimiento por el Gran Israel publicó −en las páginas del periódico israelí Haaretz− su manifiesto fundacional, con la firma de setenta y dos signatarios de renombre que incluía a conocidos escritores (Shmuel Yosef Agnón, Nathan Alterman, Haim Gouri, Uri Zvi Greenberg, Moshe Shamir) a notorios activistas políticos (Israel Elad, Yitzhak Tabenkin), a renombrados militares (Dan Tolkowsky, Avraham Yoffe) y hasta a famosos espías (Isser Harel). Ese mismo mes, el principal asesor legal del Ministerio de Relaciones Exteriores, Theodore Meron (quien, décadas más tarde, encabezaría el Tribunal de la Haya para la ex Yugoslavia) le alertó a Levi Eshkol (pero también al ministro de Relaciones Exteriores, Abba Eban, el ministro de Defensa, Moshé Dayán, y el ministro de Justicia, Yaakov Shimshon Shapira), en un memo secreto, que los asentamientos en los territorios conquistados violaban el derecho internacional y la Cuarta Convención de Ginebra (104). No hubo respuesta alguna del Primer Ministro y el primer asentamiento, Kfar Etzion, en los territorios conquistados de Cisjordania, fue establecido.

De acuerdo a Israel, Cisjordania no era un "territorio ocupado" debido a que la anexión a Jordania no se había hecho legalmente, no obstante Israel se contradecía pues el mismo Estado hebreo reconocía la condición de "ocupado" al publicar diversos decretos militares que explicitaban que se respetaría la Convención de Ginebra. Asimismo, el secretario de Estado norteamericano, Dean Rusk, alertó a las autoridades israelíes acerca de los problemas que tendría que afrontar Israel si decidía conservar Cisjordania: "Los palestinos pasarán el resto del siglo tratando de recuperarla"(105). En enero de 1968, el gabinete israelí aprobó formalmente dos asentamientos Nahal (colonias ocupadas por soldados) que luego se transformarían en colonias civiles en el Valle del Jordán (según el derecho internacional, la potencia ocupante sólo puede construir estructuras "temporales" si lo hace estrictamente con fines de seguridad). También en ese año, un grupo encabezado por futuros integrantes del influyente grupo nacionalista religioso Gush Emunim, se estableció en las cercanías de la ciudad bíblica de Hebrón. Sus líderes constituirían los parámetros del futuro colonialismo israelí: por mandato religioso, los judíos deberían volver a sus tierras ancestrales para ocuparlas y poblarlas. Primero cientos y luego miles de israelíes judíos serían motivados por justificaciones religiosas pero, además, por numerosos incentivos económicos −tierras baratas, servicios prácticamente gratis, préstamos a intereses pequeños, entre otros beneficios− establecidos por los sucesivos gobiernos israelíes. Todo esto derivó, inevitablemente, a que el desarrollo de los asentamientos llevara a Israel −en una decisión nunca

promulgada oficialmente pero que contó con la complicidad del ordenamiento jurídico nacional− a que el funcionamiento del Estado nacional se articulase con el sector de la población que más presionaba para intensificar la colonización: los nacionalistas religiosos.

De hecho, los sionistas religiosos percibieron la colonización de “Judea y Samaria” como el medio para fomentar la religiosidad entre los judíos israelíes en las fronteras previas a 1967. Junto a la ruptura continua de las fronteras de Israel por parte del proyecto de colonización étnico-religioso, que instauró una incierta y fluctuante geografía del Estado, se erosionó la definición territorial y civil del significado del “ser israelí”, que terminó borrando de su identidad nacional todo componente que no fuera judío. Respecto de este tema, en 1972, el ministro de Economía, Pinhas Sapir, fue categórico en una reunión del Laborismo (el partido gobernante de centro izquierda.) En ese encuentro aseguró que la dependencia de Israel con mano de obra palestina crearía “una clase que hace el trabajo limpio y otra que hace el trabajo sucio” al igual que “los negros en Estados Unidos”. Añadió, también, que si Israel continuaba gobernando a los palestinos sin concederles igualdad de derechos, su patria ingresaría “en un grupo de países cuyos nombres no quiero siquiera pronunciar en una misma frase.(106)”

Hacia el final de 1973, Israel y su gobierno ya habían establecido diecisiete colonias en Cisjordania. Para 1977, antes de la asunción del partido derechista Likud, el número ascendió a treinta y seis. También en 1973 ya había siete colonias en Gaza y en sus proximidades con el Sinaí. Cuatro años después serían dieciséis. En el Sinaí propiamente dicho, en 1973 se destacaban tres colonias y en 1977 ya eran siete. En el Golán, en el mismo período de tiempo, se establecieron diecinueve colonias, que cuatro años más tarde aumentaron veintisiete.

En la actualidad, hay más de medio millón de colonos, esparcidos en 132 asentamientos “legales” (junto a otra centena y media de “pequeños asentamientos”, ilegales, es decir no aprobados por el gobierno israelí pero desarrollados en Cisjordania) habitando, de este modo, los territorios conquistados por Israel en 1967 (107).

▪

85. Oren Barak, State expansion and conflict: in and between Israel/Palestine and Lebanon, Cambridge University Press, Cambridge, 2016.

86. Avi Shlaim, The Iron Wall, Penguin, Londres, 2000.

87. G. Golan, “The Soviet Union and the outbreak of the june 1967. Six-Day War”, Journal of Cold War Studies, Vol. 8, N° 1, 2006. https://www.jstor.org/stable/26925884

88. Benny Morris, Righteous Victims, Alfred A. Knof, Nueva York, 1999.

89. Tom Segev, 1967: Israel, the war and the year that transformed the Middle East, Metropolitan Books, Nueva York, 2007.

90. Christopher Gelpi, The power of legitimacy: assessing the role of norms in crisis bargaining, Princeton, Princeton University Press, 2003.

91. https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1964-68v19/d74

92. Mordechai Bar-On, The Generals’ ‘Revolt’: civil–military relations in Israel on the eve of the Six Day War, Middle Eastern Studies, 2012.

93. Michael Wall, 2019. https://www.theguardian.com/world/2019/may/31/hussein-and-nasser-sign-defence-agreement-archive-1967

94. Jeremy Bowen, Six Days, Simon & Schuster, Nueva York, 2003.

95. Benny Morris, Righteous victims, Alfred A. Knof, Nueva York, 1999.

96. William B. Quandt, Peace process: american diplomacy and the Arab-Israeli Conflict since 1967, University of California Press, California, 2005.

97. Avi Shlaim y William Roger Louis (edits.), The 1967 Arab-Israeli War: origins and consequences, Cambridge University Press, Nueva York, 2012.

98. Roland Dallas, King Hussein: A Life on the Edge, Fromm International, Nueva York, 1999.

99. Tom Segev, 1967, Metropolitan Books, Nueva York, 2007.

100. Moshe Dayan, The story of my life, Nueva York, Morrow, 1976.

101. https://www.washingtonpost.com/archive/opinions/1999/12/24/israel-and-syria-correcting-the-record/d50949bd-fadb-4b67-8ebb-52291af4479d/

102. Avi Shlaim, The Iron Wall, Penguin Books, Londres, 2000.

103 https://www.jpost.com/opinion/editors-notes-neglecting-the-golan-466679

104. Gershom Gorenberg, Occupied territories: the untold story of Israel's settlements, I.B Tauris, Londres, 2007.

105. http://news.bbc.co.uk/2/hi/6709173.stm

106. Gershom Gorenberg, 2007. Https://prospect.org/features/land-troubled-40-years/

107 https://peacenow.org.il/en/settlements-watch/settlements-data/population



Capítulo 7. 1973

Crisis del petróleo

“Este es el momento que he esperado durante mucho tiempo. Somos dueños de nuestra propia mercancía.”(108)

AHMED ZAKI YAMANI, MINISTRO DE PETRÓLEO Y RECURSOS MINERALES DE ARABIA SAUDITA, 1973

Si la Guerra de los Seis días cambió al Estado de Israel para siempre, la guerra de Yom Kippur o Guerra de Octubre (como la conocen en Egipto) fue, de igual modo, un punto de inflexión en la economía y la política mundiales, con corolarios que continúan hasta la actualidad. Además, la guerra árabe-israelí de 1973 marcó un período de extrema virulencia entre dos Estados intrínsecamente relacionados desde el descubrimiento del petróleo en Arabia Saudita, como son Estados Unidos y la monarquía saudita.

El 6 de octubre de 1973, Egipto lanzó, junto a Siria, un ataque simultáneo contra Israel con la intención de recuperar sus territorios perdidos en la Guerra de los Seis Días. Las tropas egipcias cruzaron el Canal de Suez y atacaron a las fuerzas israelíes estacionadas en la Península del Sinaí. Al mismo tiempo, los sirios arremetieron contra la frontera este de Israel y penetraron las ocupadas Alturas del Golán. El asalto se programó para el 6 de octubre porque, ese día de 1973, coincidía con la festividad de Yom Kippur, una ceremonia de expiación que conmemora el día más sagrado del calendario religioso judío. Por tal motivo, y aunque el 25 de septiembre el rey de Jordania había alertado a la Primera Ministra israelí, Golda Meir, acerca de las intenciones egipcias, las fuerzas militares de Israel se encontraban en señal de “baja alerta” militar, con la mayoría de los soldados descansando en sus casas o rezando en las sinagogas (109). Aprovechando la sorpresa, las fuerzas militares de Egipto, principalmente, y Siria, lograron avanzar durante los primeros días del conflicto, logrando importantes victorias. Esta situación provocó pánico en el gobierno israelí, que debió utilizar todas sus fuerzas disponibles para contrarrestar el avance enemigo.

Tras días de combate, los bandos enfrentados emplearon grandes cantidades de municiones y artillería, cientos de tanques, decenas de aviones de combate y, por lo tanto, estaban necesitados de un urgente reabastecimiento militar. El 10 de octubre, la Unión Soviética inició la transferencia aérea de 15.000 toneladas de armas y piezas militares que se convirtió, según palabras del jefe del Ejército egipcio, Saad el-Shazly, en “el transporte aéreo de mayor armamento en la historia soviética.”(110) La intención rusa consistía en profundizar su posición en Medio Oriente, donde regímenes árabes aliados a Moscú eran dependientes de sus armas para continuar con el esfuerzo bélico contra Israel. Ese mismo día, Estados Unidos decidió enviar 22.000 toneladas de material militar a favor de Israel como respuesta a la iniciativa soviética, aunque también para contrarrestar la amenaza israelí de usar las bombas atómicas de su arsenal si se quedaban sin municiones.(111) El 9 de octubre, el ministro de Defensa israelí, Moshe Dayan, había ordenado preparar los mísiles Jericho, capaces de transportar bombas nucleares, con la intención de presionar a los estadounidenses.(112)

Cuando, el 14 de octubre, los primeros aviones militares de Estados Unidos arribaron a Israel con la preciada ayuda militar (previamente, aviones comerciales de bandera israelí habían transferido otras once toneladas de armamento), los países árabes productores de petróleo agrupados en la Organización de Países Exportadores de Petróleo, la OPEP, (entidad fundada en 1960 con el propósito de disputarle el control del mercado a las empresas petroleras privadas o semi-privadas extranjeras) ya habían decidido utilizar el “arma del petróleo” para apoyar a Egipto y Siria, y presionar a Estados Unidos por su patrocinio a Israel. Esta suerte de “as en la manga” se barajaba de antemano por Anwar Sadat (el nuevo presidente egipcio, que asumió luego de la muerte de Gamal Nasser, en 1970) cuando, en agosto, viajó en secreto a la capital de Arabia Saudita, Riyadh, para reunirse con el rey Faisal (113). El presidente egipcio estaba preparando la guerra con Israel y parte de su estrategia necesitaba el beneplácito del rey saudí –Faisal era un líder que profesaba una profunda antipatía por el Estado judío– para utilizar el petróleo saudita y castigar a Estados Unidos por su apoyo a los israelíes. Ese mismo día, el 14 de octubre, los países árabes de la OPEP, en primer lugar, cancelaron las negociaciones de precios que mantenían desde hacía un año con las concesionarias petroleras extranjeras (si bien las negociaciones eran independientes a la guerra, la misma había endurecido los términos deseados de los productores árabes); en segundo lugar, dos días después, Irán y Arabia Saudita, junto a otros cuatro estados árabes del Golfo, anunciaron un incremento de un 70% en el precio del barril de crudo. El hecho marcó un antes y un después en el accionar de los países productores

de hidrocarburos respecto del mercado mundial: por primera vez en la historia de la comercialización del petróleo, los Estados productores sancionaron un monumental incremento en su precio –y sus ingresos– sin el consentimiento o intervención de las compañías petroleras extranjeras. El 17 de octubre, con Arabia Saudita a la cabeza, los países árabes productores estipularon una reducción de un 5% para seguir presionando a Estados Unidos. Dos días después, la situación continuó empeorando cuando el presidente estadounidense, Richard Nixon, le pidió al Congreso de su país que aprobara un paquete de ayuda a Israel de 2.200 millones de dólares (114). Esta decisión provocó un enojo tal en el rey saudita que, al día siguiente, ordenó un embargo total (sin el apoyo de Irán, Nigeria, Venezuela, Ecuador y Gabón, países no árabes de la OPEP, que no se plegaron a la iniciativa saudita) a los envíos de petróleo hacia Estados Unidos y Holanda.

La noticia llegó al país norteamericano cuando su secretario de Estado, Henry Kissinger, se encontraba viajando a Moscú para negociar un cese al fuego en una guerra que se estaba inclinando considerablemente a favor de los israelíes: a partir del 14 de octubre, cuando Sadat ordenó, producto de las presiones de los sirios que estaban siendo expulsados en el norte, un nuevo avance militar en el Sinaí, Israel contraatacó y cruzó el Canal de Suez para colocarse a 100 kilómetros de la capital egipcia, El Cairo (115). Al día siguiente, el ministro de Petróleo y Recursos Minerales de Arabia Saudita, Ahmed Zaki Yamani, citó al presidente de Aramco (consorcio petrolero extranjero encargado de la extracción en el reino) para requerirle que pusiera en práctica el embargo en los envíos a Estados Unidos. Paradójicamente, a Aramco le fue encomendada la tarea de "atacar" la seguridad y estabilidad económica del país en el cual, la mayoría de los dueños de la empresa, vivían y tenían establecidas sus empresas. En ese momento, Aramco era propiedad de cuatro compañías estadounidenses relacionadas entre sí, producto de la división de la monopólica Standard Oil a principios de siglo, aunque Arabia Saudita había logrado hacerse del 25% de la empresa luego de largas negociaciones.

Frank Jungers, presidente de Aramco, sostuvo, años después, que cumplió con el pedido saudita porque la alternativa a esa decisión era la nacionalización del petróleo en el reino (116). No obstante, la medida no era ajena a las previsiones de Aramco, ya que el 12 de octubre, los presidentes de Exxon, Texaco, Mobil y Chevron (que componían el 75% de Aramco en Arabia Saudita) enviaron un "memo confidencial" al jefe de Estado Mayor de Estados Unidos, el general Alexander Haig, advirtiéndole contra cualquier aumento de la ayuda a Israel,

argumentando que tendría “un efecto negativo y crítico en nuestras relaciones con los moderados países árabes productores”(117). Asimismo, el embajador estadounidense ante Arabia Saudita, James E. Akins, les pidió a los directivos de Aramco −en una situación totalmente atípica para un funcionario norteamericano − que “utilizaran sus contactos al más alto nivel” en el gobierno de Estados Unidos para “presionar en casa, al punto de que las restricciones petroleras no sean levantadas, a menos que la lucha política se resuelva de manera satisfactoria para los árabes.”(118) La baja disponibilidad de petróleo en Estados Unidos y en otras estratégicas latitudes produjo una importante escasez internacional y un pánico generalizado se apoderó de América del Norte, el oeste de Europa y Japón. Era tal el temor que las imágenes que se repitieron durante aquellos días fueron las inmensas colas en las estaciones de servicio de esos países.

No obstante, la mayor preocupación para el gobierno estadounidense no estaba concentrada dentro de sus fronteras sino en la falta de aprovisionamiento de petróleo que estaba sufriendo su armada en el Pacífico (que protegía a Arabia Saudita) y su ejército en Vietnam como consecuencia del embargo. La Guerra Fría tenía sus propias líneas rojas y la acción alarmó al Pentágono, que pronto invitó a Jungers a Washington, donde se reunió con el secretario de Defensa, James Schlesinger (poco se sabe lo que aconteció en aquel encuentro pero se sospecha que Schlesinger amenazó con una acción militar contra los sauditas (119)). Luego de la reunión, Jungers volvió a Arabia Saudita donde acordó con el rey Faisal resumir los envíos de petróleo −bajo la mayor de las secretos− solamente a las bases navales estadounidenses en el Lejano Oriente (120). Con este acto, el monarca saudita demostró su conocimiento de las reglas del juego en la confrontación de la Guerra Fría y, a pesar de que les hacía “pagar” a los norteamericanos, junto a sus aliados occidentales, el precio de su apoyo a Israel, no estaba dispuesto a romper sus relaciones con Estados Unidos para saltar a los brazos de la Unión Soviética: para el rey, el sionismo y el comunismo eran los dos grandes males del mundo e incluso creía que el primero había creado al segundo para cumplir con sus objetivos (121).

La guerra terminó con un cese al fuego anunciado el 25 de octubre, bajo presión de intervención de la Unión Soviética (que llegó a provocar, como contrapartida, que Estados Unidos pusiera a sus fuerzas nucleares en alerta (122)). El resultado del conflicto, sin contar el alto número de caídos, arrojó para Israel y Egipto una compleja situación, tanto en el terreno político como en el militar. Las resoluciones emanadas del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas

sentenciaron que debía llegarse a un arreglo basado en la Resolución N° 242 de 1967, que estipulaba el intercambio de “paz por tierra” y negociaciones directas entre Israel y sus enemigos árabes. La guerra, junto a los avances iniciales de los primeros días, también había significado para los árabes la posibilidad de recuperar el “honor” perdido en las derrotas de 1948, 1956 y 1967. Esta situación provocó que Sadat contemplara la posibilidad de un diálogo con Israel, ya no desde una posición de inferioridad si no en pie de igualdad, aunque la guerra le demostró a Sadat que Israel no podía ser vencido militarmente y que el retorno de los territorios conquistados sólo podía ser factible a través de una negociación política. En cuanto a Israel, las hostilidades fueron un importante recordatorio de que la tierra conquistada y ocupada no podía mantenerse indefinidamente por medio de la fuerza y la arrogancia; antes de la Guerra de Yom Kippur, el ministro de Defensa israelí, Moshe Dayan, había manifestado que era preferible “conservar en la Península del Sinaí la ciudad de Sharm el Sheik sin paz con Egipto que tener paz con Egipto y perder Sharm el Sheik”(123). Con todo, la situación se extendió cinco meses más: envalentonados, en noviembre, los exportadores volvieron a reducir su producción en un 25% que los niveles alcanzados en septiembre, previo a la guerra, y en diciembre (a instancias del Shah iraní (124)) aumentaron al doble el costo del petróleo. Esto provocó que, durante el primer mes de 1974, los precios internacionales del crudo fueran cuatro veces más altos que los que existían antes del embargo. A la postre, cuando la crisis –y la confiscación– finalizó, el 18 de marzo de 1974, la posición de Arabia Saudita en el mercado mundial del petróleo era completamente diferente: los altos precios le dieron a Faisal (quien sería asesinado en un confuso episodio, un año después, por su sobrino) y su reino no sólo una gran riqueza sino un renovado estatus dominante en todo el mundo árabe. Ese año, la participación saudita en Aramco logró alcanzar un 60% luego de concluidas las negociaciones al fin de la guerra y, en 1976, se llegó a un arreglo para comprar todo el capital propietario que poseían Exxon, Texaco, Mobil y Chevron en la compañía (125). Los pagos terminaron en 1980 pero las empresas siguieron operando y manejando los pozos petroleros, debido a la falta de preparación de los técnicos saudíes. Ya en 1988, Aramco se convirtió, por medio de un decreto real, en una compañía controlada totalmente por la monarquía y entonces modificó su nombre a Saudí Aramco. Pero no fueron los únicos beneficiados con el superávit del valor del petróleo: las empresas petroleras extranjeras experimentaron un récord de ganancias (Exxon llegó a anunciar que sus ingresos del tercer cuatrimestre de 1973 habían aumentado un 80% respecto del año anterior), situación que les permitió viajar a lugares más remotos y difíciles de perforar como Alaska, el Mar del Norte, el

Golfo de México y Canadá, antes vedados por los altos costos que implicaban.

Los indudables efectos de estas movidas continúan en tiempo presente: la producción mundial de petróleo es, al presente, notoriamente mayor de lo que era en 1973. Asimismo, Estados Unidos se convirtió en un país mucho menos dependiente del petróleo de Medio Oriente, ya que, por ejemplo, en la actualidad, importa más petróleo de Canadá que de cualquier otro país del mundo (126) (lo que le interesa al gobierno estadounidense es el control del petróleo de la zona, no su acceso, una distinción importante que le garantiza poder de veto sobre sus rivales industriales y sus negocios en Medio Oriente). A pesar de esta gran crisis entre ambos países, con consecuencias para la economía y la política global, la alianza estratégica entre Estados Unidos y Arabia Saudita no sólo no se quebró, sino que continuó profundizándose, incluso a pesar de los trágicos sucesos del 11 de septiembre de 2001, donde quince de los diecinueve atacantes fueron sauditas.

108. Rania El Gamal, 2021. Https://www.reuters.com/article/us-saudi-yamani-idUSKBN2AN0LE

109. Amir Oren, 2013. https://www.haaretz.com/opinion/.premium-the-ongoing-yom-kippur-war-cover-up-1.5330787

110. Saad el Shazly, The crossing of the Suez, American Mideast Research, San Francisco, 1980.

111. Nixon, The memoirs of Richard Nixon, Simon & Schuster, Nueva York, 1990.

112. Avner Cohen, The worst-kept secret: Israel’s bargain with the bomb,

Columbia University Press, Nueva York, 2010.

113. Avraham Sela, The decline of the Arab-Israeli Conflict: Middle East politics and the quest for regional Order, State University of New York Press, Albany, 1998.

114. John W. Finney, 1973. Https://www.nytimes.com/1973/10/20/archives/nixon-asks-22billion-in-emergency-aid-for-israel.html

115. Nir Hasson, 2013. Https://www.haaretz.com/.premium-israel-was-closer-to-cairo-than-thought-in-73-1.5345820

116. Https://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/shows/saud/interviews/jungers.html

117. Robert Slater, Seizing power: the grab for global oil wealth, Bloomberg Press, Nueva Jersey, 2010.

118. Douglas Martin, 2010. Https://www.nytimes.com/2010/07/25/world/middleeast/25akins.html

119. Https://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/shows/saud/etc/script.html

120.

Https://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/shows/saud/interviews/jungers.html

121. Abdul Lateef, “Feisal: from obscurity to international status”, Pakistan Horizon, Vol. 28, N° 4, 1975. Http://www.jstor.org/stable/41394764

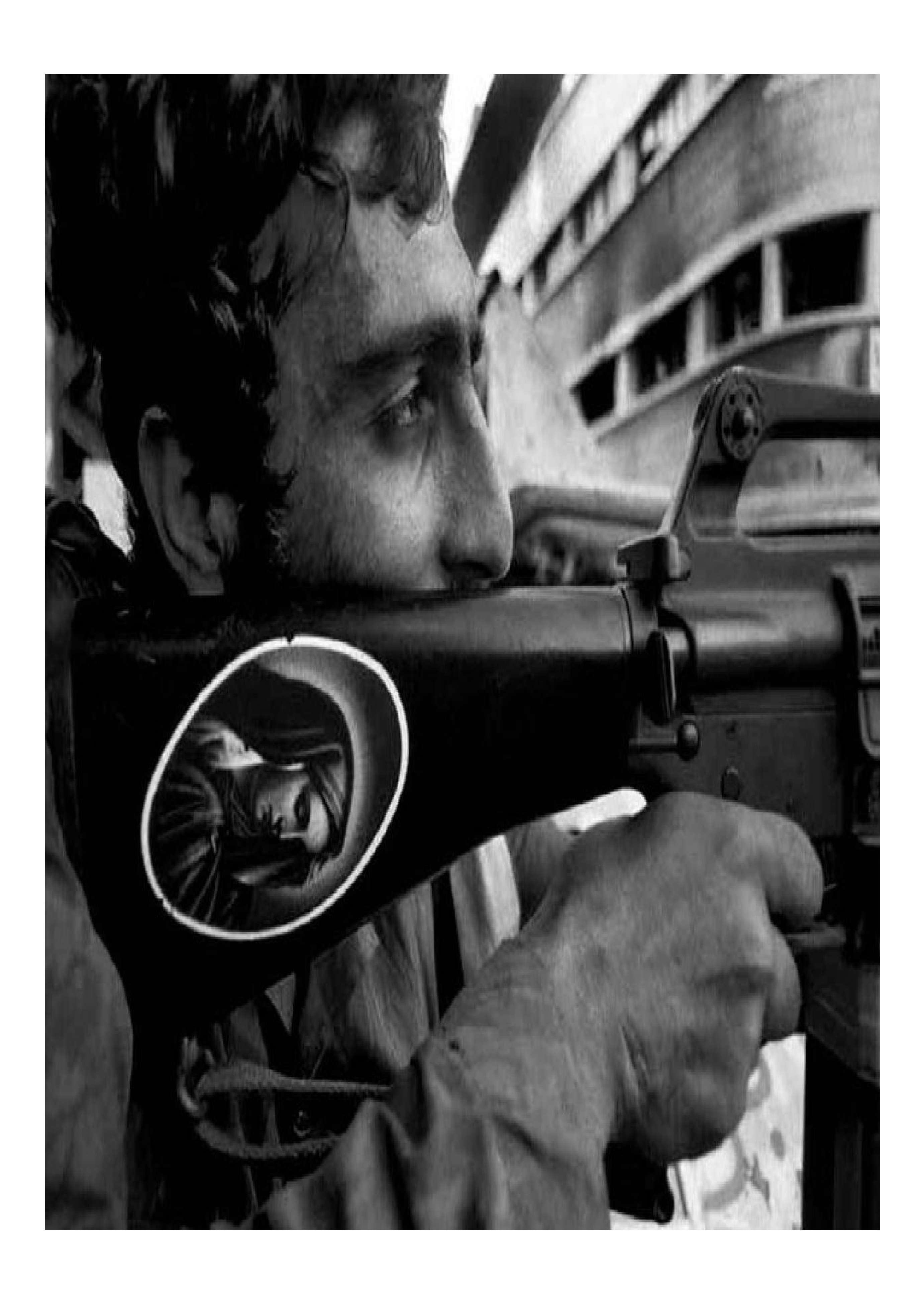
122. JTA, 2016. Https://www.timesofisrael.com/report-of-soviet-nukes-sent-us-on-highest-alert-during-73-war/

123. Https://www.jta.org/archive/dayan-better-to-hold-sharm-el-sheikh-without-peace-than-peace-without-this-area

124. Ian Skeet, OPEC: twenty-five years of prices and politics, Cambridge University Press, Nueva York, 1988.

125. Https://www.aramco.com/en/who-we-are/overview/our-history

126. Https://www.reuters.com/article/us-usa-biden-keystone-oil-idUSKBN29R1RB



Capítulo 8. 1975

Comienza la guerra civil libanesa

“El Líbano es fácil de comer, pero casi imposible de digerir.”(127)

BASHIR GEMAYEL, LÍDER MARONITA, 1982

Los eventos. Así es como los propios libaneses se refieren al período de 15 años de guerra civil que asoló al Líbano a partir del 13 de abril de 1975 y en el cual 17.000 libaneses desaparecieron, más de 150.000 fueron asesinados y el país sufrió la ocupación israelí y siria. Si bien la fecha del comienzo del conflicto armado se ubica a mediados de los años setenta, las bases para esta disputa interna estaban prácticamente selladas desde la propia creación del Estado libanés e incluso aún más atrás en el tiempo. Y aunque la guerra civil libanesa a menudo se describe como una guerra entre musulmanes y cristianos, sus causas subyacentes eran también de naturaleza política, y no solo religiosa. De hecho, algunos de los episodios más violentos de la guerra tuvieron lugar dentro de los mismos grupos religiosos: los palestinos sunníes lucharon contra los musulmanes chiítas, pero también contra el Ejército sirio, mayoritariamente sunnita; los chiítas de Hezbollah contra los chiítas de Amal, y los remanentes del Ejército libanés –en su mayoría, cristianos– contra milicias cristianas. Sin embargo, la retórica de las divisiones religiosas fue empleada por la plétora de milicias que buscaban hacerse pasar por los defensores de sus respectivas comunidades.

El Líbano está ubicado entre Israel y Siria, en el mar Mediterráneo; fue parte del Imperio Otomano y se convirtió en una colonia francesa al final de la Primera Guerra Mundial. El actual Estado del Líbano rastrea sus orígenes en la proclamación de Fuad Pasha de un gobierno garantizado por poderes internacionales en el monte Líbano el 18 de julio de 1861, luego de décadas de violencia entre cristianos y drusos (secta religiosa proveniente del chiismo ismaelita). A partir de ese momento, el gobernador general del Líbano debía ser un cristiano otomano procedente del extranjero, escogido luego de una consulta

del Imperio con los poderes europeos (que en el pasado habían ingresado a la zona para proteger a los maronitas, el grupo cristiano local que, desde las Cruzadas, reconocía la autoridad del papa de Roma).

Luego de la derrota otomana en la Primera Guerra Mundial, el territorio que hoy se conoce como Líbano empezó a adquirir una nueva identidad, además de ser uno de los centros del nacionalismo árabe en Medio Oriente. Ya el 5 de octubre de 1918, un grupo de nacionalistas –encabezados por la hermana de un ahorcado por haberse rebelado ante el Imperio Otomano– izó en Beirut la bandera que servía como emblema de la Revuelta Árabe (la cual, paradójicamente, había sido ideada por el británico Mark Sykes, y más tarde sería adoptada, con variaciones, por diferentes países). Sin embargo, tres días después, las tropas francesas –que habían entrado a la ciudad el 7 de octubre– la remplazaron por su bandera tricolor y tomaron la antigua administración otomana en Beirut mientras trataban de controlar la hambruna que azotaba el territorio y que ya había acabado con 500.000 personas en la Gran Siria (y un tercio de la población del monte Líbano) (128).

Los cristianos locales recibieron a los franceses como libertadores, pero, de hecho, los que habían logrado expulsar a los otomanos fueron los ingleses y árabes. El plan francés para dicho territorio siguió los deseos maronitas y consistió en extraer de la antigua provincia otomana de Siria un nuevo Estado independiente controlado por esa minoría, pero bajo la custodia de Francia. Ese Estado tuvo dentro tanto las tradicionales áreas cristianas del monte Líbano como también otras donde los musulmanes eran mayoría.

En 1919, el Imperio Británico anunció su retirada de la zona, en concordancia con lo arreglado con los franceses en el pacto Sykes-Picot, en tanto que Faisal, hijo del jerife de La Meca –quien era una especie de rey sin corona–, quedó sin respaldo. El príncipe deseaba controlar la Gran Siria coronándose rey (aunque estaba dispuesto a ceder el Líbano a Francia y Palestina a ingleses o judíos), pero parecía olvidar que los británicos les habían prometido la zona a los franceses, así que, sin la presencia de sus protectores ingleses, Faisal quedó a merced de los deseos de sus rivales.

El 7 de marzo de 1920, el Segundo Congreso Nacional Sirio emitió una resolución que proclamó a Siria como un Estado independiente que incluía los territorios de Palestina y Líbano (aunque nunca estuvo muy claro dónde empezaban y terminaban estos dos) y erigía a Faisal como “rey

constitucional”(129). Tanto los franceses –que habían aumentado sus tropas en Siria de 15.000 hombres a 66.000 en los últimos tres meses de 1919– como los británicos se sorprendieron por la acción y le avisaron a Faisal de las consecuencias que podía tener esa decisión.

De esta manera, el 27 de mayo de 1920, el comandante francés en Beirut, Henri Gouraud, recibió la orden de entregarle un ultimátum a Faisal que incluía desbandar su pequeño ejército. El líder árabe aceptó a regañadientes los términos, pero, no obstante, las tropas francesas lo atacaron y sus minúsculas fuerzas terminaron derrotadas en Maysalun (la Fuerza Aérea francesa hizo lo propio con las fuerzas realistas en Damasco, las cuales huyeron sin oponer resistencia). El 26 de julio, Francia ocupó la capital siria, y tres días después le ordenaron a Faisal que marchara al exilio (130). El depuesto monarca encontraría un premio consuelo de parte de los británicos, que lo colocaron como rey sunnita de una mayoría chiíta en Irak, lo que repetiría la estructura de poder ya estipulada anteriormente por los otomanos en el país mesopotámico.

Ya con el control total del territorio y provistos de la figura colonial de “mandato”, acordada en la conferencia de San Remo, las autoridades francesas decidieron dividir la Gran Siria en subunidades estatales. De una de ellas, la que se llamó “Gran Líbano”, nació lo que hoy se conoce como el Líbano. La proclama del nuevo Estado se dio en una gran ceremonia realizada el 1° de septiembre de 1920, en la que el francés Gouraud estuvo acompañado por el patriarca maronita y el muftí sunnita. Así, a la tradicional presencia maronita del monte Líbano se sumaron las poblaciones costeras de Sidón, Tiro y Trípoli, la cosmopolita Beirut y el extenso valle de la Becá, todos nuevos territorios donde los maronitas no eran mayoría, pero donde estos deseaban extender unas fronteras.

Francia, que tenía más deseos de administrar el Líbano como una colonia que de darle la independencia al país (la primera bandera que los franceses les permitieron usar a los ciudadanos del nuevo Estado era la tricolor francesa con el representativo cedro libanés en el centro), también decretó que los chiítas libaneses –históricos perseguidos de los otomanos– pudiesen, por primera vez, establecer sus propias cortes religiosas y participar de la Comisión Administrativa, el ente francés para administrar el Líbano. Este tenía al frente un gobernador francés que respondía directamente a Gouraud y constaba de diez representantes cristianos, cuatro sunnitas, dos chiítas y un druso.

Solo dos años después, los franceses suprimieron la Comisión Administrativa y la suplantaron por el Consejo de Representantes, integrado por miembros electos. Pero lo que parecía una mejora democrática terminó siendo un retroceso: el consejo no podía abordar ninguna cuestión política y el alto comisionado francés podía suspender sus sesiones y hasta disolverlo.

En los años siguientes, y con la ocupación francesa del Líbano, validada por el mandato de la Liga de las Naciones emitido el 24 de julio de 1922, las revueltas musulmanas dejaron marcada su hostilidad hacia el nuevo país, que consideraban atado a los deseos franceses y maronitas. En 1936, luego de que los nacionalistas sirios consiguieran de manos del Frente Popular francés de Léon Blum un tratado que reconocía una independencia nominal, los libaneses presionaron para que les otorgasen lo mismo. Sin embargo, el bloque de diputados pro-coloniales del Parlamento francés bloqueó su aprobación parlamentaria hasta que el Gobierno de Blum cayó, a mediados de 1937.

Durante 1940, cuando la Alemania nazi ocupó Francia, el mariscal Philippe Pétain fue colocado al frente del régimen de Vichy y el Líbano (junto con Siria) quedó a cargo del general colaboracionista Henri Dentz. La nueva administración francesa ensayó mantenerse neutral, pero en 1941 les permitió a los alemanes usar las bases aéreas sirias para operar contra el Imperio Británico en Irak. Esta situación desembocó en que, con el apoyo de las fuerzas contrarias a Vichy –que estaban encabezadas por Charles de Gaulle–, los británicos ocuparan el Líbano y Siria.

La Francia libre se pronunció a favor de la independencia del Líbano para tratar de conciliar con la población local, aunque, a pesar de la retórica, deseaba conservar sus posesiones coloniales en Medio Oriente una vez finalizada la Guerra Mundial. Presurosamente, los nacionalistas libaneses hicieron sus movimientos. Bajo un acuerdo confesional (y no escrito) de 1943, denominado “Pacto Nacional”, el poder político se dividió entre los grupos religiosos predominantes del Líbano: un musulmán sunnita se desempeñaría como primer ministro; un cristiano maronita, como presidente, y a partir de 1947, un musulmán chiíta, como presidente del Parlamento (los drusos y las demás comunidades religiosas se repartirían el resto de las funciones de gobierno).(131)

El arreglo, desarrollado principalmente por el liderazgo maronita y sunnita, buscaba distribuir las importantes posiciones del Estado entre los diversos grupos religiosos y de forma proporcional a los resultados del censo de 1932. El

conteo de la población libanesa –que hasta el día de hoy nunca se actualizó– fue de 785.543 personas, el 51% de las cuales eran cristianas y el 49% restante, musulmanas. El grupo con más seguidores, según el censo, era el de los maronitas (29%); luego, los sunnitas (22%), y, por último, los chiítas. Por lo tanto, de esta manera fue distribuido el poder de cada uno: seis diputados cristianos y cinco musulmanes (entre los que se incluían sunnitas, chiítas e incluso drusos). Desde ese momento, los musulmanes libaneses consideran que se les otorgó una porción del poder político menor que lo que les correspondía.

En concordancia con lo que expresaba la Constitución, los miembros del Parlamento eligieron, el 21 de septiembre de 1943, al primer presidente del Líbano, Bechara el Khoury. Sin embargo, cuando los parlamentarios libaneses se aprestaban a revisar diversos artículos de la carta magna de 1926 que le otorgaban a Francia la potestad –y el privilegio– para inmiscuirse en el presente y el futuro del Líbano (fronteras, lenguaje, bandera, acuerdos con el extranjero, legalización del “mandato”, etc.), las autoridades francesas que respondían a De Gaulle arrestaron al presidente y al primer ministro libaneses. Luego de numerosas protestas, que se sumaron a la presión inglesa, los políticos libaneses recuperaron su libertad. Pero no fue hasta el 24 de octubre de 1945 que los franceses anunciaron el término de su “mandato colonial” y transfirieron el control del Ejército al gobierno libanés, el cual se completaría en abril de 1946 con la retirada de las tropas extranjeras (132).

Durante la década de 1950, los problemas dejaron –en parte– de ser por la intromisión extranjera y se concentraron en las propias disfuncionalidades locales. El modus vivendi entre la comunidad maronita y la sunnita comenzó a resquebrajarse. El Pacto Nacional, el arreglo que pretendía reafirmar la identidad árabe del país para los musulmanes locales y despejar los miedos de los maronitas de ser marginalizados por una región que desconfiaba de todo lo que no fuese islámico, tenía un problema: no contenía ningún mecanismo para volver a balancear el reparto político confesional ante los constantes cambios demográficos del Líbano.

La ventaja demográfica maronita se fue erosionado con sus sucesivas migraciones (como la elite del país, contaba más posibilidades de acceder a una educación en el extranjero), la alta tasa de natalidad musulmana –especialmente entre chiítas– y la llegada de refugiados palestinos luego de la creación del Estado de Israel. Si en los primeros años pos-independencia el Pacto Nacional había logrado mantener unidos a los libaneses, las diferencias internas de reparto

de poder, sumadas a diversos cambios regionales que exacerbaron las divisiones de la sociedad libanesa, traerían el principio de la crisis.

El devenir libanés llegó a su primera implosión cuando, en 1958, Egipto y Siria se integraron para formar la República Árabe Unida (RAU), lo que polarizó a los musulmanes libaneses. En el Líbano, el presidente maronita Camille Chamoun, opositor al líder egipcio y a favor de la doctrina Eisenhower, contemplaba con preocupación la creación de la RAU, y las facciones pro-Nasser en el país, compuestas en su mayoría por musulmanes sunnitas y drusos, comenzaron a enfrentarse con la población maronita. Se desencadenaron enfrentamientos armados entre ambas facciones, y los panarabistas intentaron terminar con el gobierno de Chamoun en junio de 1958, después de que este quisiese, ilegalmente, buscar otro mandato como presidente (133).

En julio de 1958, un grupo de oficiales nacionalistas iraquíes derrocó al rey y Nasser declaró un pronto reconocimiento del nuevo gobierno iraquí con la intención de integrarlo a la RAU (el nuevo líder iraquí, Abdul Karim Qasim, finalmente se opuso, lo que provocaría más adelante que el mismo Nasser apoyara una contrarrevolución que lo asesinó). Al día siguiente, los marines estadounidenses desembarcaron en el Líbano –donde ya había cruentos combates entre milicias rivales– cuando el presidente Chamoun invocaba –y fue el único líder regional que lo hizo alguna vez– el cumplimiento de la doctrina Eisenhower (apoyo militar y económico a gobiernos aliados en Medio Oriente) ante el temor de caer ante las fuerzas libanesas panarabistas. Las tropas estadounidenses (15.000 soldados y varios buques de guerra) estuvieron tres meses en el Líbano sin entrar nunca en combate y, poco después, el país recuperó su transitoria estabilidad cuando el comandante en jefe del Ejército asumió como nuevo presidente y conformó una coalición de gobierno tanto con miembros leales al anterior mandatario como con fuerzas de la oposición.

No obstante, el creciente poder de las diferentes milicias armadas –en el contexto de un empeoramiento de la situación socioeconómica– terminaría siendo el principal catalizador de la próxima y sangrienta guerra civil. En 1969, Nasser acordó con el Gobierno libanés que las guerrillas palestinas gozasen de la potestad para lanzar ataques desde el Líbano contra Israel. A partir de ese momento, los palestinos abandonaron su circunstancial rol de observadores políticos en el país y comenzaron (en especial, en los campos de refugiados) a militarizarse de modo considerable (134). Asimismo, la expulsión de la OLP de Jordania en 1970, producto de su enfrentamiento armado con la corona jordana

durante el conflicto de Septiembre Negro, convirtió al Líbano en el centro de la resistencia palestina contra los israelíes. Los maronitas estaban doblemente preocupados por la población palestina que residía en el país, pues había incrementado la cantidad de musulmanes en el Líbano (a pesar de que los palestinos no recibían la nacionalidad libanesa) y estos habían empezado a unirse con sus rivales políticos, entre ellos el Movimiento Nacional, alianza de drusos, sunnitas, izquierdistas y panarabistas. Todos estos grupos exigían un Estado de carácter laico que abandonase el balance político sectario, pero los maronitas consideraban que era un engaño para terminar con el único Estado dominado por cristianos en Medio Oriente.

La tensión siguió en aumento durante 1973 y 1974, cuando fuerzas pro-cristianas atacaron a guerrillas palestinas dentro de los campos de refugiados y fuera de ellos. Ya en 1975 la situación se salió de control. Lo que empezó con una crisis política cuando el gobierno libanés no respondió a ataques de Israel contra palestinos en el sur del Líbano a modo de represalia, se agravó con la importante huelga de pescadores musulmanes en la ciudad de Sidón contra una corporación privada que deseaba imponer un monopolio de pesca que favorecería a las elites maronitas. A las manifestaciones les siguieron la represión de un Ejército controlado por los maronitas y una consiguiente respuesta armada de las milicias que se les oponían. El 13 de abril, un grupo de personas trataron de asesinar a Pierre Gemayel, uno de los líderes maronitas, y los falangistas cristianos contestaron ese mismo día tendiéndole una sangrienta emboscada a un autobús repleto de palestinos que pasaba por un barrio cristiano.(135) La cruenta guerra civil libanesa ya había comenzado. Para octubre de 1976, cuando finalizó la primera fase del conflicto, cerca del 2% de la población había sido asesinada.

En junio de 1976, unas 30.000 tropas sirias ingresaron al Líbano, aparentemente, para restaurar la paz, pero con el fin de sostener al presidente maronita Suleimán Frangieh, sobre quien pesaba una moción de no confianza del Parlamento, que le había exigido su renuncia (136). También la invasión constituyó, de hecho, el intento de Siria de reclamar su influencia en el Líbano, que nunca había reconocido desde que se independizó de Francia en 1943. Más tarde, durante marzo de 1978, cuando comandos palestinos cruzaron la frontera desde el Líbano y atacaron un kibutz israelí secuestrando un autobús, Israel lanzó la operación Litani, llamada así por el río homónimo que cruza el sur del Líbano. La invasión estuvo diseñada para acabar con la estructura de la OLP en el sur del Líbano, pero fracasó en su propósito. Luego de una resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (la Resolución N° 425 (137)) que establecía

una fuerza multinacional de mantenimiento de la paz en el sur del Líbano (cuyo mandato original era por seis meses, pero continúa –con un papel testimonial– hasta la actualidad), Israel se retiró. Pero solo por unos años.

Siria continuó con su perverso juego de poder en el Líbano y, cuando derrotó a las fuerzas opuestas a los maronitas, se enfrentó a los que antes había sostenido y comenzó a respaldar a los grupos chiítas (la comunidad libanesa más reprimida políticamente en el pasado y con mayor crecimiento en términos demográficos). La idea del liderazgo sirio (encarnado en Háfez al Ásad, del Partido Baaz) era que ninguna facción consiguiera una victoria total, y así Siria se convertiría en el gran titiritero de la estabilidad de su vecino. También, la acción siria de apoyo a los chiítas libaneses se explicaba como una devolución de gentilezas para con el más importante líder chiíta del Líbano por esa época, Musa al Sadr (luego, asesinado y desaparecido por Muamar el Gadafi en una visita a Libia durante 1978). Al Sadr, quien ayudó a crear el partido político –y también milicia– chiíta Amal, había redactado una controvertida fetua que reconocía a los alauitas (la secta religiosa a la que pertenece la familia Al Ásad) como musulmanes, lo que le permitió a Háfez al Ásad cumplir con el requerimiento constitucional sirio de que todo presidente de ese país profesase la fe islámica.

En junio de 1982, tras el intento de asesinato del embajador israelí en el Reino Unido por parte de un grupo disidente palestino, Israel lanzó una invasión a gran escala al Líbano con la ambiciosa intención de expulsar a la OLP (y al Ejército sirio) y, así, conseguir un acuerdo de paz con los maronitas. Después de una intensa mediación encabezada por Estados Unidos en medio de un cerco de las fuerzas israelíes que habían llegado a Beirut, el líder palestino Yasir Arafat (quien había intentado establecer "un Estado dentro de un Estado" en el oeste de Beirut y el sur del Líbano) evacuó las fuerzas de la OLP del país y reubicó sus cuarteles en la lejana Túnez.

Pocos meses después, mientras Israel ocupaba el oeste de Beirut, fue asesinado en un ataque (posiblemente instigado por Siria) el nuevo presidente pro-israelí del Líbano, el líder maronita Bashir Gemayel. A partir de ese momento, Israel se quedó sin su aliado local más carismático y poderoso. Ni lerdas ni perezosas, las milicias falangistas cometieron una masacre contra palestinos en los campos de refugiados de Sabra y Shatila ante la atónita mirada de las tropas israelíes, que permitieron la entrada de los comandos maronitas que buscaban vengar a su líder. El hermano mayor de Bashir, Amin, fue elegido presidente y firmó, en 1983, un acuerdo de paz transitorio con Israel, en tanto que las fuerzas de

mantenimiento de la paz, principalmente estadounidenses, francesas e italianas, llegaron a Beirut.(138) Israel terminó retirándose al sur del Líbano, donde creó una zona de seguridad de 20 km y apoyó a una milicia aliada denominada Ejército del Sur del Líbano.

El acuerdo de paz entre Israel y el Líbano terminó fracasando por la oposición de Siria, que consideraba que el arreglo lo aislaba –el artículo N° 6 pedía su retirada del norte y el oeste del país– y, de esta manera, movilizó a todos sus aliados en el terreno para que lo rechazaran y continuasen con la guerra. Ya con Israel en el sur del Líbano, la República Islámica de Irán impulsó y financió a la milicia chiíta de Hezbollah, que empezó a ganar legitimidad al resistir violentamente la ocupación israelí. Hezbollah, que ya se había presentado en sociedad usando el nombre de Resistencia Islámica, inauguró en el país los atentados suicidas y voló los cuarteles generales del Ejército israelí en Tiro (135 muertos), la embajada estadounidense en Beirut (63 muertos), los cuarteles de los marines estadounidenses cerca del aeropuerto internacional de esa misma capital (241 muertos) y el cuartel de los paracaidistas franceses (58 muertos)(139). Pronto, Hezbollah desarrolló una reputación de militancia extremista debido a sus frecuentes enfrentamientos con grupos chiítas rivales, como Amal, por el control de Beirut (antes, Amal había luchado en una larga campaña contra los refugiados palestinos llamada Guerra de los Campos).

Los años finales de la guerra civil se desarrollaron entre el asesinato del primer ministro Rashid Karami, en junio de 1987, y el exilio del general Michel Aoun en 1990. En 1988, la presidencia de Amin Gemayel terminó sin sucesor y, como no se realizaban elecciones para el Parlamento desde 1972, solo quedaban vivos 76 diputados del antiguo congreso, y la mayoría vivía en el extranjero.(140) Por lo tanto, como no contaban con el quórum necesario para seleccionar al presidente, el Líbano se encontró por primera vez sin primer mandatario y la autoridad ejecutiva debía recaer en el primer ministro, pero esto significaba, de hecho, que un sunnita ejerciese la presidencia (algo que no había sucedido antes en la historia del Estado libanés, ya que el cargo tradicionalmente estaba reservado a un maronita). No obstante, Gemayel hizo un último movimiento antes de abandonar el poder y, por decreto, disolvió el Gabinete del primer ministro Selim Hoss y designó en ese cargo a Aoun, el maronita jefe del Ejército, lo que quebró de hecho el Pacto Nacional acordado casi medio siglo atrás. Así, el Líbano terminó operando bajo dos gobiernos rivales: uno militar, encabezado por el general maronita Aoun, y otro civil, encabezado por el primer ministro sunnita Hoss; cada uno contaba con un apoyo extranjero opuesto: el

Partido Baaz iraquí, encabezado por Saddam Hussein, se puso detrás del esfuerzo guerrero de Aoun y el partido Baaz sirio, liderado por Háfez al Ásad, hizo lo propio con el de Hoss (141) (los sirios fueron cambiando de bando todo el tiempo, según sus necesidades estratégicas o intereses domésticos en el Líbano).

Los cruentos combates entre los dos bandos motivaron la intervención de otros importantes Estados árabes. La Liga Árabe negoció un alto el fuego y sus líderes se reunieron con los miembros sobrevivientes del Parlamento libanés en Taif, Arabia Saudita. El Acuerdo de Taif, firmado el 22 de octubre de 1989, sentó las bases para poner fin a la guerra al redistribuir el poder en el Líbano: los cristianos perdían su mayoría en el Parlamento y se conformaban con una división de 50-50 y el presidente delegaba parte de su poder a expensas del Primer Ministro, aunque el cargo seguiría en manos de un maronita (mientras que el Primer Ministro continuaría siendo un musulmán sunnita y el presidente del Parlamento, un musulmán chiíta). Sin embargo, Aoun desconoció lo acordado en Arabia Saudita, a pesar de que otros líderes maronitas apoyaron el acuerdo, lo que desencadenó un conflicto armado interreligioso.

Semanas después de que el Parlamento libanés ratificara el Acuerdo de Taif, el nuevo presidente electo, René Moawad, a quien se consideraba el candidato de la unión nacional, fue asesinado. Ya en octubre de 1990, las fuerzas sirias recibieron luz verde de Francia y Estados Unidos (a cambio de su participación en la coalición internacional que enfrentó a Saddam Hussein en la primera guerra del Golfo) para asaltar el palacio presidencial de Michel Aoun, quien se refugió en la Embajada de Francia para, luego, exilarse en París (paradójicamente, Aoun regresaría al país en 2005 como aliado de los chiítas de Hezbollah para llegar al fin, como un candidato consensuado, a la presidencia del Líbano durante 2016).

De esta manera, el 13 de octubre de 1990 marcó el final oficial de la guerra civil libanesa y, pocos días después, excavadoras del Ejército libanés comenzaron a desmantelar la Línea Verde, la línea de demarcación de 12 km que, desde 1976, separaba Beirut y sus suburbios en un sector cristiano y un sector de mayoría musulmana.(142) Poco menos de un año después, el 26 de agosto de 1991, se aprobaría una Ley de Amnistía, a pesar de que se cree que entre 150.000 y 200.000 personas –en su mayoría, civiles– perecieron en la guerra y cerca de 17.000 aún continúan desaparecidas (143).

No obstante, y a pesar de la sangre derramada, nunca pudo implementarse una de las características principales del arreglo alcanzado en Taif, que buscaba limitar la estructura sectaria de la política libanesa, la cual aún hoy se encuentra organizada en torno a partidos, movimientos o milicias que responden a una u otra facción religiosa antes que al Estado libanés. No solo la política libanesa sigue marcada por el sectarismo, sino que los antagonismos entre los diversos intereses sectarios son más grandes que nunca. Ninguno de los principales políticos del país es considerado una figura verdaderamente nacional; más bien, cada uno representa sobre todo los intereses de su propio clan: cristianos maronitas, musulmanes sunnitas, musulmanes chiítas y drusos.

El Acuerdo de Taif también preveía la retirada del territorio libanés de decenas de miles de tropas sirias, cuya presencia había dejado a Líbano como Estado soberano solo de nombre. Recién en 2005, cuando el gobierno sirio fue acusado –junto con Hezbollah, que ha estado representado en el Parlamento continuamente desde 1992– de estar detrás del asesinato del exPrimer Ministro Rafik Hariri y se produjeron manifestaciones multitudinarias contra su accionar en el país de los cedros, el Líbano dejó de tener una efectiva presencia extranjera luego de 30 años (los israelíes se habían retirado del sur del Líbano en 2000). Así, Siria, que siempre se había negado a reconocer la existencia separada del Líbano, al fin estableció relaciones diplomáticas con su país vecino en 2008. (144)

▪

127. Bashir Gemayel, Interview with Bashir Gemayel on ABC television - 9 July 1982. Ministerio de Relaciones Exteriores de Israel, 9-7-1982. Https://mfa.gov.il/mfa/foreignpolicy/mfadocuments/yearbook6/pages/42%20inter

128. Philip Mansel, Levant: Splendour and catastrophe on the Mediterranean, John Murray, Londres, 2011.

129. Ali Allawi, Faisal I of Iraq. Yale University Press, New Haven, 2014.

130. Radhey Shyam Chaurasia, History of Middle East. Atlantic, 2005.

131. Jamil Jreisat, Governance and developing countries, Brill, 2002.

132. Joseph Bayeh, A History of stability and change in Lebanon: foreign interventions and international relations, I.B. Tauris & Co, Londres, 2017.

133. Dylan Baun, “Winning Lebanon: youth politics, populism, and the production of sectarian violence 1920-1958”, Cambridge Middle East Studies, N° 59, Cambridge, 2021.

134. Nora Boustany, “Lebanon Annuls PLO Agreement”, The Washington Post, 22-5-1987.
https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1987/05/22/lebanon-annuls-plo-agreement/20c11566-8919-4f64-9027-69cd3a6fa7b5/

135. Joseph Chamie, “The Lebanese Civil War: an investigation into the causes”, World Affairs, Vol. 139, N° 3, 1976.

136. Https://www.nytimes.com/1976/03/17/archives/syria-is-said-to-seek-lebanon-solution.html

137. Resolución N° 425 de la Organización de las Naciones Unidas, 1978.

138. Acuerdo entre Israel y el Líbano, 17-4-1983. Https://ecf.org.il/media_items/611

139. Https://www.reuters.com/article/us-lebanon-crisis-turmoil-timeline-idUSKBN28Y0S1

140. Https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1987/04/06/amal-palestinians-agree-to-truce-in-camps-war/eea2f4f8-165b-49c9-9a03-097589a52ff4/

141. Rola El-Husseini, Pax Syriana: Elite Politics in Postwar Lebanon, Syracuse University Press, Nueva York, 2012.

142. Farouk Nassar, “First steps taken to remove ‘Green Line’ dividing Beirut with AM-Lebanon, BJT”, AP News, https://apnews.com/article/27c07d4f39829ce1b4eabb6d28af2da5

143. Https://www.nytimes.com/1991/08/27/world/amnesty-ratified-in-lebanon.html

144. Https://www.reuters.com/article/idUSLD532098



Capítulo 9. 1979

La instauración de la República Islámica en Irán

“No hagan caso a los que les hablan de democracia. Todos ellos están en contra del Islam. Quieren llevar a la nación lejos de su misión. Vamos a romper todas las plumas de veneno de los que hablan de nacionalismo y democracia.”(145)

AYATOLLAH RUDOLLAH KHOMEINI,

SUPREMO LÍDER DE IRÁN, 1979

Tres eventos ocurridos en el transcurso de un solo año, 1979, desataron una nueva dinámica de acción que continúa, todavía hoy, modificando el patrón de poder en Medio Oriente. Los grandes sucesos de ese año están compuestos por la instauración de la República Islámica en Irán; la ocupación de la Gran Mezquita, en Arabia Saudita, por un grupo radical islámico sunnita y su violento final, cuando tropas saudíes retomaron el control del sitio y el reino decidió profundizar su versión extrema del Islam con la intención de contener a los radicales y, por último, el acuerdo de paz entre Egipto e Israel.

Mientras los dos primeros acontecimientos desataron una carrera global por el liderazgo del mundo musulmán entre el sunnismo conservador, procedente de Arabia Saudita, contra el chiísmo revolucionario recién instalado en Irán, el hecho político restante sirvió como modelo de mesura para los países árabes y un contrapunto en la política de Estado de Israel (retiro del Sinaí y desmantelamiento de colonias). También, a fines de ese año, se produjo la invasión de la Unión Soviética a Afganistán, con la intención de apuntalar un régimen pro-soviético, y que terminó con su retirada −luego de una década de lucha− a manos de fuerzas étnicas-tribales apoyadas por Estados Unidos, Arabia Saudita y Pakistán. De este modo, el “Vietnam de la Unión Soviética” dio lugar al movimiento yihadista sunnita y, finalmente, a Al Qaeda, la organización radical islámica que se hizo mundialmente famosa luego de destruir las Torres Gemelas, el 11 de septiembre de 2001. Sin embargo, nada fue más reformador

del escenario de Medio Oriente que el debut de un fenómeno político conocido como “islamismo”. Desde 1979, el “Islam político” dejó de ser una expresión teórica para convertirse en una fuerza activa y reguladora de la zona, y también de la política global.

El año 1979 comenzó, para Irán, con multitudinarias protestas en contra del reinado de treinta y siete años del Shah Reza Pahlavi. En 1977, había asumido la presidencia de Estados Unidos el demócrata James Earl “Jimmy” Carter, con una plataforma a favor de los derechos humanos globales y, por lo tanto, al empezar su mandato, presionó al Shah para que liberalizara su gobierno y liberara a sus prisioneros políticos. Así Carter inició un período que se podría caracterizar como una suerte de “apoyo crítico” de Estados Unidos hacia Irán. El presidente estadounidense no quería repetir la actuación de su país en 1953, cuando un golpe ideado por la CIA y el MI6 destruyó al gobierno nacionalista de Mohammed Mossadegh para recolocar al Shah en su trono, pero tampoco podía permitirse perder a un importante aliado en la región, que no sólo custodiaba los accesos a los pozos petroleros de los países del Golfo Pérsico sino que era el Estado que más petróleo le había proporcionado cuando ocurrió el embargo saudita de 1973. Durante los sucesivos gobiernos de Dwight Eisenhower, John Fitzgerald Kennedy, Lyndon Johnson, Richard Nixon y Gerald Ford, Irán tuvo la difícil tarea de bloquear la entrada de la Unión Soviética en la región (el país persa limita con Armenia, Azerbaiyán y Turkmenistán, todas repúblicas soviéticas en aquel entonces), por lo que recibió entrenamiento y equipamiento militar por parte de Estados Unidos.

Esa dinámica de colaboración transformó al ejército imperial iraní en uno de los más poderosos de la zona, compuesto por unos 400.000 soldados y, a su fuerza aérea, en la quinta más desarrollada del mundo. La alineación de Irán con la agenda de Occidente fue tal que, incluso en la década del 70, se podía viajar desde Tel Aviv hacia Teherán en vuelo directo a pesar de que seguía votando contra el Estado judío en resoluciones de la ONU. Israel, por esos días, formaba una estrecha alianza con países no-árabes de Medio Oriente, como Turquía (primer país musulmán de la región en reconocer al Estado de Israel) e Irán (de origen persa y que sólo adoptó la religión musulmana luego de la conquista árabe del siglo VII) así como con minorías étnicas y religiosas de la zona (por ejemplo, los maronitas en Líbano y los kurdos en Irak) con la intención de frenar el pan-arabismo y el nacionalismo árabe. De este modo, Israel intercambiaba con las agencias de seguridad del Shah inteligencia sobre enemigos comunes (principalmente Irak), le compraba petróleo y le vendía armamento y tecnología.

Además, Israel ayudó a Irán a formar, junto a la CIA, la temible policía secreta del Shah, la SAVAK, que persiguió ferozmente a sus oponentes políticos.

Antes de que comenzara la Revolución Islámica, el Shah consideraba como sus mayores enemigos dentro del país a los nacionalistas del Frente Nacional (el antiguo partido de Mossadegh), al grupo reformista islámico Movimiento por la Libertad de Irán (encabezado por el futuro Primer Ministro, Mehdí Barzagán), al partido pro-soviético Tudeh y a dos organizaciones guerrilleras (la Organización de los Muyahidines del Pueblo de Irán y la Organización de Irán Fedaian Popular) que habían iniciado una lucha armada en contra de su régimen. Para contrarrestar la amenaza, el monarca prohibió al Frente Nacional y al Movimiento por la Libertad de Irán, encarcelando a sus líderes, condenó a la dirigencia del Tudeh al exilio, y persiguió a las dos organizaciones guerrilleras a través de la SAVAK; además, en 1976, prohibió a todos los partidos políticos y sólo permitió la existencia de uno, el Rastakhiz, el partido único de su gobierno (146). El Shah, en cambio, no consideraba a los religiosos chiítas como una fuerza política “viable” de oposición que pudiera llegar a gobernar el país y recordaba como que gran parte de ellos lo habían apoyado en su retorno al poder, en 1953. No obstante, el chiísmo en Irán (es decir, el 90% de su población) es una poderosa fuente de identidad nacional, incluso entre los menos devotos, desde su introducción en Persia por la dinastía Safávida para contrarrestar el poder del Imperio Otomano, gobernado por musulmanes sunnitas. Como no existían intermediarios entre el Estado y la sociedad (la mayoría de los políticos estaban presos o exiliados, y los partidos, prohibidos), el pueblo comenzó a expresar su descontento en el único lugar posible y seguro para hacerlo: las mezquitas. Pero los clérigos chiítas estaban divididos en su oposición al Shah: mientras que algunos no querían intervenir en política, una porción significativa, liderada por el ayatolá Ruhollah Khomeini, un carismático predicador que se había opuesto a los intentos modernizadores del Shah en la llamada “Revolución Blanca” de 1963 que amplió los derechos femeninos, si lo promovían.

Las posturas antigubernamentales terminaron provocando su destierro, en Turquía, primero, y luego en Irak, desde donde comenzó a bregar por una “teocracia chiíta”. El problema central de esta visión radicaba en que los chiítas carecían de una autoridad central religiosa después de que −según sus creencias− desapareciera (o fuera ocultado por Dios) el duodécimo Imán, que terminó por provocar una crisis de liderazgo entre los seguidores de la rama mayoritaria del Islam chiíta conocidos como duodecimanos. Khomeini, siguiendo la tradición de los usulíes −escuela mayoritaria en el chiísmo duodecimano− formuló una

pregunta fundamental para salir del brete: si la jurisprudencia religiosa chiíta puede autorizar la formación de una monarquía, o un gobierno civil, para cumplir con las obligaciones religiosas y gubernamentales mientras perdure la ausencia del Imán (se cree que el Imán oculto volverá en forma del "Mahdi prometido" antes del "Día del Juicio"), ¿no sería más conveniente que los jurisprudentes conformen un Estado, ellos mismos, y gobiernen de acuerdo a la ley religiosa −y en nombre del Imán− hasta que se produzca su retorno? (Khomeini elaboró su concepto de un Estado Islámico en una serie de conferencias realizadas en 1970, durante su destierro en Irak, y que fueron publicadas, en árabe y en persa, bajo el título "Gobierno Islámico") (147). Fue así que, cuando la revolución se inició, en 1978, la única organización que operaba libremente, no se encontraba debilitada, mantenía toda su estructura en pie (9.000 mezquitas, 180.000 mullahs, millones de seguidores) y tenía un proyecto de Estado y de gobierno, y comenzó a dominar el movimiento contra el Shah.

En enero de ese año, el diario pro-gubernamental Ettela'at publicó un artículo acusando a Khomeini de ser un agente inglés y de conspirar contra la monarquía, hecho que provocó una inmediata revuelta en la ciudad de Qom, centro religioso de Irán, y que más tarde se extendió por todo Teherán (148). Las clases populares y medias, exacerbadas por una crisis económica que se inició en 1977 producto de la corrupción, el despilfarro en proyecto megalómanos del Shah (como las celebraciones de los 2.500 años del Imperio Persa) (149), la descontrolada importación de productos extranjeros, la acelerada migración hacia las ciudades pero, principalmente, por la baja en los precios del petróleo pronto se sumaron al levantamiento de los religiosos. El precio del petróleo que desde hacía 4 años estaban en constante alza, cayó porque, paradójicamente, se produjo por un "golpe petrolero" arreglado entre Arabia Saudita y Estados Unidos, que frustró otra subida en los precios, planeada por la OPEP, a instancias del Shah de Irán.

Por si fuera poco, el Shah también logró ponerse en contra a los dueños de los negocios de los influyentes bazares iraníes, al culparlos de la inflación del país. En 1978, el por entonces vicepresidente de Irak, Saddam Hussein –un político cuyo poder ya se había tornado indisputable diez años antes− contactó, a través de su hermano, al Shah, para consultarlo sobre qué debería hacer su gobierno con Khomeini en su exilio iraquí (el clérigo no sólo desestabilizaba a Irán sino que servía como fuente de inspiración para la mayoría chiíta que habitaba Irak). Las opciones eran dos: su asesinato o su deportación. El Shah eligió la segunda,

temeroso de que su muerte lo convirtiera en un mártir (150). Desde Najaf, en Irak, Khomeini viajó a Francia (su primera opción fue Kuwait pero el Emirato impidió su ingreso) y en la capital francesa, el ayatolá encontró el lugar ideal para preparar la revolución. En París nadie limitaba sus visitas ni controlaba sus conversaciones y podía, por primera vez en 14 años de exilio, comunicarse a toda hora con sus seguidores en Irán.

En noviembre de 1978, Irán se encontraba prácticamente paralizado −sus principales servicios nacionales, su comercio y su industria petrolera casi habían dejado de funcionar− y, a principios del año siguiente, la insurrección ciudadana ya había logrado torcer los designios del Shah, que se vio obligado a nombrar a Shapour Bakhtiar, un político opositor del Frente Nacional (partido que lo expulsó apenas aceptó el cargo) como Primer Ministro. El Shah buscó el consejo y apoyo de Estados Unidos acerca de cómo lidiar con la insurrección pero, dentro del gobierno de Carter, prevalecía la indecisión: en el gabinete norteamericano había una clara división entre Zbigniew Brzezinski, el consejero de Seguridad Nacional, que apoyaba una acción inmediata para que Irán no se sumiera en el caos, y Cyrus Vance, el secretario de Estado, que se oponía a un golpe de Estado a toda costa (151). Por su parte, el embajador Willian H. Sullivan trató de persuadir a su administración para que trabajara directamente con Khomeini, a quien consideraba como el único capaz de lograr una democracia en Irán (152). Carter no tomó ninguna decisión en particular (de acuerdo con una evaluación de la CIA, publicada en agosto de 1977, "Irán no se encontraba en un proceso revolucionario o pre-revolucionario" sino que existía una "insatisfacción con el estricto control del Shah del proceso político pero sin una amenaza real al gobierno"(153)) y sólo envió al General Robert Huyser para tratar que los militares iraníes apoyaran al gobierno del Primer Ministro Bakhtiar, incluso si el Shah se veía obligado a abandonar su puesto (154). Efectivamente, presionado por Bakhtiar, las multitudinarias movilizaciones callejeras y la inacción de Estados Unidos, el Shah Reza Pahlavi anunció que abandonaba Irán "por unas largas vacaciones" y el 16 de enero emigró de su país para nunca más volver.

Dos semanas después, el 1° de febrero, Khomeini regresó a Irán, acompañado en el avión por 120 periodistas por temor a que su vuelo fuera atacado por militares iraníes. Lo recibieron cinco millones de personas en las calles. Cuando la aeronave ingresó al espacio aéreo de Irán, el periodista Peter Jennings le preguntó a Khomeini qué sentía al volver a su país luego de su largo exilio. "Nada", respondió el ayatolá (155).

Con Khomeini en Teherán, la revolución se tornó imparable: el 4 de febrero formó un gobierno alternativo encabezado por Mehdi Barzagan, a pesar del que el representado por el Primer Ministro Bakhtiar seguía en pie. "Voy a nombrar a mi propio gobierno. Voy a darle una cachetada a este gobierno en la boca y voy establecer una nueva administración con el apoyo de esta nación, porque esta nación me acepta", dijo el clérigo repatriado (156). Pronto, los altos jefes militares iraníes, sin el apoyo de Estados Unidos para lanzar un golpe de Estado, con el gobierno debilitado y el Primer Ministro nombrado por el Shah desvaneciéndose, intentaron encontrar un arreglo con Khomeini y sus seguidores. De esta forma, el ayatolá fue ganando apoyo en las filas del ejército y en algunos oficiales de rango inferior. Los cadetes de la Fuerza Aérea también se unieron a la Revolución, lo que provocó un enfrentamiento armado, el 10 de febrero, entre éstos y la Guardia Imperial iraní. Un grupo de comandantes militares, miembros del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, encabezado por el jefe del Estado Mayor, Abbas Qarabaghi, se reunió durante la mañana del 11 de febrero para tomar una decisión que resultaría crucial para la revolución: declarar la neutralidad del ejército y dar la orden a las tropas de volver a sus bases.(157) Ese mismo día, por la tarde, el ayatolá Khomeini tenía en sus manos el poder total del Estado y Bazargán era su indiscutido Primer Ministro (poco tiempo después, Bakhtiar se exilió en París, donde sería asesinado, en 1991, por agentes iraníes).(158)

De esta manera, los grupos liberales y de izquierda, así como ciudadanos comunes que habían apoyado a Khomeini, creyendo que la revolución iba a dar a luz un régimen democrático, vieron enseguida, cómo los seguidores del ayatolá comenzaron a pergeñar una teocracia islámica. En el transcurso de los dos meses siguientes, Khomeini mandó a ejecutar a casi la totalidad de los mandos del ejército y las fuerzas de seguridad e inteligencia. Durante los primeros ocho meses de la revolución, los clérigos mantuvieron la alianza con los nacionalistas religiosos y conservaron a muchos tecnócratas en el gabinete. Se promulgó una constitución que estableció la figura del "Jurisprudente Supremo" (por supuesto, Khomeini ocupó ese cargo),por encima del presidente, primer ministro y el ejército. Además, se conformó un Consejo de doce miembros, con amplias facultades de revisión legislativa y de tutela del Estado, y se instauró la Ley Islámica (también se instauró la obligatoriedad del uso del velo islámico en público).

Tiempo más tarde, cuando el Shah se trasladó a los Estados Unidos buscando tratamiento para su enfermedad de cáncer −fallecería en 1980−, estudiantes

radicalizados invadieron la embajada de Estados Unidos en Teherán y tomaron al personal diplomático como rehén durante 444 días (los estudiantes temían que la presencia del Shah en Estados Unidos se tratara de una pantalla para preparar su vuelta a Irán). Khomeini, al principio, se opuso al secuestro −le comunicó personalmente al ministro de Relaciones Exteriores de su gobierno que estaba en contra de la toma y lo envió a la Embajada para terminar con ella− pero, al comprobar que la acción era inmensamente popular en la sociedad, terminó por apoyarla, dándoles su bendición a los estudiantes (159). El gobierno de Mehdi Barzagán −que no acordaba con la medida radical− renunció en su totalidad, desacreditado por la decisión de su Líder Supremo. La mayoría del gabinete del gobierno interino se exiliaría o abandonaría la política en las siguientes dos décadas.

En 1980, Irak invadió el territorio de Irán, aprovechando el distanciamiento de este último y Estados Unidos después de la Revolución, así como la debilidad en que se encontraba el ejército iraní después de las sucesivas purgas. La intención de Irak era apoderarse de la rica provincia petrolera de Juzistán. Irán luchó contra los invasores hasta un punto muerto del conflicto y, finalmente, llegó a un cese de hostilidades recién en 1988 (Saddam Hussein buscó un cese al fuego en 1982 pero Khomeini había prometido que jamás se detendría porque “Dios está del lado de Irán”). Cerca de un millón de iraníes perecieron en una guerra que duró ocho largos años.(160)

Si bien la Revolución Islámica fue democrática en su inicio –así como sus demandas– la misma dio origen a un régimen que, basado en la religión, fue igual o aún más tiránico que el del autoritario Shah. El impacto de la Revolución en Irán “despertó” un movimiento islámico en ciernes que, potenciado por las guerras árabes-israelíes de 1967 y 1973, pronto se esparciría por toda la región como alternativa de cambio. A partir de 1979, la tendencia más visible de esta “revolución” fue la modificación del patrón de poder en Medio Oriente, que abandonó el panarabismo y nacionalismo árabe para comenzar a vincularse con el radicalismo religioso. Son muchos los ejemplos: la toma de la Gran Mezquita, en Arabia Saudita, la insurrección de la Hermandad Musulmana en Siria; el intento de derrocar al Emir en la pequeña isla de Bahrein, el control islámico-militar de Sudán en África, el asesinato del presidente Anwar Sadat, en Egipto, luego de lograr la paz con Israel, la campaña contra diplomáticos estadounidenses e infantes de marina en El Líbano, etc.

El régimen religioso chiíta también sirvió como fuente de inspiración para

millones de sus fieles dispersos por el mundo, que trataron de tomar la delantera en la “competencia” que mantienen, hace siglos, con los sunnitas (ampliamente mayoritarios entre los musulmanes) por el control ideológico del Islam. Esta pugna religiosa –junto a la toma de la Gran Mezquita en La Meca– incitó a que Arabia Saudita, como custodio y representante del sunnismo radical, comenzara a invertir millones de dólares en todo el mundo para terminar con el pluralismo de la religión musulmana, principalmente contra sus némesis chiítas, y así imponer, en su lugar, su versión puritana del Islam, el wahabismo, promovido por las instituciones religiosas y gubernamentales del reino saudí.

145. Stephen Kinzer, Reset: Iran, Turkey, and America’s future, Times Books, Nueva York, 2010.

146. Parvin Merat Amini, “A single party state in Iran, 1975-78: the Rastakhiz Party. The final attempt by the Shah to consolidate his political base”, Middle Eastern Studies, Vol. 38, N°1, 2002. Http://www.jstor.org/stable/4284214

147. Hamid Mavani, “Ayatullah Khomeini’s concept of governance (wilayat al-faqih) and the classical Shi’i Doctrine of Imamate”, Middle Eastern Studies, Vol. 47, N° 0, 2011. Http://www.jstor.org/stable/23054264

148. Misagh Parsa, Social origins of the Iranian Revolution, Rutgers, London, 1989.

149. Celebración de los 2.500 años del Imperio Persa. Https://www.bbc.com/mundo/noticias-40457994

150. Ronen Bergman, The secret war with Iran, Simon & Schuster, Nueva York, 2008.

151. Alejandro Moens, “President Carter’s advisers and the fall of the Shah”, Political Science Quarterly, Vol. 106, N° 2, 1991. https://doi.org/10.2307/2152227

152. Jimmy Carter, Keeping Faith: Memoirs of a President, University of Arkansas press, Fayetteville, 1995.

153. Ibíd.

154. Javier Gil Guerrero, The Carter Administration and the Fall of Iran’s Pahlavi Dynasty, 163, New York, Palgrave MacMillan, 2016

155. Elaine Sciolino, Persian mirros: The elusive face of Iran, Simon & Schuster, Nueva York, 2000.

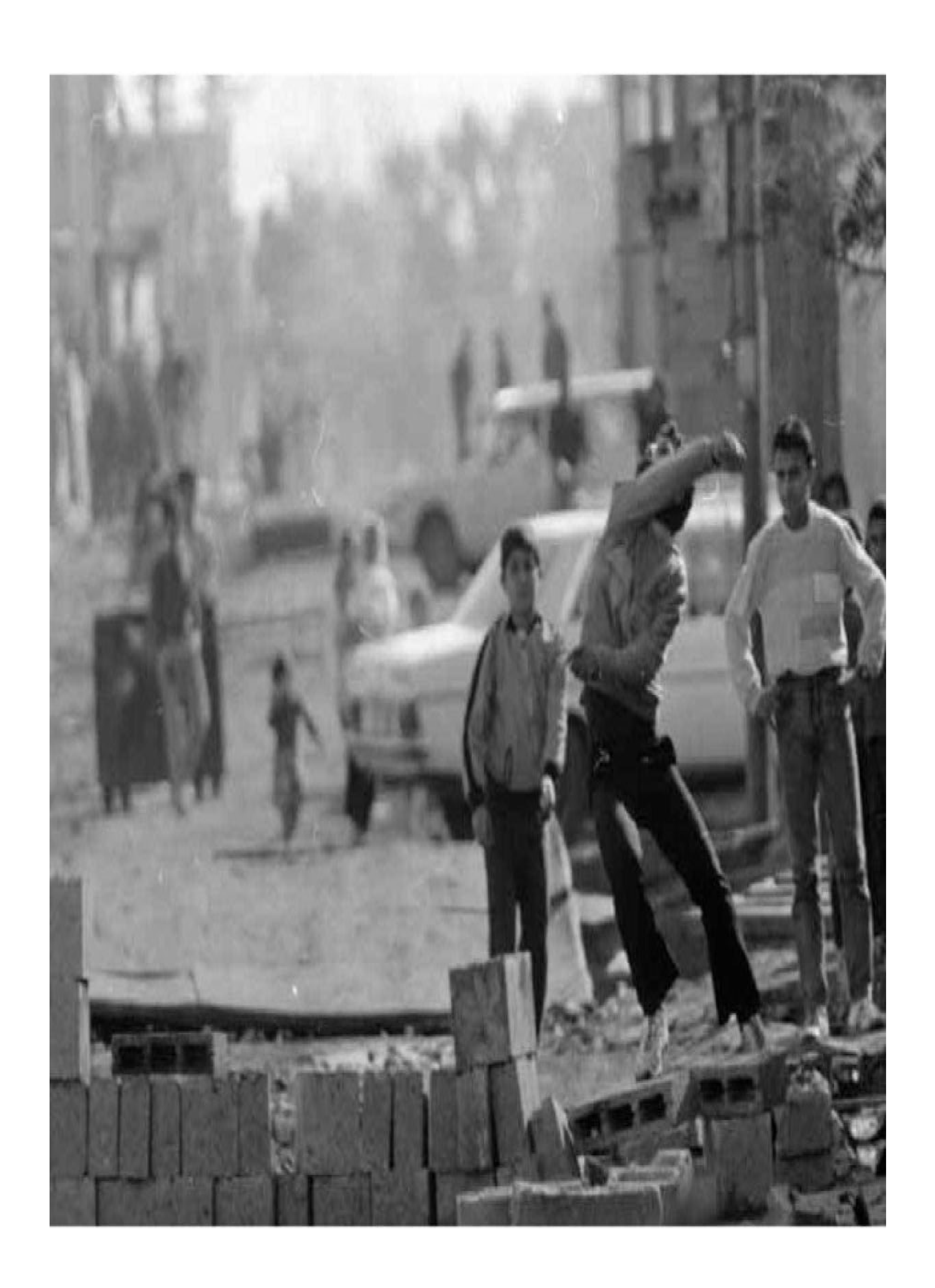
156. Michael Axworthy, Revolutionary Iran: a history of the Islamic Republic, Oxford University Press, Nueva York, 2013.

157. Telegrama del embajador británico Sir John Graham transmitiendo el anuncio del general Abbas Qarabaghi sobre la neutralidad de las Fuerzas Armadas iraníes. Https://www.amdigital.co.uk/about/blog/item/37-days-after-37-years

158. Leela Jacinto, 2010. Https://www.france24.com/en/20100518-ali-vakili-rad-perfect-murder-imperfect-getaway-shapour-bakhtiar

159. Iran and The West - Part 1 - The Man Who Changed (BBC Documentary). Testimonio de Eprahim Yazdi y Sadeq Tabatabaei https://www.youtube.com/watch?v=Yfkqf_wWEsM

160 Ian Black, 2010. Https://www.theguardian.com/world/2010/sep/23/iran-iraq-war-anniversary



Capítulo 10. 1987

Primera Intifada palestina

"Uno puede esperar eventos de esta naturaleza después de 20 años de dura ocupación. La gente ha perdido toda esperanza y están completamente frustrados. No saben qué hacer. Han adoptado una línea de fundamentalismo religioso que para ellos es su último recurso y perdido la esperanza que Israel alguna vez les proporcione sus derechos."(161)

RASHAD AL SHAWA, EX ALCALDE DE GAZA, 1987

La primera Intifada (palabra de origen árabe que significa "levantamiento") estalló dramáticamente a fines de 1987, después de veinte años de ocupación militar israelí en Cisjordania, la Franja de Gaza y la anexión de Jerusalén Este. Si bien los primeros signos de resistencia a la ocupación israelí se desarrollaron a sólo un mes de finalizada la Guerra de los Seis Días, en 1967, la Intifada significó el primer levantamiento de masas palestino, que se extendió por un prolongado período de tiempo sin ser doblegado por los aparatos de seguridad israelíes. A su vez, también se convirtió en una de las mayores movilizaciones de Medio Oriente durante el siglo pasado. La demanda palestina, que combinaba el pedido de autogobierno, participación democrática y dignidad individual, tenía como fortaleza la frustración de las aspiraciones nacionales de los 900.000 habitantes de Cisjordania, los 650.000 de Gaza y los 130.000 de Jerusalén Este, que no deseaban vivir como habitantes de segunda clase bajo una brutal ocupación militar extranjera (162). Asimismo, otra causa de profundo resentimiento fue el desarrollo constante de los asentamientos israelíes en los territorios ocupados en la guerra de 1967. Estos territorios se encuentran incluidos en la Resolución N° 242 de las Naciones Unidas de ese año, que solicitaba la "retirada de las Fuerzas Armadas israelíes de los territorios ocupados en el reciente conflicto".

El estallido sorprendió tanto a los militares y funcionarios de inteligencia israelíes como a los propios dirigentes de la Organización para la Liberación de

Palestina (OLP), que se encontraban en Túnez luego de haber sido forzados a salir de su base en El Líbano en 1982, después de la invasión israelí. La OLP, que había estado marginada del Tratado de Paz firmado entre Israel y Egipto en 1979, se encontraba ante una situación inédita, producto de su derrota en la Guerra del Líbano, cinco años antes. Junto con la expulsión de su cuartel en Medio Oriente (Beirut) hacia el Norte de África (Túnez), la principal organización palestina sufrió una drástica reducción de los subsidios que recibían de parte de los países petroleros de la región para la "causa palestina" producto del fin del boom petrolero. Además, la OLP estaba inmersa en un período de relativo aislamiento en la esfera internacional a causa de las nuevas políticas de la Unión Soviética (la Perestroika) y la prolongación de la Guerra Irán-Irak, la cual concentraba los recursos y la atención del mundo árabe. Un claro ejemplo de esta situación fue la reunión de la Liga Árabe, en Amman, realizada en noviembre de 1987, que concluyó sin ninguna mención a Palestina en su documento final (pero sí, en cambio, determinó la vuelta de Egipto al organismo, luego de ser suspendido en 1979 al firmar su Tratado de Paz con Israel (163)). Sin embargo, la salvación de la OLP no se hallaría fuera de los territorios palestinos, sino dentro de ellos.

La llama que encendió la revuelta fue un confuso accidente de tránsito, producido el 8 de diciembre en la Franja de Gaza. Allí, un camión de transporte de tanques del ejército israelí chocó accidentalmente con dos automóviles palestinos, muriendo cuatro de sus pasajeros (se difundieron rumores en Gaza de que el accidente había sido una represalia deliberada de Israel por el asesinato de un civil israelí unos días antes) (164). Los funerales que se celebraron al día siguiente en el campo de refugiados palestinos de Jabalya se convirtieron, al instante, en manifestaciones y disturbios masivos. La respuesta del ejército, que incluyó disparos de munición real contra los manifestantes, provocando la muerte del primer "mártir" de la Intifada, un joven de 17 años, solamente aumentó la tensión. Durante los primeros días del levantamiento, los disturbios se habían transformado en demostraciones espontáneas y multitudinarias que pronto se extendieron por toda la Franja de Gaza y Cisjordania. Las movilizaciones, junto con la participación ciudadana palestina, eran de una escala nunca vista antes por las fuerzas de ocupación israelí, que siguió respondiendo de manera violenta ante la sorpresiva rebelión: en los primeros 22 días de la Intifada, fueron asesinados veintiún palestinos mientras ningún israelí perdió su vida (165).

En 1987, la Franja de Gaza poseía una de las mayores densidades de población

en el mundo entero −1.600 personas por km2− y, en el año precedente, la natalidad palestina en la Franja ya duplicaba el número de nuevas viviendas construidas. Con la población creciendo a pasos agigantados, la tierra y los recursos hídricos destinados a los palestinos disminuía del mismo modo: en 1987, 2.500 colonos judíos, distribuidos en 14 asentamientos en Gaza, el 0,4% de la población total de ese territorio, controlaban directamente el 28% de la zona (166). En Cisjordania, 64.000 colonos judíos que habitaban 112 asentamientos utilizaban doce veces más cantidad de agua que los palestinos del mismo territorio (900.000 palestinos por esa época). Ese mismo año, 125.000 palestinos trabajaban dentro de Israel (40% del total de la fuerza trabajadora): la mayoría de ellos, en trabajos no calificados y con sueldos menores a los recibidos por los israelíes por empleos similares.(167) De igual modo, la construcción y la agricultura israelí dependían, casi exclusivamente, de la mano de obra palestina y el desarrollo laboral e industrial de los territorios palestinos estaba subordinado a las demandas de la economía israelí. Así, se prohibía el desarrollo de ciertos productos agrícolas palestinos para prevenir que compitieran con los exportados por Israel (dentro y fuera de los territorios palestinos) y se alentaban otros (tomates, pepinos) para satisfacer el mercado interno israelí. En síntesis, los palestinos se habían convertido en un mercado cautivo −del capital israelí y los bienes producidos por Israel mientras que el costo económico de la ocupación de sus territorios era cubierto por los impuestos a la población palestina−.

El comienzo de la Primera Intifada fue completamente espontáneo y no hubo preparación ni planeamiento del liderazgo palestino asentado en Túnez o de los líderes locales, aunque sí hubo numerosos incidentes y demostraciones en el transcurso de 1987, que anticiparon y vigorizaron el posterior levantamiento. Dos célebres sucesos palestinos se destacan: en mayo, seis militantes del poco conocido grupo Yihad Islámica se escaparon de la prisión israelí de Gaza para iniciar sucesivos ataques contra objetivos militares israelíes y, en noviembre, se produjo la exitosa infiltración de dos guerrilleros palestinos, desde el sur del Líbano que, mediante el uso de planeadores de mano, lograron traspasar el borde israelí y matar a seis soldados antes de ser abatidos por el ejército de Israel (168). Cuando la espontánea insurrección demostró ser más que una simple protesta, la OLP comandada por el Partido Fatah y su líder, Yasser Arafat, se colocó raudamente al frente de la misma. Se conformó una conducción en conjunto con otros grupos palestinos afines (como el Frente Popular, el Frente Democrático y el Partido Comunista Palestino) bajo el denominado Comando Nacional Unificado. Su centro fue Jerusalén y estaba comandado por figuras

públicas, como reconocidos académicos y periodistas y también por trabajadores y profesionales, y se trataba de una organización secular. El Comando Nacional Unificado decidió limitar el levantamiento a Cisjordania y la Franja de Gaza y utilizar sólo piedras y cócteles molotov −junto a la desobediencia civil− para evitar, según las palabras del líder del Frente Democrático, Naif Hawatmeh, "una situación donde las autoridades ocupantes pierdan el control y cometan una masacre".(169)

Pero también existía un segundo liderato, encarnado en un nuevo movimiento político-religioso, llamado Hamás ("Movimiento de Resistencia Islámico"), que se presentó como una alternativa nacional, ideológica y organizativa del "Comando Nacional Unificado". Hamás, que en un principio fue tolerado −y hasta alentado− por Israel como una forma de debilitar a sus rivales de la OLP, era islamista, anti-judío, de acuerdo a su carta fundacional, y llamaba a la liberación de toda Palestina "desde el río hasta el mar"(170). La relación de Israel con Hamás −que dominaba la insurrección en la Franja de Gaza− cambió abruptamente cuando el grupo islamista secuestró y asesinó a dos soldados en febrero y mayo de 1989, respectivamente. El ataque provocó que Israel declarara al grupo como "ilegal", y condenara a su líder, el jeque Ahmed Yassin, a prisión perpetua.

Los israelíes, inicialmente, negaron que una rebelión popular palestina estuviera en desarrollo: el coordinador militar para los territorios palestinos, Shmuel Goren, denominó a las movilizaciones como "el pico en un ciclo periódico de disturbios" y el ministro de Defensa israelí −responsable máximo de la seguridad en los territorios palestinos−, Yitzhak Rabin, desestimó el poder de la insurrección y viajó el 10 de diciembre a Estados Unidos para volver recién once días después.(171) Al regresar, calificó a los disturbios como "el resultado de la incitación siria e iraní". Lo cierto es que la Intifada no mostraba ninguna señal de disminución, e Israel continuó con su política represiva: más de mil palestinos fueron asesinados por las fuerzas israelíes durante la Intifada −incluyendo a 237 niños y adolescentes− y hubo 120.000 palestinos arrestados (muchos de ellos, sistemáticamente torturados por el Servicio de Inteligencia y Seguridad Interior, el Shin Bet, según un informe encargado por la Auditora General israelí, Miriam Porat (172)). Entre los cargos que podían motivar un arresto se incluyó cualquier tipo de manifestación de la identidad palestina, como hacer flamear su bandera o la escritura de alguna canción alegórica. Además, Israel respondió a la Intifada atacando a la OLP fuera de los territorios palestinos: en abril de 1988, un comando israelí desembarcó en las costas de Túnez y asesinó al lugarteniente de

Arafat, Khalil al-Wazir (alias Abu Jihad), quien coordinaba las actividades del Comando Unificado desde el exterior. La medida produjo un efecto no deseado y desencadenó una nueva andanada de disturbios que revitalizaron el levantamiento. En 1989, la ciudad palestina de Beit Sahour, ubicada al este de Belén, decidió profundizar los métodos no-violentos para oponerse a la ocupación e inauguró una nueva forma de protesta basada en la negación a pagar los impuestos municipales que el gobierno israelí le impone a cada palestino. La respuesta de Rabin fue terminante: “Les vamos a enseñar a los palestinos cuál es el precio por rehusarse a cumplir las leyes de Israel.”(173) Poco después, las autoridades militares israelíes pusieron al poblado bajo toque de queda durante 42 días, bloquearon el ingreso de comida, cortaron las líneas telefónicas, prohibieron la entrada de periodistas, confiscaron dinero y propiedades de los habitantes e inauguraron una nueva forma de castigo económico, inventando nuevos impuestos y aumentando los existentes.

A pesar de la presión de la comunidad internacional, el gobierno israelí, encabezado por el Primer Ministro y antiguo guerrillero de la Guerra de la Independencia israelí. Yitzhak Shamir, se negó participar en conversaciones de paz con los representantes palestinos de la OLP o, incluso, reconocer a la organización. Frustrado por la intransigencia de Israel, el secretario de Estado norteamericano, James Baker, leyó el número de teléfono de la Casa Blanca durante un testimonio ante el Congreso y le envió un mensaje a Shamir: “Cuando usted sea serio sobre la paz, llámenos”.(174)

A raíz de las amenazas de la administración estadounidense, presidida por George H. W. Bush, de retener 10.000 millones de dólares destinados a Israel (que el Estado hebreo necesitaba con suma urgencia para financiar la absorción de cientos de miles de inmigrantes judíos de una Unión Soviética que se desintegraba), Shamir aceptó, finalmente, reunirse con representantes palestinos basados en los territorios ocupados. No así, en cambio, con los líderes de la OLP −a pesar de ser considerados como únicos representantes legítimos de los palestinos por la comunidad internacional, luego de que el rey de Jordania abandonara en 1988 su reclamo de Cisjordania−. En 1991 se iniciaron las conversaciones de paz comenzaron en Madrid, pero no arrojaron ningún resultado.

Poco después, con clara intención de eludir, ahora, a los representantes palestinos locales enviados a Madrid, un nuevo gobierno israelí −presidido, esta vez, por el exministro de Defensa Yitzhak Rabin− inició negociaciones secretas

con la OLP. Israel quería aprovechar que la organización palestina estaba debilitada internacionalmente luego del apoyo explícito de Arafat a Irak durante la Guerra del Golfo y, de este modo, lograr que cedieran en cuestiones claves, como la construcción de asentamientos, la división de Jerusalén y el retorno de los refugiados palestinos. De esta manera, en 1993, el gobierno israelí intercambió con los líderes de la organización palestina en el exterior "cartas oficiales", donde Israel aceptó a la OLP como la legítima representante del pueblo palestino. A cambio, los palestinos reconocían "el derecho del Estado de Israel a vivir en paz y con seguridad". Hamás se opuso a este acuerdo y comenzó a lanzar ataques suicidas contra Israel en los territorios ocupados. Sin embargo, Israel no reconocía, en la "declaración de principios", la noción de un Estado palestino independiente ni tampoco se comprometía a un cese en la construcción de colonias israelíes y sólo disponía la creación de una autonomía provisional, la Autoridad Palestina, en ciertas partes de los territorios ocupados. Además, el acuerdo interino −conocido como "Acuerdos de Oslo"− comprometía a ambas partes a finalizar las negociaciones en un período máximo de cinco años donde los representantes palestinos creyeron que, a cambio de renunciar a su pretensión del 78% de la Palestina "histórica", recibirían un Estado independiente, en el restante 22%, con Jerusalén como capital.

Durante los años de Oslo (1993-2000), Israel impuso severas restricciones sobre el movimiento palestino entre Israel y los territorios ocupados y así como dentro de Cisjordania y Gaza. El objetivo era separar a los palestinos de los israelíes y dividir Cisjordania de Gaza, a pesar de que bajo los términos de los Acuerdos de Oslo eran una "única unidad territorial" (una de las consecuencias no deseadas por la ocupación israelí, desatada en 1967, fue que, por primera vez en diecinueve años, los palestinos pudieron viajar libremente entre sus territorios). Asimismo, Israel siguió expandiendo su empresa colonizadora. Entre 1993 y 2000, el número de colonos judíos en Cisjordania (sin incluir Jerusalén Este), aumentó casi el doble: de 110.900 a 190.206, según la asociación israelí para los Derechos Humanos en los territorios ocupados B'Tselem. En 2000, el número de colonos en Jerusalén Este se situaba en más de 167.000.

161. Benny Morris, Righteous victims, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1999.

162. Naciones Unidas. Población Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este

https://unctad.org/system/files/official-document/poecdcseud1.en.pdf

163. Youssef Ibrahim, 1987. Https://www.nytimes.com/1987/11/12/world/arabs-smooth-way-to-resume-ties-with-egypt.html

164. Https://www.latimes.com/archives/la-xpm-1992-03-07-mn-3555-story.html

165. Https://www.btselem.org/statistics/first_intifada_tables

166. Benny Morris, Op. Cit.

167. Yezid Sayigh, Armed struggle and the search of the state, Clarendon Press, Oxford, 1997.

168. Ziad Abu-Amr, “The Palestinian Uprising in the West Bank and Gaza Strip”, Arab Studies Quarterly, Vol. 10, N° 4, 1988. Http://www.jstor.org/stable/41857979

169. Aryeh Shalev, Intifada: causes and effects, Westview Press, Tel Aviv, 1991.

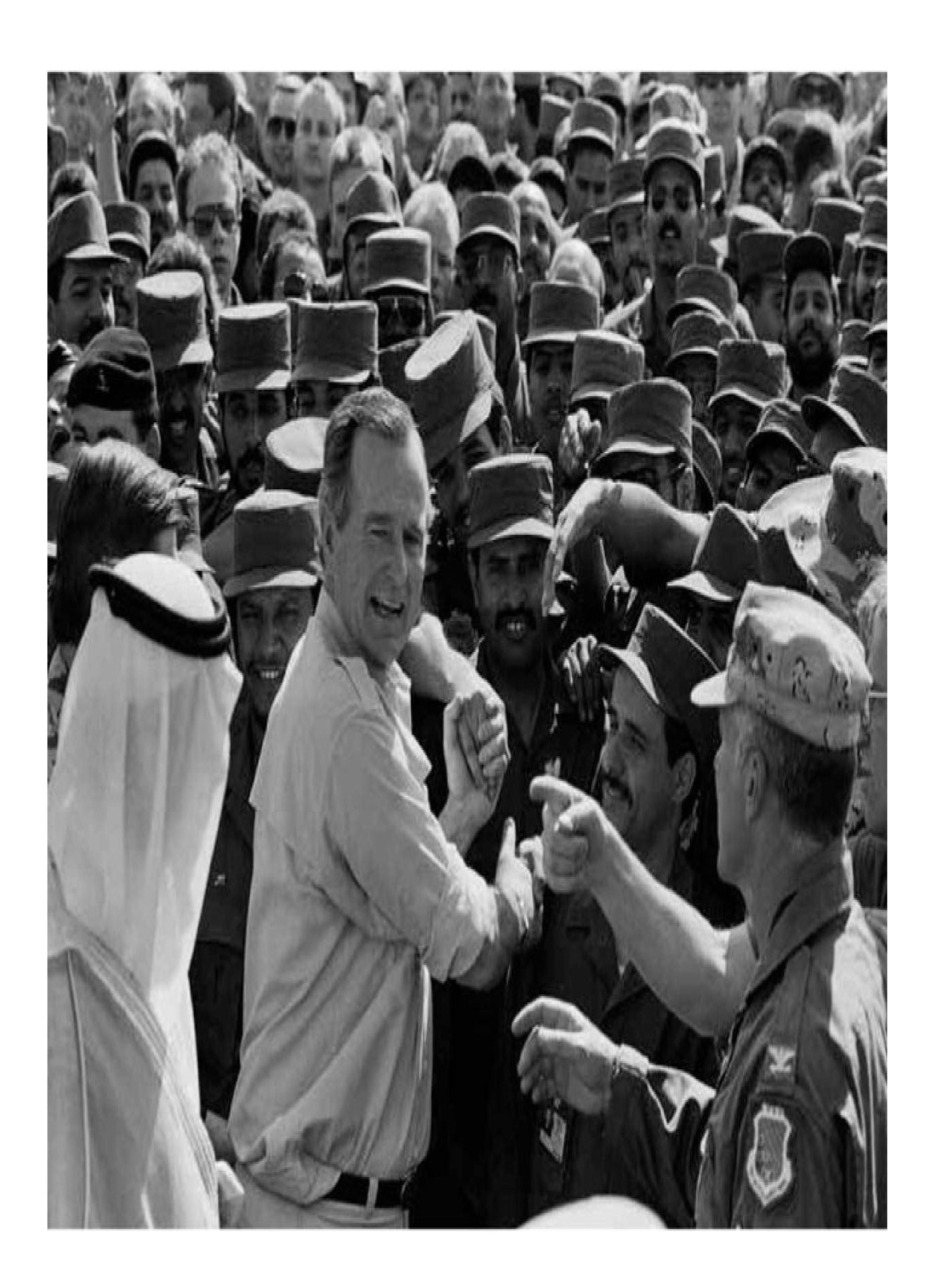
170. Hamas: Politics, Charity, and Terrorism in the Service of Jihad, London Yale University Press, Connecticut, 2006.

171. Yezid Sayigh, Armed struggle and the search of the state, Clarendon Press, Oxford, 1997.

172. Julian Borger, 2000. Https://www.theguardian.com/world/2000/feb/11/israel

173. Stephen J. Sosebee, “Washington Report on Middle East Affairs”, Vol. 33, N° 1, Washington, 2014

174. Thomas L. Friedman, 1990. Https://www.nytimes.com/1990/06/14/world/baker-rebukes-israel-on-peace-terms.html



Capítulo 11. 1991

Guerra del Golfo

“Los iraquíes nunca van a olvidar que el 8 de agosto de 1990 Kuwait se convirtió, de forma legal, constitucional y en la realidad, en parte de Irak. Continuó haciéndolo hasta ayer por la noche, cuando se inició la retirada.”(175)

SADDAM HUSSEIN, PRESIDENTE DE IRAK, 1991

La Guerra del Golfo rastrea sus orígenes en el fin de la guerra de Irak-Irán, en 1988. El conflicto con Irán comenzó en 1980, con un ataque sorpresa de las fuerzas iraquíes para intentar apoderarse de los pozos petroleros ubicados en la provincia iraní de Juzestán y, también, para prevenir que gran parte de población chiíta de Irak se hiciera eco del llamado del Ayatollah Khomeini para unirse a la Revolución Islámica (176). Luego de ocho años de guerra, con más de un millón de muertos, la guerra terminó en un estancamiento que no logró inclinarse victoriosamente hacia ninguno de los dos contrincantes, a pesar de que Irak recibió el apoyo tanto de Arabia Saudita y la Unión Soviética como de Estados Unidos (aunque, a la sazón, los estadounidenses les entregaron armas a ambos países en guerra, asegurándose que así ninguno lograrÍa una victoria decisiva.) Dos años después de terminada la guerra con Irán, Saddam Hussein, el presidente de Irak, emprendería una nueva aventura bélica contra otro vecino: el Emirato de Kuwait. En principio, había dos causas que explicaban el esfuerzo bélico iraquí: el pequeño Estado del Golfo Pérsico se había negado a condonar las deudas contraídas por Irak durante la anterior guerra con Irán (15.000 millones de dólares) y, a la vez, rehusado a disminuir su propia producción de petróleo −que había aumentado en un 20%− en favor de las necesidades económicas de su vecino y de los acuerdos de la OPEP (177). La mayor producción de petróleo ocasionaba una reducción del precio mundial a límites insoportables para la economía de Irak, un país que salía de una guerra, y necesitaba largas remesas de dinero para su recuperación. Sin embargo, existían, también, otras razones: la disputa de Irak con Kuwait tenía sus raíces en la

decisión de Gran Bretaña de establecer a Kuwait como un protectorado británico en 1899.

Kuwait es un Emirato que fue colonizado a principios del siglo XVIII por tribus beduinas, provenientes de lo que actualmente es Arabia Saudita. Desde 1756, el clan de los Sabah gobernó ininterrumpidamente un país que, actualmente, limita al sur con Arabia Saudita y al noroeste con Irak. A mediados del siglo XIX, con una población estimada de apenas 20.000 personas, Kuwait pertenecía al Imperio Otomano aunque gozaba de un grado importante de independencia que le permitía manejar sus asuntos casi sin la interferencia del imperio dominante. Pero, a partir de 1875, cuando la presencia de los británicos comenzó a crecer en el Golfo Pérsico, el Imperio Otomano decidió convertir el territorio dominado por los Sabah en una dependencia de la provincia otomana de Basora (localizada en la actual Irak, hecho que le serviría más tarde a Saddam Hussein como base para el reclamo histórico sobre este territorio.) En 1896, se produce una ruptura en las relaciones otomanas-kuwaitíes, cuando el jeque Mubarak al-Sabah asesina a sus hermanos, Muhammad y Jarrah, y se proclama gobernante de Kuwait, en lugar de Muhammad. Después del sangriento incidente, Mubarak pide la protección de los británicos y, en 1899, firma con ellos un tratado secreto por el cual se compromete −a cambio de 15.000 rupias y "protección" contra amenazas externas− a no ceder territorio kuwaití a potencias extranjeras sin la aprobación de la corona británica (178) (asimismo se concretaron acuerdos por los cuales los gobernantes de los Estados de la Tregua –los futuros Emiratos Árabes−, Bahréin y Omán pusieron la política exterior de sus países en manos británicas preocupados por el interés ruso y alemán sobre el Golfo) . Así, en 1904, el primer agente político británico es nombrado en Kuwait, puesto de gran influencia sobre los líderes kuwaitíes que se extendería hasta 1961. En 1913, los británicos lograron que unos debilitados otomanos reconozcan a Kuwait como una región autónoma dentro del Imperio (aunque los otomanos no pudieron ratificar el acuerdo al año siguiente por la gran guerra, Kuwait recibió un reconocimiento de facto incluso antes que se crease el Estado de Irak) y se estipuló que las islas de Warba y Bubiyan −ubicadas en la desembocadura de Irak en el Golfo Pérsico− le pertenezcan a este país.(179) Más tarde, Gran Bretaña obtiene los "derechos de preferencia" sobre toda la costa de Kuwait junto a futuras concesiones petroleras, ante la posibilidad inminente de hallar petróleo en la zona. El segundo hijo de Mubarak, Salim, intenta diferenciarse de su fallecido padre y permite el comercio con los otomanos al fin de la Primera Guerra Mundial, lo que produjo que Gran Bretaña bloqueara a Kuwait y favoreciera a Najd −territorio que posteriormente se convertiría en parte de

Arabia Saudita− e Irak en la demarcación de bordes que se produjo al desmembrarse el Imperio Otomano. De esta manera, Kuwait perdió dos terceras partes de su territorio a manos del sultán de Najd y futuro rey de Arabia Saudita, Ibn Saud que, a su vez, había visto como parte del suyo propio pasaba a formar Irak. En 1934, el clan Sabah le entrega la concesión del petróleo de su territorio a un consorcio bipartito conformando por la Anglo Persian Oil Company y la estadounidense Gulf Oil que cuatro años después, descubriría importantes yacimientos petrolíferos en Kuwait.(180) Transformado en un gran protector de petróleo, Kuwait se independizó de Gran Bretaña en 1961 y catorce años más tarde firmó un acuerdo con las dos compañías extranjeras para nacionalizar sus recursos.

Asimismo, la historia de Irak también esta atravesada por la incitación británica, la posterior disolución del Imperio Otomano y sus consecuencias: motivado por los británicos, el príncipe haschemita Faisal −hijo del custodio de la ciudad sagrada de La Meca, Hussein Bin Ali y hermano de Abdullah, futuro rey de Jordania− se rebeló contra los otomanos y los empujó fuera de Siria, proclamando a ese territorio como reino propio, de 1918 a 1920. Después de algunos años, los franceses invaden y se apoderan del país −según lo acordado con los británicos en el pacto secreto Sykes-Picot de 1916− dejando a Faisal sin su reino. Los británicos intentaron compensar a su aliado y lo colocaron como el rey de Irak. Todo este enroque estableció una dominación sunnita –que ya venía de tiempos otomanos– sobre la mayoría religiosa chiíta y la minoría étnica kurda (cimentando un futuro conflicto religioso-étnico que efectivamente se desató a principios del siglo XXI).

En 1932, el mandato británico sobre Irak concluyó y su independencia fue reconocida a pesar de que la influencia británica sobre el Estado continuó. A lo largo de la década de 1930, Irak se negó a aceptar la demarcación de la frontera con Kuwait, en tanto aquel reclamaba el control de las islas Warba y Bubiyan que hubiesen permitido ampliar la estrecha salida de Irak hacia el Golfo Pérsico. En 1938 Irak hizo oficial su exigencia territorial a Kuwait pero, al no tener el visto bueno de los británicos, quienes todavía controlaban la política exterior de su vecino, no lograron avanzar con su demanda.(181) En 1958, la dinastía haschemita –vilipendiada por su continua alianza con Gran Bretaña– fue derrocada sangrientamente en Irán en una revolución impulsada por el general nacionalista Abdul Karim Qasim.

Cuando, en 1961, Kuwait se independiza formalmente de Gran Bretaña,

Qasim retomó el reclamo histórico y declaró que Kuwait era una parte integral de Irak utilizando la misma justificación esgrimida por Saddam Hussein cinco décadas más tarde: Kuwait pertenece a Irak porque formaba parte de la provincia otomana de Basora y los poderes imperiales extranjeros y occidentales, arbitrariamente, fueron los que decidieron su separación.(182) En 1963, Qasim, que estaba enfrentado con el líder de Egipto, Gamal Abdul Nasser (por negarse a integrar a Irak al experimento egipcio-sirio de la República Árabe Unida) fue asesinado durante un golpe de Estado, propiciado por el entonces partido político panarabista Baaz. El golpe tenía la venia de Nasser y Estados Unidos, que veía con extrema preocupación el intento de Qasim de controlar el sector petrolero y la creciente presencia de comunistas en su gobierno (muy pronto, Estados Unidos reunió los nombres de miembros del Partido Comunista iraquí y se los entregó al nuevo gobierno, que comenzó inmediatamente con el proceso de destrucción del más influyente partido comunista de Medio Oriente) (183). Sin Qasim en Irak, Estados Unidos se aseguró de que el petróleo del Golfo siga abasteciendo a sus aliados –Japón y Europa del Oeste– y que la influencia de la Unión Soviética no creciera en la región. Un antiguo aliado de líder asesinado, el General Abd al-Salam Arif, asumió el poder como presidente y, en un esfuerzo por diferenciarse de su predecesor, reconoció la independencia y soberanía de Kuwait. Por supuesto, el gesto no resultó gratuito: Kuwait pagó por el mismo con un millonario "préstamo sin intereses"; aunque, posteriormente, Saddam Hussein afirmaría que este acuerdo no fue válido debido a que nunca había sido ratificado por el Consejo Nacional Revolucionario de Irak. En 1968, un reformado partido Baaz tomó el gobierno y nacionalizó el petróleo iraquí, volvió a acercarse a la Unión Soviética y a Francia para conseguir armamento y sirvió como trampolín para la llegada al poder de Saddam Hussein quien, en 1979, fue nombrado presidente, comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas y Secretario General del Baaz.

Todo cambió abruptamente con la irrupción de la Revolución Islámica y el comienzo de la Guerra Irak-Irán: por primera vez en su historia, Kuwait miró a Irak como a un aliado. Irán se había convertido en la principal amenaza para las monarquías sunnitas del Golfo, que temían que, si Khomeini derrotaba a Irak, los próximos objetivos del Ayatolá fueran los países del Golfo. Durante los ocho años de la guerra, Kuwait le otorgó miles de millones de dólares a Irak y le permitió utilizar sus terminales portuarias y rutas terrestres para recibir armamento (las islas de Bubiyan y Warda habían sido negadas por los Sabah para ser usadas como bases navales iraquíes). Al terminar la guerra con Irak, la situación volvió a sus carriles habituales, con Saddam Hussein buscando el

control de las islas y la condonación de la millonaria deuda que su país tenía con el Emirato (Saddam pensaba que el dinero prestado durante la guerra también había servido a los intereses kuwaitíes) y Kuwait, tratando de llegar a un acuerdo sobre los límites entre ambos países. En mayo de 1990, llegó la gota que rebalsó el vaso: sumado al enojo iraquí por el apoyo de Kuwait a la presencia de las fuerzas armadas sirias en el Líbano –desde finales de la década del 60, Siria e Irak eran enemigos acérrimos cuando el Baaz se había dividido entre los dos países–, Irak acusó al Emirato de superar la cuota de producción de petróleo, estipulada por la OPEP (un "acto de guerra" según las palabras del propio Saddam). La producción total de Kuwait en 1989 era de un promedio de 1,8 millones de barriles por día, superando así la cuota de la OPEP en unos 700.000 barriles, por lo que el líder iraquí les exigía 27.000 millones de dólares como compensación económica.(184) El 15 de julio, el canciller de Irak, Tariq Aziz, le envió una carta a la Liga Árabe donde acusó a Kuwait de que parte del petróleo vendido al mercado mundial era sustraído del yacimiento petrolero iraquí de Al-Rumaila, ubicado en la frontera con Kuwait, y que el Emirato –junto a otros países árabes a los que Irak les debía dinero– debía condonar la deuda y, además, organizar un símil Plan Marshall (plan de ayuda estadounidense a Europa Occidental) para compensar a Irak por las pérdidas durante la guerra con Irán.(185) Un día después, Saddam Hussein acusó a los gobernantes de "ciertos países del Golfo" de reducir los precios del petróleo para "servir a los intereses de Estados Unidos" y anunció no tener otra opción que "emplear una acción efectiva para poner las cosas en su lugar y asegurar la restitución de nuestros derechos"(186). El 25 de julio, la embajadora de Estados Unidos ante Irak, Abril Glaspie, se reunió en Bagdad con Saddam Hussein y Tariq Aziz y expresó la posición estadounidense. "No tenemos ninguna opinión sobre sus conflictos árabe-árabe, como la disputa con Kuwait. El secretario de Estado (James Baker) me ha dirigido a enfatizar la instrucción, primero dada a Irak en la década del 60, que la cuestión con Kuwait no está asociada con los Estados Unidos"(187). Saddam Hussein respondió que el presidente de Egipto, Hosni Mubarak, había arreglado una reunión con los representantes de Kuwait en Arabia Saudita y le prometió que "nada serio pasaría". Al parecer, Saddam Hussein interpretó las palabras de la embajadora como un aviso de que Estados Unidos no intervendría en sus asuntos con Kuwait y, días más tarde, tomó una decisión que contradijo lo prometido a Mubarak.

El 2 de agosto, Irak ocupó Kuwait. Ese mismo día, Estados Unidos logró imponer, en Naciones Unidas, la Resolución N° 660, que condenaba la invasión iraquí y exigía su retirada.(188) Pronto, las fuerzas iraquíes se dirigieron a la

frontera con Arabia Saudita y se concentraron en dirección a la provincia de Al-Hasa, donde se encontraba la mayor parte del petróleo saudita. El 6 de agosto, Estados Unidos, a través de su secretario de Defensa, Dick Cheney, su jefe de las Fuerzas Armadas, Norman Schwarzkopf (paradójicamente, su padre había ayudado, en 1953, a planear el golpe de Estado en Irán)(189), el subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, y el embajador, Charles Freeman, se reunieron con el Rey Fahd en Arabia Saudita, y le mostraron fotos satelitales de las fuerzas iraquíes en la frontera sur del reino y, así, convencerlo de que los iraquíes se estaban desplegando para nuevas agresiones.(190) Si bien las agencias de inteligencia de los Estados Unidos dudaban de que Irak fuera a atacar a Arabia Saudita, no estaban dispuestos a arriesgarse a que Saddam pudiera dañar o controlar al mayor exportador de petróleo en la región y, de este modo, alterar la economía mundial y, por supuesto, la estadounidense en particular. Así fue que el pacto acordado en 1945 sobre la cubierta del USS Quincy entre el fundador de Arabia Saudita, Ibn Saud, y el entonces presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, según el cual los estadounidenses protegerían a la monarquía ante cualquier agresión externa a cambio del suministro de petróleo saudita finalmente entró en vigor, casi medio siglo después.

El 7 de agosto, el Rey Fahd, en su calidad de "Guardián de las Santas Mezquitas", solicitó oficialmente el apoyo de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. La respuesta de Saddam no demoró en llegar: el 8 de agosto declaró a Kuwait como la decimonovena provincia de Irak.(191) De esta manera, se inició la operación "Escudo del Desierto", en la cual se enviaron más de 200.000 soldados estadounidenses que, de acuerdo a las palabras del presidente George Bush, fueron para "proteger a Arabia Saudita".(192) Al fin y al cabo, la defensa de Arabia Saudita resultó ser la excusa para llevar las fuerzas estadounidenses al Golfo Pérsico.

Luego de la Revolución Islámica, realizada por sus rivales chiítas en Irán y el asalto –ese mismo año– a la Gran Mezquita de La Meca por un grupo radical sunnita proveniente del reino, los líderes saudíes decidieron profundizar su relación con los clérigos más extremistas de su sociedad para mantener la cohesión interna. Como consecuencia financiaron, con trillones de dólares, a movimientos yihadistas internacionalistas como la resistencia a la ocupación soviética de Afganistán, para conservar su lugar de supremacía en el Islam mundial. La irrupción de las tropas estadounidenses en el reino desencadenó su posterior enfrentamiento con Osama Bin Laden, un destacado yihadista de origen saudita que había combatido en Afganistán con la venia del reino, que se

había opuesto al ingreso de tropas no musulmanas en tierra islámica (las estadounidenses) y, a cambio, le había ofrecido a la monarquía encabezar un llamado a una "Guerra Santa" contra los iraquíes.(193) Esta oferta fue rechazada y derivó, luego de criticar a la familia real, en la quita de la ciudadanía saudita de Bin Laden, en 1995.

El apoyo de Estados Unidos a sus aliados árabes fue diligente pero también costoso. El secretario de Estado, James Baker, comprometió al Rey de Arabia Saudita y al Emir de Kuwait a que compartieran los gastos del esfuerzo bélico para enfrentar a Saddam Hussein y colaboraran con 15.000 millones de dólares cada uno, lo que provocó que Estados Unidos sólo invirtiera 7.000 millones de dólares en la guerra (el resto de los aliados completaron el resto de un total de 61.000 millones invertidos) (194). El 15 de agosto, George Bush trató de explicar, por primera vez a sus ciudadanos, su punto de vista sobre el avance de Saddam: "nuestros trabajos, nuestra forma de vida, nuestra libertad y la de nuestros países amigos sufrirán si las mayores reservas de petróleo del mundo caen en las manos de Saddam Hussein."(195) Pero, dos meses después, el 16 de octubre, Bush quiso desviar la atención sobre el petróleo y sentenció que el conflicto "no es por el petróleo, la lucha es por una agresión que no puede continuar."(196) Lo cierto es que Bush gozaba de una historia compartida con el Emirato de Kuwait que no podía separarse del control del oro negro: como presidente de la empresa petrolera Zapata, había amasado gran parte de su fortuna personal con la explotación offshore de crudo, en las costas de ese país. Su secretario de Estado no pensaba lo mismo y, poco antes de que Bush decidiera doblar en número a su fuerza militar en Arabia Saudita (540.000 soldados), afirmó que la razón por la cual Estados Unidos estaba inmerso en la crisis del Golfo era para mantener los "trabajos" estadounidenses.(197) Trabajos que, de acuerdo a la mirada del liderazgo de Estados Unidos, corrían grave riesgo si Saddam controlaba la mayor parte del petróleo mundial.

El 29 de noviembre, Naciones Unidas aprobó la Resolución N° 678, que le dio a Irak un plazo máximo de retirada con fecha máxima del 15 de enero de 1991 y autorizó "todos los medios necesarios para defender y aplicar la resolución 660."(198) Pocos días después, Estados Unidos lograba ensamblar una coalición de 34 países árabes y naciones occidentales (Arabia Saudita, Egipto, Siria, Francia, Gran Bretaña, Argentina, entre otras) contra la invasión iraquí, convirtiéndola en la unión bélica más grande desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

No obstante, ni las votaciones en la ONU ni la coalición militar le fueron gratuitas a Estados Unidos. Algunos de sus aliados, por ejemplo Egipto y Siria, recibieron millonarias sumas como colaboración, la Unión Soviética –que, aunque no integró la coalición, apoyó el esfuerzo bélico– consiguió posteriormente dos mil quinientos millones de parte de Arabia Saudita (el reino también restableció relaciones con Moscú luego de 53 años) y Turquía se aseguró 500 millones de dólares en ayuda militar.(199) Yemen se pronunció en contra y recibió, a cambio, la advertencia de James Baker de que su voto sería "el más caro de su historia" y así vio como 70 millones de dólares se evaporaban de la ayuda que los yemeníes recibían internacionalmente.(200)

El 17 de enero, la coalición encabezada por Estados Unidos emprendió la operación "Tormenta del Desierto", bombardeando por aire a objetivos iraquíes durante 42 días. Horas después de los primeros ataques, Saddam Hussein emitió un mensaje por radio donde afirmaba que "el gran duelo, la madre de todas las batallas ha comenzado. El amanecer de la victoria se acerca al comenzar este gran enfrentamiento"(201). En efecto, las tropas iraquíes demostraron una resistencia nula y, en la mayoría de las ocasiones, se escondieron y no confrontaron a sus enemigos. La única, limitada y exitosa respuesta fue el lanzamiento de misiles Scud hacia Israel, situación que se prolongó durante el transcurso de las seis semanas que duró la guerra pero que produjo limitadas bajas israelíes. Israel evitó responder el ataque de Irak –presionado por Estados Unidos– para no alienar a los componentes árabes de la coalición internacional. La campaña aérea terminó el 24 de febrero, cuando las fuerzas de la coalición ingresaron a Kuwait por el transcurso de sólo 100 horas. Tres días después, el jefe de las Fuerzas Armadas estadounidense Norman Schwarzkopf advirtió que "no existe nada ente nosotros y Bagdad"(202). Pero, el presidente Bush ya había tomado una decisión de no derrocar a Saddam Hussein ni dividir Irak, a pesar de que en un principio incitó la rebelión de los kurdos en el norte y los chiítas en el sur. En la decisión pesó el interés de muchos países árabes que deseaban que Irak siguiera como escudo contra Irán. Con la guerra terminada, más de 700 pozos petroleros kuwaitíes fueron incendiados por las tropas iraquíes al emprender la retirada –algunos continuaron ardiendo por más de diez meses– y carreteras, edificios, plantas energéticas, puentes y otras estructuras quedaron en ruinas por los bombardeos dentro de Irak.

Después de este conflicto, el Pentágono expandió dramáticamente su presencia en la región: junto a la importante infraestructura militar, terrestre y aérea, desarrollada durante su estadía en Arabia Saudita, amplió su presencia naval en

Bahréin, que comenzó a albergar a la Quinta Flota. Además, una importante instalación para la Fuerza Aérea estadounidense se construyó en Qatar, y sus operaciones se ampliaron a los Emiratos Árabes Unidos y Omán. En el proceso, la política exterior estadounidense se vio más enredada con las relaciones y problemas de los Estados de la región como nunca antes. Respecto de Kuwait, el Emirato ha sido el centro neurálgico para las operaciones de Washington en Medio Oriente desde que las tropas estadounidenses ocuparon el país durante la primera Guerra del Golfo; de este modo, Kuwait –y no Arabia Saudita– sirvió como el centro logístico para las tropas terrestres en la invasión y ocupación estadounidense de Irak, en 2003.

De esta manera, a principios de la década del noventa, el mundo volvió a experimentar el efecto regulador del petróleo en los conflictos modernos de la región. Lo que se inició con la invasión de Irak a Kuwait y la peligrosa amenaza de que Arabia Saudita se convirtiera en un posible y próximo objetivo de Hussein desencadenó en el pánico estadounidense –e internacional– de que la mayor parte del petróleo mundial fuera controlado por un solo país. Las consecuencias son parte de nuestra historia reciente: el principio de una cadena de acontecimientos que llevaron a la destitución de Saddam Hussein, una década después y la turbulencia en Irak hasta el día de hoy.

175. https://www.nytimes.com/1991/02/27/world/war-gulf-iraqi-leader-saddam-hussein-s-speech-withdrawal-his-army-kuwait.html

176. Nita Renfrew, “Who Started the War?”, Foreign Policy, N° 66, 1987. Https://doi.org/10.2307/1148666

177. Eugene Rogan, Los Árabes, Crítica, Barcelona, 2010.

178. Feroz Ahmed, “A note on the international status of Kuwait before

november 1914”, International Journal of Middle East Studies, Vol. 24, N° 1, Cambridge, 1992. Http://www.jstor.org/stable/163796

179. Habibur Rahman, “Kuwaiti ownership of warba and bubiyan islands”, Middle Eastern Studies, Vol. 29, N° 2, 1993. Http://www.jstor.org/stable/4283562

180. Jill Crystal, Kuwait: the transformation of an oil State, 17, Routledge, Nueva York, 2016.

181. Hamdi Hassan, The Iraqi Invasion of Kuwait, 75, London, Pluto Press, 1999

182 Hala Mundhir Fattah & Frank Caso, A Brief History of Iraq, 203, New York, Facts on File, 2009

183. Karen M Paget, Patriotic Betrayal: The Inside Story of the CIA's Secret Campaign to Enroll American Students in the Crusade Against Communism, 287, London, Yale University Press, 2015

184. Tahir Husain, “Kuwaiti oil fires: regional environmental perspectives”, Pergamon, Oxford, 1995.

185. Saddam Hussein, Iraq Speaks: Documents on the Gulf Crisis, 6-7-8, California, Fred Moore, 1990.

186. Ibíd.

187. Ibíd.

188. Http://unscr.com/en/resolutions/660

189. Dana Stuster, 2013. Https://foreignpolicy.com/2013/08/20/the-craziest-detail-about-the-cias-1953-coup-in-iran/

190. Bob Woodward, 1991. Https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1991/05/04/regal-audience-for-a-forceful-presence/be333100-a3fa-4a5f-a106-35c1c0ff69b9/?utm_term=.a8a8e69ac019

191. Arwa Ibrahim, 2020. Https://www.aljazeera.com/news/2020/8/1/thirty-years-on-iraqs-invasion-of-kuwait-still-haunts-region

192. Https://bush41library.tamu.edu/archives/public-papers/2152

193. Lawrence Wright, La torre elevada, Debate, Buenos Aires, 2011.

194. Https://edition.cnn.com/2013/09/15/world/meast/gulf-war-fast-facts/index.html

195. Discurso Bush. Https://bush41library.tamu.edu/archives/public-papers/2165

196. Roger Simon, 1990. Https://www.baltimoresun.com/news/bs-xpm-1990-10-24-1990297044-story.html

197. Thomas L. Friedman, 1990. Https://www.nytimes.com/1990/11/14/world/mideast-tensions-us-jobs-at-stake-in-gulf-baker-says.html

198. Https://history.state.gov/milestones/1989-1992/gulf-war

199. Mark N. Katz, “Saudi-Russian relations in the Putin Era”, The Middle East Journal, Vol. 55, N° 4, 2001.

200. James Baker III, The Politics of Diplomacy: Revolution, War, and Peace, 1989-1992, G. P. Putnam’s Sons, Nueva York, 1995.

201. Nora Boustany, 1991. Https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1991/01/17/iraqi-leader-remains-defiant-following-us-led-air-attacks/e66a8171-2435-43fd-948c-ead1c9bfeb38/

202. Rick Atkinson y Steve Col, 1991.Https://www.washingtonpost.com/wp-srv/inatl/longterm/fogofwar/archive/post022891.htm



Capítulo 12. 2000

Segunda Intifada

"Probamos siete años de Intifada sin negociaciones, luego siete años de negociaciones sin Intifada. Es tiempo de probar ambas, simultáneamente."(203)

MARWAN BARGHOUTI, LÍDER PALESTINO, 2001

El primer año del siglo XXI suponía ser la fecha en la cual el conflicto israelí-palestino llegaría a su fin. Luego de la retirada unilateral israelí de El Líbano, en mayo de 2000, israelíes y palestinos se reunieron en Camp David, una de las emblemáticas residencias del presidente de Estados Unidos, con la intención de terminar el proceso de paz y ponerle fin a la ocupación de Cisjordania y Gaza por parte de Israel. Sin embargo, pocos meses después, una nueva Intifada, mucho más violenta que la anterior, se despertó. Si la Primera Intifada había concluido con la posibilidad de llegar a un arreglo en los años venideros, la Segunda enterró toda posibilidad de acuerdo y colocó a la población palestina en una posición mucho más lejana a su autodeterminación política, civil y económica.

Entre la firma de los Acuerdos de Oslo (1993) y el colapso de las negociaciones en Camp David, Israel no hizo mucho por crear un nivel de confianza que condujera a la fórmula de dos Estados para dos pueblos: duplicó el número de asentamientos y la cantidad de población judía en ellos, continuó con la expropiación de tierras, asfixió a la economía palestina, haciéndola cada día más dependiente de la israelí y realizó todo lo que estuvo a su alcance –física, civil y legalmente– para separar a Gaza de Cisjordania. Los palestinos, por su parte, con su líder Yasser Arafat a la cabeza, no lograron detener a las organizaciones fundamentalistas político-religiosas que, por esos años, cometieron sangrientos ataques contra civiles israelíes. Además, Arafat gobernó Gaza y Cisjordania como a un feudo de su propiedad, controlando personalmente cuentas de miles de millones de ayuda internacional y otorgando concesiones de bienes y servicios públicos a seguidores y familiares. No obstante, Arafat continuó

erigiéndose como el único interlocutor válido dispuesto a reconocer al Estado de Israel y su derecho a vivir en paz, y capaz de colocar a las diferentes organizaciones palestinas bajo una sola Autoridad (muchas veces con violencia) con el objetivo primordial de llegar a un acuerdo con Israel.

El año 2000 se inició con el retiro de las tropas israelíes del sur de El Líbano, luego de una ocupación que se extendió por más de dieciocho años. Israel había invadido al país mediterráneo en 1982 –en medio de una sangrienta guerra civil libanesa entre cristianos, chiítas y palestinos– con el objetivo de expulsar a la dirección de la OLP de sus cuarteles generales en Beirut (lugar desde donde se dirigían los ataques contra el norte de Israel). Después de lograr su objetivo, el ejército israelí permaneció en el sur del país, donde conformó una milicia aliada libanesa, que denonimó "Ejercito del Sur del Líbano". Tanto Israel como sus aliados en territorio libanés fueron atacados constantemente en una guerra de guerrillas por la organización paramilitar chiíta Hezbollah, con la intención de liberar territorio libanés. En 2000, el nuevo Primer Ministro israelí, Ehud Barak, cumplió su promesa de campaña y abandonó intempestivamente El Líbano, dejando atrás equipamiento y posiciones militares. La movida fue interpretada por gran parte de la resistencia palestina de que la lucha armada era la única posibilidad de doblegar al Estado hebreo si las negociaciones sucumbían.(204)

Pocos meses después, Barak y Arafat se dirigieron a Camp David, invitados por el presidente estadounidense Bill Clinton para intentar un acuerdo definitivo que terminara con la ocupación de los palestinos y lograr la paz (según los Acuerdos transitorios de Oslo, la fecha tope para un acuerdo definitivo era enero de 1999). Pero las conversaciones terminaron en un estrepitoso fracaso: los israelíes le ofertaron a los palestinos el 91% de Cisjordania, el 100% de Gaza, un país desmilitarizado y una capital conjunta en Jerusalén (aunque solo en una sección de Jerusalén Este, la parte árabe de la ciudad).(205) La posición palestina pretendía un Estado establecido en las líneas del cese al fuego de 1949, con su capital en todo Jerusalén Oriental, la soberanía total sobre los más importantes lugares religiosos musulmanes (Explanada de las Mezquitas), un acuerdo para la resolución de la cuestión de los refugiados palestinos provocados por el establecimiento del Estado de Israel y al menos el 96 o el 98% del territorio total de Cisjordania (206). Esas fueron las condiciones que los palestinos presentaron en Oslo, en 1993 –que Israel rechazó– y, a la vez, fueron las mismas que Ariel Sharon desestimó cuando fue el ministro de Relaciones Exteriores durante el primer mandato de Benjamín Netanyahu como autoridad máxima de Israel (1996-1999) al suceder a Yitzhak Rabin, asesinado por un extremista judío con

el fin de destruir los prospectos de paz. La posición palestina, que se mantiene sin cambios desde hace más de tres décadas, es que si Israel pretende conservar del 2 al 4% de Cisjordania, deben compensarlos por cada kilómetro de territorio entregado. Todo lo pedido por los palestinos representaba sólo entre el 20 o 22% de lo que ellos denominan la "Palestina histórica", previo al establecimiento del Estado de Israel. A sus ojos se trató de una concesión enorme comparada con el territorio que les fue otorgado a ellos mismos en virtud del acuerdo de partición de 1947 (45% del territorio total a dividir) por las Naciones Unidas. Esas son las condiciones palestinas para llegar a un acuerdo de paz con Israel. El propósito de Israel de conservar entre un 20 a un 8% del territorio palestino –según las diferentes propuestas a lo largo de los años– se debe a que desea perpetuar la mayoría de los asentamientos judíos construidos ilegalmente en Cisjordania, desde 1967 hasta la fecha.

Después del fracaso de Camp David –que Barak responsabilizó en la figura de Yasser Arafat– aumentó la percepción, por parte de una importante mayoría de la población palestina en los territorios ocupados, de que sólo una resistencia activa y violenta –como la del Hezbollah– era la única capaz de producir resultados con Israel. Sumado a esta percepción generalizada, los palestinos comprobaron diariamente que sus vidas no mejoraban en términos de libertad de movimiento o nivel socioeconómico (ambos empeoraron) durante los años de Oslo. Así las cosas, llegó el hecho que inició la Segunda Intifada: el 28 de septiembre de 2000 el entonces jefe de la oposición derechista, Ariel Sharon, visitó junto a cientos de policías la Explanada de las Mezquitas o Monte del Templo (como la conocen los judíos debido a que allí estaba ubicado el antiguo Templo de Salomón) y declaró que Israel nunca dividiría Jerusalén ni entregaría el control de un lugar religioso tan sensible.(207) La visita de Sharon –que estuvo motivada tanto para sabotear las conversaciones de paz como para debilitar a su rival partidario, Benjamín Netanyahu– fue vista como un gesto provocativo por la "calle" palestina, que rápidamente se acercó al lugar para repudiar la visita. Las protestas fueron reprimidas violentamente y, al día siguiente, luego de la plegaria de los viernes, se desencadenaron multitudinarias marchas, primero en Jerusalén, y luego en Gaza y Cisjordania. El 30 de septiembre, la muerte de un niño de 12 años, Mohammed al-Durrah, atrapado en una lluvia de balas entre el ejército israelí y militantes palestinos proporcionó al levantamiento su primer y más fuerte símbolo. La Segunda Intifada había comenzado.

La dura respuesta israelí, basada en el plan de contención articulado por el ejército de Israel, según el cual una abrumadora demostración de fuerza

contendría las protestas, intensificó la situación en lugar de calmarla. Durante los primeros cinco días, Israel asesinó a cincuenta palestinos e hirió a más de mil. Además, según números del propio ejército israelí, disparó un millón de balas sólo en el primer mes del conflicto (208). El desproporcionado uso de la fuerza por parte de Israel fue prontamente criticado por las organizaciones de derechos humanos y líderes mundiales. Asimismo, numerosos líderes de Fatah (la organización mayoritaria dentro de la OLP) como Marwan Barghouti o Hussein al-Sheikh –que competían entre sí para posicionarse como futuros líderes palestinos en Cisjordania– vieron el desencadenamiento de la violencia como la oportunidad para presionar a los israelíes, y emitieron un llamamiento a renovar la lucha armada contra Israel (los palestinos no tenían un ejercito, pero había 11 fuerzas de seguridad con 43.000 miembros) (209). A las protestas de los palestinos en los territorios ocupados se le sumaron las movilizaciones de solidaridad de los árabes-israelíes (como comúnmente se denomina a los palestinos que viven en Israel con ciudadanía israelí) que comenzaron el 1° de octubre en el norte de Israel y se extendieron durante 10 días, donde fueron asesinados 13 palestinos –12 ciudadanos de Israel– por la policía (210). Luego, el 12 de octubre, dos soldados reservistas israelíes, que equivocadamente confundieron una ruta e ingresaron a la ciudad palestina de Ramallah, fueron arrestados por la policía palestina y conducidos a un centro de detención. Una multitud palestina irrumpió en el lugar y linchó a ambos soldados. Desde ese momento, Israel inauguró una nueva política de ataques contra objetivos físicos de la Autoridad Palestina (cuerpo de gobierno palestino conformado en los Acuerdos de Oslo para administrar Gaza y partes de Cisjordania) controlada por la OLP. La respuesta de la Autoridad Palestina consistió en liberar a los jefes políticos y militares de Hamás, que estaban detenidos en sus prisiones después de la gran ola de terrorismo suicida desatado por la organización entre 1996 y 1997. Durante seis meses, Hamás había observado el levantamiento pensando que sólo se trataba de un enfrentamiento político entre el Primer Ministro Ehud Barak y el presidente de la OLP, Yasser Arafat y que, tarde o temprano, terminaría en una conferencia de paz. Sólo al comprobar que la situación se había deteriorado lo suficiente, producto de un cambio en las reglas del juego (Israel comenzó a bombardear ciudades y objetivos de la Autoridad Palestina), Hamás restableció su ala militar, las Brigadas Izz ad-Din al-Qassam y tomó la iniciativa. De esta manera, la mayoría de las bajas civiles israelíes durante la Segunda Intifada fueron producto de los asaltos suicidas librados por esa organización que comenzó a emplear estos ataques ya no sólo contra colonos y soldados en los territorios ocupados sino también contra los civiles israelíes que habitan el Estado de Israel.

A principios de 2001, palestinos e israelíes volvieron a reunirse en el balneario egipcio de Taba con la intención de avanzar en las conversaciones y llegar a un acuerdo de paz. A pesar de que –según testimonios de los participantes– estuvieron "más cerca que nunca" de alcanzar un arreglo definitivo, debieron levantar la cumbre puesto que durante la semana entrante se producirían las elecciones israelíes –convocadas por Barak al perder apoyo de la mayoría de su coalición de gobierno– para elegir un nuevo primer Ministro (211).

Durante las terceras –y últimas– elecciones directas de la historia israelí para elegir a la máxima autoridad del Estado (Israel ha tenido antes y después de las elecciones directas, un sistema de gobierno parlamentario donde el diputado más es seleccionado para conformar un gobierno), fue declarado ganador la persona que había sido el catalizador de la Segunda Intifada: Ariel Sharon. El líder electo había prometido en su campaña que jamás desmantelaría un asentamiento judío y que los Acuerdos de Oslo estaban "muertos". La violencia continuaba aumentando a medida que Hamás intensificaba los ataques suicidas (hombres bomba) dentro de Israel, y las fuerzas israelíes respondían con más violencia.

Tiemp después, en enero de 2002, Israel asesinó al líder de las guerrillas las Brigadas Mártires de Al Aqsa –afiliadas a Fatah, Raed Karmi, durante un declarado cese al fuego entre Israel y la Autoridad Palestina. Lo que provocó que las organizaciones mayoritarias de la OLP comenzaran a imitar el modus operandi de los ataques suicidas de Hamás desatando una violencia sin control que alcanzó su pico más alto el 27 de marzo de 2002 (212). Ese día, en un hotel de la ciudad costera israelí de Netanya, fueron asesinadas 30 personas –en su mayoría ancianos– mientras celebraban Pesaj (la Pascua judía) por un hombre bomba enviado por Hamás. La intención del grupo islámico palestino no era solamente de matar israelíes sino también de sabotear una iniciativa de paz presentaba por Arabia Saudita ante la Liga Árabe ese mismo día, que proponía que si Israel abandonaba todos los territorios ocupados en 1967, la totalidad del mundo árabe se comprometería a reconocer a Israel y normalizar relaciones con ellos.

Sólo en marzo de ese año, 75 israelíes, dentro de Israel, habían perdido su vida por ataques suicidas de las organizaciones palestinas, comparado con los 88 muertos registrados en todo el año previo (213). Así fue que Ariel Sharon tomó dos decisiones en el transcurso de tres meses que significarían un quiebre en el conflicto armado de la Segunda Intifada: el 29 de marzo, Israel convocó a 30.000 reservistas de su ejército y lanzó la operación "Escudo Defensivo" (que

representó el mayor movimiento de tropas israelíes en Cisjordania desde su ocupación en 1967). Durante poco más de un mes, Israel invadió y bloqueó la mayoría de las ciudades palestinas administradas por la Autoridad Palestina, declarándolas "zonas militares cerradas" (así como también los campos de refugiados), destruyó sus ministerios y agencias de seguridad, limitó el libre movimiento de su líder, Yasser Arafat, a su cuartel general de Ramallah (donde terminó confinado hasta su muerte, en noviembre de 2004, a una sola ala de un complejo de edificios que se encontraba prácticamente arrasado), arrestó al influyente Marwan Barghouti junto a otros 7.000 prisioneros y debilitó la infraestructura de los grupos guerrilleros palestinos en Jenin, Nablus, Hebrón, Belén, Qalquilya y Tulkarem (214). A la vez, en junio de 2002, el gobierno israelí aprobó la construcción de un Muro de Separación que dividió los centros de población israelíes de los territorios palestinos de Cisjordania ocupados por Israel, anexando unilateralmente gran parte de ellos, con la declarada intención de impedir el paso de "terroristas" (Gaza ya estaba "cercada" desde mediados de 1990). El recorrido del muro –más de 700 kilómetros– es el doble de la longitud de la frontera reconocida entre Israel y Cisjordania y no fue construido sobre la denominada "Línea Verde" (el límite reconocido internacionalmente entre los territorios israelíes y palestinos): el 85 por ciento de la barrera se encuentra en tierras palestinas (el 10% de la barrera es un muro de concreto de 8 metros de altura, el otro 90% es una valla electrónica de dos metros de alto) (215). El muro, junto a la gran cantidad de inteligencia producida por las detenciones e interrogatorios producto de la operación "Escudo Defensivo", llevó, gradualmente, a una reducción en el número de muertos israelíes en un 45% y a un aumento en el número de muertos palestinos entre 2003 y 2004. Otro factor que limitó la violencia palestina fue la política de asesinatos, implementada a partir de 2002, contra los líderes de Hamás, que en el lapso de los siguientes dos años terminaría con la vida de prácticamente toda la plana mayor de Hamás en Gaza, incluidos sus fundadores Salah Shehadeh, Ismail Abu Shanab, Sheikh Yassin, Ábdel Aziz ar-Rantisi, entre otros.

En marzo de 2004, Sharon anunció que Israel abandonaría unilateralmente sus 21 asentamientos judíos en Gaza, situación que se terminaría completando en agosto de 2005, en una controversial retirada para la sociedad israelí. Mientras que muchos israelíes consideraban que no valía la pena mantener una importante presencia militar para custodiar a sólo siete mil colonos que residían en la Franja entre un millón y medio de palestinos, los partidarios de los colonos israelíes afirmaban que la retirada solo alentaría aún más al "terrorismo palestino". Otros, en cambio, creían que si Israel no negociaba la retirada con la Autoridad

Palestina –a cargo de Mahmmoud Abbas luego de la muerte de Arafat– sería visto por la "calle palestina" como un triunfo de Hamás en Gaza (donde siempre fueron más populares que Fatah y la OLP). Esto último, efectivamente, ocurrió debido a que la mayoría de los palestinos consideraron que Hamás –como Hezbollah en 2000– había logrado expulsar a los colonos y soldados de la Franja de Gaza por medio del uso de la violencia. Lo cierto fue, como admitiría Dov Weisglass –influyente asesor de Sharon–, que el motivo de la evacuación de las colonias en Gaza era "sepultar el proceso de paz con los palestinos y prevenir el establecimiento de un Estado palestino" (al no negociar con ellos), achicar las líneas de defensa del ejército y asegurar la presencia de los asentamientos judíos en Cisjordania (territorio bíblico que para los colonos israelíes tiene un valor religioso que no posee la Franja de Gaza) (216).

Luego de ganar las elecciones parlamentarias de 2006, Hamás tomó el control total de Gaza, expulsando, en una violenta confrontación, a sus rivales de Fatah, en junio de 2007, y reanudó los ataques contra Israel argumentando que a pesar de que Israel evacuó sus asentamientos e instalaciones militares de Gaza, el Estado israelí mantiene el control del espacio aéreo, marítimo y de una "zona colchón" (a la cual los palestinos no pueden acercarse, a pesar de estar del lado de su propio territorio) de más de 1,5 kilómetros de profundidad (217). Además, Israel siguió controlando el único paso fronterizo autorizado para la entrada y salida de bienes, el único paso limítrofe (Erez) por el que pueden salir personas desde Gaza hacia Cisjordania e Israel y el registro de población de la Franja. Todo esto sin contar que la colonización de Cisjordania continuó su ritmo a pasos agigantados.

Si bien la Segunda Intifada, que se cobró la vida de 3.200 palestinos y 1.100 israelíes, la mayoría de ellos civiles, no tiene una fecha oficial de cierre, la operación "Escudo Defensivo" junto a la construcción del "Muro de Separación" aceleraron su fin (218). Pero fue la repentina muerte de Arafat –que alejó a la Autoridad Palestina de la lucha contra Israel– sumada a la retirada israelí de Gaza –que logró una calma relativa por primera vez en Cisjordania desde septiembre de 2000– las causas más concretas que desaceleraron la insurrección palestina.

Sin embargo, la lucha por la independencia de Palestina –que en muchos casos es feroz e indiscriminada– continúa ya que responde a la violenta y agobiante ocupación de más de medio siglo de los territorios palestinos. Luego de suprimir la Segunda Intifada (2000-2005), los israelíes volvieron a creer, como antes de la

Primera Intifada, que es posible una “vida normal” en medio de la ocupación y el bloqueo de millones de personas. No obstante, el pueblo palestino no permanece impávido frente a la confiscación y colonización de sus tierras, sus recursos naturales, el control de su libre movimiento y la limitación de sus ya reducidos derechos civiles, junto a la constante represión y la muerte de sus compatriotas.

203. Glenn E. Robinson, 2010. Https://foreignpolicy.com/2010/10/18/al-aqsa-intifada-10-years-later/

204. Amos Harel y Avi Issacharoff, The Seventh War, Yedioth Ahronoth Books, Tel Aviv, 2004.

205. Deborah Sontag, 2001. Https://www.nytimes.com/2001/07/26/world/and-yet-so-far-a-special-report-quest-for-mideast-peace-how-and-why-it-failed.html

206. Jeremy Pressman, “Visions in collision: what happened at Camp David and Taba?”, International Security, 2003.

207. Suzanne Goldenberg, 2000. Https://www.theguardian.com/world/2000/sep/29/israel

208. Akiva Eldar, 2004. Https://www.haaretz.com/1.4709768

209. Https://www.amnesty.org/en/wp-

content/uploads/2021/06/mde150832001en.pdf

210. Https://www.haaretz.com/israel-news/.premium-the-bloody-events-of-october-2000-that-forced-barak-to-apologize-to-israel-s-arabs-1.7569489

211. Https://www.un.org/unispal/document/auto-insert-206700/

212. James Bennet, 2002. Https://www.nytimes.com/2002/01/15/world/key-militia-leader-dies-in-bomb-blast-in-the-west-bank.html

213. Https://statistics.btselem.org/en/intro/fatalities

214. Https://www.btselem.org/download/200207_defensive_shield_eng.pdf

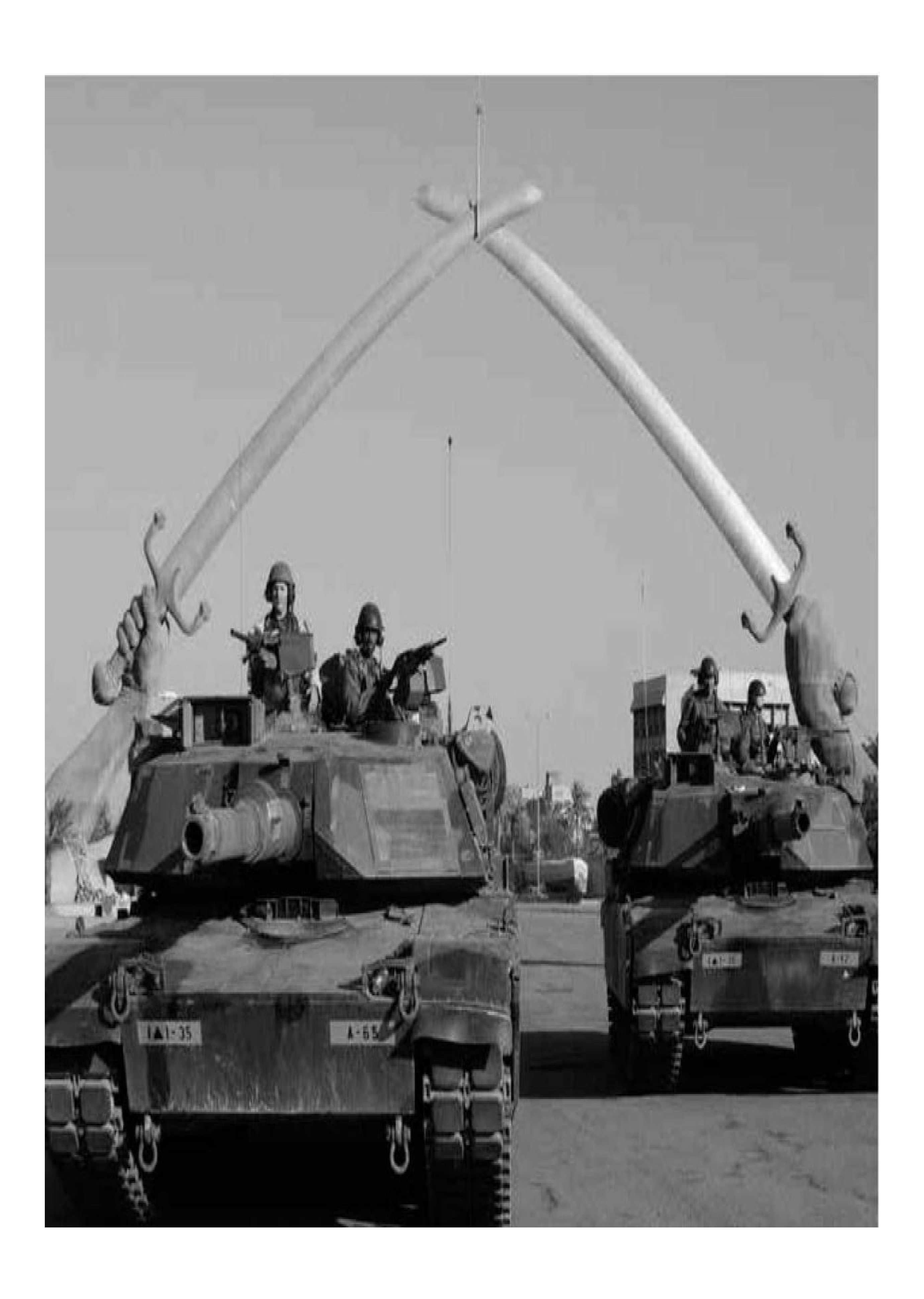
215. Https://apnews.com/article/middle-east-israel-west-bank85b8027e4a367d534a42658358ca3358

216. Ari Shavit, 2004. Https://www.haaretz.com/1.4710372

217. Https://features.gisha.org/closing-in/

218. Gideon Levy, 2020. Https://www.haaretz.com/israel-news/.premium.MAGAZINE-the-second-intifada-20-years-on-thousands-died-

in-a-struggle-that-failed-1.9185099



Capítulo 13. 2003

Invasión de Estados Unidos a Irak

“Ningún Estado terrorista plantea una mayor o más inmediata amenaza para la seguridad de nuestro pueblo y la estabilidad del mundo que el régimen de Saddam Hussein en Irak.”(219)

DONALD RUMSFELD, SECRETARIO DE

ESTADO DE ESTADOS UNIDOS, 2002

Desde que se convirtió en una potencia mundial hace setenta años, Estados Unidos ha tratado de mantener la estabilidad en el Golfo Pérsico con el objetivo de evitar que otra potencia, hostil a sus designios, se hiciera con el control de los recursos energéticos de la región. Durante décadas, y sin enclaves significativos de fuerzas militares en la región, los estadounidenses se aseguraron de que el poder de Irak e Irán fuera equilibrado entre sí (en la guerra de ocho años que mantuvo con Saddam Hussein con Irán, Estados Unidos apoyó a Irak pero, a su vez, le facilitó armamento a Irán para que la victoria iraquí no fuera decisiva). Promovió, además, la unión de las monarquías sunnitas dentro del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) para reforzar este equilibrio y asegurarles, tanto a Irak como a Irán, que si sus aliados del CCG eran amenazados, los norteamericanos llegarían con todo su poder para defenderlos.

Esta estrategia de Estados Unidos protegió a las sociedades árabes del Golfo a un costo mínimo, con una escasa presencia de sus tropas y una exigua fricción social o religiosa interna hasta que, en 1990, Irak invadió Kuwait. La guerra demostró que los estadounidenses harían lo necesario militarmente para defender sus intereses en la región, a la vez que apagó el temor a que Irak se convirtiera en una “potencia” plausible de desafiar a Occidente. Por último, la derrota militar de Irak permitió a Estados Unidos volver a restaurar el equilibrio con Irán sin amenazas a sus demás vecinos.

En 1992 cuando asumió la presidencia Bill Clinton, la nueva administración consideró continuar brevemente con la misma estrategia. Pero Martin Indyk, director de Política para Medio Oriente en el Consejo de Seguridad Nacional y exdirector ejecutivo del Instituto Washington para la Política del Cercano Oriente (think tank del influyente lobby pro israelí American Israel Public Affairs Committee, AIPAC), rechazó formalmente esta fórmula y recomendó emplear una nueva táctica de "doble contención". Con Irak acorralado por las sanciones de la ONU e Irán profundamente debilitado por los ocho años de guerra, Estados Unidos tenía los medios para contrarrestar a los regímenes iraquí e iraní, sin necesidad de depender de uno para equilibrar el otro.(220) Esta política, que se llevó adelante mediante boicots económicos y con despliegue militar en el Golfo, terminó por proteger más a Israel de Irak e Irán que a los intereses económicos y políticos de Estados Unidos. Además de privarse de tener un aliado local que garantizara la seguridad de las monarquías petroleras, no contemplaba la posibilidad de qué pasaría si los países europeos dejaban de plegarse −por cuestiones humanitarias o económicas− a las sanciones norteamericanas. Mientras Irán continuaba haciendo negocios con países del oeste de Europa y el este de Asia, el compromiso de los países aliados europeos de mantener las enormes sanciones a Irak se evaporaba. Con todo esto, sumada la presión de empresas estadounidenses (como Halliburton, corporación dedicada a la prestación de servicios en yacimientos petroleros o Bechtel, la mayor empresa de construcción y obras públicas del país (221)) que temían que nuevas sanciones unilaterales los alejara totalmente de los mercados comerciales de Irak e Irán, Estados Unidos −ya con George W. Bush en el poder− decidió aprovechar los atentados del 11 de septiembre para invadir Irak en 2003 y ocupar −con soldados y numerosas bases militares− el lugar "físico" que había sido dejado vacante décadas atrás por los británicos, cuando los dos siglos de administración imperial británica del Golfo acabaron tras el abandono de Bahrein, en 1971.

El 11 de septiembre de 2001 Estados Unidos fue atacado por primera vez en su propio territorio desde el bombardeo japonés a Pearl Harbour en la Segunda Guerra Mundial (sin contar los numerosos ataques que recibió, a través de los años, en sus embajadas alrededor del mundo). Esa mañana, un secuestrado Boeing 767 de American Airlines con 81 pasajeros a bordo fue secuestrado y se incrustó en la Torre Norte del Word Trade Center en Nueva York. Dieciocho minutos después, otro vuelo comercial que transportaba 56 pasajeros se estrelló contra el otro edificio del complejo −la Torre Sur− que se derrumbó una hora más tarde. Pronto, la Torre Norte repetiría la secuencia y caería, dejando un

tendal de polvo y destrucción. Ese mismo día, un tercer avión secuestrado colisionó contra el Pentágono, cerca de Washington, lugar donde se encuentra el cuartel general del Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Un cuarto avión que se dirigía desde esa ciudad hacia el oeste también cambió su curso pero no alcanzó su objetivo y terminó estrellándose en una zona rural de Pensilvania, luego de que los pasajeros batallaran con los secuestradores por el control de la aeronave. Todos los tripulantes de los aviones, más los 19 secuestradores (quince de ellos eran de origen saudita, dos de Emiratos Árabes, uno del Líbano y otro de Egipto) murieron en los ataques. Junto a ellos, según cifras oficiales, fueron asesinadas más de 3 mil personas en los cuatro lugares donde colisionaron las aeronaves.

Sin esperar a que se terminara la investigación sobre los responsables de los ataques en Nueva York, el gobierno de los Estados Unidos atribuyó el planeamiento y la ejecución de los mismos a un pequeño grupo terrorista islámico sunnita llamado Al Qaeda ("La fuente"). La organización era comandada por Osama Bin Laden, un millonario saudita nacido en Yemen que durante los años 80 había combatido junto a otros mujaidines (guerreros religiosos) contra la ocupación soviética de Afganistán con el apoyo de Arabia Saudita y Pakistán así como de Estados Unidos. Pero, al desaparecer la Unión Soviética, Estados Unidos se convirtió en el nuevo objetivo de los islamistas radicales de Al-Qaeda: la presencia de bases militares estadounidenses en Arabia Saudita ("la mayor de las agresiones sufrida contra los musulmanes desde la muerte del profeta Mahoma", según palabras de Bin Laden (222)), junto al bloqueo a Irak después de la Guerra del Golfo y el apoyo norteamericano a Israel figuraban prominentemente en la "Declaración de Yihad (Guerra Santa) contra Cruzados y Judíos" emitida por Bin Laden en 1998 como las causas primordiales para matar a cualquier estadounidense "civil o militar" hasta alcanzar "la liberación de las ciudades santas musulmanas de La Meca y Medina". Ese mismo año, los yihadistas hicieron su presentación mundial con los ataques, casi simultáneos, de las embajadas estadounidenses en Tanzania y Kenia. Al momento de los atentados contra el Word Trade Center en septiembre de 2001, Al Qaeda y Bin Laden gozaban de un refugio en Afganistán proporcionado por el Talibán, una organización de radicales afganos que, en 1996, se había hecho con el control de la mayoría del país. Durante su tiempo en el poder, el "Emirato Islámico de Afganistán" –tal la denominación del Talibán a su país– se comprometió a instaurar una sociedad patriarcal manejada por la "ley islámica" pero sólo logro ser reconocido por tres países en el mundo: Emiratos Árabes Unidos, Pakistán y Arabia Saudita.

El 20 de septiembre de 2001, el presidente de Estados Unidos, George W. Bush –en un discurso ante las dos cámaras del Congreso–, le ordenó al Talibán que entregara a Bin Laden o “afrontara su destino”. Los radicales afganos se negaron a hacerlo a menos que se les proporcionara evidencia incuestionable de su participación en los ataques, por lo que Estados Unidos comenzó a bombardear sus bases en Afganistán. Al principio, Bush apoyó la ofensiva de una coalición dispar de antiguos mujaidines denominada la “Alianza del Norte” contra el Talibán pero, semanas después, intervino militarmente con tropas terrestres propias en el país logrando una rápida victoria. Para tal empresa, Estados Unidos contó con la ayuda de Irán (gobernada en ese entonces por el moderado Mohammad Khatami) quien luego de los ataques del 11 de septiembre envió rápidamente sus condolencias al presidente de Estados Unidos.(223) Los iraníes habían reconocido en la invasión estadounidense a sus vecinos de Afganistán una oportunidad para debilitar al radicalismo sunnita de Al Qaeda (que los acusaba de poco menos de “infieles”) y destruir el poder del Talibán con quien se encontraba en una guerra de poder durante los últimos cinco años (en agosto de 1998, 11 diplomáticos y 1 periodista iraníes fueron asesinados por los talibanes en Mazar-i-Sharif e Irán desplegó tropas hacia el borde para invadir Afganistán, pero la mediación de la ONU calmó la situación (224)) y le proporcionó inteligencia al ejército de Estados Unidos para atacarlos. Luego de que los talibanes fueran derrocados, a finales de 2001, Irán resultó nuevamente crucial para conseguir que la Alianza del Norte aceptara un número limitado de puestos en el gabinete y Hamid Karzai, un líder moderado, fuera elegido como el nuevo presidente.(225) A pesar de que diplomáticos iraníes dejaron en claro su interés en ampliar los contactos con Estados Unidos, cualquier posibilidad de reconciliación se evaporó a principios de 2002 cuando George W. Bush declaró a Irán parte del “Eje del mal” junto a Irak y Corea del Norte, acusándolos de fomentar el terrorismo mundial. Las autoridades iraníes se consideraron traicionadas y en la próxima elección presidencial “los moderados”, encabezados por Khatami, perderían el poder ante los representantes de la línea dura de la República Islámica. No obstante, Irán se vería beneficiado por los futuros planes de Estados Unidos para su vecino Irak.

Esta primera parte de la invasión (2002-2004) trajo un período de relativa tranquilidad en Afganistán, en tanto los talibanes se replegaron para reagrupar sus fuerzas. Al mismo tiempo, Bin Laden habían eludido la captura en territorio afgano, por lo que el deseo de venganza de gran parte de los norteamericanos seguía intacto. Todo este escenario fue aprovechado por George W. Bush para enfocarse en su nuevo objetivo: Irak.

El país comandado por Saddam Hussein era un "blanco" de la administración Bush desde la tarde del 11 de septiembre, cuando el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, en una reunión del Consejo de Seguridad Nacional dijo: "¿por qué no vamos contra Irak, en vez de ir solamente contra Al Qaeda?"(226). Desde ese momento, Rumsfeld y su vicesecretario, Paul Wolfowitz, usaron toda oportunidad para materializar sus intenciones. Pronto, los planes del gobierno de Estados Unidos y en especial de su vicepresidente Dick Cheney (antiguo CEO de la compañía Halliburton) se convirtieron en "multidimensionales" respecto de sus objetivos para Irak: primero, derrocar a Saddam Hussein para conformar al lobby pro israelí AIPAC de que una amenaza al Estado hebreo sería removida, levantar las sanciones contra la nación mesopotámica, preservar la posición de Israel y Arabia Saudita como los poderes dominantes de la región, asegurar el acceso de las empresas petroleras estadounidenses a las cuantiosas reservas de crudo de Irak (y no el de China, Rusia, India o Francia, que esperaban ansiosamente la oportunidad de desarrollar las riquezas de ese país) y, al final, transformar políticamente Medio Oriente mediante un Irak dominado por la mayoría chiíta (oprimida por la minoría sunnita encarnada en la figura de Saddam) que, se esperaba, produjera un efecto dominó de democratización alrededor de la zona. Para lograrlo, era necesario convencer al público estadounidense de que el líder iraquí estaba conectado a Al Qaeda, a los ataques del 11 de septiembre y, para reforzar la estrategia, a la proliferación de armas de destrucción masiva que ponían en riesgo la seguridad de Estados Unidos y la región. La idea ya había comenzado a ser desarrollada por Bush cuando, en su discurso de enero de 2002 ante el Congreso, había anunciado: "Los Estados Unidos de América no permitirán que los regímenes más peligrosos del mundo nos amenacen con las armas más destructivas de la tierra"(227). A finales de 2002, en declaraciones efectuadas ante la Guardia Nacional en Denver, el vicepresidente Dick Cheney sentenció que "Saddam Hussein tiene contactos en el más alto nivel de Al Qaeda desde hace una década y ha provisto entrenamiento a los terroristas de este grupo."(228) Y, por último, en su presentación ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el secretario de Estado, Colin Powell, afirmó: "No hay ninguna duda de que Saddam Hussein tiene armas biológicas y la capacidad para producir más, muchas más"(229). Además, Powell aseguró que un líder de Al Qaeda, Abu Musab Al-Zarqawi había recibido tratamiento médico en Bagdad, en mayo de 2002, y se había reunido con importantes cabecillas de su grupo en la capital iraquí. Más tarde, en su biografía de 2006, Powell se referiría a su presentación en la ONU como una "mancha" en su carrera.(230)

En total, según un estudio publicado por dos organizaciones periodísticas sin fines de lucro, el Centro para la Integridad Pública y su afiliado Fondo para la Independencia en Periodismo, el presidente Bush y sus principales asesores y funcionarios realizaron públicamente 935 declaraciones falsas sobre los riesgos a la seguridad nacional que planteaba Irak en los dos años posteriores al 11 de septiembre de 2001.(231)

Meses antes de que Estados Unidos iniciara su invasión a Irak el 20 marzo de 2003 − con la oposición de China, Francia, Rusia, Alemania y sólo con el apoyo de Gran Bretaña, Australia y Polonia junto a los grupos kurdos instalados en la región del Kurdistán (protegidos en una zona de exclusión aérea instaurada por los estadounidenses luego de Guerra del Gofo)− el príncipe regente de Arabia Saudita, Abdullah, le había sugerido a Bush que el problema con Irak podía solucionarse legalmente y que no debía denominárselo como una “guerra contra el terrorismo” y sí, en cambio, como un conflicto de control armamentístico. La posición de Abdullah era completamente opuesta a la de su antecesor Fahd, quien, en la Guerra del Golfo (1991) había accedido a que 750.000 tropas extranjeras estuvieran estacionadas en su territorio y permitido el uso de su espacio aéreo para la invasión. Pero el gobierno estadounidense no estaba dispuesto a escuchar a los saudíes, a quienes acusaba de negarles el uso de sus bases para atacar al Talibán, a no cooperar en la investigación del 11/9 donde 15 de sus ciudadanos habían participado en los secuestros (el Príncipe Nayef, a cargo del ministerio del Interior, afirmó, incluso, que los secuestradores habían sido engañados en un “complot sionista”(232)) o, directamente, a abrir sus archivos sobre los atacantes (a pesar de que la mayoría de los ellos eran de nacionalidad saudita, los planeadores del atentado no lo eran, y su participación respondió más al aprovechamiento de los controles laxos, que por ese tiempo gozaban las personas de esa nacionalidad en Estados Unidos, que a una conspiración de Arabia Saudita).

En cualquier caso, todo cambió después de los ataques bombas de mayo y noviembre de 2003 en el reino, que obligaron a Arabia Saudita a reconocer el problema de la insurgencia radical dentro de sus fronteras junto a la inspiración y el financiamiento que, respectivamente, numerosos clérigos y ciudadanos aportaban a estos grupos. A pesar de que los saudíes permitieron, bajo el más estricto de los secretos, un uso muy limitado de algunas bases del reino para la invasión a Irak (la mayoría de los ataques partieron de Kuwait), una vez terminado el ataque, Abdullah le exigió a los estadounidenses que desmantelaran su presencia en su país y, en septiembre de 2003 no hubo un solo soldado

estadounidense, tanque o avión en el suelo de Arabia Saudita, aparte de algunos entrenadores militares a largo plazo. Abdullah, finalmente, retiró a los soldados extranjeros de "suelo sagrado musulmán" cumpliendo con una de las principales demandas de Osama Bin Laden, que sería asesinado por un comando especial estadounidense en 2011, en Pakistán.

Luego de 19 días de combates y bombardeos, Bagdad fue conquistada y el régimen de Saddam Hussein, derrocado. Saddam logró esquivar a las fuerzas invasoras hasta diciembre de ese año, cuando fue finalmente capturado y condenado a muerte. La sentencia se cumplió en 2006. El 1° de mayo, en un discurso desde la cubierta del portaaviones Abraham Lincoln, debajo de una pancarta que rezaba "misión cumplida", el presidente Bush declaró que la fase militar había terminado. La captura de Saddam y el derrocamiento de su partido Baaz era "una victoria en la guerra contra el terrorismo que comenzó el 11 de septiembre de 2001 y todavía continua" (233). Ese día también dijo que vencer al gobierno de Hussein le había quitado "un aliado a Al Qaeda", y se comprometió a continuar la búsqueda de armas de destrucción masiva en Irak, pesquisa que hasta el día de hoy ha permanecido infructuosa (en una entrevista a la cadena de televisión ABC, en 2008, Bush admitiría que su mayor arrepentimiento era el fracaso de la "información de inteligencia" sobre las armas de Irak).(234)

Una de las primeras medidas de Estados Unidos al tomar el poder en Irak fue desbandar el ejercito iraquí y proscribir al partido Baaz, compuesto casi en su totalidad por sunnitas. Todos los miembros del partido quedaron proscritos para participar en un nuevo gobierno o ejercer cargos públicos, incluyendo hasta los médicos y profesores de escuela. También se disolvieron las empresas públicas del Estado, lo que fomentó un desempleo masivo en provincias sunnitas que, naturalmente, se transformaron en violentos focos de resistencia al "nuevo orden". Más tarde, cuando la mayoría chiíta accedió al poder, en 2004, producto de la alianza con las fuerzas norteamericanas (los árabes chiítas iraquíes representan el 55% de la población, en tanto que los sunnitas son aproximadamente el 40%, divididos ellos entre un 24% de árabes y un 15% de kurdos (235)), continuó el proceso de "desbaazicación" que siguió inflamando las antiguas llamas del renovado sectarismo en Irak, al otorgar beneficios materiales sobre la base de la identidad religiosa, azuzando una guerra civil entre sunnitas y chiítas que, al final de cuentas, terminó provocando el nacimiento del Estado Islámico en Irak.

La invasión a Irak como consecuencia de los atentados del 11 de septiembre por parte de Al Qaeda fue, como explicó en sus memorias el zar antiterrorista de la administración Bush, Richard Clarke, “invadir México después de que los japoneses nos atacaran en Pearl Harbor”(236). Esa falta de conexión lógica entre un hecho y otro terminó produciendo el efecto contrario a la estrategia manifestada por el presidente de Estados Unidos: en vez de hacer a su país más seguro, irónicamente, inspiró a militantes anti-estadounidenses alrededor del mundo. El nuevo desorden que provocó la invasión a Irak no concluyó ahí: la “contención” a Irán se tornó prácticamente imposible después de que la administración de George W. Bush invadiera Afganistán, dispersara a los talibanes (rival de Irán al este) y, finalmente, atacara a Saddam Hussein (el peor enemigo de Irán al oeste) y lo reemplazara con un gobierno chiíta “simpático” hacia Irán (la ocupación estadounidense tampoco logró materializar la primacía económica estadounidense en Irak). Irán aprovechó la oportunidad y continuó su expansión −aún cuando Estados Unidos le aplicara sanciones cada vez más rigurosas− hasta convertirse en el Estado de mayor influencia en el Golfo Pérsico. Por lo tanto, la aventura millonaria de Bush en Irak −2 billones de dólares al menos− puede considerarse una de las mayores equivocaciones en materia de política exterior en toda la historia estadounidense.(237)

219. David Stout, 2002. Https://www.nytimes.com/2002/09/18/politics/bush-calls-iraqi-vow-a-trick-rumsfeld-urges-early-action.html

220. Gary Sick, 2008. Https://www.juancole.com/2008/05/sick-guest-op-ed-more-on-hillary.html

221. Https://www.icij.org/investigations/windfalls-war/us-contractors-reap-windfalls-post-war-reconstruction-0/

222. https://www.washingtonpost.com/wp-

srv/nation/specials/attacked/transcripts/bushaddress_092001.html

223. https://edition.cnn.com/2001/WORLD/meast/11/12/khatami.interview.cnna/

224. Douglas Jehl, 1998. Https://www.nytimes.com/1998/09/12/world/for-death-of-its-diplomats-iran-vows-blood-for-blood.html?pagewanted=all

225. Https://www.cfr.org/timeline/us-war-afghanistan

226. Tim Dickinson, 2021. Https://www.rollingstone.com/politics/politics-news/donald-rumsfeld-dead-1191532/

227. Https://www.washingtonpost.com/wp-srv/onpolitics/transcripts/sou012902.htm

228. Conor Friedersdorf, 2011. Https://www.theatlantic.com/politics/archive/2011/08/remembering-why-americans-loathe-dick-cheney/244306/

229. Discurso de Colin Powell en la ONU, https://www.un.org/press/en/2003/sc7658.doc.htm

230. Steven R. Weisman, 2005. Https//nytimes.com/2005/09/09/politics/powell-call-his-un-speech-lasting-blot-on-his-record.html

231. https://edition.cnn.com/2008/POLITICS/01/23/bush.iraq/

232. Robert Lacey, Inside The Kingdom, Arrow Books, Londres, 2009.

233 Https://abcnews.go.com/International/story?id=79503&page=1

234. Suzanne Goldenberg, 2008.
Https://www.theguardian.com/world/2008/dec/02/george-bush-iraq-interview

235. Https://iq.usembassy.gov/wp-content/uploads/sites/245/IRAQ-2021-INTERNATIONAL-RELIGIOUS-FREEDOM-REPORT.pdf

236. Richard A. Clarke, 2004.
Https://www.nytimes.com/2004/03/28/books/chapters/against-all-enemies.html

237. Neta C Crawford (2020)
https://www.militarytimes.com/opinion/commentary/2020/02/06/the-iraq-war-has-cost-the-us-nearly-2-trillion/



Capítulo 14. 2011

La Primavera Árabe llega a Egipto

“Sus demandas son legítimas y sus derechos también; cualquier sistema político puede cometer errores y cualquier Estado, también.”(238)

HOSNI MUBARAK, PRESIDENTE DE EGIPTO, 2011

La insurrección ciudadana conocida mundialmente como Primavera Árabe, que sacudió a numerosos países de Medio Oriente, se desencadenó luego de que un vendedor ambulante de la ciudad tunecina de Sidi Bouzid se prendiera fuego a lo bonzo después de confiscársele su carro de trabajo por una inspectora municipal. Para un observador pasivo, la Primavera Árabe surgió de la nada y sin previo aviso, aunque tuvo su germen inicial casi una década atrás, con las inusuales manifestaciones callejeras que pulularon a lo largo de los países árabes cuando Estados Unidos invadió Irak. Luego de aquellas incipientes y desordenadas expresiones públicas, hubo movimientos concatenados que se sucederían en los años venideros: en 2005, los iraquíes fueron por primera vez a las urnas desde la caída de Saddam Hussein; Siria se retiró del Líbano después de masivas demostraciones que se desplegaron en Beirut; el presidente egipcio, Hosni Mubarak, cedió a las presiones de activistas locales para que cumpliera con las reformas prometidas; y Arabia Saudita organizó sus primeras elecciones municipales en décadas. A todo esto, se sumó una combinación de factores que atravesó a toda la sociedad árabe a fines del siglo XX y principios del siglo XXI: la profundización del padecer económico de la clase obrera respecto de la irrupción del neoliberalismo, la migración de la clase rural hacia las ciudades, producto de la profundización del cambio climático, el aumento desproporcionado de la población en estos países y el anhelo de libertad política de las clases medias y acomodadas, sumados a la aparición de activistas mujeres en importantes roles de organización mediante su irrupción en el “ciberespacio”, lugar que les permitió ocupar una esfera que la política de la región les negaba, reclamando ya no sólo mayor liberación económica sino también política.

Sin embargo, la Primavera Árabe exige la definición de contexto político, histórico, social y cultural más amplio para analizar los sistemas de opresión que acompañaron las revueltas iniciadas en el norte de África −que pronto se extenderían al territorio de Medio Oriente− contra dictadores autóctonos y ya no contra regímenes imperiales.

Para las potencias europeas, las cuales alteraron sistemáticamente el orden civil y político de los habitantes de la región al caer el Imperio Otomano, se les hizo cada vez más problemático justificar el colonialismo, tanto en el ámbito nacional como internacional, al terminar la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de estos Estados habían construido la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sobre los principios de la libre determinación, por lo que el acto de colonizar era contrario a los principios internacionales allí fundados. A todo esto, las arcas de Europa Occidental estaban devastadas por la terrible guerra mundial y tenían más que suficientes dificultades para convencer a sus poblaciones de que sus economías debían invertir dinero en regímenes coloniales. Así fue que cuando finalizó el colonialismo europeo en la región, Medio Oriente tuvo algunas décadas de gobierno liberal clásico en la primera mitad del siglo XX. Egipto, Irak e Irán eligieron parlamentos, primeros ministros y partidos populares pero, pese a ello, el dominio liberal fue finalmente desacreditado a medida que quedaba comprobado que sólo servía para beneficiar a grandes terratenientes, excesivamente influenciados por el dinero y los deseos de las potencias occidentales. Alrededor de la década de 1950, surgieron los Estados modernos de partido único en Medio Oriente −basados en poderes militares− que habían ganado su legitimidad a través de la lucha por la independencia contra los imperios coloniales occidentales y los regímenes parlamentarios corruptos. Y, a pesar de emprender reformas agrarias, desarrollar importantes sectores públicos y promover una industrialización comandada por el Estado, cada partido en el poder −respaldado por un cuerpo de oficiales más obediente que nacionalista− se convirtió en no más que en un apéndice del presidente vitalicio y su clan extendido. También se promulgaron constituciones con referencias radicales a los derechos humanos −que sólo quedaron en los papeles− pero finalmente se aferraron a la idea colonial de “Estados de Emergencia” que, con la ayuda de masivas redes de informantes y violentas policías secretas, suspendieron de manera efectiva estos derechos bajo la excusa de la “crisis nacional”. Por ejemplo, Siria estuvo en “Estado de Emergencia” desde 1963 hasta abril de 2011 y Egipto vivió desde 1967 hasta 2012 −con un intervalo de 18 meses en 1980, que terminó con el asesinato de su presidente Anwar el-Sadat− lo que le permitió al gobernante del Partido Nacional Democrático de Mubarak encarcelar a más de

18.000 disidentes, arrestar a opositores sin cargos, prohibir a las organizaciones políticas y establecer como ilegal que más de cinco personas se reúnan sin una licencia del gobierno (239).

En las últimas décadas, estos gobiernos adoptaron políticas neoliberales de privatización bajo la presión de Washington. En este contexto las familias gobernantes usaron, y abusaron, del conocimiento previo de las iniciativas económicas para favorecer a sí mismas, sus seguidores, amigos y empresas aliadas. Al sucederse los años, la suspensión de los derechos civiles y políticos se hizo intolerable para las nuevas generaciones debido a que el recuerdo vivo del colonialismo ya no tenía el mismo poder regulador sobre estos nuevos jóvenes, donde el nepotismo de sus actuales gobiernos, los habían dejado con cada vez menos recursos.

A la vez, importantes cambios climáticos que afectaron a Rusia y China incidieron en las insurrecciones que se produjeron desde Marruecos, en el norte de África, hasta Omán, en el extremo de la Península Arábiga: el alza de precios de los alimentos de primera necesidad en 2010-2011 estuvo estrechamente relacionada con una intensa sequía que se apoderó de gran parte del este ruso durante el verano boreal de 2010, reduciendo la cosecha de trigo en una quinta parte y obligando a Moscú a prohibir las exportaciones de trigo, del mismo modo que un estiaje similar azotara el cultivo de cereales chinos. Ese mismo año, intensas inundaciones también destruían gran parte de la cosecha de trigo de Australia. Estos desastres elevaron los precios del trigo en más de un 50% (Egipto es el mayor importador de trigo del mundo) y el precio de la mayoría de los alimentos básicos en un 32% (la inflación general de los precios de alimentos en Egipto, el mayor importador de trigo del mundo, fue de más del 20% sólo en 2010, lo que provocó un impacto inmediato y devastador en las familias egipcias, que gastan un promedio del 38% de sus ingresos mensuales para alimentarse) (240). Una vez más como en −2007 y 2008, cuando el arroz, el maíz y el trigo experimentaron alzas de precios de más del 100%, producto de la suba del petróleo, y que desataron “revueltas de hambre” en docenas de países, entre ellos Egipto y Yemen− el aumento en los precios de la canasta básica provocó el germen de un malestar social generalizado, concentrado en el norte de África y Medio Oriente. (241)

Las primeras protestas sobre el costo de los alimentos básicos, especialmente el pan, surgieron en Argelia y luego Túnez, donde el evento que desencadenó la Primavera Árabe fue cuando un vendedor de comida callejero, el joven

Mohamed Bouazizi, se prendió fuego a sí mismo el 17 de diciembre de 2010 como protesta por el agobio gubernamental que le impedía vender frutas y verduras en la calle, fuera del mercado, para alimentar a su familia junto con la “deshonra” que le causó que una mujer policía que trabajaba como inspectora municipal lo abofeteara en público (242). Ese mismo día, en la ciudad tunecina de Sidi Bouzid, comenzó la insurrección con cánticos como “pan, agua y no Ben Ali” (por el dictador tunecino Zine El Abidine Ben Ali, que se mantuvo en el poder durante 23 años) y “el empleo es un derecho, banda de ladrones” en clara referencia a una protesta de mineros tunecinos ocurrida en 2008.(243) Veintiocho días después, cuando las protestas ya habían llegado a la capital de Túnez, Ben Ali fue destituido y la Revolución de los Jazmines −como se conoció a la revuelta tunecina− desembocó en una transición política que, mediante elecciones libres, conformó una Asamblea Constituyente que terminó por reformar la Constitución y democratizar el país.

Inspirados en el éxito de la revolución en Túnez, numerosos manifestantes tomaron las calles de Egipto. Como en Túnez, diversas cuestiones de índole nacional −como el ascenso de los trabajadores organizados− junto a candentes temas de política exterior galvanizaron a los activistas: entre 2004 y 2010, más de dos millones de trabajadores egipcios montaron cerca de 3.000 huelgas y manifestaciones.(244) En 2006, se produjo un importante paro de decenas de miles de obreros en las fábricas textiles de El-Mahalla El-Kubra (las más grandes del país) por mejores condiciones de trabajo y salario, junto al pedido de reformas de mercado. Un año después, el dramático aumento de precios en la canasta básica de alimentos derivó en “revueltas de hambre” y se volvieron a desatar las protestas. Luego de boicotear las elecciones municipales y sin ver resueltas sus demandas laborales, los trabajadores textiles planearon una nueva huelga, el 6 de abril de 2008, pero la policía reaccionó ocupando las fábricas y arrestando a los líderes sindicales, acusando a la protesta de ilegal (245) (en 2003, Egipto había aprobado una Ley Unificada de Trabajo, que prohibía las huelgas si no estaban autorizadas por la Federación General de Sindicatos Egipcios, órgano dirigido por el Partido Nacional Democrático del dictador egipcio, Hosni Mubarak). Una de las consecuencias de la represión continua fue la creación de un influyente grupo de jóvenes denominado Movimiento Juvenil 6 de abril, no sólo conformado para apoyar a los trabajadores industriales en el día de su manifestación sindical, sino también para vigorizar los métodos de diseminación de la información y comunicación entre activistas mediante el uso de plataformas tecnológicas como blogs y redes sociales (Facebook, Twitter, Flickr, YouTube, entre otras). De esta manera, cuando miles de personas

marcharon, a principios de 2009, por las calles de El Cairo para protestar por los violentos ataques israelíes a la Franja de Gaza, la organización, que ya tenía 70.000 miembros en su página de Facebook (en su mayoría, jóvenes egipcios con educación académica que nunca antes se habían involucrado en política), vio la oportunidad de aprovechar las protestas para avivar el descontento contra la dictadura de Mubarak.

Un año y medio después, el 6 de junio de 2010, un joven egipcio llamado Khaled Said fue arrestado y golpeado hasta la muerte por la policía, en Alejandría. En los días siguientes, el joven Walid Ghonim, empleado ejecutivo de Google, creó, desde su trabajo en Emiratos Árabes, la página de Facebook "Todos somos Khaled Said" que, mediante la diseminación de fotos del cadáver golpeado de Said, logró atraer una inusitada atención sobre el caso en todo Egipto (246). Tres días más tarde, un adolescente con amplia experiencia en redes sociales y comunicación digital, Abdul Rahman Mansur, se unió como co-administrador de la página en honor a Said (ambos habían trabajado en la fanpage del reconocido ex jefe de la Agencia Internacional de Energía Atómica Mohamed el-Baradei y estaban listos para llevar su "cyber-campaña" al siguiente nivel). La combinación de la experiencia de Abdel Rahman para interactuar con los jóvenes árabes en el "mundo virtual" junto a las habilidades de marketing de Ghonim resultaron, con el tiempo, una poderosa combinación para movilizar y convocar a los jóvenes desencantados con las acciones del gobierno de Mubarak.

Seis meses más tarde, el 14 de enero de 2011, Abdel Rahman (quien había tenido la idea inicial de la página sobre Khaled Said) le comentó a Ghonim –que había logrado convencer a sus empleadores de que lo envíen de regreso a su país natal alegando "problemas personales"– su idea de utilizar la fecha de la fiesta nacional del "Día del Policía" para convocar, mediante la pagina que administraban, una protesta que denominaron "25 de enero: Revolución contra la tortura, la corrupción, el desempleo y la injusticia"(247). Ninguno de los administradores consideró que el encuentro desataría una revolución que acabaría con los 30 años de dictadura de Hosni Mubarak (que acababa de cometer el mayor fraude electoral desde que era presidente en la elección de noviembre de 2010).(248) Otras organizaciones sociales, como el Movimiento Juvenil 6 de Abril, los Revolucionarios Socialistas, Kefaya –movimiento pionero que inició las protestas callejeras de 2005 ante la posibilidad de que Mubarak le cediera el poder a su hijo Gamal– y la Coalición para el Cambio –el partido de Baradei– entraron, también, en escena (la Hermandad Musulmana, el partido

político más organizado y temido por Mubarak, reafirmó su oposición al régimen pero declinó participar). El llamado del 25 de enero fue, de muchas maneras, reminiscente al 6 de abril de 2008 pero tuvo un final diferente: los métodos empleados para fomentar las protestas de 2011 –Facebook, Youtube, Twitter– tuvieron como objetivo superar los obstáculos de comunicación de la campaña de 2008. Tampoco fue sorprendente que el eslogan "pan, libertad y justicia social", que se repitió en las multitudinarias marchas que atravesaron todo Egipto en enero y febrero de 2011, capturara las demandas expuestas durante los años previos de acción colectiva. Pronto, a la juventud activista de clase media que inició las protestas en la Plaza Tahrir, se le sumaron jóvenes de todos los estratos sociales, incluidos los barrios periféricos y afueras de El Cairo, contrario al patrón de la "revolución tunecina", que comenzó fuera de la capital y luego se trasladó a ella. De esta manera, Tahrir ("liberación"), se convirtió en un epicentro de encuentro nacional.

La característica principal, al inicio de las protestas, fue la gran cantidad de jóvenes presentes que reflejaban el cambio demográfico de Egipto y de toda la región, donde los menores de treinta años representan dos tercios de la población total de Medio Oriente. Rápidamente, las movilizaciones se extendieron a lo largo de todo el país y, el 28 de enero, recibieron un nuevo aliciente cuando la Hermandad Musulmana decidió unírseles (el ingreso de La Hermandad a una colmada Plaza Tahrir vigorizó las protestas: se encargaron de asegurar el perímetro de los improvisados campamentos y centros médicos que atendían a los heridos, acercaron comida, mantuvieron el orden y fueron el único liderazgo cohesionado y jerárquico que pululaba por esos días entre cientos de miles de entusiastas y desorganizados manifestantes) y el gobierno contestó arrestando a los líderes del grupo, suspendiendo el acceso a Internet y las comunicaciones por teléfonos celulares en todo el territorio y aumentando la represión (249). Pero, a medida que la policía colapsaba ante las multitudes y abandonaban espontáneamente sus puestos, Mubarak envió al ejército a intervenir en las calles para asistir a las fuerzas de seguridad y nombró a su jefe de inteligencia, Omar Suleiman, como vicepresidente de Egipto, luego de 29 años de rehusarse a elegir un sucesor. El 30 de enero, el gobierno egipcio les ordenó a los militares utilizar armas de fuego para reprimir las protestas pero los altos mandos se rehusaron a hacerlo. Sin el apoyo del ejército, y con las demostraciones in crescendo, el futuro del dictador egipcio estaba sellado: el 11 de febrero, luego de treinta años en el poder, Mubarak presentó su renuncia y le encomendó al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas egipcias el liderazgo del país. Con el poder total del Estado, los militares egipcios iniciaron un accidentado traspaso del poder que

consagró, en junio de 2012, al candidato de la Hermandad Musulmana, Mohamed Morsi, como el primer presidente civil elegido democráticamente en Egipto en toda su historia.

No obstante, un año después, Morsi fue derrocado por las Fuerzas Armadas en un golpe de Estado con amplio apoyo ciudadano (que incluso contó con la participación de importantes figuras liberales que habían participado en la caída de Mubarak como Mohamed El Baradei), asustados por la independencia del primer mandatario y las tendencias islamistas de su gobierno. Así el país volvió a ser una dictadura y la breve fase de democracia llegó a un abrupto final. En el tiempo transcurrido desde entonces, la Hermandad Musulmana y el "Movimiento 6 de Abril" fueron declarados ilegales, los procedimientos judiciales contra Mubarak y su familia fueron suprimidos (el dictador terminó falleciendo en libertad a los 91 años y recibió un funeral de Estado junto a tres días de duelo nacional), las reuniones públicas sin autorización gubernamental se prohibieron, la prensa volvió a ser controlada por el gobierno y se modificó la Constitución. Mientras tanto, la mayoría de los jóvenes activistas revolucionarios, protagonistas de la Primavera Árabe, están en la cárcel o se exiliaron y Egipto volvió a ser gobernado con mano dura con un nuevo presidente proveniente del ejército, Abdelfatah El-Sisi (quien ha dejado a Mubarak casi como un "moderado" si se tiene en cuenta que hoy hay más de 60.000 presos políticos en las cárceles egipcias).(250)

Así como la revolución en Túnez había vigorizado a la oposición a Mubarak en Egipto, lo mismo sucedió con Yemen, Bahrein, Libia, Irak y Siria luego del derrocamiento del dictador egipcio. Mientras que en Yemen el presidente Ali Abdullah Saleh fue finalmente obligado a dejar el cargo después de más de 30 años; en Bahrein, una protesta encabezada por la mayoría chiíta que buscaba una constitución más contemplativa a sus derechos fue suprimida violentamente por los tanques de Arabia Saudita que acudieron al rescate de la monarquía aliada sunnita (251). En Libia, Muammar Gaddafi, luego de que sus Fuerzas Armadas no pudieran parar una rebelión popular que se extendió por más de seis meses luego de que el "líder" prometió que cazaría a sus opositores "casa por casa" y contó con la inestimable ayuda aérea de la OTAN, fue asesinado violentamente por una horda de rebeldes que lo lincharon públicamente. El caso de Libia mostró los límites de la intervención occidental, donde el poder aéreo anglo-francés aceleró la desaparición de un atávico e impopular régimen pero que no pudo asegurar que fuese seguido de una "democracia" o algún tipo de estabilidad política.

Mientras Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos consideraron a la Primavera Árabe como una afrenta a su poder, que alteraría la estabilidad de la región y afectaría tarde o temprano a sus propios países, otros actores, como Turquía o principalmente Qatar (mediante la comunicación del canal estatal Al Jazeera y su abultada billetera producto de sus reservas de gas) vieron la caída de dictadores vitalicios como un camino para el surgimiento de partidos y líderes islamistas propicios al propósito de expandir su influencia en la región. En Irak, el Primer Ministro chiíta, Nouri al-Maliki, se comprometió a no buscar un nuevo período en su mandato ante las movilizaciones contra su gobierno pero olvidó su promesa muy pronto y siguió expandiendo su poder y polarizando con la minoría sunnita, que terminó recalando en el radicalismo islámico como medio de protección ante una vedada guerra civil entre la avanzada chiíta, apoyada por el gobierno de Irán, y su contraparte sunnita, financiada por países sunníes (252). En Siria, las movilizaciones pacíficas fueron rebatidas con extrema violencia por el presidente Bashar al-Assad y su régimen –liderado por la secta alauita–, que terminó por desembocar en una guerra civil (e internacional) que destruyo al país y provocó que millones de sus ciudadanos debieran abandonar sus hogares y convertirse en refugiados alrededor del mundo.

Si bien en muchos países el sueño de la “Primavera Árabe” degeneró en una pesadilla que destapó el “genio dormido” de la violencia religiosa muy presente en la zona y una contraofensiva militar, es necesario recordar la valentía, determinación y visión de millones de jóvenes árabes (y no tan jóvenes) que arriesgaron todo en busca de la igualdad, la dignidad y la justicia socio-económica que les fue negada –y se les sigue negando– durante décadas. A pesar de este panorama pesimista, al menos para el corto y mediano plazo, donde sólo Túnez logró arribar a una débil transición democrática (que a partir de la decisión del presidente Kais Saied en 2021 de cerrar el Parlamento y hacerse cargo del Tribunal Constitucional, sufrió un importante traspié que puso a los tunecinos bajo un gobierno que remite a una dictadura constitucional) debería resonar el ejemplo de la historia de las revoluciones encabezadas por jóvenes, que exhiben sus logros más importantes décadas después.

Esta generación de jóvenes árabes, urbanos, con mayor acceso a la educación, con mayor conexión con el resto del mundo, es mucho más consciente de su poder y de sus errores (como la falta de un líder y programa claro) que las generaciones pasadas. Y, a pesar de que continúan polarizados entre los nacionalistas, seguidores del Islam político y escépticos a cualquier cambio, todavía no han dicho su última palabra. Las protestas ciudadanas de Sudán,

Argelia -que volvieron a derrocar a gobernantes vitalicios- junto a las importantes movilizaciones en Líbano, Irak e Irán durante 2019 indican que habrá que estar atento para ver si algo parecido a un tan ansiado Verano Árabe finalmente abrace a toda la región.

238. Https://elpais.com/internacional/2011/02/10/actualidad/1297292426_850215.htm

239. Https://www.bbc.com/news/world-middle-east-18283635

240. Https://news.un.org/en/story/2013/05/440182-hunger-poverty-rates-egypt-sharply-over-past-three-years-un-report

241. Ibrahim Saif, 2008. Https://carnegieendowment.org/files/saif_food_prices_final.pdf

242. Kareem Fahim, 2011. Https://www.nytimes.com/2011/01/22/world/africa/22sidi.html

243. Karine Gantin y Omeyya Seddik, 2008. Https://mondediplo.com/2008/07/07tunisia

244. Alaa Al-Din Arafat, The rise of islamism in Egypt, Palgrave Macmillan, Londres, 2017.

245. Thanassis Cambanis, Once upon a revolution, Simon & Schuster, Nueva York, 2015.

246. Wael Ghonim, Revolution 2.0: the power of people is greater than the people in power: a memoir, Boston Houghton Mifflin Harcourt, 2012.

247. Linda Herrera, 2013. Https://www.jadaliyya.com/Details/27902/Meet-AbdelRahman-Mansour-Who-Made-25-January-A-Date-to-Remember

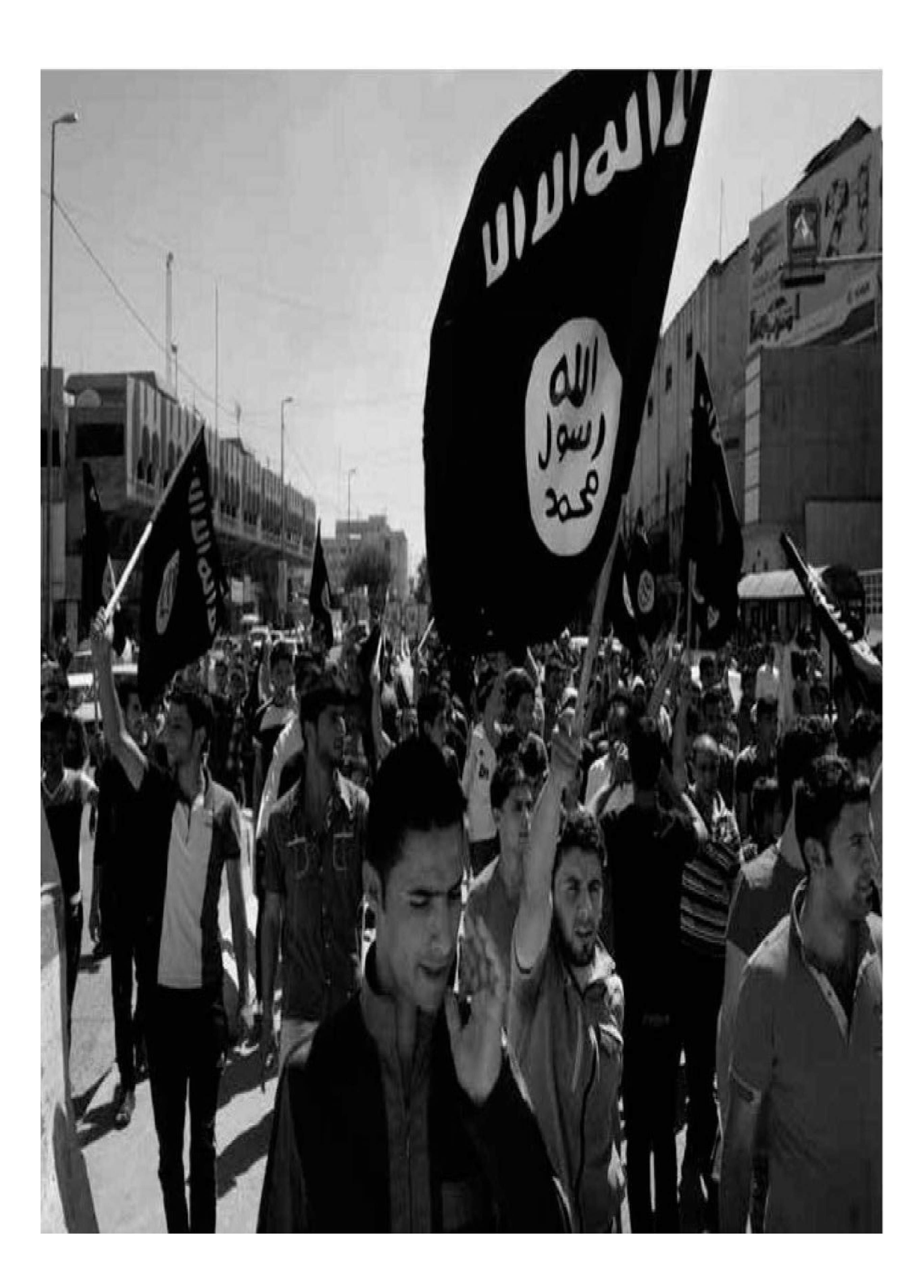
248. Https://www.hrw.org/reports/egypt1110WebforPosting.pdf

249. Mehran Kamrava (edit.), Beyond the arab spring: the evolving ruling bargain in the Middle East, Oxford University Press, Nueva York, 2014.

250. Vivian Yee, Allison McCann & Josh Holder, 2022. Https://www.nytimes.com/interactive/2022/07/16/world/middleeast/egypt-prisoners.html

251. Https://www.amnesty.org/en/latest/news/2021/02/bahrain-dreams-of-reform-crushed-10-years-after-uprising/

252. Https://www.iraq-businessnews.com/2011/02/05/maliki-takes-salary-cut-will-not-stand-for-re-election/


الله
رسول
محمد

Capítulo 15. 2014

El Estado Islámico conquista Mosul

"No crean que la guerra que estamos librando es sólo la guerra del Estado Islámico. Es, más bien, la guerra de todos los musulmanes unidos. Es la guerra de todos los musulmanes en todos lados y el Estado Islámico no es más que su punta de lanza. No es más que una guerra de las personas de fe contra el pueblo de la incredulidad."(253)

ABU BAKR AL-BAGHDADI, LÍDER DEL ESTADO ISLÁMICO, 2014

El Estado Islámico o Daesh, como lo denomina la prensa árabe, estuvo en pleno desarrollo y expansión desde 2004: primero fue Al Qaeda en Irak (AQI), después el Consejo Consultivo de Mujaidines en Irak; más tarde el Estado Islámico de Irak y ahora, en su última encarnación, es "Estado Islámico de Irak y el Levante" o el "Estado Islámico" (EI), a secas. El Estado Islámico no sólo es consecuencia del neo-imperialismo de Occidente sino, también, el "hijo bastardo" del despotismo de las dictaduras árabes y las divisiones de sus sociedades. La organización radical nació luego de que Estados Unidos derribara al gobierno de Saddam Hussein, en 2003, en momentos en que la administración Bush contemplaba instaurar una democracia en Irak como la "solución" a los problemas del país. Si bien el alto perfil público de los brutales excesos salafistas (ultra-conservadores sunnitas) han oscurecido con frecuencia las raíces del Estado Islámico en la historia sangrienta de Irak de la última década, las mismas pueden rastrearse en un cóctel explosivo compuesto por la crueldad del régimen de Saddam Hussein junto a su tardía y manipulada islamización, la invasión liderada por Estados Unidos y la posterior disolución del ejército iraquí baazista, la insurgencia contra las fuerzas ocupantes y la marginación de los sunnitas iraquíes. Todos éstos factores se entrelazaron para provocar el ascenso del Estado Islámico en Irak.

A pesar de que la mayoría de la opinión pública pensó en el Estado Islámico como a un grupo terrorista –lo cual es cierto–, se trata de algo mucho más

grande: una insurgencia de cosecha iraquí, orgánica a un proyecto político totalitario que deseó controlar y administrar territorio. El Estado Islámico prosperó en el contexto de la ocupación estadounidense de Irak, y en la posterior dominación chiíta deseosa de venganza, en la cual los sunnitas iraquíes se vieron a sí mismos privados de sus derechos de privilegio. Nada ha ayudado mas a dicho desarrollo que la “ley de desbaazificación” (por el partido Baaz de Saddam Hussein) promulgada por Paul Bremer, gobernador estadounidense de Irak, entre 2003 y 2004.(254) De un plumazo, a 400.000 miembros de un ejército iraquí de mayoría sunnita (más los 100.000 afiliados civiles al partido) se les prohibió el empleo público, se les negaron pensiones, aunque se les permitió mantener sus armas. De la noche a la mañana, el preciado estatus gozado por los sunnitas sufrió un cambio demoledor, ya que no sólo controlaban el Partido Baaz (que fue prohibido) y eran los empresarios a quienes se les otorgaban los contratos gubernamentales más lucrativos; también conformaban la exclusiva mayoría de los graduados de las academias militares. La disolución de las fuerzas armadas iraquíes contribuyó así al levantamiento de las milicias religiosas y sectarias (chiítas, sunnitas y kurdas) al disolverse un orden –injusto– creado en Irak, que priorizó el poder sunnita desde los tiempos en que los otomanos tomaron el país, en 1534. La medida de Bremer, que provocó un desempleo masivo en las ciudades de mayoría sunnitas entre 2003 y 2004, nutrió de militantes a la insurgencia comandada por Al Qaeda y antiguos oficiales del ejército baazista, que luego reapareció –con mucho más vigor– como el Estado Islámico, cuando Estados Unidos se retiró del país en 2011.

Esta decisión de no integrar a los sunnitas al nuevo Estado iraquí donde la mayor parte de los trabajos fueron acaparados por parte de un gobierno central, encabezado por los chiítas, se combinó a la insurrección siria dada en el marco de la Primavera Árabe. Los violentos artilugios desplegados por el presidente sirio, Bashar al-Assad para demoler las protestas fue aprovechada por los radicales islámicos sunnitas para ampliar su base de apoyo en el país vecino y que terminó, finalmente, con la caída de Mosul, Irak, en junio de 2014 después del avance del Estado islámico en Siria iniciado un año antes.

La aproximación de partido secular iraquí Baaz al islamismo (no así a Al Qaeda, relación inexistente antes de 2003) data de mucho antes de que Estados Unidos ocupara Irak. La “Campaña de Fe Islámica”, un programa de gobierno para acercar al Partido Baaz con el salafismo, fue inaugurada en junio de 1993 por Saddam Hussein luego de que su invasión a Kuwait fuera repelida (255). El objetivo fue aprovechar el renacimiento religioso en Irak desde finales de 1970 y

proporcionarle legitimidad a su régimen, intentando reforzar el apoyo político del establecimiento clerical después de la humillante derrota en la Guerra del Golfo de 1991 y los levantamientos kurdos y chiítas que le siguieron. Para lograr su cometido creó una tendencia religiosa bajo su liderazgo y megalomanía: ordenó que el lema Allahuh Akbar ("Dios es grande") fuera añadido a la bandera nacional de Irak, inició un inmenso programa de construcción de mezquitas, mandó a escribir un Corán entero con su propia sangre para conmemorar "la victoria de la Guerra del Golfo de 1991" y permitió que la retórica de su partido se volviera cada vez más religiosa. Saddam sabía que la amenaza interna iba a venir desde el espectro religioso, por lo que trató de dominar una ideología irreconciliable con su régimen (de matriz socialista y secular) y terminó produciendo partidarios de uno a expensas del otro. A la vez, Hussein contribuyó al sectarismo con la guerra contra la revolución iraní (1980-1988) y la represión despiadada a la revuelta chiíta de marzo de 1991. Sus políticas posteriores, que incluyeron un estrechamiento de la base sunnita de su régimen, la consideración de todos los chiítas como subversivos potenciales, la persecución de sus líderes espirituales junto a numerosas desigualdades en "La Campaña de Fe Islámica" (que proporcionó más recursos para las mezquitas sunnitas salafistas e indulgencias para los disidentes de esa rama), agravó el problema y profundizó el sentimiento anti-sunnita de la identidad chiíta de Irak. Después llegó la "desbaazificación" que no sólo fue contra la ideología de un partido sino también hacia la dignidad de sus miembros: el desbande del viejo ejército iraquí y la prohibición al partido Baaz provocó que un sector privilegiado de la población fuera denostado y obligado a buscar nuevas formas de subsistencias y alianzas. De esta manera, una unión que no había terminado de concretarse cuando el presidente iraquí estaba en el poder –Saddam veía a los radicales religiosos organizados como una de las mayores amenazas a su gobierno y quería sacar ventaja de esa alianza pero no ser dominado por ella– se materializó cuando los estadounidenses controlaron Irak. Irónicamente, la administración de George W. Bush, que mintió al decir que atacaba Irak por la conexión entre Al Qaeda y Saddam (más la excusa de las armas de destrucción masiva nunca halladas), fue la que propició ese vínculo cuando la ocupación de Irak le dio una excusa a los yihadistas sunnitas para entrar al país.

Al comenzar la ocupación de Estados Unidos en Irak, la insurgencia contra los estadounidenses era tanto chiíta (el Ejército Mahdi motorizado por el religioso nacionalista Muqata Al-Sadr) como sunnita (antiguos militares y diversas milicias) (256). Pero, a partir de 2005, Irak entró en el caos total cuando un grupo insurgente sunnita de corte yihadista, Al Qaeda en Irak, comandado por el

líder de la estructura terrorista Tawhid al- Yihad, el jordano Abu Mussab Zarqawi (que en 2004 había jurado lealtad a la organización encabezada por Bin Laden) profundizó una guerra religiosa contra los chiítas que según su particular narrativa de resistencia participan de “una conspiración global encabezada por estadounidenses y judíos”. Para lograr su objetivo, Al Qaeda en Irak se unió con antiguos miembros del Baaz e hicieron explotar, en febrero de 2006, el importante santuario chiíta de la Cúpula de Oro, en Samarra, que desató importantes ataques sectarios entre chiítas y sunnitas, culminando en una guerra civil.(257) Políticamente, Irak también se estaba despedazando: en 2005, Estados Unidos había convocado a elecciones, presionado por la autoridad religiosa chiíta más importante del país, el Gran Ayatolá Ali al-Sistani y boicoteadas por los sunnitas, por lo que la Constitución de Irak fue redactada exclusivamente por chiítas y kurdos.(258) Pero el gobierno encabezado por Ibrahim al-Jaafari, del partido islámico chiíta Al Dawa (“Misión islámica”), es rechazado por todas las facciones −americanos, sunnitas, kurdos y hasta muchos chiítas− y fue remplazado, en abril de 2006, por otro dirigente del mismo partido, Nouri al-Maliki, un político fundamentalista desinteresado en fomentar la reconciliación con los sunnitas. Además, al-Maliki contactos con la CIA e Irán previo a la ocupación de su país y ayudado a conformar la resistencia del Hezbollah contra Israel en El Líbano durante la década de los ochenta y los noventa. La situación no mejoró por el resto del año y, mientras las milicias chiítas ocuparon el sur del país y el este de Bagdad, Al Qaeda en Irak tomó el control de la provincia de Al Anbar y otras zonas sunnitas.

En este marco de crisis y descomposición, la administración Bush decidió poner en marcha un plan del general David Petraeus en 2007, que consistía en aumentar las tropas estadounidenses existentes en Irak con casi 30.000 nuevos hombres para pacificar estos territorios (como el término “escalada de tropas” traía malos recuerdos a la población estadounidense desde la época de Vietnam, utilizaron el eufemismo de “oleada” para definir el incremento de soldados) (259). Con la nueva “oleada” de tropas, Estados Unidos comenzó su campaña contra la insurgencia en Al Anbar y Bagdad, donde se dirigió a los barrios sunníes (y mixtos), derrotando a las milicias de esta confesión para luego desarmarlas. La situación fue aprovechada por los fundamentalistas chiítas: Maliki no cumplió con el compromiso hecho a Petraeus de que si Estados Unidos concentraba sus esfuerzos en el desarme de sus rivales sunnitas luego, el Primer Ministro, procedería a hacerlo con los paramilitares chiítas. Esta situación produjo una limpieza étnica de las zonas sunnitas de Bagdad (800.000 sunnitas fueron expulsados y, muy pronto, se convirtieron en refugiados

radicalizados) (260). A la vez, un año antes, Estados Unidos había empezado con éxito un programa paralelo denominado “Sahwa”, que consistía en cooptar con sueldos, armas y entrenamiento a grupos tribales sunnitas para que combatieran a Al Qaeda en Irak (aún con el riesgo de ser acusados de traidores por su propia minoría). Ya a fines de 2006, Al Qaeda en Irak había cambiado su nombre por el de Estado Islámico de Irak.

La alianza con las tribus, junto al incremento de tropas, dio resultado y la insurgencia radical sunnita fue contenida y, para muchos, definitivamente derrotada. Pero Maliki, quien no deseaba ver a la población sunnita armada y preparada, se rehusó a incorporar a 100.000 miembros de la “Sahwa” en las fuerzas de seguridad iraquíes y sólo aceptó a 17.000 de ellos. El resto, sin trabajo ni protección gubernamental, fue asesinado o se unió al Estado Islámico de Irak −que ganó influencia y poderío− ahora a las órdenes de un nuevo líder, Abu Omar al-Baghdadi, después de que Zarqawi fuera asesinado en un ataque con misiles de Estados Unidos, en junio de 2006. Todavía más relevante para el desarrollo del Estado Islámico actual fue el sistema de detención y prisiones de Estados Unidos en Irak: lo que comenzó con abusos de todo tipo en la tristemente célebre prisión Abu Ghraib, terminó en un tipo de centro carcelario mas permisivo llamado Campo Bucca, que pretendía corregir los excesos de Abu Ghraib y permitía la comunicación y reuniones entre los internos. Allí, los futuros líderes del Estado Islámico (17 de los 25 miembros de la plana mayor del grupo pasaron por el sistema de prisiones estadounidense en Irak) encontraron un lugar seguro como no existía en Bagdad −la cárcel recibió los nombres de la “Universidad de la Yihad” o, simplemente “la Academia”− para reunirse, planear futuras estrategias y consolidar la expansión del grupo.(261)

En 2009, el demócrata Barack Obama llegó a la presidencia de Estados Unidos y un año después anunció que la misión de combate en Irak había concluido, comprometiéndose a cumplir con el retiro pactado por su antecesor, por el cual todas las tropas estadounidenses tendrían que abandonar definitivamente el país a fines de 2011. No obstante, los ataques bombas contra los Ministerios de Economía y Relaciones Exteriores de Irak durante el mes de agosto de 2009, días antes de la declaración de Obama, resultaron ser un sangriento recuerdo de que los radicales sunnitas todavía seguían activos y estaban en pleno crecimiento.(262) Abu Omar al-Baghdadi fue asesinado en 2010 en una operación conjunta del ejército iraquí y las fuerzas estadounidenses y su lugar fue ocupado por un nuevo “emir”, Abu Bakr al-Baghdadi (sin relación familiar con el anterior líder), un antiguo preso de Campo Bucca, liberado en 2006. Abu

Bakr al-Baghdadi, quien había sido arrestado por las tropas estadounidenses en Fallujah durante 2004, era un religioso con un grado avanzado en estudios islámicos y cuya tribu afirma remontar su linaje hacia el Profeta Mahoma.(263) Ya con Abu Bakr al-Baghdadi a cargo del Estado Islámico de Irak, la alianza entre antiguos oficiales baazistas y fundamentalistas sunnitas encontró al líder con las credenciales religiosas necesarias para expandir la lucha hacia nuevos escenarios y vigorizar la "cara" religiosa y sectaria del grupo.

En 2011, el Estado Islámico de Irak encontró una oportunidad única para su desarrollo territorial. En ese momento, la Primavera Árabe llegó a Siria y la administración de su presidente, Bashar al-Assad, reprimió con extrema violencia a las movilizaciones que pedían una reforma económica en su gobierno. El régimen sirio, que representa a la minoría alauita del país se mantenía en el poder desde 1970 cuando el padre de Bashar, Hafez al-Assad se hizo con el control total del Estado. Luego de que el gobierno sirio respondiera en 2011 a las movilizaciones pacíficas con una dura represión, que incluyó muertes y desapariciones, la oposición a al-Assad desató una insurrección armada contra el gobierno que pronto fue aprovechada por el Estado Islámico de Irak para establecerse en Siria, conformar una filial en 2012 autodenominada Jabhat al-Nusra ("Frente de Apoyo") que se unió a islamistas locales −algunos recientemente liberados por el gobierno sirio de la infame prisión militar Sednaya− para enfrentar al presidente "infiel" alauita.(264) En un principio, al-Assad decidió no combatir a los yihadistas en su propio territorio −a quienes desde los primeros días de la insurgencia anti-estadounidense en Irak les había permitido su ingreso desde Siria− al considerarlos como una oportunidad para desacreditar y debilitar a otros grupos "rebeldes" más seculares (y potables para la comunidad internacional) y, de este modo, lograr apoyo extranjero hacia su mismo gobierno en una lucha que el presidente sirio denominó desde los primeros días de las protestas de 2011 como una "guerra contra el terrorismo salafista".

A medida que el conflicto armado en Siria profundizaba el odio religioso sunnita hacia los alauitas (apoyados, a su vez, por el también "despreciado" Irán chiíta), miles de combatientes extranjeros se sumaron a la lucha a través de la frontera con Turquía –y el beneplácito del gobierno turco que deseaba la caída de al-Assad– mientras que numerosos Estados del Golfo Pérsico y Occidente comenzaban a intervenir en favor de variadas facciones rebeldes –alimentándolos con dinero, armas y apoyo logístico–como forma de debilitar la influencia de Irán en Siria y la región.

Aprovechando esta incipiente guerra civil manipulada por diversos intereses foráneos, la estrategia del Estado Islámico de Irak fue esperar que otros grupos rebeldes hicieran el trabajo sucio (derrotar al régimen sirio) para, luego, extraerles el reciente territorio bajo su control. Mediante un plan bien detallado, los líderes del Estado Islámico de Irak enviaron, además de los yihadistas que conformaron Jabhat Al-Nusra, a jóvenes iraquíes a Siria para establecer instituciones de beneficencia que después fueron utilizadas como frentes para identificar a las tribus y clanes sunnitas más poderosos de la zona y conformar alianzas mediante casamientos y compromisos económicos. Ya en 2013, el plan del Estado Islámico de Irak para Siria empezó a dar resultado: después de que, en marzo de ese año, una coalición de rebeldes moderados e islamistas capturó la ciudad de Raqqa, que luego se convirtió en la capital y centro de poder del Estado Islámico. Una vez en control del territorio, el grupo eliminó toda oposición a su dominio y asesinó o expulsó a todo aquel que no fuera sunnita (265). También en 2013, cuando la ascendente organización trató de que Jabhat al-Nusra dejara de usar ese nombre y fuera reabsorbido por el Estado Islámico de Irak, el nuevo líder de Al Qaeda, Ayman al-Zawahiri, se rehusó a confirmar la unión y expulsó al grupo de Baghdadi. Finalmente, la mayoría de los luchadores extranjeros de al-Nusra en Siria fueron absorbidos por la organización que pasó a llamarse “Estado Islámico de Irak y el Levante”(266).

Mientras tanto, en Irak, el gobierno chiíta profundizó la exclusión de la población sunnita. En 2011 la Primavera Árabe llegó a las ciudades sunnitas de Fallujah y Mosul, el Primer Ministro Maliki ordenó una violenta represión que fue aprovechada por el Estado Islámico de Irak y el Levante para cimentar nuevas alianzas con líderes tribales y elites sunnitas a cambio de promesas de protección e influencia. A fines de ese mismo año, el vicepresidente sunnita de Irak, Tariq al-Hashimi, fue acusado por el mismo Maliki de fomentar actos terroristas contra chiítas y debió exiliarse (267).

En los años subsiguientes, la represión y la persecución contra miembros sunnitas del gabinete de Maliki se acentuó, lo que sólo intensificó el apoyo de los sunnitas de Irak a las acciones del Estado Islámico de Irak y el Levante, que eran vistas como la única forma de resistencia hacia la opresión chiíta personificada en un Primer Ministro que seguía monopolizando el poder para favorecer a sus correligionarios religiosos. En enero de 2014, el Estado Islámico de Irak y el Levante, aprovechando la experiencia de combate adquirida en Siria, desplegó a sus células en el oeste y norte de Irak y se hizo con el control de Fallujah y parte de Ramadi.(268) El avance sólo era el principio de una

estrategia de conquista y desarrollo mucho más sofisticada. Más tarde, en junio de 2014, el Estado Islámico de Irak y el Levante terminó por sorprender al mundo cuando conquistó la ciudad de Mosul (la segunda más grande y centro del mundo sunnita en Irak) con sólo 800 hombres contra la oposición de dos divisiones (cerca de 30.000 hombres) de un corrupto ejército iraquí que huyó despavorido sin presentar resistencia, dejando detrás de sí equipamiento militar y armamento.(269) El ejército iraquí, a pesar de los millones de dólares entregados por los estadounidenses, careció de profesionalismo para enfrentar a un oponente decidido y preparado: Maliki había rellenado sistemáticamente los mandos medios y altos con miembros leales a su persona y las mismas fuerzas especiales funcionaban como una fuerza personal del Primer Ministro, que reprimía manifestantes y arrestaba a opositores en medio de la noche para detenerlos en cárceles secretas. Un día después de la conquista de Mosul, los yihadistas se apoderaron de otra importante ciudad sunnita de Irak, Tikrit (lugar de nacimiento de Saddam Hussein) y, de igual modo que en Mosul, los soldados iraquíes no encontraron ninguna razón para defender otra hostil ciudad sunnita que los considera un ejército de ocupación chiíta. El 29 de ese mes, Abu Bakr al-Baghdadi declaró públicamente en la mezquita más importante de Mosul, la creación de un Califato al que denominó “Estado Islámico”, a secas, y ordenó destruir la centenaria línea fronteriza entre Irak y Siria establecida después de la Primera Guerra Mundial. En su discurso, el líder del Estado Islámico se nombró a sí mismo como Califa (“lugarteniente de Dios en la Tierra”), con la intención de convertirse en el sucesor atemporal del sultán Mehmet V, quien también se había declarado vicario del Profeta Mahoma antes de que el Imperio Otomano colapsara y la República moderna de Turquía aboliera la institución religiosa del Califato por una decisión de su parlamento, en 1924. Además de la intención de gobernar un territorio bajo su control, dividido entre Siria e Irak, regido por la interpretación mas ortodoxa de la sharia (ley islámica), Baghdadi les exigió a “todos los musulmanes del mundo” jurarle lealtad y cumplir con su deber de construir un mundo islámico “puro”. Rápidamente, miles de musulmanes de todas las latitudes (se calculó el ingreso de 30.000 combatientes de 115 países diferentes, sólo en un año) comenzaron a ser atraídos, tanto por las palabras de Baghdadi como por las sofisticadas campañas de reclutamiento a través de las redes sociales, que incluyeron efectivos videos de propaganda en alta definición que narraban decapitaciones de prisioneros extranjeros y soldados “infieles” junto a descripciones de heroicas luchas apocalípticas dentro de una supuesta guerra entre el Islam y los no creyentes.(270) Otro aliciente para reclutar nuevos combatientes o profesionales funcionales a sus necesidades fueron las promesas de diversos beneficios al arribar a las tierras del Califato: un “salario

revolucionario”, una vivienda, matrimonio y el permiso para tomar “esclavos” de minorías no musulmanas. Para financiarse, el Estado Islámico recogió enormes ingresos a partir del control de los yacimientos de petróleo que ocupó en el este de Siria, de los bancos que saquearon en ciudades como Mosul, de los rescates millonarios por la toma de rehenes, del comercio de antigüedades confiscadas y de los impuestos aplicados a los comerciantes que vivían en las zonas controladas por ellos.(271) De esta manera, en el transcurso de un año, la apelación de Baghdadi, sumado al control efectivo y administrativo de un territorio del tamaño de la vecina Jordania, logró las promesas de Bay’at (“lealtad”) de radicales islámicos en lugares tan distantes entre sí como Nigeria, Afganistán, Yemen, Somalia, Libia o Europa. A la vez, la apelación militante del Estado islámico alcanzó a sus seguidores internacionales fuera de la región que comenzaron a profundizar atentados de alto perfil en diversas ciudades y capitales mundiales.

Después de la conquista de Mosul y Tikrit, los planes del Estado Islámico incluían avanzar sobre Bagdad (ahora de mayoría chiíta) y Erbil (capital del gobierno autónomo kurdo en Irak) pero una heterogénea resistencia, que incluyó milicias chiítas comandadas por generales iraníes, el llamado religioso a enfrentar a los fanáticos emitido por el Ayatolá Sistani, un motivado y profesional ejército kurdo y el apoyo aéreo norteamericano, contuvo su avance.(272) Dicha alianza articulada por estadounidenses e iraníes llegó a su mayor estadio cuando la República Islámica de Irán y Estados Unidos –junto a la anuencia de 6 potencias– firmaron un acuerdo que limitaba la proliferación nuclear iraní. Arreglo que más adelante, el presidente Donald Trump canceló intempestivamente denunciando su inoperancia (las relaciones estadounidenses-iraníes alcanzaron su momento de máxima tensión años después, a principios de 2020, cuando un dron dirigido por Estados Unidos mató al general iraní Qassem Soleimani. Lo que provocó que Irán lanzara, como respuesta, una andanada de cohetes contra bases estadounidenses cercanas a Irán.

En su apogeo, el Estado Islámico llegó a controlar alrededor de un tercio de Siria y el 40% de Irak (aunque mucho de ese territorio era desértico). En abril de 2015, los fundamentalistas sunnitas pierden el control de Tikrit; en noviembre, Sinjar y en diciembre, Ramadi. En junio de 2016 cayó Fallujah y para diciembre de 2017, el Estado islámico ya había perdido más del 90% de su territorio, incluidas sus tres localidades más representativas: Mosul, la arqueológica Palmira y Raqqa, su capital nominal. Ya en 2019, Estados Unidos daría con Abu Bakr al-Baghdadi en territorio rebelde sirio y lo mataría en una comentada

operación.

No obstante, la constante intromisión de actores externos en Siria y, en menor medida, Irak, más las divisiones autóctonas y los intereses geopolíticos ponen en duda aún hoy el final de los yihadistas sunnitas. Es posible que el Estado Islámico ya no pueda controlar el territorio, pero ha demostrado que aún puede llevar a cabo operaciones militares oportunistas, causando caos en Estados inestables y podría estar esperando su próxima oportunidad para retornar su ofensiva. La fórmula del éxito del Estado Islámico, a pesar de la pérdida de su "califato", parece mantenerse: una combinación de opuestos basados en las creencias fanáticas de un grupo y los errados cálculos estratégicos del otro le permitieron a esta compleja organización cimentar una base de apoyo inédita, que confluyó en civiles desesperados por un poco de estabilidad, militares desclasados y fundamentalistas de todo el mundo.

▪

253. Discurso de Baghdadi. Https://www.bbc.com/news/world-middle-east-32744070

254. Https://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/yeariniraq/analysis/fuel.html

255. Samuel Helfont, "Saddam and the islamists: the Ba'thist Regime's instrumentalization of religion in foreign affairs", Middle East Journal, Vol. 68, N° 3, 2014. Http://www.jstor.org/stable/43698590.

256. Anthony H. Cordesman, "Emma R. Davies, Iraq's insurgency and the road to civil conflict", Vol. 1, Praeger Security International, Londres, 2008.

257. Robert F. Worth, 2006. Https://www.nytimes.com/2006/02/25/world/middleeast/muslim-clerics-call-for-

an-end-to-iraqi-rioting.html

258. Renad Mansour, The sunni predicament in Iraq, 2016. https://carnegieendowment.org/files/CMEC_59_Mansour_Sunni_Final.pdf

259. Stephen Biddle, Jeffrey A. Friedman y Jacob N. Shapiro, “Testing the surge: why did violence decline in Iraq in 2007?” International Security, Vol. 37, N° 1, 2012. Http://www.jstor.org/stable/23280403

260. Maggie Fox, 2008. Https://www.reuters.com/article/us-iraq-lights-idUSN1953066020080919

261. Martin Chulov, 2014. Https://www.theguardian.com/world/2014/dec/11/-sp-isis-the-inside-story

262. San Dagher, 2009. Https://www.nytimes.com/2009/08/20/world/middleeast/20iraq.html

263. William McCants, The ISIS Apocalypse: the history, strategy, and doomsday vision of the Islamic State, St. Martin’s Press, Nueva York, 2016.

264. Richard Spencer, 2016. Http://s.telegraph.co.uk/graphics/projects/isis-jihad-syria-assad-islamic/index.html

265 Khaled Yacoub Oweis, 2013. Https://www.reuters.com/article/us-syria-

crisis-city-idUSBRE92310920130304

266. Daniel L. Byman, 2015. Https://www.brookings.edu/testimonies/comparing-al-qaeda-and-isis-different-goals-different-targets/

267. Https://www.bbc.com/news/world-middle-east-16256830

268. Liz Sly, 2014. Https://www.washingtonpost.com/world/al-qaeda-force-captures-fallujah-amid-rise-in-violence-in-iraq/2014/01/03/8abaeb2a-74aa-11e3-8def-a33011492df2_story.html

269. Martin Chulov, Fazel Hawramy y Spencer Ackerman, 2014. Https://www.theguardian.com/world/2014/jun/11/mosul-isis-gunmen-middle-east-states

270. Https://www.theguardian.com/world/2015/dec/08/isis-foreign-fighters-iraq-syria-doubles-report

271. Willem Theo Oosterveld, Willem Bloem, Nicholas Farnham, Barin Kayaoğlu y Tim Sweijs, “The rise and fall of ISIS: from evitability to inevitability”, Hague Centre for Strategic Studies, 2017. Http://www.jstor.org/stable/resrep12613.

272. Https://www.bbc.com/news/world-middle-east-27834462



Capítulo 16. 2015

Rusia interviene en el conflicto sirio

“Les diré que durante las primeras semanas fueron asesinados muchos policías. No creo que fueran asesinados a tiros por las ondas de sonido de los manifestantes; tenemos que hablar de los hechos: desde el principio, las manifestaciones no fueron pacíficas.”(273)

BASHAR AL-ASSAD, 2015

El 18 de marzo de 2011, manifestantes inspirados por los entonces exitosos levantamientos en Túnez y Egipto se mostraron en Siria para pedir el fin de su propio régimen represivo. Lo que comenzó de la mano de masivas protestas ciudadanas en el marco de la Primavera Árabe, luego se transformó, por la violenta represión gubernamental, en una insurgencia armada que mezcló disputas sectarias y terminó degenerando en un conflicto internacional en el que las potencias regionales y mundiales buscaron saldar sus cuentas. La guerra no solo enfrentó a al-Assad contra opositores rebeldes, sino que también llevó a Estados Unidos, Irán, Rusia, Turquía y Catar, entre otros, a una compleja batalla de poder en una Siria ubicada estratégicamente en el centro de la región y con fronteras con Israel, Líbano, Jordania, Irak y Turquía.

En el camino, también sacó a la luz divisiones étnicas y religiosas de la sociedad siria (a nivel nacional, antes de 2011, Siria estaba compuesta por un 65% de musulmanes sunnitas, un 12% de alauitas, un 10% de kurdos sunnitas y un porcentaje un poco menor de cristianos, mientras que otras sectas religiosas constituían el resto) (274), ayudó a fomentar el renacimiento de grupos fundamentalistas y milicias extremistas, desplazó a millones de personas, dejó cientos de miles de muertos –en su amplia mayoría, civiles– e incluso se utilizaron armas de destrucción masiva. La guerra en Siria no surgió de la nada, sino que fue el punto de inflexión de un país dominado a sangre y fuego desde hace medio siglo por la familia Assad.

Después del derrumbe del Imperio Otomano –que había conquistado Siria en el siglo XVI– y tras la entrada del príncipe Faisal de la dinastía hachemita en Damasco, comenzaron los trabajos para construir las instituciones del Reino Árabe de Siria. El Congreso Nacional Sirio se reunió el 8 de marzo de 1920 y decidió que la bandera del Estado sería la de la Gran Revuelta Árabe, con la adición del heptagrama en el centro del cheurón, lo que significaba que Siria era el primer Estado árabe independiente en surgir a través del movimiento de autodeterminación árabe (275). El reino duró poco más de cuatro meses antes de ser ocupado por Francia después del enfrentamiento en la batalla de Maysalun entre las fuerzas árabes sirias leales a Faisal y las fuerzas regulares francesas.

Con el aval de la Conferencia de San Remo, el general francés Henri Gouraud estableció la administración civil del mandato colonial subdividiendo a Siria en cuatro pequeños Estados. El contorno de dos de esos protoestados (el Alauita y el Druso) se basó en la composición religiosa sobre el terreno, mientras que el de los otros dos (el de Alepo y el de Damasco) tenía su fundamento en la intención de dividir a los nacionalistas de las dos principales ciudades sirias para impedir que hiciesen causa común. Hacia 1925, la resistencia al dominio francés había empezado a encontrar un oído atento en todas las poblaciones de Siria y, si bien los drusos fueron los que desencadenaron la rebelión, muy pronto el movimiento fue adoptado por un grupo de nacionalistas sirios que extendió la revuelta a Damasco.(276) El levantamiento armado sería derrotado por los franceses (con la inestimable ayuda de tribus locales) y el intento de independencia quedaría suspendido por una década aproximadamente cuando los nuevos cabecillas, agrupados en el urbano Bloque Nacional, optaron por una estrategia de negociación no violenta.

En 1936, luego de que Irak consiguiera su independencia y los nacionalistas sirios presionaran a las autoridades francesas con un paro general de cincuenta días, se firmaron los Acuerdos de Viénot, que lograban el reconocimiento inmediato de Siria como república soberana y una plena emancipación que se otorgaría gradualmente durante un período de 25 años.(277) Pero el lobby procolonialista en el Parlamento de Francia bloqueó la ratificación de los Acuerdos y, en 1939, las autoridades del mandato francés cedieron la región de Alejandreta (hoy llamada provincia de Hatay) a Turquía –que la reclamaba desde hacía largo tiempo por la presencia de una minoría turca–, con el fin de que los turcos permaneciesen neutrales en la futura guerra mundial que se avecinaba.

Al poco tiempo, con la invasión de los nazis al país galo, la República Siria pasó

a estar controlada por la Francia de Vichy, pero, cuando el comisionado francés le ofreció el uso de las bases aéreas sirias a Alemania, se desencadenó una invasión aliada en 1941 (278). La Francia Libre les volvió a prometer a los sirios la independencia; sin embargo, los franceses deseaban antes garantizar su posición dominante con una serie de tratados para controlar el Ejército y las fuerzas de seguridad de Siria. Por fin, después de numerosas protestas y manifestaciones contra los franceses que los europeos no lograron suprimir, en octubre de 1945 la República Siria fue reconocida de iure por Naciones Unidas, y se convirtió en un Estado soberano de hecho el 17 de abril de 1946, con la retirada de las tropas francesas.

Desde la toma del poder por parte del coronel Husni al Zaim, en 1949, hasta la llegada del partido Baaz durante la década de los sesenta, Siria vivió inmersa entre purgas militares y golpes de Estado. Y, en ese período, estuvo el intervalo de tres años (desde 1958 hasta 1961) en el cual el país se fusionó con Egipto, en la llamada República Árabe Unida. Luego de haber conducido el Estado sirio a someterse al control de Egipto (los militares sirios debían aceptar las órdenes de sus contrapartes egipcias), el Ejército realizó un golpe de Estado con el objetivo de terminar la unión y recuperar el control de su país.(279) Las tensiones dentro de las Fuerzas Armadas continuaron y, pronto, condujeron a una nueva interrupción militar, el 8 de marzo de 1963, organizada por el Comité Militar del partido Baaz, ente administrado por oficiales alauitas.

Para 1966, luego de otra puja de poder, Siria tuvo su primer presidente alauita mientras muchos sunnitas eran purgados del partido (en 1955, los alauitas constituían casi el 60% de los suboficiales y, diez años más tarde, ya controlaban las Fuerzas Armadas (280)). Cuando finalmente Háfez al-Assad, el jefe de la Fuerza Aérea, llegó al poder en 1970, la mayor parte de la estructura de poder del Estado sirio ya estaba en manos alauitas.

La parábola de los alauitas, desde el fondo de la sociedad siria hasta la cima del poder estatal, es una historia dramática, que cambió la naturaleza comunitaria del país y creó un gran resentimiento entre los mayoritarios sunnitas. Durante el Imperio Otomano, los alauitas –que se habían desprendido del chiismo duodecimano– no eran considerados como musulmanes debido a que sus prácticas son controvertidas para la mayoría de las personas que profesan la religión islámica: aunque sus creencias están disponibles para unos pocos seleccionados, se conoce que creen en la transfiguración de las almas o reencarnación, pueden beber alcohol en algunas ocasiones, no tienen mezquitas,

las mujeres no necesitan usar el hiyab y reverencian a una trinidad santa que comprende al cuarto califa del islam, Alí, al profeta Mahoma y a uno de sus acompañantes, Salmán el Persa (281). Además, no se les permitía dar testimonio en un tribunal de justicia otomano –a diferencia de los judíos y los cristianos, que sí podían hacerlo– porque no se los consideraba monoteístas.

A partir de la ocupación francesa en 1920, los alauitas alteraron su posición política y social debido a que el mandato empoderó a las minorías (por ejemplo, abriendo escuelas en poblados remotos) para debilitar a la elite sunnita. Los franceses, al enfrentar insurgencias nacionalistas e islámicas en Siria, donde notables sunnitas lideraban los levantamientos, construyeron un ejército local y reclutaron para este a minorías como los alauitas. Por ese tiempo, los alauitas vivían principalmente en las montañas costeras de Siria, donde habían buscado refugio de las constantes persecuciones, y conformaban la casta más baja de la sociedad siria.

Más tarde, cuando los franceses ya habían tomado la decisión de establecer Siria bajo las fronteras actuales y dejar de lado todo separatismo como forma de control y organización, los alauitas se acercaron primero al nacionalismo árabe y, después, al partido Baaz y su ideología panárabe como forma de trascender las estrechas identidades sectarias para escapar de la pobreza, avanzar socialmente y, así, acceder al Ejército y al empleo estatal.

Con la llegada de los heréticos alauitas al poder, la disputa violenta entre el gobierno sirio y los sunnitas radicales se tornó inevitable debido a la acusación de que el control del Estado estaba en manos de una persona no musulmana; por lo tanto, en 1973, cuando se elaboró una nueva Constitución siria de la que se eliminaba el artículo N° 3 –que especificaba que el presidente debía ser musulmán–, en conformidad con el secularismo enunciado por el partido Baaz, la Hermandad Musulmana en Siria expresó su indignación desencadenando manifestaciones contra lo que consideraba un ataque a la identidad siria en un país de amplia mayoría sunnita. Esto motivó que el jefe de Estado volviese a colocar el artículo N° 3 en la Constitución y, al mismo tiempo, acudiera al carismático predicador iraní-libanés Musa al Sadr, quien emitió una fetua chiíta que declaraba que los alauitas eran parte del islam chiíta, a pesar de que, en el pasado, los chiítas duodecimanos también habían denunciado a los alauitas y sus líderes religiosos excomulgaron al fundador del alauismo, Muhamad ben Nusayr (282).

El clérigo fue recompensado con un puesto como aliado político de al- Assad, quien empezó a colaborar con los chiítas libaneses y el partido Amal, fundado por Al Sadr. A pesar de este edicto religioso, los alauitas continuaron siendo rechazados como musulmanes por la mayoritaria de los sunnitas, y este fue el espíritu del ala siria de la Hermandad Musulmana que se levantó a fines de la década del setenta para desafiar el dominio de la familia al-Assad y su intervención en la guerra civil del Líbano, en apoyo de los grupos cristianos libaneses que luchaban contra las facciones islámicas. Esto terminó con una masiva insurrección de la Hermandad Musulmana en la ciudad de Hama durante 1982 y una represión brutal que masacró a miles de civiles en un bombardeo indiscriminado, bajo un modelo de represión despiadado, que se repetiría a partir 2011, ya no en una ciudad, sino en todo el país.

Háfez al-Assad gobernó ininterrumpidamente por tres décadas, hasta su muerte, y fue sucedido por su hijo Bashar. Cuando este asumió el poder, en julio de 2000, intentó dirigir a Siria en una trayectoria de reforma gradual y limitada: relajó las restricciones a la economía, permitió una mayor influencia extranjera al alentar la inversión, otorgó licencias a bancos privados e impulsó el turismo.(283) Además, relajó las restricciones a la prensa y legalizó internet y las antenas parabólicas de televisión. Para poner en marcha estas reformas, tuvo que enfrentar la oposición de su mukhabarat (policía secreta) y los encargados de seguridad, quienes señalaron que la apertura podía poner en riesgo la estabilidad del gobierno. Este estallido de debate político y demandas de cambios democráticos se conoció como la Primavera de Damasco y fue suprimido un año después luego de la salida de la “Declaración de 99” y la “Declaración de los 1.000”, sendas proclamas de intelectuales sirios, en septiembre de 2000 y enero de 2001, respectivamente, que exigían la libertad de los presos políticos, una democracia multipartidista, un poder judicial independiente y el fin de Estado de Emergencia instaurado en 1963.(284)

Las autoridades sirias también relajaron su vigilancia sobre la sociedad por una serie de razones completamente fuera de su control. La invasión estadounidense de Irak y su llamado a la reforma en Medio Oriente asestaron un duro golpe a las acciones del partido Baaz en sus esferas interna e internacional. Estados Unidos exigía que Siria renunciara a su control sobre el Líbano, no interfiriese en sus elecciones, no suministrase armas iraníes al movimiento chiíta libanés Hezbollah y retirara sus tropas, que estaban estacionadas en ese país desde 1976. Damasco vio este esfuerzo de Estados Unidos como un intento de cambio de régimen e incluso como la antesala de una invasión, por lo que, para contener la amenaza

estadounidense en la región, al-Assad abrió su país a yihadistas que buscaban un camino de entrada a Irak para luchar contra los ocupantes estadounidenses. La nueva permisividad de Damasco hacia los islamistas tendría el efecto de despertar en la sociedad siria esas corrientes que habían sido reprimidas con violencia en la década del ochenta.

De 2006 a 2011, Siria experimentó "la peor sequía a largo plazo y el conjunto más grave de malas cosechas desde que comenzaron las civilizaciones agrícolas en el Creciente Fértil hace milenios"(285). La sequía también mató el ganado, elevó los precios de los alimentos y obligó a 1,5 millones de residentes rurales a mudarse a las afueras de las ciudades ya abarrotadas de Siria (286). Todo esto se combinó con el fracaso de la economía controlada por el Estado sirio y su incapacidad para generar nuevos empleos e ingresos, lo que, junto con las reformas neoliberales realizadas por el nuevo gobernante –que, principalmente, fueron aprovechadas por familiares y partidarios del Gobierno–, creó una enorme brecha de ingresos y la expansión de la corrupción en la sociedad. Todos estos cambios, ya fuesen por la reforma, la expansión del papel de Estados Unidos en la región, la debilidad económica o la corrupción, produjeron un descontento social, religioso y de clase que estalló en la superficie de la sociedad en 2011.

La decisión del gobierno sirio de no escuchar las demandas de los manifestantes se remonta a febrero de ese año, cuando el presidente Bashar al- Assad formó un comité especial que concluyó que los gobiernos tunecino y egipcio habían caído luego de la Primavera Árabe por no haber aplastado las protestas ciudadanas al instante.(287) En consecuencia, tan pronto como estalló la primera manifestación importante en la ciudad sureña de Daraa, el 18 de marzo de 2011, el régimen de al-Assad comenzó a disparar, secuestrar y torturar. Comúnmente se repite que, en Siria, las protestas empezaron por esa fecha, pero el primer incidente de rebelión ciudadana se remonta un mes y medio antes. Ya el 6 de marzo se produjo una situación que potenció las protestas cohesionando a la población: fuerzas gubernamentales secuestraron a quince estudiantes, de entre diez y quince años, en la ciudad sureña de Daraa por escribir un grafiti con la frase "El pueblo quiere la caída del régimen"(288). El mensaje remitía al mismo que los manifestantes cantaban en Túnez y Egipto para pedir la caída de las dictaduras que dominaban ambos países. Los niños fueron retenidos durante días y torturados de varias formas, lo que provocó multitudinarias manifestaciones que pedían su liberación. El 18 de marzo, cuando sus familiares reclamaron al gobierno y al menos cuatro de ellos fueron asesinados, las protestas se

extendieron rápidamente por toda Siria. Y a medida que las marchas cobraban mayor impulso –ya no exigían solamente el cese de la violencia estatal, sino también una reforma política, mayores derechos civiles y una derogación del edicto de Estado de Emergencia que se venía implementando en Siria desde hacía 48 años–, el gobierno de al-Assad desató su violento poder de fuego secuestrando y asesinando a mansalva.

Al principio de la revuelta, el Gobierno sirio se preocupó por imponer una campaña de desinformación que pretendió tergiversar un movimiento pacífico de protesta como una avanzada terrorista comandada por extremistas islámicos. El gobierno retrató a los manifestantes como radicales sunnitas que deseaban masacrar a los alauitas, acción que le sirvió para cohesionar su secta ante la amenaza de las manifestaciones. Después, con la intención de provocar la radicalización de la oposición y destruir sus componentes no sectarios, al-Assad liberó a cientos de yihadistas de la prisión, que se pusieron al frente de una resistencia armada, mientras se concentraba en la persecución a activistas pacíficos.(289) La idea del aparato de seguridad de al-Assad era crear una oposición que aterrorizara a los sirios, al tiempo que garantizaba que la comunidad internacional ignorara sus crímenes como un “mal menor”. Y, por último, lanzó ataques en los propios vecindarios alauitas para que sus miembros considerasen el levantamiento como un movimiento que podía poner en riesgo el futuro de la comunidad, a pesar de que, en ese momento, la oposición no había adoptado la rebelión armada.(290) Si bien es cierto que la principal fuerza causante del sectarismo fue el Estado, también lo es que no fue el único culpable. Tan pronto como se adoptó la resistencia armada, la mayoría de las milicias sunnitas llamaron a los alauitas kuffār (incrédulos religiosos), ghulat (extremistas teológicos) o apóstatas y sostuvieron que era obligatorio librar una yihad o guerra santa violenta contra ellos.

Las manifestaciones no violentas continuaron en gran parte del país durante 2011 y 2012, pero el levantamiento se convirtió gradualmente en una guerra civil cada vez más sectaria y con mayor participación internacional de ambos lados. En septiembre de 2011, el izquierdista sirio Yasin al Haj Saleh advirtió que la “revolución” estaba entrando en “una situación fatídica predispuesta a la destrucción”, cuando, durante el verano, la rebelión comenzó a convertirse en un levantamiento armado.(291) La rebelión en Siria llegó en un momento desafortunado para los opositores a al- Assad. El presidente de Estados Unidos, Barack Obama, el actor internacional con mayor capacidad para modificar los eventos en el terreno, quien había sido elegido en parte debido a la reacción a las

largas guerras en Irak y Afganistán, tuvo una respuesta timorata sobre la intervención en Siria que confundió a los rebeldes luego de la entrada de la OTAN en Libia. Mientras que Obama respaldaba retóricamente la causa siria y pedía la destitución de al- Assad, no se comprometió a retirarlo por la fuerza ni a asumir la responsabilidad de una posterior reconstrucción. El presidente estadounidense también se mostraba escéptico respecto de los rebeldes del Ejército Libre Sirio (ELS), la principal oposición armada en las etapas iniciales de la guerra, y no estaba convencido de brindarles una importante ayuda militar que después pudiese caer en manos más radicales.

La negativa de Washington a involucrarse de forma ostensible profundizó importantes divisiones en las fuerzas anti al- Assad, las cuales terminaron por beneficiar a extremistas más decididos en sus propósitos a medida que la guerra se prolongaba. Sin un compromiso firme de Washington para enviar ayuda militar pesada (entre 2012 y 2016, los estadounidenses entrenaron sin mucho éxito a rebeldes sirios, pero rechazaron sus súplicas de misiles antiaéreos similares a los que habían suministrado, tres décadas antes, a los muyahidines en Afganistán), la oposición organizada no logró derrotar a al-Assad en una crucial etapa inicial de la guerra, pues el régimen continuó bombardeando con su pequeña Fuerza Aérea zonas opositoras sin impedimento.(292) La decisión de Estados Unidos –apoyada por el gobierno de Israel– se explicó por el temor de que los misiles cayeran en manos de los yihadistas y, finalmente, se usasen en el futuro contra las fuerzas estadounidenses o contra los israelíes.(293)

Hacia 2012, una serie de grupos de oposición mal organizados o sin ningún líder carismático habían formado brigadas rebeldes, muchas de ellas ensambladas bajo líneas radicales islámicas, algunas patrocinadas o armadas por mecenas extranjeros (con dinero de monarquías del Golfo, de Turquía, etc.), con agendas geopolíticas propias que se apoderaron de localidades en el norte, incluidas partes de Alepo, la ciudad más grande de Siria. También grupos kurdos vinculados al izquierdista Partido de los Trabajadores de Kurdistán habían aprovechado el repliegue gubernamental para ocupar ciudades fronterizas del norte cuando el ejército sirio abandonó sus posiciones.

Sin embargo, ese mismo año, a medida que el gobierno perdía territorio, sus aliados regionales acudieron al rescate: los paramilitares de la organización libanesa chiíta Hezbollah desplegaron a sus combatientes en el frente sirio (en mayo de 2013, el secretario general del Hezbollah, Hasan Nasrallah, anunció públicamente que sus hombres iban a cruzar la frontera para “defender el

Líbano, Palestina y Siria”(294)) y la Guardia Revolucionaria iraní empezó a mandar asesores militares a la zona en conflicto para entrenar a milicias extranjeras articuladas y financiadas por ellos mismos.

La suspensión de Siria de la Liga Árabe en 2011 dejó el escenario servido para Irán, que es un fuerte aliado de los sirios desde que colaboraron con el esfuerzo bélico iraní contra Irak en la década del ochenta (295). La Liga Árabe quería castigar a Siria por sus alianzas y que fuese considerada responsable de los ataques de sus fuerzas de seguridad contra civiles. Sin el apoyo de sus vecinos árabes, Siria terminó recurriendo al único aliado regional que le quedaba: los iraníes. Esta acción también le permitió a otro aliado sirio, Rusia, darse el lujo de restringir su participación a un sostén indirecto mientras el Hezbollah, las milicias chiítas y los oficiales iraníes se ocupaban de la fuerza sobre el terreno. El incremento de la participación iraní en Siria, donde establecerían bases y depósitos de armas, trajo aparejada una reacción de Israel, que, desde ese año, empezó a bombardear con sus modernos aviones dichos objetivos enemigos.

La militarización y la radicalización religiosa de la oposición y la división del territorio del país entre los bandos en guerra pronto endurecieron las identidades sectarias en las regiones más entremezcladas. Los crímenes de guerra del gobierno sirio, especialmente en la zona de Hama y la región de Homs, que incluyeron un gigantesco programa de detención, tortura y desaparición de opositores (más de 100.000 personas; en su amplia mayoría, opositores no violentos, según denunció Amnistía Internacional), provocaron que los miembros de comunidades minoritarias no sunnitas huyeran, en su mayoría, de áreas controladas por los rebeldes por el temor a represalias.(296)

Asimismo, los elementos moderados de la oposición nacionalista no lograron articular una visión convincente de una Siria inclusiva, no basada en la sharia (ley islámica) y que tratara a las minorías religiosas y no árabes como iguales. Tampoco pudieron responder qué sucedería con las decenas de miles de alauitas enrolados en las fuerzas de seguridad y en el Estado: sin esa prerrogativa, para los alauitas –apoyasen la represión de al-Assad o no– estaba claro que la caída del régimen afectaría sus vidas y, probablemente, su existencia como comunidad en Siria.

A medida que más personas tomaban las armas para defenderse, el régimen intensificó su violencia con ofensivas militares a gran escala, que involucraban unidades blindadas y artillería pesada contra centros urbanos. Además, el

gobierno sirio, al convertir rápidamente la revuelta en un conflicto armado, logró consolidar la lealtad de las elites urbanas de origen sunnita. Los empresarios de clase alta –a quienes las sanciones occidentales no lograron persuadir de abandonar al gobierno y unirse a una rebelión predominantemente rural– prefirieron los beneficios de quedarse con aquellos a quienes despreciaban (sus "custodios" alauitas) en vez de respaldar a quienes temían (las milicias islamistas). Los rebeldes tampoco les otorgaron concesiones ni matices para dudar: durante la toma rebelde de Alepo, la ciudad industrial de Siria, más de mil fábricas en los suburbios fueron saqueadas por las milicias opositoras.(297)

En 2013, Estado Islámico comenzó a apoderarse de poblados y ciudades en Siria, y un año después, con la creación de su "califato" (término religioso que utilizaron para denominar al territorio que controlaban), pusieron aproximadamente un tercio del territorio sirio bajo su dominio, con Al Raqa como su capital (hasta julio de 2014 existió una especie de pacto no escrito de no agresión entre el gobierno sirio y Estado Islámico) (298). Los grupos rebeldes moderados fueron eclipsados cada vez más por las facciones extremistas, que reclutaban más y más miembros (locales y extranjeros) con la promesa de un salario revolucionario (Estado Islámico proporcionaba, además, viviendas y esclavas) y apelaciones a sistemas de ordenamiento político-religiosos desplegados en los albores del islam.

El verano boreal de 2013 significó, en muchos aspectos, un cambio radical en la guerra. Los rebeldes estaban logrando importantes avances territoriales y las tropas gubernamentales acababan de perder Idlib y Yisr al-Shugur. En ese momento, Rusia intervino aún más para ayudar al régimen sirio con asesores militares en el terreno, importante armamento y protección diplomática internacional. Desde el comienzo de la guerra civil en 2011, Rusia había respaldado a Bashar al Assad y honrado una relación que se remonta a la década del cincuenta, tiempo en que la Unión Soviética era el principal patrocinador militar de los sirios. Cuando el partido Baaz llegó al poder en 1963, la unión se hizo más estrecha y, en 1971, la Unión Soviética pudo establecer un importante punto de apoyo militar en Medio Oriente mediante la construcción de una base naval en la ciudad portuaria siria de Tartus (que hoy continúa en poder de Rusia).(299)

Una vez que se terminó la Guerra Fría, los lazos se debilitaron, y solo a principios del nuevo siglo, cuando Moscú y Damasco, por separado, comenzaron a entrar en conflicto con Estados Unidos, la relación revivió. Cuando, luego de

ser atacado por Al Qaeda en 2001, Estados Unidos decidió “rehacer Medio Oriente”, el gobierno sirio comenzó a ocupar un lugar destacado en su lista de problemas. El uso de al- Assad del asiento de Siria dentro del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas durante 2002-2003 para oponerse a la invasión estadounidense de Irak, junto con su posterior apoyo a los insurgentes iraquíes, consolidó su imagen como una amenaza regional a los ojos de Estados Unidos. Así, en septiembre de 2004, el Consejo de Seguridad adoptó, a instancias de los embajadores estadounidense y francés, la resolución N° 1.559, la cual exigía la retirada de todas las fuerzas extranjeras del Líbano, lo que era una clara referencia al Ejército sirio que ocupaba el país.(300)

A principios de 2005, el ex Primer Ministro libanés Rafik Hariri fue asesinado en un ataque mientras circulaba con su cortejo de seguridad por Beirut, y la sospecha sobre la autoría del magnicidio apuntó de inmediato a un complot entre el presidente al-Assad y Hezbollah, por una supuesta traición de parte de Hariri. A pesar de que al-Assad negó su participación, las multitudinarias protestas locales y la indignación internacional por el asesinato obligaron a las tropas sirias a retirarse del Líbano, lo que puso fin a una presencia militar de 29 años (17 años después, tres militantes de Hezbollah serían condenados in absentia por el asesinato de Hariri(301)).

Si bien la posición del presidente sirio fue sacudida cuando debió abandonar el Líbano en 2005, este contestó intensificando su alianza con Irán y el Hezbollah libanés. Afortunadamente para Bashar al- Assad, la escalada de la presión occidental sobre Siria coincidió con una incipiente fricción entre Rusia y Occidente. Vladímir Putin –quien ya llevaba media década de presidencia– había desarrollado una larga lista de disputas contra Estados Unidos, que iban desde la invasión estadounidense de Irak hasta los planes de desplegar una defensa antimisiles de la OTAN. Del mismo modo, los levantamientos contra los gobiernos simpáticos a Rusia en Serbia (2000), Georgia (2003) y Ucrania (2004) también despertaron la sospecha de estar motivados por la presión estadounidense. El aumento del precio del petróleo post-2003 logró que la economía rusa fuera mucho menos sensible a la presión extranjera, y el cambio le dio a Rusia la libertad para desplegar una política exterior autónoma (en 2005, Putin canceló el 73% de la deuda de Siria con Rusia para reafirmar una cooperación que, después, alentó a los sirios a apoyar la intervención rusa en Georgia en 2008 (302)).

La historia de la participación occidental en la guerra civil siria puede ser

narrada de diferentes maneras, pero, sobre todo, debe ser relatada como una serie de vacilaciones u oportunidades perdidas. La más conocida de ellas se produjo cuando ya era evidente que al-Assad usaba armas químicas contra la población civil de Siria, y Obama advirtió en agosto de 2012 –para disuadir al presidente sirio– que el uso de dicho armamento trazaba una "línea roja" cuyo cruce tendría "enormes consecuencias"(303). De esta manera, Estados Unidos se puso en contacto con Rusia, que le había señalado –como aliado de Siria– que tomaba la cuestión con la mayor de las preocupaciones y que estaba de acuerdo en que no quería ver al régimen usar armas químicas. Por un tiempo, los estadounidenses y los rusos colaboraron (304). No obstante, la cooperación se descarriló por el uso de gas nervioso a pequeña escala en el primer semestre de 2013 y, luego, se derrumbó por completo cuando se realizó, en agosto de ese año, un importante ataque con gas sarín en los suburbios de Damasco abarrotados de gente.

Estados Unidos y sus aliados responsabilizaron a al-Assad, pero el Kremlin decidió protegerlo, e incluso argumentó un sinfín de irreconciliables teorías conspirativas. A pesar de las amenazas emitidas, Estados Unidos no bombardeó posiciones del gobierno sirio debido no solo a que la medida carecía de apoyo en su propio Congreso, sino a que el mismo Obama tenía poco entusiasmo por lanzar un ataque aéreo que posiblemente no podría acabar con el arsenal químico de al-Assad. En consecuencia, cuando Rusia propuso una misión de desarme a cambio de que Estados Unidos cancelara el ataque, Obama aceptó rápidamente, y el 9 de septiembre de 2013, el canciller ruso Serguéi Lavrov y el secretario de Estado estadounidense John Kerry acordaron eliminar el arsenal químico de al-Assad a través de Naciones Unidas y la Organización para la Prohibición de Armas Químicas (OPAQ), resolución que, sin el veto de Rusia, el Consejo de Seguridad aprobó casi al instante. Hacia junio de 2014, la misión de ONU-OPAQ anunció que se habían eliminado todas las armas declaradas, pero la inteligencia de Estados Unidos advirtió que al-Assad había escondido parte de su arsenal químico cuando declaró su inventario para que fuese destruido en 2013 y, más adelante, los propios inspectores de la OPAQ develaron un número cada vez mayor de inconsistencias en la narrativa del desarme de los sirios, lo que, finalmente, los llevó a concluir que no todas las armas químicas habían sido contabilizadas.

Para Rusia, el arreglo de 2013 significó un triunfo diplomático: el gobierno sirio evitó ataques aéreos y una intervención occidental, la oposición siria y sus aliados regionales se sintieron abandonados y se desmoralizaron, Washington mostró que no quería actual unilateralmente y Moscú logró ponerse a la par de

los estadounidenses en cuanto a la idea de que sin ellos era imposible encontrar una solución al conflicto sirio. Ergo, por primera vez después de muchos años de primacía de Estados Unidos en la esfera internacional, Rusia impuso la necesidad de que buscara compromisos con su gobierno para la solución de temas internacionales complejos mientras expandía su influencia en Medio Oriente. Esa fue la última oportunidad de Estados Unidos para establecer algún tipo de límite al gobierno de al-Assad (incluso Turquía estaba preparada para poner su vasta fuerza aérea a disposición de una zona de exclusión aérea (305)).

En 2014, cuando los videos de los yihadistas islámicos inundaban las redes sociales con asesinatos sanguinarios, Estados Unidos empezó a atacar a Estado Islámico en Siria e Irak y decidió veladamente que la permanencia de al-Assad en el poder no era la peor de las amenazas a sus intereses. El enfoque de la administración de Obama, al determinar como prioridad estadounidense la lucha contra los radicales de Estado Islámico y las negociaciones en curso con Teherán sobre su programa nuclear (que se firmó en 2015 y, tres años después, el presidente Donald Trump abandonó unilateralmente), hizo que Estados Unidos retirara todo tipo de presión sobre Rusia e Irán (sin extraer ninguna concesión) y les entregara a estos actores la potestad de delinear el futuro de Siria. Con Estados Unidos concentrado en frenar el avance de Estado Islámico en Siria, el Ejército de al-Assad y sus aliados pudieron dedicarse de lleno a atacar a los rebeldes moderados, cuyas fuerzas fueron barridas, lo que dejó solo organizaciones radicales en el terreno.

A mediados de 2015, al-Assad pensaba que su dominio sobre Siria estaba al borde del colapso. Cuatro años después del inicio de la guerra civil, el Ejército sirio se encontraba exhausto; sus soldados estaban en retirada en casi todos los frentes, bajo la presión de los rebeldes, y apenas controlaba una cuarta parte de la superficie del país. En septiembre de ese año, Rusia conmocionó a la comunidad internacional al enviar dos escuadrones de su Fuerza Aérea directamente al conflicto del lado del gobierno sirio (solo 50 aviones). Junto con la posterior declaración del presidente estadounidense de que no disputaría una guerra de influencia con los rusos por Siria, que los rebeldes pudiesen derrotar al gobierno de Damasco se tornó una proeza poco menos que imposible. Se desconoce el momento exacto en que Putin tomó la decisión de intervenir –al-Assad le hizo una solicitud formal de asistencia en julio de 2015, cuando comprobó que las fuerzas sirias estaban diezmadas y debilitadas–, pero está claro que lo hizo a sabiendas de que los estadounidenses habían decidido no intervenir militarmente (306).

Además de preservar sus intereses geopolíticos, también el recuerdo de lo ocurrido en Libia hizo su parte en la intervención rusa: Rusia se sintió traicionada por el gobierno estadounidense (los rusos se habían abstenido de votar contra la resolución N° 1.973 de Naciones Unidas que había condonado la intervención de la OTAN), que dijo que solo intervendría en Bengasi si las tropas de Muamar el Gadafi atacaran la ciudad y, en cambio, organizó una intervención contra un régimen que tenía importantes vínculos económicos con Rusia.(307) Las intervenciones iraníes y rusas en Siria también se relacionaron con el debilitamiento de la presencia estadounidense en la región. Obama no quería una nueva intervención de su país en Siria, sino más bien un entendimiento entre los partidos gobernantes y la oposición que, a su vez, sirviese a los propios intereses de Estados Unidos.

Mientras Rusia comenzó a utilizar todo el poder de fuego de sus aviones de forma indiscriminada contra facciones islámicas y las comunidades civiles donde estas operaban, los roles terrestres de Hezbollah y las milicias chiítas extranjeras ensambladas por Irán también se profundizaron. En el caso de los iraníes, la idea no era solo proteger un país aliado, sino poder desarrollar un puente terrestre que conectase Teherán con Irak y Siria para la entrega de armas a Hezbollah en el Líbano. Los iraníes –al margen de la inaceptable perspectiva de que un territorio “amigo” cayera en manos de enemigos regionales como Arabia Saudita o Emiratos Árabes Unidos– deseaban mejorar su posición regional y desarrollaron una mayor capacidad de presión sobre sus enemigos con la premisa de que, si Irán era acorralado o atacado, ellos podían hacer lo propio en Siria, el Líbano, Irak o Yemen.

Finalmente, con la decisiva intervención rusa, que volcó la balanza de poder hacia el avance del gobierno sirio, el régimen de al-Assad retomó el control sobre gran parte del territorio perdido en la guerra. A fines de 2016 recuperó las principales ciudades sirias, como Alepo, y en 2017 avanzó sobre las estratégicas zonas periféricas del país. Para mediados de 2018 ya controlaba, por primera vez en cinco años, los suburbios que rodean Damasco, la simbólica ciudad de Daraa (el sitio que se considera como el lugar de origen del levantamiento) y la mayor parte del suroeste sirio (308). También durante 2016, Turquía decidió entrar físicamente en el conflicto –después de muchos años de dejar abiertas sus fronteras para que ingresaran radicales islámicos a Siria– con el objetivo de derrocar a al-Assad. En un comienzo, los turcos lanzaron operaciones contra el Estado Islámico, pero, luego, se concentraron en ataques terrestres y aéreos contra los grupos armados kurdos sirios, a los que veían como una amenaza por

su conexión con los propios kurdos secesionistas que habitan Turquía. Paradójicamente, habían sido estos grupos armados los que derrotaron, ayudados por el poder aéreo estadounidense, al Estado Islámico en el norte del país.

Con el repliegue rebelde, los que se negaron a rendirse al gobierno sirio fueron deportados a la región de Idlib y el área circundante, en el noroeste sirio, que constituye el último territorio controlado por las fuerzas de la oposición (en su amplia mayoría, de carácter militante islámico). Idlib no solo era una de las regiones más pobres de Siria, sino también donde la Hermandad Musulmana tenía bastante apoyo antes de la revolución. Allí habitan más de tres millones de personas, casi todas civiles –incluidos un millón de niños–, y la mitad de ellas fueron desplazadas de otras partes de Siria. Desde finales de abril de 2019, las fuerzas de Bashar al-Assad y sus aliados rusos golpearon el área con potentes ataques aéreos, que no distinguieron rebeldes de civiles, y han producido un millón de nuevos refugiados (309).

Más tarde, Turquía –que ya tiene más de 3,5 millones de refugiados sirios– invadió las zonas aledañas a la frontera norte de Siria (donde Ankara pretendió crear un mini-Estado similar a la República Turca del Norte de Chipre) para alejar a los kurdos de su frontera, mientras que organizó grupos con radicales islámicos y combatientes pagos adeptos a su prédica que cometieron crímenes de guerra contra la población kurda. A todo esto, los kurdos se vieron obligados, debido a que Estados Unidos permitieron el ingreso turco, a tomar la decisión de consentir el regreso de las tropas de al-Assad a territorios que ellos habían recuperado de manos del Estado Islámico antes que ser masacrados por la invasión turca.

Cerca de seis millones de sirios huyeron del país, y más de seis millones fueron desplazados internamente, mientras que el gobierno de al-Assad fue acusado de usar armas químicas nuevamente en 2017 y 2018. En abril de 2018, el presidente estadounidense Donald Trump tomó represalias por el uso de dichas armas, pero su ataque fue cosmético y no tuvo ningún impacto en el curso de la guerra, pues estuvo circunscrito a solo un par de bases casi vacías con previo aviso a Putin, quien, a su vez, alertó a su protegido al-Assad. Con más de 500.000 personas muertas y más de 100.000 desaparecidas, esta guerra constituye, sin dudas, la peor en la historia de la Siria moderna y la mayor catástrofe humanitaria de Medio Oriente en el siglo XXI. A medida que el Consejo de Cooperación del Golfo –otrora enfrentado al gobierno sirio– empezó a reabrir una por una sus embajadas en Siria, Turquía dio un giro completo desde su posición anterior de

que “no hay futuro para Siria con al-Assad” y consideró conversar con su exenemigo, en tanto que Estados Unidos aceptó abiertamente que el gobierno sirio permaneciera en el poder.

En lugar de lo que Siria era originalmente, ahora hay cuatro áreas o “cuatro Sirias”, cada una con su propia influencia: la Siria de al-Assad, bajo la égida rusa; el área de los rebeldes sunnitas, en el norte, con incidencia turca; la de los kurdos, en el noreste, bajo apoyo estadounidense, y los desiertos del este, cerca de las fronteras con Irak y Jordania, donde permanece la actividad rebelde esporádica, incluidas las facciones extremistas identificadas con Estado Islámico y Al Qaeda, mientras que Estados Unidos mantiene el control de la base aérea de Al Tanf.

Para una Rusia enfocada en un estatus renovado de potencia y competencia con los Estados Unidos, el resultado en Siria ha restaurado su influencia regional, lo que le permitió convertirse en el factor crítico de equilibrio, en reemplazo de un Estados Unidos que parece no haber decidido aún su nueva estrategia para la región. Sin embargo, la situación tampoco resulta fácil para los rusos: una gran parte de los sirios todavía rechaza el dominio de al-Assad, Israel ataca todas las semanas territorio sirio para que los iraníes no instalen allí bases que puedan poner en peligro su territorio, Turquía amenaza con una nueva invasión contra sus enemigos jurados kurdos y Estados Unidos no parece querer abandonar el norte de Medio Oriente a un eje proiraní. Lo único claro es que la guerra en Siria ya no se reduce a asegurar el futuro del país, sino que se ha transformado en una competencia entre potencias autóctonas y extranjeras que han tratado de expandir sus zonas de influencia en un territorio fragmentado.

▪

273. BBC, “Assad’s BBC interview: key excerpts. BBC News”, 10-2-15). Https://www.bbc.com/news/world-middle-east-31311895

274. Reuters Staff, “Syria’s Alawites, a secretive and persecuted sec”, 31-1-12. https://www.reuters.com/article/us-syria-alawites-sect-idUSTRE80U1HK20120131

275 https://kingabdullah.jo/en/page/the-hashemites/hashemite-flags

276. James Reilly, Fragile Nation, Shattered Land: The Modern History of Syria, I.B. Tauris & Co, Londres, 2018.

277. Martin Thomas, The french empire between the wars: imperialism, politics and society (p. 295). Manchester University Press, 2005.

278. Sami Moubayed, The makers of modern Syria: the rise and fall of syrian democracy 1918-1958, I.B. Tauris & Co, Londres, 2020.

279. Itamar Rabinovich, Syria under the ba‘th, 1963-66: the army-party symbiosis, Israel Universities Press, Jerusalén, 1972.

280. Sean Burns, Revolts and the Military in the Arab Spring, I.B. Tauris & Co, Londres, 2019.

281. John L. Esposito, The Islamic World: past and present, Oxford University Press, 2004.

282. Patrick Seale, Asad: The Struggle for the Middle East, University of California Press, California, 1988.

283. Carmen Becker, “Strategies of power consolidation in Syria under Bashar al-Asad: modernizing control over resources”, The Arab Studies Journal, Vol. 13-14, N° 2-1, 2005-2006.

284. Jonas Bergan Draege, “The formation of syrian opposition coalitions as two-level games, Middle East Journal, Vol. 70, N° 2, 2016.

285. Peter H. Gleick, “Water, drought, climate change, and conflict in Syria”, Weather, Climate, and Society, Vol. 6, N° 3, 2014.

286. Craig Welch, “Climate change helped spark syrian war, study says”, National Geographic, 2-3-15. Https://www.nationalgeographic.com/science/article/150302-syria-war-climate-change-drought

287 Larry Diamond y Marc F. Plattner (eds.), Democratization and Authoritarianism in the Arab World, Johns Hopkins University Press, 2014.

288. Hugh Macleod, “Inside Deraa”, Al Jazeera, 19-4-11. Https://www.aljazeera.com/features/2011/4/19/inside-deraa

289. Richard Spencer, “Four jihadists, one prison: all released by Assad and all now dead”, The Telegraph, http://s.telegraph.co.uk/graphics/projects/isis-jihad-syria-assad-islamic/index.html

290. Isabel Tsurkov, “Between Regime and Rebels: A Survey of Syria’s Alawi

Sect”, The New York Review of Books, 22-7-19, https://www.nybooks.com/daily/2019/07/22/between-regime-and-rebels-a-survey-of-syrias-alawi-sect/

291. Yassin al-Haj Saleh, The impossible revolution: making sense of the syrian tragedy, Hurst & Co, Londres, 2017.

292. Kim Ghattas, “Syria war: southern rebels see us as key to success”, BBC News, 9-12-14, https://www.bbc.com/news/world-middle-east-30374581

293. Bárbara Slavin, “Israel not pushing Obama to arm syrian rebels”, Atlantic Council, 21-2-13). https://www.atlanticcouncil.org/blogs/new-atlanticist/israel-not-pushing-obama-to-arm-syrian-rebels/

294. Alí Hashem, “Nasrallah on Syria: ‘this battle is ours”, Al-Monitor, 26-5-13, https://www.al-monitor.com/pulse/originals/2013/05/nasrallah-hezbollah-syria-speech-rockets.html

295. Rick Gladstone y Ana Barnard, “A. U.S. accuses Hezbollah of aiding Syria’s crackdown”, The New York Times, 11-8-12, https://www.nytimes.com/2012/08/11/world/middleeast/us-officials-say-hezbollah-helps-syrias-military.html

296. Amnesty International, “Syria: families left alone to find answers about relatives”, Amnesty International, 30-8-19, https://www.amnesty.org/en/latest/news/2019/08/syria-families-left-alone-to-find-answers-about-disappeared-relatives/

297. Nabi Bulos, “Aleppo was Syria’s factory floor. Now it’s in ruins and business leaders wonder if it’s safe to rebuild”, Los Angeles Times, 15-11-16, https://www.latimes.com/world/middleeast/la-fg-syria-aleppo-economy-20161113-story.html

298. Aryn Baker, Why Bashar Assad won’t fight ISIS. Time, 26-2-15, https://time.com/3719129/assad-isis-asset/

299. Henry Foy, “Russia to invest $500m in Syrian port of Tartu”, Financial Times, 17-12-19, https://www.ft.com/content/f52bdde6-20cc-11ea-b8a1-584213ee7b2b

300. UN Press, “Security Council declares support for free, fair presidential election in Lebanon; calls for withdrawal of foreign forces there”, Naciones Unidas, 2-9-04. Https://www.un.org/press/en/2004/sc8181.doc.htm

301. AFP, “Hezbollah men to be sentenced in absentia for 2005 killing of Lebanese PM Hariri”, The Times of Israel, 16-6-22, https://www.timesofisrael.com/2-hezbollah-members-to-be-sentenced-for-2005-assassination-of-lebanese-pm-hariri/

302. Global Trade Review, “Syrian Debt Write-Off by Russia”, Global Trade Review, 7-2-05, https://www.gtreview.com/news/europe/syrian-debt-write-off-by-russia/

303. James S. Brady Press Briefing Room, “Remarks by the President to the

White House Press Corps”, The White House. Office of the Press Secretary, 20-8-12, https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2012/08/20/remarks-president-white-house-press-corps

304. Adam Entous y Rima Abushakra, “As Syrian Chemical Attack Loomed, Missteps Doomed Civilians”, The Wall Street Journal, 22-11-13, https://www.wsj.com/articles/SB1000142405270230391430457919420318828322

305. Suzan Fraser, “Turkey’s Erdogan calls for no-fly zone in Syria”, AP News, 26-10-14. https://apnews.com/34ca5df585e44ebf9fd473429d368f14

306. Laila Bassam y Tom Perry, “How iranian general plotted out syrian assault in Moscow”, Reuters, 6-10-15. https://www.reuters.com/article/us-mideast-crisis-syria-soleimani-insigh/how-iranian-general-plotted-out-syrian-assault-in-moscow-idUSKCN0S02BV20151006

307. Alexei Anishchuk, “Gaddafi fall cost Russia tens of blns in arms deals”, Reuters, 2-11-11. https://www.reuters.com/article/russia-libya-arms/gaddafi-fall-cost-russia-tens-of-blns-in-arms-deals-idUSL5E7M221H20111102

308. Suha Maayeh y Nicholas Heras, “The fll of Daraa: why Syria’s rebels continue to fight Assad”, Foreign Affairs, 23-7-18, https://www.foreignaffairs.com/articles/syria/2018-07-23/fall-daraa

309. UN News, “Syria: ‘The tragedy is deepening’ as UN figures reveal nearly 5 million children have known nothing but war”, United Nations, 14-3-20, https://news.un.org/en/story/2020/03/1059471



Capítulo 17. 2021

Retirada estadounidense de Afganistán

“Ayer hablé con el presidente Bush para informarle de mi decisión. Si bien él y yo hemos tenido muchos desacuerdos sobre políticas a lo largo de los años, estamos absolutamente unidos en nuestro respeto y apoyo por el valor, la valentía y la integridad de las mujeres y los hombres de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos que sirvieron [en Afganistán].”(310)

JOE BIDEN, PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS, 2021

Afganistán estuvo en guerra durante 45 años. En la década del ochenta, la Unión Soviética invadió el país, mató a más de un millón de ciudadanos afganos y creó una de las mayores crisis de refugiados de los tiempos modernos. Durante los últimos 20 años, Estados Unidos invadió y ocupó Afganistán, gastó un presupuesto superior a un billón de dólares y fue parte de una guerra que acabó con la vida de más de 170.000 ciudadanos afganos hasta que se retiró, en 2021, para cederle el poder al mismo grupo al que había desbancado dos décadas atrás: los talibanes.

Muchas veces denominado como “la puerta que conecta Asia y Europa”, el territorio que hoy se conoce como Afganistán posee una extensa historia de conflictos internos y luchas de dominación por parte de conquistadores extranjeros. Entre ellos se encuentran Darío I de Babilonia (alrededor del año 500 a. C.) y Alejandro Magno de Macedonia (en el 329 a. C.), pero fue Mahmud de Gazni, un líder del siglo XI, quien creó un imperio desde Persia hasta la India y es considerado el más grande de los conquistadores de Afganistán. Gengis Kan también se hizo cargo del territorio en el siglo XIII, pero no fue hasta el siglo XVIII, cuando un grupo de tribus pastunes comandadas por Ahmad Shah Abdalí derrotó a los mongoles y los persas, que el área se unió como un solo país. Asimismo, para finales del siglo XIX, después de que la zona fuera invadida por varios conquistadores árabes, el islam ya estaba arraigado en el terreno.

Durante el siglo XIX, Afganistán se vio envuelto en la lucha anglo-rusa por el poder, conocida como el Gran Juego. La Corona británica, en busca de proteger su imperio indio de las manos de Rusia, intentó anexar Afganistán, lo que desembocó en una serie de guerras británico-afganas. También trató de someter a Afganistán, pero sufrió una derrota rotunda en la primera guerra anglo-afgana (1839-42). El poder imperial volvió a intentarlo en 1878-1880; esa vez, Afganistán perdió mucho territorio y el control de sus asuntos exteriores ante el Imperio Británico. Desde ese momento, los británicos proporcionaron, con la intención de controlarlos, armas modernas y un subsidio anual a los gobernantes de Afganistán. Uno de ellos fue Abdur Rahman Khan (1881-1901), el "Unificador de Afganistán", quien creó un poderoso ejército, pero en 1893 debió firmar con el diplomático británico Mortimer Durand un tratado que establecía la conocida línea Durand, que conformó la frontera entre la por entonces India Británica y el Emirato de Afganistán. A la vez, el arreglo dividió las zonas pastunes (la etnia más grande de Afganistán) al limitar las esferas de influencia política del rey afgano con el propósito de crear una zona de amortiguamiento entre los intereses británicos y los rusos.

En 1901, Rahman Khan murió y fue sucedido por su hijo, Habibulá, quien fue un reformista que introdujo un estilo moderno de educación (311). Después de la Primera Guerra Mundial aumentó la presión por la independencia total, y cuando el emir Habibulá fue asesinado, en 1919, su hijo Amanulá declaró la independencia. El Imperio Británico fue derrotado en una tercera guerra anglo-afgana en 1919-21 y Afganistán recuperó el control de sus asuntos exteriores. Amanulá emprendió una reforma agraria, regularizó los impuestos y amplió la educación. También inició importantes avances para las mujeres de la mano de su esposa, la reina Soraya –una ardiente defensora de la educación de las niñas–, con quien trabajó en las primeras Constituciones de Afganistán en 1921 y 1923, mientras ella hacía una fuerte campaña contra el velo y la poligamia (312). Pero sus enfrentamientos con la asamblea de notables locales (Loya Yirga) y contra el establecimiento religioso hicieron que abdicara y abandonara el país. Luego de derrotar la rebelión accedió al trono Nadir Kan, quien permitió a los jefes rurales una mayor autonomía, pero fue asesinado por un estudiante en 1933. Lo sucedió su hijo de 19 años, Mohammed Zahir Shah, quien durante sus dos primeras décadas de reinado estuvo controlado por internas familiares.

En 1947, los británicos se retiraron de la India, lo que posibilitó la creación del Estado predominantemente hindú pero secular de India, junto con el Estado islámico de Pakistán, y la línea Durand se transformó en la frontera larga –hoy,

incontrolable en gran parte– de Afganistán con Pakistán. Para los afganos existe un poderoso simbolismo en la línea Durand, considerada ampliamente como un error histórico que debe repararse; sin embargo, Pakistán estima que esa delimitación es fundamental para su integridad territorial y existencial. Hasta el día de hoy, Afganistán nunca ha aceptado del todo este límite y ha señalado que era un simple acuerdo destinado a delinear esferas de influencia, y no a servir como fronteras de un Estado futuro. Con una línea Durand que divide el territorio pastún entre dos países, no es realista esperar que un gobierno predominantemente pastún como el de Afganistán la acepte como una frontera nacional.

Más adelante, el primo del rey, Mohammed Daud Khan, tomó el control como Primer Ministro, y en 1955 recurrió a la Unión Soviética en busca de ayuda militar y económica. También introdujo una serie de reformas sociales que incluyeron que las mujeres pudiesen asistir a la universidad e ingresar a la fuerza laboral y fue un defensor del irredentismo pastún que deseaba unir las áreas pastunes de Pakistán y Afganistán. En 1963, Zahir Shah intentó alejarse de las influencias familiares y desarrolló una monarquía constitucional, bajo el lema "Nueva Democracia", que duró desde 1964 hasta 1973, sancionó una nueva Constitución y otorgó a las mujeres la posibilidad de votar y ser elegidas para integrar el Parlamento (313). Si bien Zahir Shah decidió introducir una forma de gobierno más representativa, nunca permitió la existencia de partidos políticos.

En 1973, Daud Khan derrocó al último rey de Afganistán en un golpe militar sin sangre mientras el monarca se encontraba en el extranjero. Khan suprimió la monarquía, se autoproclamó presidente, y estableció la nueva República de Afganistán bajo una posición más amistosa con la Unión Soviética. Mientras la Unión Soviética y Estados Unidos competían por influir sobre el país (los soviéticos construyeron el aeropuerto de Kabul y los estadounidenses, el de Kandahar, y entregaron 2.520 millones de dólares y 533 millones de dólares, respectivamente, entre 1956 y 1978 (314)), a Daud le gustaba repetir que era feliz cuando podía "encender sus cigarrillos estadounidenses con fósforos soviéticos."(315)

Durante la llamada Revolución de Saur, en 1978, Khan fue asesinado junto con dieciocho miembros de su familia, y Nur Muhammed Taraki, miembro fundador de la facción más dura del comunista Partido Democrático Popular de Afganistán (la Jalq), asumió el control del país como presidente. Una de sus primeras acciones fue cambiar la bandera negra, roja y verde que permanecía

desde la monarquía por un nuevo diseño que resaltaba el rojo comunista y sacaba el color verde del islam, lo que provocó una clara indignación de los religiosos por la intención de reducir el rol de la religión en el país. Un año después, el embajador estadounidense Adolph Dubs fue secuestrado y asesinado y Estados Unidos cortó la ayuda económica a Afganistán. Posteriormente, Taraki también perdió la vida en una lucha de poder con su ex protegido y sucesor Hafizulá Amín, quien, a su vez, aguantó en el cargo solo un par de meses más hasta que la Unión Soviética invadió el país, el 27 de diciembre de 1979 (y fuerzas especiales de ese país lo mataron mientras resistía).

Los soviéticos, quienes habían sido sorprendidos y no habían estado detrás de la Revolución de Saur, colocaron entonces como representante títere a Babrak Karmal, líder una facción más moderada del partido (la Parcham), en tanto que desplegaron 80.000 soldados soviéticos que tomaron el control de las principales ciudades y carreteras (316). La presencia de tropas extranjeras en suelo afgano rápidamente provocó que una ya existente insurgencia se agrupase en un levantamiento nacional y dirigiese todos sus esfuerzos contra los soviéticos y el gobierno afgano. Líderes islámicos y étnicos como Burhanuddin Rabbani, Abdul Rasul Sayyaf, Gulbudín Hekmatiar y Ahmad Shah Masud, que tenían posiciones antigubernamentales porque se oponían a los cambios sociales introducidos por Khan, habían comenzado una revuelta armada en las zonas rurales tiempo atrás, e incluso algunos habían recibido entrenamiento de la inteligencia paquistaní con el fin de debilitar a un Khan siempre sospechado por su irredentismo pastún. En marzo de 1979 ya se había producido una sublevación militar en Herat, la más grande en décadas dentro de Afganistán, y a mitad de año ya estaban constituidos los diferentes grupos muyahidines para luchar contra el Gobierno comunista local, que había iniciado una campaña de terror haciendo desaparecer disidentes (solo en la principal prisión de Kabul habían asesinado a 12.000 personas).

La rebelión fue rápida, amplia, y los soviéticos trataron con dureza a los rebeldes muyahidines y a quienes los apoyaban, arrasaron pueblos enteros y destruyeron infraestructura civil, cosechas y ganado (la policía secreta organizada por la KGB sembró el terror en las zonas urbanas) con la intención de cortar los suministros a la resistencia, junto con un intenso bombardeo de aldeas. La represión del Gobierno de Kabul y sus partidarios en Moscú terminó por contribuir a la radicalización de una gran parte de la sociedad afgana, lo que aumentó el apoyo a los muyahidines

La situación en Afganistán concentró la atención de la Unión Soviética y contribuyó a la reticencia entre los líderes soviéticos a usar la fuerza en otras latitudes del globo. Cuando surgió la cuestión de desplegar tropas en Polonia para sofocar el movimiento Solidaridad, en 1980, el jefe de la KGB, Yuri Andrópov, dijo: “La cuota de intervenciones en el extranjero se ha agotado”(317). El número de tropas soviéticas llegó a 120.000, pero, aun así, la resistencia creció y recibió un importante espaldarazo internacional. Decididos a hacer de Afganistán el “Vietnam soviético”(318), Estados Unidos, Arabia Saudita y China invirtieron dinero y armas para equipar a los muyahidines, organizados en los campos de refugiados en Pakistán a través de los servicios secretos de ese país (ISI). De esta manera, las agencias de inteligencia de dichos países se reunían cada semana en Islamabad para desarrollar sus planes.

El control de Pakistán de la ayuda a los grupos rebeldes que alojaba también significó para el país que tuvieran una concreta influencia sobre los muyahidines en un momento en que el radicalismo islámico estaba en alza, de modo que Afganistán se convirtió en el primer campo de batalla ideológico entre el marxismo y el islamismo violento. Estos grupos estaban lejos de estar unidos y seguían diferentes ideologías en todo el espectro islámico. Ninguno tenía conexión con Al Qaeda, que se formó mucho más tarde (en 1988) y que no recibió armas ni entrenamiento de la Agencia Central de Inteligencia, sino que fue un grupo radical disidente de los llamados “árabes afganos”, quienes eran seguidores del líder e ideólogo islamista palestino Abdulá Azam, fundador en 1984, en Peshawar, de la llamada “Oficina de Servicios Afganos”.

En 1980, la administración de Jimmy Carter proporcionó 30 millones de dólares en asistencia para los muyahidines, y durante la era del presidente Ronald Reagan, en 1987, el apoyo financiero de Washington aumentó a 630 millones (319). Junto con la ayuda económica a los rebeldes, el misil antiaéreo Stinger, fabricado en Estados Unidos en grandes cantidades a partir de 1986, asestó un duro golpe a los soviéticos. De hecho, los Stinger fueron tan mortíferos que, en la década de 1990, Estados Unidos llevó a cabo un programa de “recompra” para evitar que los misiles sin usar cayeran en manos de terroristas antiestadounidenses, un esfuerzo que se renovó de manera encubierta a principios de la década de 2000.(320)

Los costos de la guerra no eran el principal problema para los soviéticos: la intervención representó para Moscú un gasto de alrededor de 7.500 millones de dólares entre 1984 y 1987, un monto menor comparado con un presupuesto

militar soviético total de aproximadamente 128.000 millones por año (321). Los soviéticos superaban a su enemigo en el combate convencional, pero no podían mantener el control del territorio; de esta manera, cada vez que las tropas soviéticas se retiraban, los muyahidines regresaban. Asimismo, los aliados soviéticos en Afganistán tenían poca legitimidad en la sociedad y extremas dificultades para reunir un ejército confiable. Ya a mediados de la década de 1980 estaba claro que la contrainsurgencia era imposible de derrotar. Así fue que Mijaíl Gorbachov priorizó el abandono de Afganistán después de convertirse en secretario general de la Unión Soviética, en marzo de 1985.

El presidente estadounidense Reagan y su contraparte soviética Gorbachov impulsaron los Acuerdos de Ginebra de 1988, firmados entre Afganistán y Pakistán, que contenían los principios de no injerencia y no intervención, el regreso voluntario de los refugiados afganos y un cronograma para el retiro de las tropas extranjeras rusas. Cuando estas últimas llegaron a Afganistán, en diciembre de 1979, el plan era insertar un nuevo liderazgo, fortalecer las bases clave y marcharse con rapidez. Sin embargo, cuando los soviéticos finalmente se retiraron, después de nueve años de ocupación, en febrero de 1989 –como un presagio de la disolución de la Unión Soviética menos de tres años después–, más de 14.000 de sus soldados habían muerto en batalla (y 40.000 habían sido heridos). Por su parte, las bajas afganas fueron mucho más cuantiosas: se estima que más de un millón de afganos perdieron la vida, entre ellos 90.000 combatientes muyahidines y 18.000 soldados afganos.

La Unión Soviética dejó un gobierno “amigo” en Afganistán a cargo de Mohammad Najibulá, el antiguo jefe del servicio de inteligencia afgano, que había sido instalado como presidente en 1987. Cuando los comunistas afganos comenzaron a desvanecerse se hicieron más significativas las importantes divisiones étnicas, tribales, lingüísticas y religiosas que sufre esa sociedad y que a menudo se refuerzan cuando no tienen un enemigo en común. Los pastunes, que viven en el sur y el este de Afganistán, se apoyaron en sus hermanos étnicos en la vecina Pakistán; los hazara chiítas, junto con los que hablan el dari/farsi del oeste de Afganistán, se volvieron hacia Irán, y los afganos tayikos, uzbekos y turcomanos del norte buscaron ayuda en los países vecinos postsoviéticos.

Tras la retirada de las fuerzas soviéticas, el país descendió a una guerra civil, y con el colapso de la Unión Soviética en 1991, el gobierno procomunista de Najibulá se derrumbó (todas las fuerzas de seguridad que habían sido construidas por los soviéticos durante la guerra también se disolvieron y se

aliaron con diferentes grupos muyahidines bajo líneas étnicas u oportunistas). Los muyahidines capturaron gran parte de Afganistán y, en 1992, tomaron Kabul y declararon un Estado de carácter islámico. A Najibulá se le impidió salir de Afganistán y se refugió en el recinto de las Naciones Unidas ubicado en la capital del país, donde permaneció durante más de cuatro años. Burhanuddin Rabbani fue elegido presidente, pero los muyahidines no permanecieron unidos y se produjo una sangrienta lucha por el poder mientras la población afgana huía en grandes cantidades a Pakistán e Irán. Los comandantes muyahidines Ahmad Shah Masud y Abdul Rashid Dostum –un militar de origen uzbeko que había luchado en el gobierno afgano prosoviético para, luego, desertar al mando rebelde– entraron en Kabul para evitar que su principal rival, el islámico fundamentalista Gulbudín Hekmatiar –quien había iniciado un violento asalto junto con sus aliados–, tomara el control de una capital que había permanecido en paz durante la ocupación soviética. Gran parte de la ciudad quedó en ruinas, miles de personas fueron asesinadas y los líderes de las facciones en guerra se negaban a reunirse. En este punto apareció una nueva fuerza en un país que se venía desintegrando rápidamente.

Un pequeño grupo de estudiantes devotos pastunes asentado en el sur del país, que había emergido de seminarios religiosos en Pakistán y Afganistán, se opuso al comportamiento de los comandantes que controlaban la zona. Con un importante apoyo (logístico y armamentístico) de los servicios secretos de Pakistán –que preferían grupos religiosos antes que nacionalistas que pudieran poner en riesgo la línea Durand–, lanzaron una campaña militar destinada a crear un Estado religioso basado en una estricta interpretación de la ley islámica (322). Su versión del islam era dura, extrema y dogmática. La primera ciudad que tomaron fue Kandahar –su principal zona de influencia y hogar de su líder, el mulá Mohammad Omar–, en noviembre de 1994, donde encontraron poca resistencia por parte de una población cansada de la guerra. Los talibanes impusieron el orden, recolectaron armas, derribaron los puestos de control y se declararon incorruptibles. Después de un tiempo se intensificaron las torturas, los asesinatos y otras violaciones de derechos humanos cometidas contra civiles, entre los que los habitantes de los centros urbanos y, especialmente, las mujeres fueron los más afectados. En 1995 se hicieron con el control de Herat y, al año siguiente, se apoderaron de Kabul y capturaron en el recinto de la ONU al expresidente Najibulá, a quien asesinaron y colgaron de un poste de luz (323).

Mientras tanto, en el norte del país, grupos étnicos denominados la Alianza del Norte, bajo el mando del ya mencionado Ahmad Shah Masud (más tarde,

también apoyados por el líder pastún Hamid Karzai), continuaron luchando contra los talibanes por el control del país. Osama bin Laden, el rico saudita que durante el fin de la ocupación soviética había creado y financiado Al Qaeda, regresó a Afganistán proveniente de Sudán –desde donde había sido expulsado– y entregó su apoyo (y también su dinero) a los talibanes. Las relaciones con Estados Unidos se tornaron especialmente hostiles a partir de 1998, con los atentados de Al Qaeda contra las embajadas estadounidenses en Nairobi y Dar es-Salam. Estados Unidos acusó a los talibanes de prestarles un santuario a las acciones de Bin Laden y lanzó ataques de misiles crucero contra campos de entrenamiento del grupo. Los atentados, sumados a la preocupación internacional por la opresión extrema de las mujeres (que vieron a los talibanes reducir su derecho a la educación, el empleo y el libre movimiento, mientras que debían llevar un velo que les cubría todo el cuerpo) y la producción de opio del país, provocaron dos posteriores rondas de sanciones de Naciones Unidas (324).

En 2000, Al Qaeda volvió a atacar a Estados Unidos en una operación contra el destructor estadounidense USS Cole, estacionado en el puerto de Adén, en Yemen, que acabó con la vida de 17 marineros. Un año después, el liderazgo talibán, cada vez más aislado internacionalmente y solo reconocido como el gobierno central afgano por Pakistán, Arabia Saudita y Emiratos Árabes (a pesar de controlar el 90% de Afganistán), llevó a cabo su amenaza de destruir las colosales e históricas estatuas de Buda en la ladera de una montaña en Bamiyán, con la justificación de que eran ídolos prohibidos bajo el islam.

El 2001 fue particularmente duro para los habitantes de Afganistán. A una novedosa prohibición de cultivar adormidera (de donde se extrae el opio) por parte del mulá Omar se le sumó una sequía de cuatro años que devastó a los agricultores afganos, hizo que muchas áreas rurales fueran inhabitables y llevó a que millones se trasladasen a ciudades que no daban abasto mientras tres millones de refugiados afganos languidecían en el exterior (325). El 9 de septiembre, el líder de la Alianza del Norte y principal insurgente, Ahmad Shah Masud, fue asesinado por agentes de Al Qaeda –que se hicieron pasar por periodistas de televisión– con la clara intención de debilitar la resistencia interna –y apaciguar a los talibanes– ante unos inminentes atentados terroristas que sacudirían el mundo (326). Dos días después, cuatro aviones comerciales fueron secuestrados en Estados Unidos; dos de ellos impactaron contra las Torres Gemelas en Nueva York; uno, contra el Pentágono, cerca de Washington, y el restante cayó en Pensilvania luego de una batalla entre pasajeros y secuestradores por el control de la aeronave. Más de 3.000 personas perdieron la

vida en los atentados.

Seguro de que Bin Laden estaba detrás de los ataques del 11 de septiembre, el presidente estadounidense George W. Bush exigió al liderazgo talibán que entregase al yihadista saudí. También dos días después del atentado, el subsecretario de Estado Richard Armitage se reunió con la embajadora paquistaní en Estados Unidos y le demandó que su país cortase todo apoyo logístico a los talibanes (327). Mientras tanto, en una reunión en Camp David para definir la estrategia inicial, el director de la CIA, George Tenet, presentó un plan de contingencia para atacar Al Qaeda en Afganistán que implicaba el uso de fuerzas especiales (328). El mulá Mohamed Omar se negó a entregar a Bin Laden y, el 7 de octubre de 2001, Estados Unidos, respaldado por Reino Unido, inició la operación Libertad Duradera, durante la que se lanzaron más de 10.000 bombas y misiles en unas pocas semanas, en tanto que los combates sobre el terreno estuvieron a cargo de las fuerzas de la Alianza del Norte junto con personal de inteligencia estadounidense.(329)

El 13 de noviembre, los talibanes abandonaron Kabul y la Alianza del Norte entró en la ciudad. El 16 de diciembre, el secretario de Estado de Estados Unidos, Colin Powell, declaró: “Hemos destruido Al Qaeda en Afganistán y hemos acabado con el papel de Afganistán como refugio para la actividad terrorista.”(330) Los talibanes se retiraron hacia el sur y su régimen fue derrocado. La relativa rapidez con la que los talibanes y Al Qaeda fueron derrotados en Afganistán hizo que se creyera que los talibanes serían fáciles de eliminar. No obstante, el fracaso de la misión encabezada por Estados Unidos ya había comenzado días antes.

El 6 de diciembre de 2001, después de la firma del Acuerdo de Bonn (que establecía a Hamid Karzai como presidente interino mientras miembros de la Alianza del Norte y diversos “señores de la guerra” eran nombrados como gobernadores provinciales, comandantes militares y ministros de gabinete), el secretario de Defensa de Estados Unidos, Donald Rumsfeld, rechazó un acuerdo político entre Karzai y los líderes talibanes en Kandahar (331). Conmocionados por su aparente derrota, los talibanes habían acordado reconocer el liderazgo de Karzai y entregar las cuatro provincias que aún controlaban a cambio de una amnistía que permitiría a su líder, el mulá Omar, vivir en Kandahar “con dignidad”. Así podrían haber participado en proporción a su verdadero número e influencia (pequeña, pero sustanciosa en ese momento) en la redacción de la Constitución venidera y en la reorganización del país mediante el nuevo

gobierno. En cambio, luego del rechazo, los líderes talibanes huyeron (como también lo hizo Bin Laden) hacia las zonas pastunes de Pakistán, desde donde los muyahidines de la década de 1980 habían operado (332); por lo tanto, al trasladarse al territorio paquistaní, los talibanes volvieron a endeudarse con los servicios secretos del país huésped.

En junio de 2002 se celebró una Loya Yirga de emergencia para terminar de seleccionar una administración interina. El plan era que todos los señores de la guerra quedaran fuera del Gobierno, e incluso, en un primer momento, el candidato más refrendado por los delegados para conducir Afganistán fue el antiguo rey Zahir Shah, quien había vuelto del exilio. Pero, a pesar de los esfuerzos de los observadores electorales de Naciones Unidas para lograr ese objetivo, los asientos de honor de primera fila en la loya yirga estuvieron repletos de señores de la guerra y criminales, y todo terminó con la formación de un gobierno lleno de ellos en los principales cargos (la presión de Estados Unidos sobre Zahir Shah para que abandonara su candidatura hizo también que Karzai quedara como presidente) (333). Esto condujo a la protesta del funcionario de la ONU Francesc Vendrell, quien señaló que "la vuelta al poder de personas ampliamente despreciadas y temidas por la mayoría de los afganos, por las atrocidades y sordidez que habían caracterizado su gobierno a mediados de la década del noventa, aseguró que, desde el principio, la mala gobernanza y la corrupción de Afganistán se convirtieran en la norma". También, a partir de 2003, Estados Unidos retiró a sus mejores hombres y especialistas de Afganistán para concentrarlos en la ocupación de Irak.

En 2004 se ratificó una nueva Constitución afgana y Karzai fue elegido nuevamente como presidente.(334) Estados Unidos intervino para desarrollar una Constitución que creó un sistema de gobierno con múltiples elecciones (situación del todo anómala para Afganistán), imposibles de realizar sin el control y la participación de los señores de la guerra locales, lo que facilitó la tremenda corrupción que dominaría la política afgana durante los siguientes 16 años. Sin embargo, las elecciones parlamentarias y provinciales que se celebraron el año siguiente consagraron una mayor proporción de mujeres en el Parlamento. Después de julio de 2006, la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad, encabezada por la OTAN, asumió la responsabilidad de la seguridad en parte de Afganistán.

Luego de un par de años de tranquilidad, y ya con los talibanes reagrupados, los ataques de la insurgencia se intensificaron a partir de 2006. En septiembre de ese

año, los talibanes lanzaron su primera ofensiva contra una gran ciudad: Kandahar. Sufrieron una derrota táctica a manos de las fuerzas canadienses de la OTAN, pero establecieron una presencia permanente en los distritos alrededor de la ciudad (desde donde iniciarían su futura ofensiva en 2021)(335). A medida que aumentaron los abusos de poder y las bajas civiles, los talibanes, aprovechándose de la incapacidad del Estado para penetrar en la sociedad rural, se nutrieron de reclutas que buscaban venganza por los ataques a sus aldeas por parte de Estados Unidos y sus caudillos aliados mientras eliminaban a los líderes locales que se les oponían. A la vez, Estados Unidos tampoco entendió cómo reconstruir Afganistán. Los legisladores y comandantes militares de Estados Unidos creían que cuanto más gastasen en escuelas, puentes, canales y proyectos de obras civiles, más rápido mejoraría la seguridad de Afganistán. Pero Estados Unidos inundó el frágil país con mucha más ayuda de la que podía absorber, que terminó por llenar más los bolsillos de contratistas estadounidenses y señores de la guerra afganos que beneficiando a los civiles del país.

Con una economía caracterizada por la agricultura de subsistencia, la producción de opio y una enorme pobreza, el poder de los políticos afganos provenía del control de las milicias y todo terminaba en una aceitada cleptocracia. Así, la corrupción arraigada e institucionalizada terminó por destruir la legitimidad popular de un tambaleante gobierno afgano: con jueces, burócratas y fuerzas de seguridad exigiendo sobornos, muchos afganos resistieron la idea de una democracia y recurrieron a los talibanes para imponer el orden en zonas rurales.

Washington nunca supo tampoco cómo detener la producción de opio. Para 2006, los funcionarios estadounidenses ya consideraban que los narcotraficantes se habían vuelto más fuertes que el gobierno afgano y que el dinero del tráfico podía estar impulsando la insurgencia talibana.(336) Las diferentes estrategias resultaron dispares e incongruentes. Si las fuerzas británicas pagaban a los agricultores afganos de amapola para que destruyeran sus cultivos, esa dinámica solo los animaba a cultivar más en la próxima cosecha.(337) Esto provocó que, posteriormente, las fuerzas estadounidenses erradicaran los campos de amapola sin compensación, y todo terminó por enfurecer a los agricultores para colocarse del lado de los talibanes.

La denominada “lucha antiterrorista” (como ya había sucedido con los soviéticos) también jugó su papel en el fortalecimiento de los talibanes, quienes entendieron que si las bombas extranjeras mataban a una mujer o un niño afgano inocente en zonas donde los insurgentes operaban, esa aldea abandonaría a

Estados Unidos (y sus aliados de Kabul) para siempre. Incluso las conocidas técnicas de búsqueda de elementos terroristas dentro de la población civil contribuyeron enormemente a acrecentar el poder insurgente. El supuesto honor del hombre afgano era mancillado cuando las unidades militares revisaban sus propiedades y posesiones e interactuaban con las mujeres de la familia, que viven en las afueras de las ciudades afganas en un estado de reclusión.

Asimismo, fue imposible derrotar a una insurgencia que poseía un refugio tan cercano en un Estado contiguo como Pakistán (el mismo Osama bin Laden fue ultimado por las fuerzas especiales estadounidenses, durante 2011, en su refugio de la ciudad paquistaní de Abbottabad). En todo momento, Pakistán controló la principal ruta de acceso a Afganistán y continuó albergando a los talibanes, lo que lo convertía en un complicado aliado de Estados Unidos: uno que trabajaba activamente para potenciar a los enemigos estadounidenses (el clivaje en torno a la presión estadounidense sobre Pakistán se diluía más y más a medida que las inversiones chinas aumentaban en ese país).

La nueva administración estadounidense del presidente Barack Obama aumentó el número de tropas en el terreno (hacia 2011 había más de 100.000 soldados estadounidenses estacionados en Afganistán) (338) en busca de controlar la situación, a la par que anunciaba un cronograma de retirada. Estas fuerzas resultaron victoriosas en sus enfrentamientos alrededor del país, pero no alcanzaban para controlar todas las zonas del Estado al mismo tiempo, y el aumento de su presencia en el terreno alimentó la narrativa más poderosa de los talibanes: que los estadounidenses eran ocupantes infieles que debían ser expulsados sin importar cuánto tiempo acarrease la tarea. Sin embargo, Obama autorizó al fin conversaciones políticas con los talibanes, aunque estos ya habían endurecido considerablemente sus demandas desde la vez que Rumsfeld rechazó el arreglo de Karzai con su líder por entonces, el mulá Omar (fallecido en 2013). (339)

En 2014, Obama anunció un calendario con el nuevo gobierno de Afganistán encabezado por Ashraf Gani –que resultó electo luego de unos controvertidos comicios presidenciales que necesitaron del envío del secretario de Estado estadounidense para tratar de convencer al candidato perdedor de aceptar los resultados (340)– para retirar la mayoría de las fuerzas estadounidenses hacia fines de 2016. La primera fase de su plan requería que 9.800 tropas estadounidenses y otros 2.000 soldados de la OTAN permanecieran después de que su misión de combate concluyese, a fines de 2014, limitándose a capacitar

las fuerzas de seguridad afganas y a realizar operaciones contra los remanentes de Al Qaeda (341).

Cuando Donald Trump asumió la presidencia de Estados Unidos, en 2017, los talibanes ya controlaban o disputaban más de un tercio del país, mientras que Kabul experimentaba ataques de hombres bomba en una escala nunca antes vista (muchos de estos ataques, articulados no solo por los talibanes, sino por su competencia, el Estado Islámico de Afganistán). La administración de Trump zigzagueó entre su promesa de campaña del retiro de tropas y un compromiso militar indefinido. Mientras castigaba retóricamente a Pakistán por albergar y apoyar a los talibanes, Trump nombró al veterano diplomático nacido en Afganistán Zalmay Kalilzad (quien había sido embajador de George W. Bush en el país y había articulado la oposición a la elección de Zahir Shah como líder afgano en la conferencia de Bonn) como negociador en jefe con los talibanes. En 2019 se llevó a cabo una serie de nueve rondas de conversaciones estadounidenses con el liderazgo talibán en Catar, mientras que estos continuaban negándose a negociar con el gobierno central de Kabul con el argumento de que era una administración títere. Ya el 29 de febrero de 2020, Kalilzad alcanzó “un tratado de paz histórico” (según sus propias palabras) con el representante talibán Abdul Gani Barádar en Doha.

Las disposiciones principales del acuerdo eran una disminución temporal de la violencia que condujese a un alto el fuego duradero entre las fuerzas estadounidenses y talibanas, una reducción del número de tropas en Afganistán, el compromiso de retirada de las tropas extranjeras en un plazo de 14 meses (antes del 1° de mayo de 2021), la promesa talibana de iniciar conversaciones con el gobierno afgano en marzo de 2020 (que rápidamente fracasaron, pues las autoridades afganas presionaban por un alto el fuego mientras que los talibanes continuaban atacándolos y reiterando su llamado al restablecimiento del emirato islámico), la liberación de 5.000 talibanes encarcelados y la garantía de que el territorio de Afganistán no sería utilizado por grupos terroristas como Al Qaeda (342).

El Acuerdo de Doha fue un pacto débil, que reflejó la posición decreciente de Estados Unidos en Afganistán y su intención de terminar con “la guerra más larga” replegando parte de sus fuerzas de la zona para concentrarse en otros adversarios. Lo que pronto quedó en evidencia fue que Estados Unidos, básicamente, negoció el futuro de Afganistán sin ningún aporte significativo para el gobierno central afgano, que vio cómo sus enemigos podían seguir

atacándolo a pesar del arreglo firmado. A partir de entonces, todo se dio como un efecto dominó predestinado, que se inició con una gran ofensiva de los talibanes sobre el gobierno afgano y las zonas bajo su control.

El conflicto afgano entró en una nueva fase en abril de 2021, cuando el sucesor de Trump, Joe Biden –quien se había opuesto a un nuevo envío de tropas a Afganistán cuando era vicepresidente de Barack Obama–, anunció oficialmente que su país no cumpliría con la fecha límite establecida en el Acuerdo de Doha para retirar todas las tropas antes del 1° de mayo y, en cambio, publicó un plan para una retirada total antes del 11 de septiembre de 2021, con independencia de los avances en las conversaciones de paz intrafganas o de si los talibanes terminaban con sus ataques contra las fuerzas de seguridad y los ciudadanos afganos.(343)

Ya sin Estados Unidos y su Fuerza Aérea en el camino (los talibanes no tenían respuesta para el poder aéreo estadounidense), no había barrera o compromiso alguno para evitar que los fundamentalistas afganos fuesen por todo el territorio afgano. De esta manera, en solo cuatro meses, las capitales provinciales cayeron una tras otra en manos de los talibanes, sin resistencia de unos Estados Unidos concentrados en su repliegue. La planeada retirada estadounidense se había basado en la premisa, repetida tanto por el gobierno de Biden como por el de su antecesor, de que serían las fuerzas de seguridad afganas (en cuyo entrenamiento y equipamiento Estados Unidos había invertido millones de dólares) las que tomarían el control y se encargarían de la seguridad después de la retirada occidental. Pero las fuerzas afganas se habían construido más para satisfacer los intereses antiterroristas de Washington que los de los afganos, y terminaron colapsando –sin el poderoso apoyo estadounidense– antes de que Estados Unidos hubiera completado su anunciada retirada. Estados Unidos argumentó que existían 300.000 soldados afganos a los que les suministraba un salario para defender el país, pero los sistemas de pago administrados por el gobierno afgano eran tan corruptos que, al final, había tan solo 50.000 soldados reales, mientras que el resto eran “fantasmas” que entregaban el sueldo a sus superiores.(344) Asimismo, los talibanes negociaron acuerdos de amnistía con los líderes tribales locales, que, en muchos casos, arrojaron el abandono de los soldados afganos de sus posiciones sin presentar siquiera batalla.

Finalmente, el 15 de agosto de 2021, los talibanes ingresaron a Kabul, la última ciudad afgana que no estaba bajo el control del grupo, y el presidente del país, Ashraf Ghani, huyó a Tayikistán, lo que dejó en claro que el gobierno respaldado

por Estados Unidos y la comunidad internacional había colapsado. Todo terminó ya con el servicio secreto estadounidense acordando el final de la retirada de sus fuerzas con el liderazgo talibán recién llegado a la capital afgana desde Doha, en una caótica huida que incluyó la imagen de decenas de miles de afganos a la espera de su turno (mientras otros miles quedaban en el camino) para ser evacuados por las fuerzas de Estados Unidos (345).

Todos los comandantes en jefe, Bush, Obama y Trump, habían prometido a sus votantes lo mismo: que no caerían en la trampa de la "construcción nacional" en Afganistán, y todos los presidentes estadounidenses fracasaron estrepitosamente en esa cuestión. Estados Unidos asignó más de 130.000 millones de dólares al desarrollo de un "nuevo Afganistán", es decir, más de lo que gastó –ajustado por inflación– con el Plan Marshall en Europa Occidental después de la Segunda Guerra Mundial. El presidente Trump terminó negociando con ellos un arreglo de retirada más que un acuerdo de paz que incluyese al gobierno afgano. Los talibanes lo comprendieron y negociaron en consecuencia.

Desde que recuperaron el control, los talibanes tomaron medidas que rememoran su anterior dominio del país, en los años noventa: se han documentado numerosas violaciones de derechos humanos, restricciones a la libertad de prensa, una continua caza de antiguos policías y militares afganos, supresión de los derechos de las mujeres y prohibición de que la mayoría de las niñas asistan a la escuela secundaria, junto con disposiciones para que cubran completamente sus cuerpos.(346) El territorio en cuestión también volvió a ser un refugio para Al Qaeda, como quedó de manifiesto el 22 de agosto de 2022, cuando Estados Unidos, en un ataque con aviones no tripulados, mató al líder de Al Qaeda, Aymán al-Zawahirí, dentro de una casa de Kabul.(347)

Hoy, Afganistán es el país más pobre de Asia, con la tasa de alfabetización más baja del continente (considerablemente menor para las mujeres) y la de mortalidad infantil más alta, junto con Yemen.(348) Sus exportaciones no son competitivas por todo el dinero extranjero inyectado en su economía y depende de las importaciones de alimentos, como ya ocurrió durante la ocupación soviética. Con el dinero de su tesoro bloqueado por Estados Unidos y repetidas sequías –atribuidas al cambio climático– que destruyen sus cultivos, cerca de la mitad de la población afgana necesita ayuda alimentaria para no morir de hambre.

A la vez, los talibanes también están repitiendo los errores del pasado. Su

gobierno está compuesto en su totalidad por miembros de la etnia pastún y la facción favorita de los servicios secretos paquistaníes, la denominada Red Haqqani, ocupa algunos de los principales cargos del Emirato Islámico de Afganistán. Hoy parece que existe una relativa calma, pero es probable que solo sea la antesala de una nueva tormenta en la cual la alternativa de gobierno sea el propio Estado Islámico de Afganistán, que está reclutando miembros de los grupos étnicos marginados junto con exintegrantes de las fuerzas de seguridad perseguidos en una situación que recuerda –salvando las distancias– al Irak previo a su explosión en 2014.

310. Briefing Room, “Remarks by President Biden on the way forward in Afghanistan”, The White House, 14-4-21, https://www.whitehouse.gov/briefing-room/speeches-remarks/2021/04/14/remarks-by-president-biden-on-the-way-forward-in-afghanistan/

311. Mehtarkhan hwajamir, “History and problems of education in Afghanistan”, SHS Web of Conferences, Vol 26, N° 01124, 2016. https://doi.org/10.1051/shsconf/20162601124

312. Moubayed, S. (27 de agosto de 2021). The Eva Perón of Afghanistan. New Lines Magazine. https://newlinesmag.com/essays/the-eva-peron-of-afghanistan/

313. “Deposed afghan king Mohammad Zahir Shah”, The New York Times, 18-6-73, https://www.nytimes.com/1973/07/18/archives/deposed-afghan-king-a-bit-of-democracy-an-able-rider.html

314. Ahmed Rashid, Descenso al caos, Península, 2009.

315. Hafizullah Emadi, Politics of the dispossessed: superpowers and developments in the Middle East, Praeger, 2001.

316. Nake M. Kamrany, “The continuing soviet war in Afghanistan”, Current History, Vol. 85, N° 513, 1986, http://www.jstor.org/stable/45315752

317. Vladislav M. Zubok, A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev, University of North Carolina Press, 2007.

318. “Memorandum for the President from Zbigniew Brzezinski. Reflections on Soviet Intervention in Afghanistan, December 26, 1979”, National Security Archive, The George Washington University, 29-1-19, https://nsarchive.gwu.edu/document/18120-document-8-georgy-kornienko-was-top-deputy

319. Emran Feroz, E. “What the CIA did (and didn’t do) in Soviet-occupied Afghanistan. New Lines Magazine, 26-4-21, https://newlinesmag.com/argument/what-the-cia-did-and-didnt-do-in-soviet-occupied-afghanistan/

320. Pablo Richter, “Missiles supplied to afghan rebels come back to haunt U.S.”, Chicago Tribune, 6-10-01, https://www.chicagotribune.com/nation-world/sns-worldtrade-missiles-lat-story.html

321. Artemy Kalinovsky y Sergei Radchenko, “Why Russia no longer regrets its invasion of Afghanistan”, The Washington Post, https://www.washingtonpost.com/outlook/2019/02/15/why-russia-no-longer-regrets-its-invasion-afghanistan/

322. “Barnett Rubin on the soviet invasion of Afghanistan and the rise of the taliban”, Asia Society, 2022, https://asiasociety.org/barnett-rubin-soviet-invasion-afghanistan-and-rise-taliban

323. Zalmay Khalilzad, “Afghanistan in 1995: civil war and a mini-great game”, Asian Survey, Vol. 36, N° 2, 1995, https://doi.org/10.2307/2645816

324. Babar Shah, “Changing Nature of UN Sanctions: A Case Study of Afghanistan”, Strategic Studies, Vol. 21, N° 1, 2001, http://www.jstor.org/stable/45242241

325. “Afghanistan”, U.S. Department of State, 4-3-02, https://2009-2017.state.gov/j/drl/rls/hrrpt/2001/sa/8222.htm

326. Peter Bergen, , Simon & Schuster, Nueva York, 2021.

327. “The 9/11 Commission Report: final report of the National Commission on Terrorist Attacks Upon the United States (9/11 Report)”, Commission on Terrorist Attacks Upon the United States, 21-7-04, https://www.govinfo.gov/app/details/GPO-911REPORT/ 9/11 COMMISSION REPORT

328. Mark Perry, “Afghanistan 15 years on: Obama’s sorriest legacy”, Politico, 8-10-16, https://www.politico.eu/article/afghanistan-war-taliban-15-years-on-barack-obamas-sorriest-legacy/

329. “Operation enduring freedom-Operations”, GlobalSecurity.org, https://www.globalsecurity.org/military/ops/enduring-freedom-ops-air.htm

330. “Hot Pursuit”, The Economist, 17-12-01, https://www.economist.com/unknown/2001/12/17/hot-pursuit

331. Alissa J. Rubin, “Did the war in Afghanistan have to happen?”, The New York Times, 23-8-21. https://www.nytimes.com/2021/08/23/world/middleeast/afghanistan-taliban-deal-united-states.html

332. Ahmed Rashid, Op. Cit.

333. Francesc Vendrell, “What went wrong after Bonn”, Middle East Institute, 18-4-12, https://www.mei.edu/publications/what-went-wrong-after-bonn

334. https://www.diplomatie.gouv.fr/IMG/pdf/The_Constitution_of_the_Islamic_Repu

335. “NATO offensive against taliban begins west of Kandahar”, CBC News, 2-9-06, https://www.cbc.ca/news/world/nato-offensive-against-taliban-begins-west-of-kandahar-1.599961

336. Christopher Coyne, Abigail R. Hall Blanco y Scott Burns, “The war on drugs in Afghanistan: another failed experiment with interdiction”, The

Independent Review, Vol. 21, N° 1, 2016, http://www.jstor.org/stable/43999678

337. Whitlock, C. (9 de diciembre de 2019). Overwhelmed by Opium. The Washington Post. https://www.washingtonpost.com/graphics/2019/investigations/afghanistan-papers/afghanistan-war-opium-poppy-production/

338. Scott Wilson, “Obama: U.S. security is still at stake”, The Washington Post, 2-12-09, https://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2009/12/01/AR2009120101231.html

339. Karen De Young, “U.S. to Launch Peace Talks with Taliban”, The Washington Post, 18-6-13, https://www.washingtonpost.com/world/national-security/us-to-relaunch-peace-talks-with-taliban/2013/06/18/bd8c7f38-d81e-11e2-a016-92547bf094cc_story.html

340. Martin Van Bijlert y Ali Tawar Adili, “When the political agreement runs out: on the future of Afghanistan’s national unity government”, Afghanistan Analysts Network, 29-5-16, https://www.afghanistan-analysts.org/en/reports/political-landscape/when-the-political-agreement-runs-out-on-the-future-of-afghanistans-national-unity-government/

341. Charles Recknagel, “Explainer: Key Points in U.S.-Afghan Bilateral Security Agreement”, Radio Free, 30-9-14, https://www.rferl.org/a/explainer-bsa-afghan-us-security-agreement-bsa/26613884.html

342. David Welna y Colin Dwyer, “U.S. signs peace deal with taliban after nearly 2 decades of war in Afghanistan”, Mundo, 29-2-20,

https://www.npr.org/2020/02/29/810537586/u-s-signs-peace-deal-with-taliban-after-nearly-2-decades-of-war-in-afghanistan

343. Steven Holland, Idrees Ali y Phil Stewart, “Biden set to withdraw U.S. troops from afghanistan by sept. 11”, Reuters, 13-4-21, https://www.reuters.com/world/asia-pacific/biden-pull-us-troops-afghanistan-by-sept-11-sources-say-2021-04-13/

344. Jon King, “Afghanistan’s ‘ghost soldiers’–country fell because 300k troops didn’t exist”, Express, 10-11-21, https://www.express.co.uk/news/world/1519704/Afghanistan-ghost-soldiers-troops-didn-t-exist

345. “Afghanistan: secret Kabul talks between CIA and taliban - US Media”, BBC News, 24-8-21, https://www.bbc.com/news/world-asia-58320516

346. “Afghanistan: taliban’s catastrophic year of rule”, Human Rights Watch, 11-8-22, https://www.hrw.org/news/2022/08/11/afghanistan-talibans-catastrophic-year-rule

347. Emma Graham-Harrison, “Let us deal with it’: inside the elite kabul district where Zawahiri was hit”, The Guardian, https://www.theguardian.com/world/2022/aug/02/ayman-al-zawahiri-kabul-neighbourhood-al-qaida-leader-dead-sherpur

348. “Literacy Rate by Country 2022”, World Population Review, 2022, https://worldpopulationreview.com/country-rankings/literacy-rate-by-country

Epílogo

Luego de los múltiples fracasos en Irak, Afganistán, Libia y Siria –y también en la fallida mediación por la paz entre israelíes y palestinos o en el acuerdo nuclear con Irán–, Estados Unidos parece decidido a cambiar de rumbo en Medio Oriente. El desvanecimiento gradual de la proyección hegemónica estadounidense en la región, iniciada bajo la administración de Barack Obama y continuada por los presidentes Donald Trump y Joe Biden, le dio a Rusia la oportunidad de regresar a la región después de una larga ausencia. Producto de su intervención militar en Siria a partir de 2015, Rusia es el actor individual más poderoso en la actualidad dentro del país y ha conseguido contratos de arrendamiento de cincuenta años para sus bases aéreas y navales, lo que le brinda la capacidad de proyectar su poder en todo el Mediterráneo Oriental. Para una Rusia enfocada en un estatus renovado de potencia –y competencia con Estados Unidos–, el resultado en Siria ha restaurado su influencia regional, lo que le permite convertirse en un factor crítico de equilibrio al suplantar a sus timoratos rivales.

Rusia también tiene un argumento detrás de su estrategia en Siria. Putin cree que las sociedades de Medio Oriente no están maduras para la libertad y que las revueltas populares destinadas a derrocar a sus aliados no tendrán éxito. Ha declarado que la política estadounidense de promoción de la democracia ha provocado un caos generalizado que potenció el yihadismo islámico. Su idea es que Medio Oriente necesita “hombres fuertes” o dictadores, con los cuales Rusia sabe cómo lidiar, y que en la zona –ubicada estratégicamente entre tres continentes y tan importante en cuanto a la energía global y la venta de armas– hay toda una gama de actores que están más que contentos por relacionarse con alguien que les exija poco.

Moscú ha tomado la delantera, pero no es el único que quiere reclamar su lugar de influencia. Debe lidiar con un complejo equilibrio en el norte de Medio Oriente, donde turcos, iraníes, israelíes, kurdos, sirios, iraquíes y hasta estadounidenses buscan acomodar sus agendas contrapuestas, sin final previsible. Lo que vemos en esa zona es la construcción de una nueva arquitectura de seguridad dominada por Rusia, pero también por Irán. Esto ha sucedido en gran parte debido al error de cálculo de Estados Unidos en Irak al

sacar a los talibanes, destruir la supremacía sunnita de Sadam y ayudar a los chiítas a llegar al poder, lo que abrió la oportunidad para la formación de una creciente chiíta que se extiende desde Irán hasta el Líbano.

Los chiítas están ganando en el norte de Medio Oriente por varias razones. En un inicio, cuando las agencias de inteligencia occidentales pensaron que los rebeldes sunnitas ganarían la guerra en Siria, cometieron el error de ver el país del Levante como un territorio delimitado por fronteras impenetrables. Asumieron que la disputa siria favorecería a los árabes sunnitas porque estos eran más numerosos y representaban a cerca del 70% de la población contra poco más del 10% de los alauitas, pero pronto Siria se convirtió en un campo de batalla regional donde se produjo una limpieza étnica sunnita y una penetración de los chiítas y aliados. A la mayoría de los millones de refugiados musulmanes sunnitas que huyeron no se les permitió ni se les permitirá regresar. Esa es una verdadera reorganización demográfica que tendrá un gran impacto en esa disputada parte de Medio Oriente hoy. Si contamos la cantidad de árabes que viven en la actualidad entre el mar Mediterráneo y la frontera iraní, predominan los chiítas –en el Líbano e Irak– y sus aliados alauitas.

Las tensiones entre Irán e Israel se han potenciado a medida que el país persa ha penetrado más y más en el mundo árabe. Ambos están involucrados en una guerra de desgaste: en Siria (donde Irán tuvo la oportunidad de rodear Israel con el establecimiento de bases propias y milicianos) y el Líbano (Hezbollah, dependiente del dinero iraní, tiene entre 120.000 y 150.000 armas balísticas dirigidas a Israel), en el ciberespacio y en sus propios territorios. Israel ve como una amenaza existencial que otro país de Medio Oriente tenga armas nucleares, y ha establecido como un proyecto de Estado detener el programa nuclear de Irán; por eso, ha operado abiertamente en su suelo destruyendo infraestructura e incluso matando a su principal científico nuclear.

Las monarquías árabes del golfo, vecinas de Irán, también se sienten amenazadas a medida que los iraníes amplían su alcance en la región y Estados Unidos reduce su compromiso confrontativo o busca alternativas de negociación con los iraníes (como el acuerdo nuclear que Biden trata de reflotar). Les preocupa en demasía la búsqueda de capacidad nuclear iraní junto con el uso de sus proxies en el mundo árabe para atacar no solo los intereses de Estados Unidos e Israel, sino también los de ellos. El Irán de los ayatolás siempre fue expansionista: solo estuvo en reposo por acción externa. El expansionismo iraní es esencial para la naturaleza misma de su sistema; para dejar de ser

expansionistas, también deben dejar de ser revolucionarios. El gran problema de dicha misión son sus propios límites naturales: Irán, al ser un país persa y chiíta, tiene una capacidad de expansión limitada en un Medio Oriente que, a pesar de los cambios demográficos en el norte, sigue siendo mayoritariamente árabe y sunnita.

En 2020, luego de que Irán fuera identificado como responsable de los ataques contra petroleros e instalaciones saudíes, Emiratos Árabes y Bahrein citaron la amenaza iraní como una razón para forjar un acuerdo de paz histórico con Israel denominado Acuerdos de Abraham (Arabia Saudita no formó parte, pero actuó como el gran titiritero). Una alianza estratégica, camuflada como arreglo de paz, que también estaba dirigida a Turquía. Pronto, el liderazgo turco, encarnado en su presidente, Recep Erdogan, evaluó la nueva situación –que se sumaba a su crisis económica y la derrota compartida con Catar en tratar de impulsar el islamismo durante la Primavera Árabe– y comenzó a acercarse nuevamente a Israel, Arabia Saudita y Emiratos Árabes (Catar hizo lo propio, y declaró una tregua con sus antiguos rivales del golfo y expulsó a los líderes de la Hermandad Musulmana que estaban refugiados en el reino).

La postura regional de Turquía se extiende por todo Medio Oriente hasta el Cuerno de África, en conflicto directo con las políticas seguidas por Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Estados Unidos e Israel. En otras latitudes, como Siria, Libia y Azerbaiyán, sus acciones colisionan con las de Rusia, que respalda en todos esos sitios bandos opuestos a los que apoyan los turcos. Pero, a pesar de las posiciones encontradas, los dos países se han enfocado en los objetivos que comparten y, en gran medida, han logrado una convivencia. En el presente, con una invasión rusa a Ucrania que no ha resultado como se esperaba y con sanciones occidentales que intentan acorralarlo, Putin ha encontrado en el "hombre fuerte" de Erdogan una importante línea de vida. No solo Turquía se ha rehusado a unirse a las sanciones de Europa, Canadá y Estados Unidos, sino que es, además, el único país de la OTAN que sigue con sus espacios aéreo y marítimo abiertos a las fuerzas militares turcas, así como el terrestre, a su dinero.

Erdogan también ha utilizado el conflicto para lucirse como el único líder con un pie en la OTAN que encuentra un oído atento en Putin mientras autoriza la venta de drones a Ucrania y logra, a la vez, poner el trigo ucraniano en el mercado. A Rusia le interesa una Turquía dentro de la Alianza Atlántica, pues así profundiza su dicotomía de ser un aliado que actúa muchas veces contra los intereses de la organización y la debilita.

Otro actor –técnicamente, el mayor aliado regional de Estados Unidos– que participó en el salvataje de Putin ha sido la nueva Arabia Saudita del príncipe heredero Mohamed bin Salmán (quien, con solo 37 años, indica que puede estar a cargo de su país por lo menos tres o cuatro décadas, si la salud lo acompaña). MBS, como se conoce al futuro monarca, dio el visto bueno para una millonaria inversión en compañías energéticas de Rusia y, cuando el bloque occidental redujo su importación de petróleo ruso, aprovechó la oportunidad para duplicar la cantidad de fueloil que compraban a Moscú para sus centrales eléctricas, con lo que liberó el propio crudo para la exportación.

Arabia Saudita y Rusia vienen colaborando en el esfuerzo de mantener un precio del petróleo alto desde hace tiempo. Después de que esos valores colapsaran, a fines de 2014 y 2015, Moscú y Riad se aliaron para evitar que las empresas estadounidenses dominaran el mercado energético mundial –con el auge de su producción de petróleo y gas de lutita– y avanzaran en su deseo de alejar al mundo de los combustibles fósiles. Incluso recientemente, cuando el presidente estadounidense alentó a Arabia Saudita a producir más petróleo, este, en cambio, redujo su producción. No obstante, y a pesar de las apariencias, los sauditas no buscan socios: solo clientes

A propósito de Israel, Turquía y Arabia Saudita, Estados Unidos tiene grandes inconvenientes con sus denominados aliados en Medio Oriente, los cuales siguen cursos de acción que no siempre benefician sus planes e intereses. Estos "amigos" con juego independiente observan que, mientras que la mayor potencia mundial afirma que su compromiso con la seguridad en Medio Oriente sigue siendo inquebrantable, el enfoque bipartidista de los estadounidenses vira hacia Rusia y China.

La República Popular China, la segunda economía más grande del mundo y con una población cuatro veces mayor que la de Estados Unidos, se acerca cada vez más a la región con inversiones en tecnología, infraestructura, energía y defensa. La "intervención" económica china es con todos: desde las monarquías sunnitas, con paso por los chiítas revolucionarios, hasta el Estado judío. China se ha convertido en la principal fuente de inversión extranjera en Medio Oriente. Arabia Saudita es su socio primordial, que no solo suministra el 25% de las importaciones de petróleo de China, sino que, como régimen estable y de alcancía abultada, es el líder indiscutible del golfo. China precisa gas y petróleo para su rápido crecimiento económico y los Estados árabes del golfo Pérsico necesitan ingresos de exportación para financiar la diversificación de sus

economías.

Con Irán, China tiene el compromiso de acelerar la implementación de la asociación económica y estratégica por 25 años acordada en 2021, que es vista por los iraníes como un escudo protector contra las sanciones estadounidenses. Y con Israel, los chinos tienen como objetivo firmar un acuerdo de libre comercio para los próximos años, mientras que la balanza económica bilateral alcanzó en 2021 los 22.800 millones de dólares.

China se ha abstenido hasta ahora de intervenir en los conflictos internos, aunque puede ser que tenga que proceder aún con mayor cautela para proteger sus inversiones masivas, ahora que Estados Unidos está señalando su intención de alejarse. China ha establecido su posición dominante dejando que Washington se ocupase de los problemas de seguridad. Los dos países seguirán siendo rivales, pero no desean, por ahora, ir más allá en Medio Oriente.

China se abstuvo en la votación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que condenó la invasión rusa de Ucrania, lo que indica que, aunque está del lado de Moscú en su lucha contra la hegemonía estadounidense, no desea involucrarse en problemas que no son suyos. Hoy, la tendencia de China está centrada en los negocios y se mantiene al margen de la política local, de modo similar a la que impulsó Estados Unidos a principios del siglo XX, cuando desplazó a Gran Bretaña.

Mientras todos se concentran en el hoy y juegan a la ruleta rusa con el mañana, queda implícito que las fuerzas impulsoras en el Medio Oriente de la actualidad ya no son la ideología o la religión, sino la economía y los intereses estratégicos. Sin embargo, la situación podría deteriorarse rápidamente en un territorio lleno de situaciones desestabilizantes y donde pocas veces hay ganadores claros. Por lo tanto, recordando una frase que se le atribuye a más de un protagonista de la región, Medio Oriente es ese sitio donde siempre acontece algo nuevo; por eso, puede que todo de lo que se habla esta semana ya no sea valioso la próxima.

Octubre de 2022

Cronología

1901

El inglés William Knox D’Arcy consigue los derechos exclusivos para buscar petróleo en Persia.

1908

Se encuentra petróleo en Persia, hoy Irán, y Rebelión de los Jóvenes Turcos contra el sultán Abdul Hamid II.

1914

Empieza la Primera Guerra Mundial: el Imperio Otomano participa en el bando de Alemania y el Imperio Austro-Húngaro.

1915

Se inicia el genocidio armenio.

1916

Se firma el acuerdo secreto Sykes-Picot entre Gran Bretaña, Francia y Rusia para dividirse las zonas del Imperio Otomano en Medio Oriente.

1917

La Corona Británica publica la Declaración de Balfour, donde anuncia su intención de fomentar un “Hogar Judío” en el territorio de Palestina.

1918

Fin de la Primera Guerra Mundia.l

1920

Se firma el Tratado de Sèvres y se deciden los mandatos coloniales para Palestina, Siria y la Mesopotamia.

1922

Abolición del Sultanato Otomano. Independencia nominal de Egipto. Se proclama el reino de Irak.

1923

Se firma el Tratado de Lausana, se proclama la República de Turquía.

1924

Disolución del Califato Otomano.

1925

Reza Khan es declarado Shah de Persia.

1927

Descubrimiento de petróleo en Irak.

1928

Se crea la Hermandad Musulmana en Egipto.

1929

Se produce la Masacre de Hebrón contra la comunidad judía.

1932

Ibn Saud unifica Hejaz y Nejd declarando el reino de Arabia Saudita.

1934

Las mujeres en Turquía comienzan a gozar del pleno derecho a voto.

1935

El Shah Reza Pahlavi cambia el nombre de Persia por el autóctono Irán.

1936

Se inicia la Revuelta Árabe en Palestina contra la inmigración judía y el mandato

británico.

1938

Descubrimiento del petróleo en Arabia Saudita.

1939

Comienza la Segunda Guerra Mundial.

1944

Independencia del Líbano.

1945

Se funda la Liga Árabe. Fin de la Segunda Guerra. Se independiza Siria.

1946

Independencia de Jordania.

1947

Naciones Unidas vota la partición de “Palestina” en dos Estados: árabe y judío. La medida es rechazada por los países árabes y el liderazgo palestino.

1948

Israel declara su independencia. Nakba palestina. Guerra Árabe-Israelí.

1951

Asesinato del rey jordano Abdullah.

1952

El Movimiento de Oficiales Libres termina con la monarquía en Egipto.

1953

La CIA y el MI6 voltean al gobierno del Primer Ministro Mohamed Mossadegh en Irán.

1955

Se firma el Pacto de Bagdad para frenar el comunismo en Medio Oriente.

1956

Nacionalización del Canal de Suez e invasión tripartita de Israel, Gran Bretaña y Francia.

1957

Jordania da por terminado el acuerdo británico-jordano.

1958

Cae la monarquía haschemita en Irak. Crisis en el Líbano.

1960

Se funda la OPEP.

1962

Kuwait declara su independencia.

1963

La República Árabe de Yemen anuncia su independencia. Se produce un golpe de Estado en Irak.

1964

Se crea la OLP.

1967

Se produce la Guerra de los Seis Días donde Israel ocupa Cisjordania, Gaza, las Alturas del Golán y la Península del Sinaí. La República Democrática Popular de Yemen declara su independencia.

1968

El Partido Baaz llega al poder en Irak.

1969

Muammar Gaddafi se proclama líder de Libia.

1970

La familia al-Assad toma al poder en Siria. Septiembre Negro en Jordania.

1971

Bahrein y Qatar se independizan. Se constituyen los Emiratos Árabes Unidos. Se descubre gas natural en el noreste de Qatar.

1973

Guerra de Yom Kippur entre Israel y Egipto y se produce el boicot petrolero de los países árabes apoyando a los egipcios.

1975

Se inicia la Guerra civil en el Líbano. Asesinato del rey Faisal de Arabia.

1976

Siria invade el Líbano.

1977

Presidente de Egipto Anwar al-Sadat visita Israel.

1979

Tratado de paz entre Egipto e Israel. Revolución Islámica en Irán. Toma de la Gran Mezquita de la Meca. La Unión Soviética invade Afganistán.

1980

Guerra Irak-Irán.

1981

Asesinato del presidente egipcio Anwar al-Sadat.

1982

Israel invade el Líbano y expulsa a la OLP que se traslada a Túnez. Asesinato de Bashir Gemayel.

1983

Atentado a la embajada de Estados Unidos y los cuarteles de la Marina en el Líbano.

1987

Primera Intifada Palestina.

1988

Finaliza la guerra entre Irak e Irán. El escritor egipcio Naguib Mahfuz se convierte en el primer escritor árabe en ganar el Premio Nobel de Literatura.

1989

La Unión Soviética se retira de Afganistán. Muere Ruhollah Khomeini.

1990

Irak invade Kuwait. Finaliza la Guerra Civil Libanesa.

1991

Guerra del Golfo. Conferencia de Madrid.

1993

Se firman los Acuerdos de Oslo donde Israel y la OLP se reconocen mutuamente comprometiéndose a futuras negociaciones.

1994

Tratado de Paz Jordano-Israelí.

1995

Asesinato del Primer Ministro israelí Yitzhak Rabin.

1996

Benjamin Netanyahu llega al poder en Israel.

2000

Retirada israelí del Líbano. Segunda Intifada Palestina. Asunción de Bashar al-Assad en Siria.

2001

Ataque de Al Qaeda a las Torres Gemelas. Invasión estadounidense en Afganistán.

2003

Invasión de Estados Unidos a Irak.

2004

Muere Yasser Arafat.

2005

Israel abandona las colonias judías en Gaza. Siria se retira del Líbano.

2006

Guerra civil en Irak y Guerra Israel-Hezbollah.

2009

Protestas electorales en Irán. Discurso de Barack Obama al mundo árabe.

2011

Se inicia la Primavera Árabe. Levantamiento y Guerra Civil en Siria.

2012

La Hermandad Musulmana triunfa electoralmente en la primera elección democrática de la historia egipcia. Crisis de refugiados sirios.

2013

Golpe de Estado en Egipto. Uso de armas químicas en Siria.

2014

El Estado Islámico conquista Mosul.

2015

Irán firma acuerdo nuclear con potencias extranjeras. Rusia interviene en Siria. Se inicia la guerra civil en Yemen: intervención de monarquías del Golfo.

2016

Fracasa el golpe de Estado contra Recep Tayipp Erdogan en Turquía.

2017

Bloqueo contra Catar. Irak declara la derrota del Estado Islámico. Estados Unidos traslada su embajada ante Israel a Jerusalén.

2018

Estados Unidos abandona el Acuerdo Nuclear con Irán.

2019

Nuevas protestas en el mundo árabe e Irán.

2020

Asesinato del general iraní Qassem Suleimani. Crisis económica en el Líbano. Se normalizan las relaciones entre Israel, Emiratos Arabes Unidos y Bahrein

2021

Retirada estadounidense de Afganistán.

2022

Estados Unidos mata al líder de Al Qaeda en Kabul. Manifestaciones y rebelión de mujeres en Irán.

Libros y referencias

Rania Abouzeid, No Turning Back: Life, Loss, and Hope in Wartime Syria, 2018.

Roger Adelson, London and the Invention of the Middle East: Money, Power, and War, 1902-1922, 1995.

Janet Afary, The Iranian Constitutional Revolution: Grassroots Democracy, Social Democracy, and the Origins of Feminism, 1996.

Leila Ahmed, Women and Gender in Islam: Historical Roots of a Modern Debate, 1993.

Wanda Alberts, Integrative Religious Education in Europe: A Study of Religions Approach, 2007.

Ervand Abrahamian, Khomeinism, 1993.

Ervand Abrahamian, A History of Modern Iran, 2009.

Fouad Ajami, The Foreigner's Gift: The Americans, the Arabs, and the Iraqis in Iraq, 2006.

Fouad Ajami, The Vanished Imam: Musa al Sadr and the Shia of Lebanon, 2012.

Fouad Ajami, The Dream Palace of the Arabs: A Generation's Odyssey, 2009.

Fouad Ajami, The Arab Predicament, 1981.

Yoav Alon, The Shaykh of Shaykhs: Mithqal al-Fayiz and Tribal Leadership in Modern Jordan, 2016.

Shlomo Ben Ami, Cicatrices de guerra, heridas de paz: la tragedia árabe-israelí, 2005.

Moshe Amirav, Jerusalem Syndrome: The Palestinian-Israeli Battle for the Holy City, 2009.

Scott Anderson, Lawrence in Arabia: War, Deceit, Imperial Folly and the Making of the Modern Middle East, 2014.

Seth Anziska, Preventing Palestine: A Political History from Camp David to Oslo, 2018.

Shaul Arieli, People and Borders: about the israelí- Palestinian conflict, 2013.

Reza Aslan, How to Win a Cosmic War: Confronting Radical Religion, 2010.

Andrew Arsan, Lebanon: A Country in Fragments, 2018.

Talal Asad, Genealogies of Religion: Disciplines and Reasons of Power in Christianity and Islam, 1993.

Hanan Ashrawi, This side of peace, 1995.

Reza Aslan, No dios, sino Dios, 2016.

Yehuda Avner, The Prime Ministers, 2010.

Michael Axwothy, Revolutionary Iran: A History of the Islamic Republic, 2013.

Abdul Rahman Azzam, Saladin: The Triumph of the Sunni Revival, 2014.

Nir Baram, A Land Without Borders: My Journey Around East Jerusalem

and the West Bank, 2017.

James Barr, Lords of the Desert: Britain’s Struggle with America to Dominate the Middle East, 2018.

James Barr, A Line in the Sand: The Anglo-French Struggle for the Middle East 1914-1948, 2012.

John Calvert, Sayyid Qutb and the Origins of Radical Islamism, 2009.

Diana Clarke, My House in Damascus: An Inside View of the Syrian Revolution, 2014.

Nicholas Blandford, Killing Mr Líbano, 2009.

Christopher de Bellaigue, Muhammad Mossadegh, patriot of persia, 2013.

Christopher de Bellaigue, En el jardín de rosas de los mártires: una memoria de Irán, 2006.

Christopher de Bellaigue, The Islamic Enlightenment: The Modern Struggle Between Faith and Reason, 2018.

Yossi Beilin, Touching Peace: From the Oslo Accord to a Final Agreement, 1999.

Joel Beinin y Frédéric Vairel, Social Movements, Mobilization and Contestation inthe Middle East and North Africa, 2011.

Gertrude Bell, A woman in Arabia: The writings of the Queen of the desert, 2015.

Ian Black, Zionism and the Arabs 1936-1939, 1986.

Ian Black, Enemies and Neighbors: Arabs and Jews in Palestine and Israel, 1917-2017, 2017.

Jeremy Bowen, The Arab Uprisings, 2012.

L. Carl Brown, International Politics and the Middle East. Old Rules, Dangerous Game, 1984.

Thanassis Cambanis, A Privilege to Die: Inside Hezbollah's Legions and Their Endless War Against Israel, 2010.

Thanassis Cambanis, Once Upon A Revolution: An Egyptian Story, 2015.

Thanassis Cambanis, Hybrid Actors: Armed Groups and State Fragmentation in the Middle East, 2019.

Soner Cagaptay, Erdogan's Empire: Turkey and the Politics of the Middle East, 2019.

Patrick Cockburn, The Jihadis Return: ISIS and the New Sunni Uprising, 2015.

Hillel Cohen, 1929: Year Zero of the Arab-Israeli Conflict, 2015.

Juan Cole, Muhammad, 2018.

Sam Dagher, Assad or We Burn the Country: How One Family's Lust for Power Destroyed Syria, 2019.

Sami H. Dessouki, Suez Canal: Changing world, 1956-2000, 1982.

Janine Di Giovanni, The Morning They Came for Us: Dispatches from Syria, 2016.

Robert Draper, To Start a War: How the Bush Administration Took America to Irak, 2020.

Abba Eban, Una Autobiografía, 1977.

Richard Engel, And Then All Hell Broke Loose: Two Decades in the Middle East, 2017.

Akiva Eldar y Idith Zertal, Lords of the land, the settlers and the State of Israel 1967-2004, 2004.

Khaled Elgindy, Blind Spot: America and the Palestinians, from Balfour to Trump, 2019.

Amos Elon, The Israelis, founders and sons, 1971.

Yasmine El Rashidi, Chronicle of a Last Summer: A Novel of Egypt, 2016.

Mona Eltahawy, Headscarves and Hymens: Why the Middle East Needs a Sexual Revolution, 2016.

Dan Ephron, Killing a King: the murder ofYitzhak Rabin and the remaking of Israel, 2015.

Noura Erakat, Justice for Some: Law and the Question of Palestine, 2019.

John L. Esposito y Natana De Long-Bas,Women in Muslim Family Law, 2002.

Leila Fawaz, An Occasion for War: Civil Conflict in Lebanon and Damascus in 1860, 1995.

Dexter Filkins, The Forever War, 2008.

Caroline Finkel,Osman's dream. a history of the Otoman Empire 1300-1923, 2005.

Robert Fisk, Pity the Nation: Lebanon at War, 2001.

Robert Fisk, The Great War for Civilisation: The Conquest of the Middle East, 2006.

Martyn Frampton, The Muslim Brotherhood and the West: A History of Enmity and Engagement, 2018.

Nancy K. Frankenberry y Hans H. Penner, Language, Truth, and Religious Belief, 1999.

Nancy K. Frankenberry, Radical Interpretation in Religion, 2002.

Robert O. Freedman, Soviet Policy Toward the Middle East Since 1970, 1982.

Robert Friedman, Zealots for Zion: Inside Israel's West Bank Settlement Movement, 1992.

Matti Friedman, Spies of No Country: Secret Lives at the Birth of Israel, 2019.

David Fromkin, A peace to end all peace, 1989.

Robert Gates, Duty, 2014.

Haim Gerber, Los orígenes sociales del medio Oriente Moderno, 1987.

Fawaz A. Gerges, Contentious Politics in the Middle East: Popular Resistance and Marginalized Activism beyond the Arab Uprisings, 2015.

Fawaz A. Gerges, Obama and the Middle East: The End of America's Moment?, 2012.

David Gilmour, Curzon: Imperial Statesman, 1994.

Mike Giglio, Shatter the Nations: ISIS and the War for the Caliphate, 2019.

Charles Glass, Syria Burning: A Short History of a Catastrophe, 2016.

Crawford Gribben, Writing the Rapture: Prophecy Fiction in Evangelical America, 2009.

Micah Gooman, Catch-67: The Left, the Right, and the Legacy of the Six-Day War, 2018.

Gershom Gorenberg, The accidental empire: Israel and the birth of the settlements 1967-1977, 2006.

Yassin al-Haj Saleh, The Impossible Revolution: Making Sense of the Syrian Tragedy, 2017.

Carol Hakim, The Origins of the Lebanese National Idea: 1840–1920, 2013.

Willian James Harris, Lebanon: A History, 600-2011, 2012.

Peter Hessler, The Buried: Life, Death and Revolution in Egypt, 2019.

Clive Jones y Yoel Guzansky, Fraternal Enemies: Israel and the Gulf

Monarchies, 2019.

Rosalind I. J. Hackett, Proselytization Revisited: Rights Talk, Free Markets and Culture Wars, 2008.

Najam Haider, Shi'i Islam: An Introduction (Introduction to Religion), 2014.

Fred Halliday, Arabia without sultans, 1974.

Fred Halliday, Nation and Religion in the middle east, 2013.

Mark L. Haas, The Clash of Ideologies: Middle Eastern Politics and American Security, 2012.

Aylmer L. Haldane, The insurrection of Mesopotamia, 1922.

Clement Hall, The History of Syria: 1900-2012, 2013.

Shadi Hamid, Temptations of power, islamists and the iliberal democracy in Middle East, 2014.

Jane Hathaway, The Arab Lands under Ottoman Rule: 1516-1800, 2008.

Lesley Hazleton, After the Prophet: The Epic Story of the Shia-Sunni Split in Islam, 2009.

Mile Hokayem, Syria's Uprising and the Fracturing of the Levant, 2013.

Tom Holland, Dominion: The Making of the Western Mind, 2019.

Steven Headman y Reinoud Leenders, Middle East Authoritarianisms. - Governance, Contestation, and Regime Resilience in Syria and Iran, 2013.

Ali E. Hillal Dessouki, Islamic resurgence in the Arab world, 1983.

David Hirst, Beware of the small States. Lebanon, battleground of the middle east, 2010.

Bruce Hoffman, Anonymous Soldiers: The Struggle for Israel, 1917-1947, 2015.

Albert Hourani, Historia de los Árabes, 1991.

Michael C. Hudson, Arab Politics. The Search for Legitimacy, 1977.

Ed Husain, The House of Islam: A Global History, 2018.

Jeppe S. Jensen, The Study of Religion in a New Key: Theoretical and Philosophical Soundings in the Comparative and General Study of Religion, 2003.

Abdel Kader, Historia del Conflicto Judeo-árabe, 1961.

Lorenzo Kamel, Imperial Perceptions of Palestine. British Influence and Power in Late Ottoman Times, 2015.

Amy Kaplan, Our American Israel: The Story of an Entangled Alliance, 2018.

Nikkie R. Keddie, Modern Iran, 2006.

Asher Kaufman, Contested Frontiers in the Syria-Lebanon-Israel Region: Cartography, Sovereignty, and Conflict, 2014.

Gilles Kepel, El profeta y el faraón, extremismo musulmán en Egipto, 1985.

Gilles Kepel, La Yihad, 2000.

Samir Khalaf, Heart of Beirut, 2013.

Rashid Khalidi, Palestinian Identity: The Construction of Modern National Consciousness, 1998.

Rashid Khalidi, The Iron Cage: The Story of the Palestinian Struggle for Statehood, 2007.

Rashid Khalidi, Palestinian Identity: The Construction of Modern National, 2009.

Rashid Khalidi, Crisis de siembra. La guerra fría y el dominio estadounidense en el Medio Oriente, 2009.

Rashid Khalidi, The Hundred Years War on Palestine: A History of Settler Colonialism and Resistance, 1917-2017, 2018.

Philip S. Khoury, Urban Notables and Arab Nationalism: The Politics of Damascus 1860-1920 , 2010.

Philip S. Khoury, Syria and the French Mandate: Politics of Arab Nationalism, 1920-45, 1986.

Baruch Kimmerling y Joel S Migdal, The Palestinian People: A History, 2003.

Stephen Kinzer, All the Shah's men: an american coup, 2008.

David D. Kirkpatrick, Into the Hands of the Soldiers: Freedom and Chaos in Egypt and the Middle East, 2018.

Aaron S. Klieman, Soviet Union and The Middle East, 1970.

Aaron Klieman, Foundations of British Policy in the Arab World: The Cairo Conference of 1921, 1970.

T. E. Lawrence, Seven Pillars of Wisdom: A Triumph, 2000.

David Landau, Arik: The Life of Ariel Sharon, 2014.

Robert Lacey, Inside the kingdown: kings, clerigs, modernists, terrorists and the struggle for saudi arabia, 2009.

Jon Lee Anderson, The Fall od Baghdad, 2004.

Raphael Lefevre, Ashes of Hama: The Muslim Brotherhood in Syria, 2013.

David W. Lesch, The Middle East and the United States, 2018.

Bernard Lewis, The Middle East: 2000 Years of History from the Rise of Christianity to the Present Day, 2001.

Marc Lynch, The New Arab Wars: Uprisings and Anarchy in the Middle East, 2016.

Martin Lings, Muhammad: His Life Based on the Earliest Sources, 2006.

Charles Lister, The Syrian Jihad: The Evolution of An Insurgency, 2017.

Tim Mackintosh-Smith, Arabs: A 3,000 Year History of Peoples, Tribes and Empires, 2019.

Rusell T. McCutcheon, The Discipline of Religion: Structure, Meaning, Rhetoric, 2003.

Mahmood Mandani, Citizen and Subject. Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism, 1996.

Hooman Majd, The Ayatollahs' Democracy: An Iranian Challenge, 2012.

Peter Mansfield, A History of the Middle East, 2013.

David Martin, On Secularization: Towards a Revised General Theory, 2005.

Louise Marlow, Dreaming Across Boundaries: The Interpretation of Dreams in Islamic Lands, 2008.

Toby Matthiesen, The Other Saudis: Shiism, Dissent And Sectarianism , 2014.

Nur Masalha, Palestine: A Four Thousand Year History, 2018.

Nur Masalha, Expulsion of the Palestinians: The Concept of “Transfer” in Zionist Political Thought, 1882-1948, 1992.

Toby Matthiesen, Sectarian Gulf: Bahrain, Saudi Arabia, and the Arab Spring That Wasn’t , 2013.

Azadeh Maven, Guest House for Young Widows: among the women of ISIS, 2019.

John J. Mearsheimer y Stephen M Walt, The Israel Lobby and US Foreign Policy, 2008.

Noha Mellor, Voice of the Muslim Brotherhood: Da'wa, Discourse, and Political Communication, 2007.

Abbas Milani, Shah, 2012.

Beverley Milton-Edwards, The Muslim Brotherhood: The Arab Spring and its future face, 2015.

Beverly Milton Edwards, Contemporary Politics in the Middle East, 2008.

Valentine Moghadam, From Patriarchy to Empowerment: Women's Participation, Movements, and Rights in the Middle East, North Africa, and South Asia, 2007.

Yasmine Mohammed, Unveiled: How Western Liberals Empower Radical Islam, 2019.

Elizabeth Monroe, Britain's Moment in the Middle East, 1914-1971, 1981.

Simon Sebag Montefiore, Jerusalem: The Biography, 2012.

Benny Morris, The Birth of the palestinian refugge problem, 1987.

Benny Morris, The Birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947-1949, 1989.

Benny Morris, The Road to Jerusalem, Glub Pasha, Palestine and the jews, 2002.

Benny Morris, Righteous Victims: A History of the Zionist-Arab Conflict, 1881-1998, 1999.

Benny Morris, 1948: A History of the First Arab-Israeli War, 2009.

Stephennie Mulder, The Shrines of the ‘Alids in Medieval Syria: Sunnies, Shi’is and the Architecture of Coexistence, 2014.

Vali Nasr, The Shia Revival: How Conflicts within Islam Will Shape the Future, 2007.

Benjamin Netanyahu, Place Among the Nations, 1993.

Sari Nusseibeh, Once Upon a Country: A Palestinian Life, 2008.

Michael Oren, La guerra de los Seis Días y la construcción del Medio Oriente Moderno, 2002.

Tarek Osman, Islamism: What it Means for the Middle East and the World, 2016.

Tarek Osman, Egypt on the Brink: From the Rise of Nasser to the Fall of Mubarak, 2011.

Michelle Pace, The Palestinian Authority in the West Bank: The Theatrics of Woeful Statecraft, 2018.

Nicolas Pelham, A New Muslim Order: The Shia and the Middle East Sectarian Crisis, 2007.

Shimon Peres, No Room for Small Dreams: Courage, Imagination, and the Making of Modern Israel, 2018.

Gabriel Piterberg, The returns of zionism, 2005.

Michael Provence, The Last Ottoman Generation and the Making of the Modern Middle East, 2017.

William B. Quandt, Peace Process: American Diplomacy and the Arab-Israeli Conflict since 1967, 2005.

Ahmed Qurei, Beyond Oslo, the Struggle for Palestine: Inside the Middle East Peace Process from Rabin's Death to Camp David, 2008.

Tariq Ramadan, Islam: The Essentials, 2017.

Ahmed Rashid, Descenso al caos, 2008.

John F. Richards, The Mughal Empire, 1995.

Charles River (edit.), The French Mandate for Syria and the Lebanon, 2019.

James A. Reilly, Fragile Nation, Shattered Land: The Modern History of Syria, 2018.

Eugene Rogan, Los árabes: del Imperio otomano a la actualidad, 2018.

Nir Rosen, Aftermath. Following the Bloodshed of America's Wars in the Muslim World, 2010.

Dennis Ross, The Missing Peace: The Inside Story of the Fight for Middle East Peace, 2005.

Karl Sabbagh, Britain in Palestine: The Story of British Rule in Palestine 1917-1948, 2012.

John Sabini, Armies on the Sand: The Struggle for Mecca and Medina, 1981.

Edward Said, The Question of Palestine, 1992.

Riad Sattouf, El Arabe del futuro, 2016.

Yezid Sayigh, Armed Struggle and the Search for State: The Palestinian National Movement, 1949-1993, 1997.

Tom Segev, 1967: Israel, the War, and the Year that Transformed the Middle East, 2007.

Tom Segev, One Palestine, Complete: Jews and Arabs Under the British Mandate, 2013.

Annmarie Schimmel, The Empire of the Great Mughals: History, Art and Culture, 2005.

Elaine Sciolino, Persian Mirros, 2000.

Michael Sfard, The Wall and the Gate: Israel, Palestine, and the Legal Battle for Human Rights, 2018.

Anthony Shadid, House of Stone, 2012.

Anthony Shadid, Night Draws Near: Iraq’s People in the Shadow of America’s War, 2005.

Anita Shapira, Israel: A History, 2014.

Huda Sharawi, Las memorias de una feminista egipcia, 1986.

Gary Sick y Lawrence Potter, Security in the Persian Gulf. Origins, Obstacles, and the Search for Consensus, 2002.

Avi Shalim, Iron Wall, 2014.

Michael Stanislawski, Zionism: A Very Short Introduction, 2016.

Tom Segev, A State at Any Cost: The Life of David Ben-Gurion, 2018.

Dan Senor y Saul Singer, Start-Up Nation: The Story of Israel’s Economic Miracle, 2009.

Patrick Seale, Assad, and the fight for Middle East, 1988.

Patrick Seale, The Fight for Siria, 1965.

Amira Sonbol, Women, the Family, and Divorce Laws in Islamic History, 1996.

Emma Sky, In A Time Of Monsters: Travels Through a Middle East in Revolt, 2019.

Avi Shalim, The lion of Jordan: The life of king Hussein, 2007.

Raja Shehadeh, Going Home: A Walk Through Fifty Years of Occupation, 2019.

Nicola Sutcliff, Queens of the Kingdom: The Women of Saudi Arabia SpeakKindle, 2019.

Andrew Tabler, In the Lion's Den: An Eyewitness Account of Washington Battle

Patrick Tyler, A World of Trouble: The White House and the Middle East, 2010.

Ray Takeyh, Hidden Iran: Paradox and Power in the Islamic Republic, 2006.

Shibley Telhami, The Stakes: America and the Middle East, 2003.

Shabtai Teveth, Ben-Gurion and the Palestinian Arabs: From Peace to War, 1985.

Benjamin Thomas, White, Emergence of Minorities in the Middle East, 2012.

Mariz Tadros, Resistance, Revolt, and Gender Justice in Egypt, 2016.

Eric Trager, Arab Fall: How the Muslim Brotherhood Won and Lost Egypt in 891 Days, 2016.

Charles Tripp, A History of Irak, 2000.

Christopher Tyerman, The World of the Crusades, 2019.

Kristian Coates Ulrichsen, Small States with a Big Role: Qatar and the United Arab Emirates in the Wake of the Arab Spring, 2012.

Alexei Vassiliev, La historia de Arabia Saudita, 2000.

Stephen M. Walt, Los orígenes de las alianzas, 1987.

Chaim Weismann, The Essential Chaim Weizmann. The Man, the Statesman, the Scientist, 1982.

Michael Weiss y Hassan Hassan, ISIS: Inside the Army of Terror, 2015.

Alexander Wendt, Social Theory of International Politics, 1999.

Stefan Winter, A History of the ‘Alawis: From Medieval Aleppo to the Turkish Republic, 2016.

Stefan Winter, The Shiites of Lebanon under Ottoman Rule, 1516–1788, 2010.

Graeme Wood, The Way of the Strangers: Encounters with the Islamic State, 2016.

Bob Woodward, Obama’s Wars, 2010.

Bob Woodward, Bush at war, 2002.

Robert F. Worth, A Rage for Order: The Middle East in Turmoil, from Tahrir Square to ISIS, 2016.

Lawrence Wright, La torre elevada. Al Qaeda y los orígenes del 11-S, 2006.

Salim Yaqub, Containing Arab Nationalism. The Eisenhower Doctrine and the Middle East, 2004.

Robin Yassin-Kassab y Leila Al- Shami, Burning Country: Syrians in Revolution and War, 2017.

Daniel Yergin, The Prize: The Epic Quest for Oil, Money & Power, 2009.

Rosemarie Said Zahlan, The Making of the Modern Gulf States: Kuwait, Bahrain, Qatar, the United Arab Emirates and Oman, 1989.

Zaid Al-Ali, The Struggle for Iraq's Future: How Corruption, Incompetence and Sectarianism Have Undermined democracy, 2014.

Fareed Zakaria, El mundo post americano. Y el ascenso del resto, 2009.

Meir Zamir, La formación del Líbano moderno, 1985.

Ido Zelkovitz, Fatah: Islam, Nationalism and Politics of armed struggle, 2012.

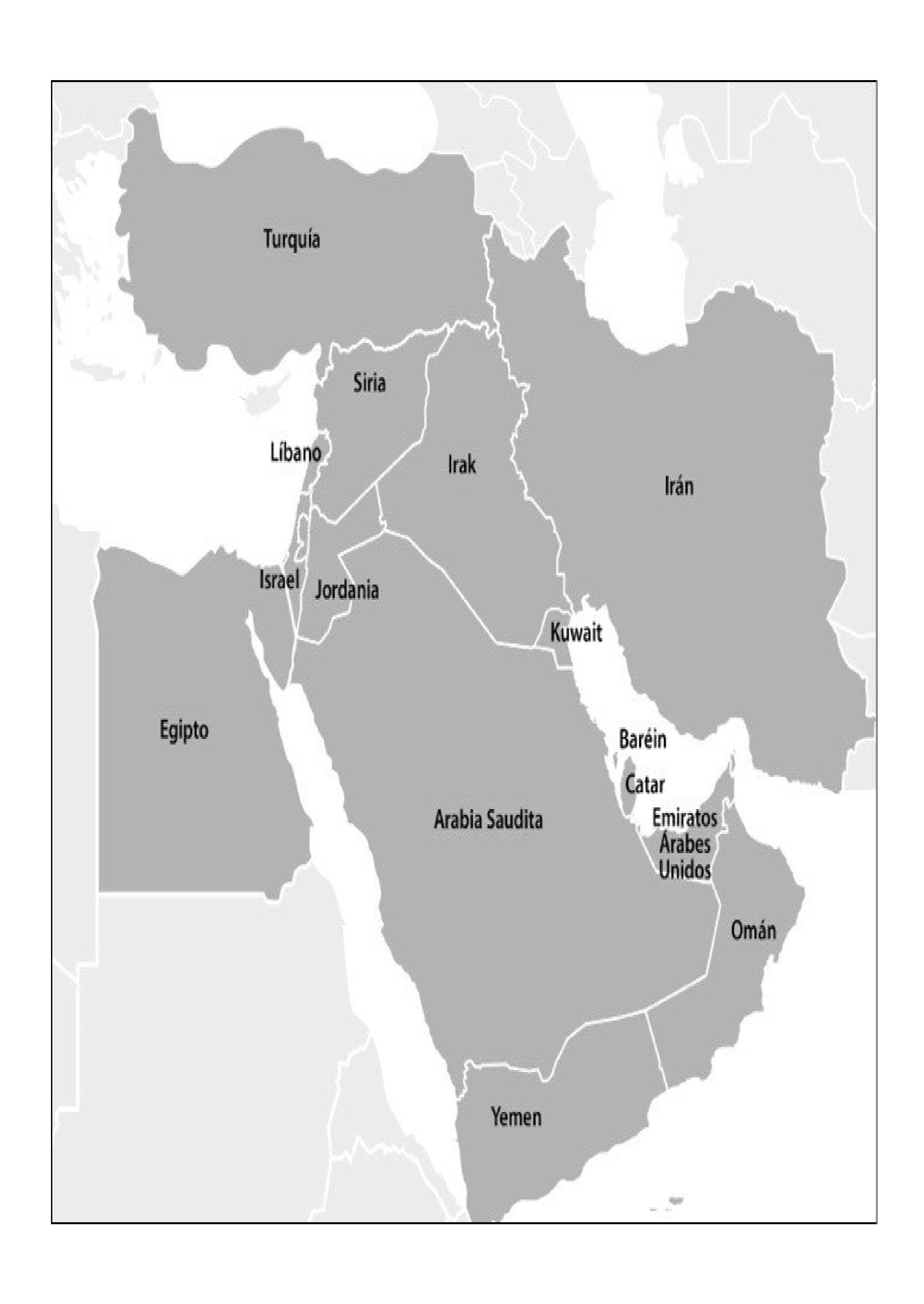
Steve Coll, Ghost Wars: The Secret History of the CIA, Afghanistan, and Bin Laden, 2004

Ahmed Rashid, Taliban: Militant Islam, Oil and Fundamentalism, 2000.

Carlotta Gall, The Wrong Enemy: America in Afghanistan, 2014

Anand Gopal, No Good Men Among the Living: America, the Taliban and the War through Afghan Eyes, 2014

Mapa de la región


Turquía
Siria
Líbano
Irak
Irán
Israel
Jordania
Kuwait
Egipto
Baréin
Catar
Arabia Saudita
Emiratos
Árabes
Unidos
Omán
Yemen